

Selecta

Esperanza Riscart



**DESEO DE
VENGANZA**

Deseo de venganza

Esperanza Riscart

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Y no tendrás piedad: vida por vida,
ojo por ojo, diente por diente,
mano por mano, pie por pie.*

Deuteronomio 19.21

Prólogo

—¿Dónde están mis padres, Nastia? —La voz añorada de Alexander reflejaba la angustia que un niño de nueve años ya era capaz de sentir y que él mismo intuía en su niñera—. Dijeron que vendrían después del festival y aún no han llegado. ¿No te parece que están tardando demasiado?

—Me dijeron por teléfono que se retrasarían un poco, Alex. —La mirada de la niñera se llenó de ternura y, durante unos breves segundos, pudo ocultar la ansiedad que también a ella le apretaba la garganta desde hacía casi una hora. Su amiga Ivanna acababa de telefonarla para contarle que los Yulenko habían sufrido un grave accidente con el coche, conducido por el marido de Nastia.

Unos torturadores y lentos minutos más tarde, el sonido del teléfono distrajo a Alexander mientras centraba toda su atención en un programa de televisión.

—¿Es papá? —preguntó acercándose a la mujer en pocos segundos.

—No. —El tono de Nastia le preocupó. Desde hacía horas, Alex se mostraba tan nervioso como su niñera y presentía que algo no iba bien—. Es la policía.

Nastia susurraba sobre el auricular que sujetaba con más fuerza de la necesaria y con ambas manos, mientras sus gemidos impedían a Alex entender lo que hablaba. La mujer tenía el rostro cubierto por lágrimas cuando se giró a mirar al chiquillo.

—Alex, cariño, tenemos que ser fuertes, muy fuertes, porque en estos momentos los dos hemos sufrido una pérdida terrible. —Hizo un vano intento por contener el llanto—. Tus padres han sufrido un terrible accidente. Su coche ha... ha explotado —le explicó en apenas un susurro, con el que reflejaba todo su dolor.

—¿Qué quieres decir? —Por la inquieta mente de Alex pasaban imágenes del coche familiar que volaba en pedazos pero, por supuesto, solo se trataba del vehículo vacío—. ¿Dónde estaban mis padres, mis hermanas y Kostia?

—Dentro —susurró la mujer antes de dejarse caer al suelo de rodillas y dejarse arrastrar por un llanto desconsolado e incontrolable—. Estaban dentro. —El niño apenas pudo entender las palabras—. Todos han muerto.

—No puede ser, Nastia. —La mente del pequeño era incapaz de imaginar a su familia y al marido de su niñera sin vida y achicharrados en el interior del vehículo; agarró con fuerza los

hombros de la mujer y comenzó a zarandearla—. Kostia revisa el motor del coche cada día. Esta mañana yo le he ayudado a ponerlo a punto —continuó incrédulo y orgulloso.

Pero Nastia no se levantaba del suelo de madera brillante que ella misma se encargaba de que enceraran cada semana, ni erguía su cabeza mientras se mecía arrullándose con su propio llanto. Alex se acercó lentamente a la mujer y le levantó el rostro para comprobar que era cierto lo que le decía.

—¿Nastia? —preguntó mirándola a los ojos—. No pueden morir. Mis hermanas tienen cinco años, y las niñas de cinco años son pequeñas para morir. —El lamento desgarrado de la mujer le encogió el corazón.

—Han muerto todos, Alex, cariño. Lo siento, mi niño, lo siento. —Lo abrazó con tanta fuerza que el chiquillo casi no podía respirar. Pero él tampoco podía separarse del cálido y protector abrazo de Nastia cuando, como un fuerte puñetazo en el estómago, sintió que una gran inseguridad lo invadía.

A partir de ese momento, los días siguientes se convirtieron en una película nubosa que pasaba ante sus ojos. Primero, la presencia de sus queridos abuelos ingleses, sus firmes y consoladores abrazos. La reconfortante mano de su abuelo casi de forma permanente sobre su hombro. El funeral, las miradas de los asistentes cargadas de dolor, la cantidad infinita de besos que recibió, cuando él solo permitía a su madre y a Nastia que lo besaran porque ya se sentía mayor. Y las palabras del socio y amigo de su padre, Viktor Kozlov, que quedaron grabadas en su mente.

—Encontraré a quien ha asesinado a tu familia, Alexander. Yo vengaré a tu padre. Él era para mí más que un amigo. Fue como un hermano.

Alexander creía que los hombres no lloraban, y le sorprendió comprobar que eso no debía ser cierto porque unas lágrimas gruesas recorrían el rostro de Viktor.

Dos días después del funeral, Nastia, sus abuelos y Alexander viajaban hacia Londres, donde vivirían a partir de entonces.

—Abuela, ¿por qué han matado a mis padres, a mis hermanas y a Kostia? —preguntó en voz muy baja durante el vuelo.

—Ha sido un accidente —contestó Maddie sin poder controlar la tensión de su rostro—. ¿Quién te ha hablado de asesinato?

—Viktor, Viktor Kozlov me dijo que él vengaría a mi familia.

—No hagas caso de sus bravuconerías, Alexander. Ha sido un terrible accidente provocado por un escape de gas y por donde tuvieron la mala suerte de pasar con el coche.

En ese momento el crío creyó a su abuela. La única familia que le quedaba. Ahora solo los tendría a ellos y a su leal Nastia.

Capítulo 1

—¿Folclore amerindio? De verdad, Pet. No me lo puedo creer. Tiene que haber otro sitio donde tomar una cerveza —dijo recorriendo con la mirada la calle que lo rodeaba. Estaban en Hoxton de Shoreditch.

—Hazme caso, Alex. Estuve aquí la semana pasada y fue algo alucinante. La voz de esa chica te transporta al lejano oeste americano del siglo diecinueve. Además... —Alzó unas cejas pelirrojas varias veces seguidas, lo que provocó la carcajada de su amigo—. Es preciosa.

El pub estaba atiborrado esa tarde de jueves y eso que aún no eran las nueve, según pensó Alex consultando su reloj. Les costó llegar hasta la barra donde pedir una cerveza pero, nada más acercarse, una chica rubia pequeña, provocativa y descarada como su mirada, se dirigió a Pet.

—Me llamo Nora, guapos, y salgo a las doce —hablaba a la vez que recorría a los hombres con una mirada llena de promesas lujuriosas—. ¿Qué os sirvo?

—Nora. Bonito nombre —respondió Pet siguiéndole el juego—. Dos cervezas, por favor.

Alex la ignoró, como siempre ignoraba a las mujeres que se ofrecían como si fueran un pedazo de carne. Y, de repente, el intenso silencio que atronó en el bar lo obligó a mirar a su alrededor. Extrañado, la suave música de un instrumento similar a una flauta lo empujó a buscar con su mirada el lugar de procedencia. Desde su posición cercana a la barra, y gracias a su estatura, divisó a la perfección el pequeño escenario, donde tres músicos comenzaban su actuación. Dos hombres de pelo largo, lacio y negro tocaban sus instrumentos, similares a un flautín y a un tambor o un bombo; eran altos y delgados. Sus músculos podían verse bajo el chaleco negro sin mangas, adornados con plumas y abalorios, con el que se cubrían parte del torso y se definían fibrosos y brillantes bajo las tenues luces que iluminaban la pequeña tarima; se parecían tanto que intuyó que serían hermanos. Entre ellos, una mujer de figura esbelta, juncal y orgullosa, con la misma melena que la de sus compañeros, pero recogida en dos trenzas que le proporcionaban una apariencia algo juvenil, comenzó a cantar con una voz tan dulce que le provocó un nudo en la garganta. Y él no solía conmoverse con facilidad o, al menos, no se consideraba una persona emotiva; pocas cosas conseguían emocionarlo desde los nueve años cuando había perdido toda su inocencia tras haber recibido en su casa una simple llamada telefónica.

El rostro de la muchacha era perfecto: pómulos afilados, ojos enormes y una barbilla dividida por un espectacular hoyuelo. Esos rasgos le otorgaban el aspecto de una princesa india orgullosa y

altiva. La sonrisa que se dibujó en el rostro de la cantante cuando el público asistente comenzó a acompañar la canción con palmas lo dejó sin respiración. Iba vestida de modo sencillo, con botas de vaqueros en color cuero, unos jeans ajustados a sus piernas interminables y una camisa holgada, blanca, remetida y ahuecada, que no permitía intuir las formas de su cuerpo, que él ya imaginaba sensuales y excitantes. Se adornaba con varios collares típicos de su pueblo, incluso con alguna pluma.

Al terminar la primera canción, el público silbó y vitoreó encantado, mientras los artistas sonreían con humildad y agradecían su cálida acogida. La chica, con amabilidad, pidió silencio y explicó la letra de la canción que acababa de cantar con una voz preciosa, suave y tranquila. Alex no podía apartar la mirada del escenario. Ella hablaba sobre la vida de un bravo guerrero y gran cazador de bisontes, de verdes praderas, de vida en familia y de paz.

—Ahora os ofreceremos una canción de cuna. Una de las nanas que nuestra abuela nos cantaba cuando éramos pequeños y que a ella le había cantado la suya. —Con orgullo añadió que su familia procedía de un antiguo linaje comanche y que sus tradiciones, aunque orales en tiempos lejanos, se habían transmitido de generación en generación.

La piel de Alex sufrió un fuerte estremecimiento al escuchar las primeras palabras que sonaban mágicas, acompañadas por la tímida música que tocaban los acompañantes de la chica. No entendía la letra, pero sentía el amor, ternura y seguridad que transmitía. Incluso vio cómo un par de chicas se retiraban las lágrimas de sus ojos con disimulo. La voz, la música, el orgullo de un pueblo casi extinguido que se respiraba en el ambiente, todo era mágico en ese local y en ese instante. Giró la cabeza para mirar a Pet, quien sonreía emocionado.

—Te lo advertí —dijo convencido de que su amigo estaba tan sorprendido como la primera vez que él vio actuar al trío comanche—. Es alucinante.

Los tres artistas se turnaban para explicar el significado de las canciones que cantaban en su antigua lengua y los tres reflejaban una asombrosa paz de espíritu al hablar que Alex envidió en ese momento. Hacía veinte años que él perdió su paz interior, y le había resultado imposible encontrarla hasta oír a esa muchacha cantar, hablar o, simplemente, contemplarla. Y entonces supo que necesitaba conocerla.

Alex observaba al trío bajar del escenario, cuando un chico rubio se acercó demasiado a la muchacha. Enseguida sus dos compañeros se interpusieron entre el joven y la cantante, obligándolo a alejarse ante ese gesto excesivamente protector. Alex aprovechó el breve instante de confusión y se aproximó a ella por detrás.

—Me imagino que hay que pedir cita a tus acompañantes antes de hablar contigo —le susurró casi al oído; ella no se lo esperaba, dio un respingo y abrió mucho sus rasgados ojos de un impresionante color verde. Miró a Alex y sonrió, dejándolo petrificado una vez más.

—No. Es que parece que nos persigue adonde quiera que vayamos y no entiende una negativa.

—No me extraña que te persiga —dijo en tono burlón—. Creo que yo voy a hacer lo mismo a partir de esta noche. Me llamo Alex.

—Johanna —respondió extendiendo una mano que Alex no dudó en tomar.

En ese momento los dos compañeros con sus ceños fruncidos, prueba evidente de la incomodidad que provocaba la intrusión de otro desconocido, se volvieron hacia la pareja. Johanna levantó una mano y, sin mirarlos, pronunció unas palabras en su antigua lengua. Ellos se relajaron y de mala gana se dirigieron a la barra.

—¿Qué les has dicho a tus guardianes?

—No son mis guardianes. Son mis primos Benjamin y Gerome.

—¿Y qué hacéis en Londres? ¿Una gira musical? —Sus preguntas irónicas y no contestadas molestaron a la muchacha, que comenzó a dejarlo de lado y a seguir a sus compañeros. Alex se arrepintió enseguida del tono jocoso que había utilizado para preguntarle; la sujetó por un brazo y la obligó a detenerse—. Perdona, Johanna. No quise sonar grosero. Simplemente es que me ha extrañado mucho encontrar a tres indios americanos cantando en un pub de Londres.

—Somos comanches —le replicó sin ocultar su enojo.

—Perdona mi ignorancia otra vez —suplicó con una sonrisa burlona—. Y, por favor, explícame qué hacéis tres comanches, cantando en su lengua antigua, en un pub de Londres.

—Mis primos son músicos y, aunque te parezca extraño, han estudiado y se han graduado en la universidad de Oklahoma. —Su tono de voz continuaba mostrando el enfado que le habían provocado las ignorantes palabras de Alex—. Yo soy filóloga, también graduada en la misma universidad y me especialicé en antiguas lenguas amerindias. Ahora estoy estudiando antropología. —Alex la miraba entre sorprendido y avergonzado—. Estamos en Londres desde septiembre gracias a una beca sobre civilizaciones antiguas de todo el mundo que trata de recopilar historias, costumbres, lenguas,... Todo lo que se pueda antes que estas culturas se extingan y desaparezcan de la faz de la Tierra.

—¿Y lo de cantar?

—Hemos comprobado que le gusta a una minoría del público inglés y actuamos un par de veces por semana, con lo que obtenemos una ayuda económica que no nos viene mal. Vivir en Londres resulta bastante caro. Y ahora, si tu curiosidad está satisfecha, voy a reunirme con mis primos.

—Mi curiosidad ni siquiera ha comenzado a saciarse, así que te pido disculpas de nuevo por mi ignorancia y te ruego que tomes una copa conmigo para poder seguir satisfaciéndola. —Los ojos grises de Alex despertaron el interés de Johanna.

La chica se asomó con tanta intensidad al hielo de su mirada que amilanó a Alex durante unos segundos al sentir la forma en que se introducía en su interior. A Johanna le gustó ver en ellos orgullo, una poderosa determinación y una gran lucha interior. Luego, recorrió su rostro, que encontró hermoso y perfecto, una mezcla de razas blancas del este de Europa. Su frente, sus ojos grises y fríos, sus prominentes pómulos casi femeninos contrastaban en un hombre tan masculino y

viril. Era alto y fuerte como sus primos, pero de hombros más anchos y, al sentir la fuerza mortal que provenía de su cuerpo, de su tensa musculatura, pensó en un guerrero. El feroz guerrero blanco que mencionaba su abuelo en sus profecías. ¿Podría ser él? —Se preguntó Johanna.

—Eres militar y tienes orígenes de la Europa del Este —afirmó la chica dejándolo perplejo.

—Mi padre era ruso y yo, aunque nací aquí porque mi madre era inglesa, me crié en Moscú. ¿Por qué crees que soy militar?

—¿No lo eres? —preguntó extrañada de haber leído mal en su cuerpo y en su expresión.

—Soy oficial de las fuerzas especiales.

—Un fiero guerrero. Es lo que me has parecido. —Alex sonrió alzando las cejas en un gesto de sorpresa—. Demasiado fiero.

—¿Por qué te parezco fiero? —Alex, sorprendido ante las habilidades de la chica, prefería aparentar un tono burlón—. Soy un hombre tranquilo y pacífico.

—Luchas una gran batalla interna que no te permitirá encontrar la paz y te llevará por oscuros caminos.

Molesto e impresionado por la verdad de sus palabras, arremetió contra Johanna con lo primero que se le ocurrió.

—¿Y tú quién eres? ¿La bruja de la tribu?

—Mi intención no es ser maleducada; solo trato de conocerte mejor. Pero ya veo que no me he equivocado con mi primera impresión: eres un ignorante —le reprochó la chica antes de alejarse de él una vez más y, con el gesto corporal propio de una reina, se dirigió hacia la barra donde sus primos tomaban unas cervezas—. No tengo tiempo para ti.

—¿Ya te han dado calabazas? —se burló Pet acercándosele—. No ha tardado mucho en despacharte.

—Es una bruja —respondió Alex bastante irritado.

—¡Oh! Sí, ya lo creo. Una preciosa bruja, y no me importaría que me hechizara.

—Deja de mirarla así —le reprochó al comprobar la mirada enamorada que Pet le dirigía a Johanna.

—La miro como quiero. ¿O acaso has conseguido algún derecho sobre ella? ¿Cuántos caballos cuesta? —Alex soltó una carcajada y cruzó una mirada con Johanna, quien parecía bastante furiosa con él.

—¿Te ha molestado? —preguntó Ben uniendo sus cejas—. Lo miras bastante furiosa.

—Es ignorante —contestó Johanna enfadada—. Pero también tiene el espíritu de un guerrero muy fiero.

—¿Crees que es él? —Gerome no ocultó su sorpresa alzando sus oscuras cejas—. ¿El guerrero de la profecía del abuelo? ¿El único hombre adecuado para ti? —Gerome hablaba sin apartar la vista de Alex, logrando que se sintiera totalmente molesto ante tal escrutinio—. Sí, parece un hombre fuerte; su mirada rebosa determinación.

—Pero también esconde un gran dolor —añadió Johanna—. Ese sufrimiento podría ser su

perdición.

—Y la tuya —añadió Benjamin sonriendo.

—¿Puedo saber por qué me miráis así? —Les exigió Alex acercándose al impresionado trío comanche en tres grandes zancadas y con Pet a la zaga—. Johanna, creo que te debo otra disculpa. Me han sorprendido tus adivinanzas sobre mí. —Los dos primos contuvieron la risa, y él los miró a ambos—. ¿Qué pasa? ¿Es normal que adivine de dónde es una persona y a qué se dedica tan solo con observarla unos segundos?

—La mayoría de las veces, sí —contestó Ben—; rara vez se equivoca. Johanna ha heredado los poderes de chamán de nuestro abuelo.

—Entonces yo tampoco me he equivocado —dijo convencido mirando a Johanna—. Eres la bruja de la tribu. —Esta vez los primos no se contuvieron y se rieron a carcajadas al ver el rostro enojado de su prima.

—El abuelo no tiene poderes —espetó la chica a sus primos—. Simplemente, es muy observador y lee en el rostro, ojos y gesto corporal de las personas. Además, yo tengo estudios de antropología. Es fácil leer en sus rasgos. —El hecho de que hablara como si Alex no estuviera presente comenzaba a irritarlo bastante, cuando un fuerte carraspeo de Pet, que intentaba participar en la conversación, los obligó a girar la cabeza.

—Este es mi compañero, Peter. Pet, ella es Johanna y sus primos...

—Benjamin, pero puedes llamarme Ben —se presentó el mayor, ofreciendo una mano que Pet y luego Alex apretaron—. Él es mi hermano Gerome. —Este repitió el gesto—. Entonces... Johanna no se ha equivocado. Sois militares.

—Jo nunca se equivoca —añadió Gerome orgulloso, pasando un brazo por los hombros de su prima y, acercándola a él con un gesto protector, la besó en la sien.

Alex se enfureció ante el arrumaco del muchacho y enseguida intentó relajarse, pero ya fue tarde. Ben había percibido su malestar e intercambió una mirada de asentimiento con su prima.

—Podría ser él, Jo —reconoció Ben en lengua comanche.

—¿Habláis comanche de verdad? —preguntó Pet sorprendido—. ¿Qué le has dicho a tu prima?

—En casa siempre hablamos el idioma de nuestros antepasados —Johanna respondió con rapidez y evitó la traducción de las palabras de su primo Ben—. Por respeto a nuestros mayores y para que los miembros más pequeños de la familia lo aprendan.

—¿Y aún vivís en los tipis? —Esa cuestión de Pet, que había hecho sin malicia alguna, provocó una gran carcajada del resto de la reunión—. ¿No se llaman así las tiendas indias?

—Sí, se llaman así —fue la respuesta de Gerome—. Tenemos una en el rancho de nuestra familia para uso y disfrute de los pequeños; como otros tienen la típica casa en el árbol.

—¡Un rancho! —exclamó Pet entusiasmado—. ¿Dónde?

—En Lawton, en el sur de Oklahoma, junto a la última reserva comanche. Un rancho de caballos y ponis en el que trabaja y vive toda nuestra familia. Cada una con su propia casa, cinco. Una para cada hijo de mi abuelo.

—No me digas más. —El entusiasmo de Pet crecía por momentos—. ¿Un rancho de mesteños de pura raza? —Gerome asintió compartiendo el mismo entusiasmo del inglés y reconoció a un amigo en él en ese mismo instante.

—El lugar más bonito del mundo —añadió Johanna, que siempre se mostraba orgullosa de sus raíces—. Y donde estoy deseando volver en Navidad. Aún nos queda pasar aquí once largos meses.

Alex la miró sin ocultar la excesiva ternura que le despertó comprobar que echaba de menos a su hogar y a su familia. Comprendía perfectamente esa sensación.

—He vivido rodeado de caballos desde niño —explicó Pet—. Los adoro, pero nunca he visto un rancho americano, y menos aún de mesteños.

—Pet. —Gerome lo interrumpió dándole una fuerte palmada en la espalda; la evidente nobleza de corazón del inglés había conquistado su amistad enseguida—. Cuando quieras, estás invitado. Sé que te encantará. Lo leo en la emoción que refleja tu mirada.

—Tío. ¿Lo dices en serio? Sí —se respondió él mismo susurrando impresionado—. Lo dices en serio. En cuanto tenga un permiso... Si estáis allí... —se aturullaba emocionado mientras los tres indios lo observaban sonriendo—. Montaré mesteños. Cuando se lo cuente a mi padre, no me creerá. Comanches auténticos con un rancho de mesteños. ¿Cuántas cabezas? Porque las contáis así. ¿Me equivoco?

—Más de quince mil —respondió Ben con rapidez—. Viven en libertad, repartidos en varias manadas por toda la propiedad.

—Madre mía. Qué espectáculo. Chicos —dijo Pet muy serio—, prometedme que me llevaréis algún día.

—Un comanche mantiene su palabra hasta el día de su muerte —le aclaró Gerome con gran solemnidad—. Estás invitado cuantas veces lo desees. Tú también, guerrero —se dirigió a Alex—. Aunque... quién sabe lo que sucederá contigo.

Su presagio hizo que Alex lo mirara con una sonrisa incrédula.

—Debemos marcharnos —los apremió Johanna—. Mañana hay que madrugar para estar en la Universidad a las ocho.

—Si no cantáis, mañana podríamos quedar a la hora de cenar —se ofreció Pet mientras el trío se consultaba uno a otro con las miradas.

—¿Por qué no? —Añadió Alex, prestando toda su atención a la chica, que comentó algo en lengua comanche a sus primos—. ¿Johanna?

—Si estáis disponibles, podéis recogernos a la salida de nuestra última reunión de mañana. No acabaremos antes de la siete.

—De acuerdo. —Alex solo tenía ojos para ella—. Allí estaremos a las siete.

—Hasta mañana —se despidió Gerome, seguido por su prima.

Ben se detuvo un instante ante Alex. Eran de la misma altura, así que sus ojos quedaron enfrentados.

—Johanna es una persona muy especial —le dijo a Alex sin vacilar—. Si vas a hacerle daño, es mejor que no te acerques a ella.

—Jamás le haría daño a conciencia. —No supo por qué le dio esa respuesta cuando solo hacía un par de horas que la conocía y lo único que había hecho era quedar para cenar el día siguiente, además en grupo. Pero la necesidad de aclararlo resultó inevitable. Se sentía terriblemente atraído por la chica india, y él nunca había sentido una atracción tan intensa por ninguna mujer hasta ese momento.

—Creo que acabo de complicarme la vida —le confesó a Pet viendo marchar al trío y abstraído en sus pensamientos—. No sé por qué, pero tengo la impresión de que acabo de comprometerme con Johanna. —La carcajada de Pet lo volvió a la realidad.

—Y has elegido el peor momento de tu vida.

—Uno no puede elegir cuándo se va a enamorar. —Pet lo miró con incredulidad—. Eso creo que es lo que acaba de ocurrirme —continuó Alex, suspirando preocupado—porque yo no me he enamorado nunca.

Capítulo 2

Llevaban seis meses preparándose arduamente para infiltrarse entre los miembros de las mafias rusas con la intención de combatir las y controlarlas desde dentro. Era una misión de alto secreto del Gobierno inglés en colaboración con la Interpol, y el perfil del teniente Alexander Cameron era el más adecuado para llevar a cabo esa operación, a la que se ofreció voluntario en cuanto se lo plantearon. Hablaba correctamente ruso, y su padre había sido un importante e influyente *pakhan* durante los años ochenta y noventa. Él mantenía oculto el motivo más importante que lo había empujado a ofrecerse voluntario para esa misión: vengar el asesinato de su familia, del que se había librado gracias a un leve resfriado que lo había retenido en su casa un frío enero de hacía veinte años.

Por vengar a su familia estaba dispuesto a convertirse en un delincuente y dedicar los meses de su vida que fueran necesarios hasta conseguirlo. Por supuesto, sus jefes desconocían sus verdaderas intenciones. Cuando él estuviera dentro del mundo criminal, no respetaría leyes ni los derechos de ciudadanos que protegían al culpable mientras no se demostrara lo contrario. Estaba decidido a acabar con los asesinos, aunque perdiera la vida en ello. La justicia había tenido la oportunidad de encontrar y condenar a los verdugos de su familia pero no la había aprovechado. Por fin había llegado su turno y tenía la impresión de que se había estado preparando para esa misión desde que era un niño.

Ese fuerte deseo de venganza lo había ayudado a sobrevivir al dolor y vacío que habían dejado en él la ausencia de su padre y la inocencia de su madre, sus hermanas mellizas y Kostia, el chófer de su familia, que había muerto junto a ellos. Y él no encontraría paz en su alma hasta que los asesinos hubiesen pagado con sus vidas.

Saber que el día de ver cumplidos sus deseos se acercaba lo hacía entrenar con más intensidad, más fuerza y más coraje, cualidades que satisfacían más a todos los jefes. Sí, era una operación con cinco jefes, solo conocida por ellos, y los dos ejecutantes, los tenientes Alexander Cameron y Peter Scott como apoyo logístico.

Pet respiraba sin resuello tras correr una hora a un ritmo endiablado y miraba a su compañero, que parecía imbatible, desde el banco del vestuario donde se cambiarían y se ducharían antes de asistir a la sesión informativa. Se familiarizaban con todos los miembros conocidos de las mafias rusas que operaban desde Londres.

—Joder, tío. No lo entiendo. Llevamos meses entrenando juntos y, mientras yo termino cada día agotado, tú pareces haber acabado de levantarte de una siesta.

—Estoy en forma, Pet. Me siento preparado para lo que me espera dentro de dos meses. —Y le ocultó a su amigo que llevaba toda su vida mentalizándose para cuando llegara el momento.

—¿Y no tienes dudas? ¿No sientes miedo? ¿Lo sabe ya Johanna? —Alex miró a su amigo con toda la frialdad que podían reflejar sus ojos azules.

Esa era la única debilidad que se había permitido Alex: Johanna. Pero le resultaba imposible alejarse de ella. Los momentos que compartía con su chica eran los únicos en que se sentía realmente en paz consigo mismo. Feliz. Y la amó desde el primer momento en que la había visto y la había escuchado cantando sobre el escenario del pub de Hoxton hacía ya tres meses. En esas fechas de Pascua, ella se había marchado a su casa, a Oklahoma, durante una semana, los únicos días en que se habían separado desde que se habían conocido. No transcurría una hora del día en que no pensara en ella.

—Johanna no sabe nada de mi misión. Ni lo sabrá nunca. —A Pet le sonaron sus palabras a advertencia, pero no se molestó con su amigo y compañero.

—¿Y qué harás? ¿Te marcharás sin mirar atrás? —Alex se encogió de hombros—. Me parece que tu comportamiento es el de un hombre muy egoísta, Alex —le reprochó porque sentía un gran aprecio por la chica y sus primos.

—Egoísta sería ofrecerle esperanzas, y nosotros nunca hablamos del futuro. Nos limitamos a vivir el día a día. Ella sabe que, cuando acabe su beca, se marchará a su casa y, aunque yo no me embarcara en esa misión suicida —el reconocimiento de su futuro en voz alta provocó un fuerte estremecimiento en Pet—, creo que terminaríamos separados. Lo único que le oculto es que será antes de lo que ella piensa.

—¿Y no se te pasa por la cabeza que esté dispuesta a quedarse aquí por ti? Jo está verdaderamente enamorada, Alex. Y tú lo sabes.

—Nunca le pediré que me espere. ¿Acaso crees que pueda volver a mi vida de ahora? Si saliera vivo de esta misión, ¿cuántos meses crees que tardaré en acabarla? Aunque cuente con la ventaja de haber sido hijo de mi padre, el gran empresario Alexander Yulenko —nombró con sarcasmo—, ¿seis? ¿Doce? ¿Más? ¿Le puedo pedir a una mujer como Johanna que me espere durante tanto tiempo?

—Johanna es una de las mujeres más hermosas que he conocido, Alex, y aún no he decidido si es más bello su físico que su interior. Siendo libre, le surgirán oportunidades de conocer a otro hombre que la haga feliz. —La simple idea de imaginar a Jo en los brazos de otro, que la besara, que ella le dedicara su preciosa sonrisa, provocaron las náuseas de Alex—. Déjala marchar ahora o, al menos, dale la oportunidad de elegir. No merece que le ocultes la verdad.

Alex bajó la mirada al suelo al sentir el peso de la verdad en las palabras de su colega.

—Pet —hablaba susurrando—, cuando a un condenado a muerte le preguntan qué desea comer en la última ocasión que tendrá... —Pet comprendió enseguida a su amigo y compañero—... eso

significa Johanna para mí. Mi última cena. Quizás, si no la tuviera a mi lado durante estos meses, no tendría el valor suficiente para enrollarme en esta locura. »Ella me ha ofrecido todo cuanto un hombre pueda desear durante una larga vida, y yo me marcharé con la sensación de haber conocido el amor de una mujer como ella. Te aseguro que me ha ofrecido suficiente para tres vidas.

—Y, a pesar de cuanto te ha dado, sigue sin importarte cuánto le dolerá tu marcha. Eres un egoísta, Alex. Al menos en ese aspecto de tu vida. Y le vas a hacer mucho daño. —Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta dejando a su compañero sorprendido por su protectora reacción—. Date prisa, nos están esperando.

Pet salió del vestuario bastante enojado con su amigo y lo dejó solo con esos pensamientos que lo torturaban un día más. Sabía que Pet tenía razón pero, si estaba preparado para sacrificarse por su país y por su familia, no lo estaba para alejarse de Johanna. La quería con todo el significado egoísta que implicaba esa palabra y la mantendría a su lado como un regalo de despedida, hasta antes de marcharse a Moscú. Entonces se alejaría de ella para siempre. Solo tras ese pensamiento se sintió tan cansado como había visto antes a su compañero, prueba evidente de que necesitaba el amor de Johanna.

—Viktor Kozlov y su hijo Anatoli, de treinta y un años —Alex describió a los personajes que aparecieron en la proyección—. Fue socio y amigo de mi padre y, según aprecio, el tiempo ha sido condescendiente con él. Ha envejecido bien. Aún se parece al hombre que me consoló durante el funeral de mi familia.

—Anatoli está en una cárcel moscovita a punto de acabar su condena; lo atraparon en una gran redada antidroga. Llevaba en el maletero de su coche cincuenta kilos de cocaína. Fue una operación ideada por él mismo para obtener dinero propio. La influencia de su padre sirvió para reducir su condena a dos años —refería Andrei Vasiliev, miembro ruso de la interpol—. No tiene ni el carisma ni inteligencia paternas. Solo se trata de un niño mimado y malcriado, con vicios caros.

—Ferraris, casinos y guapas mujeres cargadas de joyas que él mismo regala a cambio de favores sexuales —aclaró Pet. Alex tuvo un pensamiento fugaz para su amada y sencilla Johanna.

—Tienes que hacerte imprescindible para él —continuó Vasiliev—. Protegerlo no te costará trabajo porque es un cobarde que se aprovecha del poder de su padre. Pero ahora Viktor vive aquí, en Londres y, aunque viaje a verlo todos los meses y pague por su protección, hay otras bandas locales que pagarían más por borrar de la faz de la Tierra a ese inútil, tan solo por fastidiar a Viktor.

—Pensamos que hacerte amigo y guardaespaldas de Anatoli te abrirá las puertas a la fraternidad Vory —añadió Charles Léfèbre, miembro de la interpol francesa—. Su padre es un hombre agradecido y lo tendrá en cuenta cuando salgáis. Dejarás la prisión un par de días antes que él. Estamos seguros de que te pedirá que le prestes sus servicios y le prepares su vida para cuando él salga. —Alex asintió, convencido de todo cuanto se estaba hablando.

—No olvides que dentro estarás solo —le advirtió su coronel, Adam Williams—. Deberás hacerte con un arma nada más entrar. Eres un hombre atractivo y joven e irán a por ti sin piedad y sin pausa, Cameron. No debes descuidarte ni un segundo. Si no sales con vida de esa cárcel, todo este tiempo, el arduo trabajo que hemos empleado, habrá servido para nada. —Alex dibujó una sarcástica sonrisa en su rostro.

—Coronel, con mi mayor respeto, su humanidad me emociona —protestó Alex con dureza.

—Lo siento, Cameron. Solo pretendo ser realista. Y confío plenamente en tus excelentes cualidades. Pero no quiero que te confíes ni uno solo de los minutos que pases en esa prisión. Tu vida y tu misión son importantes para muchas personas.

—Teniente Scott —intervino de nuevo Vasiliev—, usted será su único apoyo y nuestro informante. Lo visitará cada cuatro semanas en el papel de su camello o distribuidor. Pensamos que más frecuencia llamaría la atención, y pretendemos que nuestro muchacho sea un solitario que se ha distanciado de su familia rica. Eso me recuerda, Cameron, que a su abuela y a sus amigos cercanos les dirá que está destinado en Afganistán por tiempo indefinido. No podrá ponerse en contacto con ellos, aunque podrá informarlos de su buen estado de salud a través de Scott.

—Faltan seis meses para su ingreso en prisión —continuó el ruso observando a Alex con intensidad—. Durante los cuatro anteriores, se dedicará a llamar la atención con descaro, realizando trapicheos con el narcotráfico de drogas que le darán a conocer; nuestros hombres encubiertos colaborarán para que sea conocido por los Salvinsky en San Petersburgo y por los Kirilenko en Moscú. Se está preparando una nueva información sobre ustedes dos en Internet. Sus biografías inglesas actuales serán archivadas y retiradas de la circulación; una vez acabada la misión, las repondremos. De ahora en adelante, les rogamos que no se hagan ninguna foto, y mucho menos las cuelguen en ninguna de las redes sociales. Hemos inventado unas nuevas identidades para ustedes.

—Hay otro tema más delicado, Cameron.

—¿De qué se trata, coronel Williams?

—Creo que últimamente está saliendo usted con una chica americana. —Alex no se sorprendió de que su meticuloso coronel estuviera al tanto de su vida privada, y sonrió levemente al escuchar su afirmación—. Espero que no resulte un inconveniente cuando llegue la hora de la despedida.

—No existe ningún compromiso entre nosotros, coronel; solo somos buenos amigos.

—Imagino que su trabajo lo estará llevando con total discreción.

—Por supuesto, señor —replicó Alex ofendido—. Ella no supondrá ningún obstáculo cuando la misión comience. —Sintió la furia de la mirada de Pet.

Capítulo 3

Unas semanas antes de lo que Alex intuía ya una dolorosa despedida, invitó a Johanna a pasar un fin de semana en Madrid con motivo del vigésimo sexto cumpleaños de la chica. Desde que comenzaron su relación, viajaron durante cortos fines de semana a Berlín, Roma y París, lugares de los que la pareja guardaba increíbles recuerdos que los acercaron más el uno al otro, si eso era posible. Alex sabía cuánto los necesitaría para sobrevivir más adelante en el mundo oscuro, corrupto y criminal que lo esperaba unos días después.

Mientras esperaban su turno para entrar en el Museo del Prado, conversaban tranquilos, como era habitual en ellos. La calma siempre reinaba en Alex al estar junto a Johanna.

—Te muestras muy reacio a la hora de hablar sobre tu familia, Alex.

El hombre la miró unos segundos antes de empezar a contarle. Reconoció que era cierto, pero hablar con ella sobre sus seres queridos no le provocaba tanto dolor.

—Mi padre conoció a mi madre en Londres. Ella tenía sus estudios de dirección hotelera recién terminados y llevaba un mes trabajando en el Ritz cuando mi padre se hospedó allí. Ella era una muchacha bellísima y solo tenía veintidós años. Seis meses después, se casaron.

—Entonces, ya sé a quién te pareces —Alex se rio.

—Según mi abuela y Nastia, soy idéntico a mi padre.

—Menuda pareja harían. ¿Quién es Nastia?

—Nastia era nuestra ama de llaves en Moscú. Kostia, su marido, era nuestro chófer y también murió en el... accidente —estuvo a punto de decir: «el atentado»—. No tuvieron hijos; ella se ocupaba de mis hermanas y de mí como si se tratara de su propia familia. No le quedaba nadie en Rusia y se vino a vivir con mi abuela y conmigo; desde entonces se ofrecieron consuelo la una a la otra y se hicieron amigas inseparables. Creo que las unió el dolor que les provocó la pérdida de sus seres más queridos.

Alex prefirió ocultar el resto de la historia, que pareció no despertar más interés en Johanna y, como solía suceder, condujo la conversación sobre ella.

—Y tú, ¿por qué no mencionas nunca a tu madre? ¿Algo que ocultar? —Ella no sonrió, como Alex esperaba que hiciera.

—Mi madre es blanca.

—Un rostro pálido. —Ella pareció afligida y no ocultó su dolor ante su comentario.

—Hace treinta años no se llevaban muy bien estos asuntos de mezclar las razas. Y su familia no veía con buenos ojos que atendiera a pacientes indios de una reserva pequeña.

—Nunca se han llevado bien. —Esa respuesta sorprendió a Johanna desagradablemente.

—¿A ti te molesta?

El intenso y lujurioso beso que Alex le ofreció delante de la larga cola de visitantes al museo como testigo de su amor, fue suficiente explicación para la chica. Cuando se recobró del interludio romántico, continuó con la historia

—Mis padres se conocieron en la facultad de Medicina de Filadelfia. Mi madre es pediatra. Durante los primeros años de su matrimonio, ella se amoldó a la vida sencilla que le gustaba a mi padre; él ejerce su profesión en la reserva, donde es el único médico y trabaja en el rancho en su tiempo libre. Pero ella se cansó de tanta sencillez, de la que estaba segura nunca se habituaría. Ahora vive en Filadelfia junto a sus dos hermanos. Gana mucho dinero, que yo no suelo aceptar para su disgusto, y nos vemos varias veces al año.

—¿Por qué no te llevó con ella?

—Lo hizo. ¡Oh! No se avergüenza de mí ni de su matrimonio, ni nada por el estilo. No nos separamos por eso; no hay nada traumático en nuestra relación. Yo echaba mucho de menos el rancho, a mi familia comanche, a los caballos, a la libertad y lloraba cada día que estuve alejada de mi verdadero hogar. Ella lo comprendió y se conformó con que pasara en Filadelfia gran parte de mis vacaciones, o venía a visitarme cuando tenía unos días libres. Ni mi padre ni mi madre han rehecho sus vidas junto a otras personas. Mi madre creyó que, si se marchaba, mi padre correría tras ella.

—Y no lo hizo.

—Él estaba convencido de la forma de vida que quería llevar y de que, si se marchaba, acabaría por reprochárselo a mi madre, o sería un hombre infeliz y desgraciado. Igual que me sucedió a mí, y solo tenía cinco años cuando se divorciaron. —Lo miró con esa intensidad que estremecía al hombre—. Te juro que lo intentaba cada día. Me esforzaba por que me gustaran los preciosos vestidos que me ponían, mi nuevo colegio, la elegante casa que mamá había heredado de sus abuelos. Yo no deseaba separarme de mi madre. Pero mi sangre comanche tiró de mí con fuerza, y tuve que marcharme. Fue doloroso para las dos, pero también lo mejor para mí.

—Cada uno tiene un lugar reservado en el mundo —dijo Alex pensando en la misión que le aguardaba unas semanas más tarde y que llevaba esperando desde que era un adolescente—. ¿Crees que el destino está escrito?

—Según mi abuelo, sí. Aunque luchemos por cambiarlo, nuestro destino está escrito en la tierra y en la naturaleza.

—¿Y te ha desvelado el tuyo? —Ella asintió con timidez—. Cuéntamelo.

—Está bien. Puedes preguntarle a Ben o a Gerome si no me crees, pero esto es lo que me dijo el abuelo. Yo soy una emisaria para el pueblo comanche, como un pequeño colibrí que ayuda a que las flores se sigan reproduciendo; así me llama mi abuelo: *Colibrí*. Dedicaré mi vida a que el

resto del mundo conozca y respete al pueblo de mi padre.

—¿Y esa misión la llevarás a cabo tú sola? —Su pregunta dejó de ser divertida cuando oyó la respuesta de ella.

—No. Un fuerte y poderoso guerrero blanco, un rostro pálido, estará siempre a mi lado —especificó bromeando, con la esperanza de descongelar la mirada gris de Alex—, apoyándome en mi labor y en mi vida.

Alex pensó que, por primera vez, estaban hablando sobre el futuro de ambos y decidió cortar tajantemente con cualquier tipo de ilusión que se formara en la mente de Johanna.

—No seré yo —susurró irritado.

—¿No serás tú? —Johanna ocultó su decepción e ignoró el malestar de Alex—. ¿Quién?

—El guerrero blanco —afirmó tan convencido que casi la hace llorar, aunque no dejara de sonreír—. Mi destino se dirige en dirección contraria a una vida estable y te aseguro que no pasa por permanecer al lado de ninguna mujer.

El corazón de Johanna dejó de latir en ese instante en que escuchó las directas palabras de Alex. Su abuelo rara vez se equivocaba en sus predicciones; ella lo había comprobado a lo largo de su vida, al igual que toda su familia. Pero no le insistiría con esos cuentos de viejos indios y, al igual que él, permitió que su orgullo de mujer comanche hablara por ella.

—No he pensado en ti en ningún momento, Alex. No te preocupes por esas predicciones de viejos y supersticiosos indios. Estoy aquí de paso, viviendo contigo un divertido y lujurioso presente —le guiñó un ojo cómplice de sus palabras que consiguió irritarlo más aún, en esta ocasión porque no le concedía la importancia que a él le gustaría tener—. Mi vida está y estará en la tierra de mi familia y, en mi país, ya sabes que sobran guerreros blancos. Si la profecía de mi abuelo fuera cierta, tengo toda la vida por delante para que se cumpla. Recuerda que acabo de cumplir veintiséis años.

Las palabras frías de Johanna revolvieron el estómago de Alex. Hasta ese momento, había estado convencido y seguro de que ella lo amaba tanto como él. El comentario le provocó tantas dudas que intentó disculparse, aunque lo hiciera ocultando sus verdaderos sentimientos.

—Johanna, yo... no he pretendido herirte, ni mucho menos despreciarte. Me gusta estar contigo y te aseguro que no deseo estar con otra persona ni en otro lugar en el que no estés tú. Pero dentro de unas semanas viajaré hacia mi nuevo destino y tendremos que decirnos adiós para siempre porque, cuando yo regrese, y puede ser que pase más de un año, tú ya no estarás aquí, y a mí no se me ocurriría pedirte que me esperaras. Eso sería demasiado egoísta de mi parte.

Dolida y apenada por la situación real que Alex acababa de confesarle, se esforzó por dibujar en su hermoso rostro la mejor de sus sonrisas. Sufiría cuando él se marchara, pero, desde que lo había conocido, sabía que la relación que mantenían sería temporal. Ambos pertenecían a mundos tan opuestos como lo eran la luz y la oscuridad, como les había sucedido a sus padres. Aunque, a pesar de eso, lo amaba, tanto que estaba convencida de que, cuando se separaran, la vida no sería igual para ella, y nadie podría ocupar el vacío que Alex dejaría.

—Entonces —dijo ella fingiendo una vez más y ocultando los intensos sentimientos que la embargaban en ese momento—, si nos quedan tan solo unas pocas semanas, no desaprovechemos ni un solo instante enfadados o luchando contra nuestros destinos inciertos.

El beso que le ofreció dejó a Alex temblando de pies a cabeza, recordándose una vez más cuánto sufriría al dejarla atrás. Ahora estaba seguro de que jamás podría olvidarla, de que no sentiría lo mismo por ninguna otra mujer por muchos años que pasaran. Y, por primera vez en su vida, maldijo su sentido del honor y del deber que lo empujaban a saciar esa intensa sed de venganza que sentía desde que había desaparecido su familia. Los sentimientos que le provocaba Johanna superaban esa ira, esa rabia acumulada que llevaba tantos años madurando en su interior. Pero ya no había marcha atrás. Su destino, su futuro, sí que estaba escrito y sentenciado.

Una semana más tarde, Johanna se sorprendió cuando Alex, por fin, le permitió descubrir el tatuaje que se había hecho justo sobre el corazón y que llevaba seis días cubierto por un vendaje.

—¿Un colibrí? —preguntó emocionada al ver el dibujo que aún inflamaba la piel de Alex.

—Sí. Me gustó la comparación que hizo tu abuelo de ti con este pequeño pájaro. Aunque el mío es más grande que uno real —sonrió emocionado—. Te llevaré siempre junto a mi corazón, Jo.

—¿Qué pasará si conoces... —Alex la interrumpió enfadado.

—No quiero olvidarme de ti, jamás. Sé que no podré. Has sido una persona muy importante para mí.

A Johanna le dolió que no se refiriera a ella como «una mujer» o con el amor que sentía por ella, pero, una vez más, ocultó sus sentimientos.

—Tú también lo has sido para mí, Alex —le contestó evitando transmitirle más de lo que él le ofrecía.

Convencido de que después de ella no existiría ninguna mujer que lo hiciera sentir del mismo modo, necesitaba escuchar los verdaderos sentimientos de Johanna, consciente de que, al igual que él, los ocultaba, pero fue incapaz de exigirle más cuando ni podía ni debía ofrecerle esperanzas.

Capítulo 4

Un día más, Viktor Kozlov se desesperaba con sus abogados. Durante los últimos diecinueve meses habían recurrido a todos los tribunales posibles, intentando reducir la condena de su hijo Anatoli. Por fin estaba en Butirskaya, en Moscú, pero aún le faltaban seis meses hasta acabar su condena. Había conseguido traerlo de Siberia a base de sobornos a algunos agentes de la administración pública y, aunque le costaba rendirse, era evidente que ya no podía hacer más. Y le preocupaba la masificación y descontrol que pudiera haber en la antigua prisión moscovita y los enemigos dispuestos a vengarse que habría encerrado en ella.

Estaba más disgustado consigo mismo que con su hijo, por haberlo mimado demasiado durante sus treinta y un años de vida. Ahora, que Dios se apiadara de su alma y le diera la suficiente templanza para soportar las exigencias de su esposa, siempre dispuesta a justificar los errores que cometía Anatoli y de los que lo hacía responsable.

No había hecho nada bien con su único hijo varón; las dos chicas habían aprovechado mejor su dinero y sus influencias, y ahora tenía una hija médico, contratada por una clínica de Londres, y otra licenciada en Bellas Artes, trabajando en una prestigiosa galería de arte que él mismo patrocinaba y que le servía como tapadera para blanquear su dinero de procedencia ilegal. Todo lo contrario del tarambana de Anatoli, que ni siquiera se había licenciado en los estudios de gestión de empresas que tanto ilusionaban a Viktor; así trabajaría junto a su padre codo a codo y algún día continuaría con el imperio que él había iniciado hacía treinta y cinco años junto a su amigo Yulenko, y que ahora procuraba conservar lejos del alcance de otros *pakhan*. Cada vez le resultaba más complicado mantenerse independiente, aunque el hecho de ser quien más kilos de heroína distribuía por las calles de Moscú y de San Petesburgo lo mantenía en la cumbre, podía pagar a los *vory* más violentos y mejor preparados que lo protegían a él y a su familia. Pero los pequeños, infructuosos y torpes intentos de Anatoli por demostrar su valía hacían peligrar su excelente posición de dominio en la fraternidad.

Debía pagar una pequeña fortuna por la protección que recibía su hijo en la prisión de Moscú, pero sentía que esa era su responsabilidad, y era incapaz de eludirla. Anatoli era sangre de su sangre y daría toda la suya por mantenerlo a salvo, aunque pensara que se merecía más de alguna paliza que enderezara su vida y formara su carácter.

Solo esperaba que la temporada que su hijo estaba pasando en la cárcel, lo ayudara a madurar y

a recapacitar sobre la impulsiva vida que llevaba y que causaba tantos problemas a su familia y a los negocios de su padre.

Después de una nueva y exasperante conversación con su esposa (que lo culpaba una vez más del fracaso de sus abogados), se reunió con dos de sus lugartenientes de más confianza. Solo Sergei Andrópov y Yuri Kazakov conocían los detalles de la importante operación que llevaban seis meses preparando. Introducir en Londres dos toneladas de heroína y distribuirla por todo Reino Unido no sería empresa fácil si se filtraba la mínima información. Sobre todo por parte de sus propios colegas, y a la vez adversarios. Pero Kozlov contaba con una gran ventaja. Disponía de su propia compañía naviera con cinco portacontenedores de pequeño tamaño, gracias a la cual blanqueaba dinero. La usaba como transporte de sus alijos de droga y de armas con absoluta seguridad y libertad de movimientos.

Andrópov se encargaba de la compra en Afganistán, donde hacía años que disponía de los mejores contactos y de su transporte por la vía pakistaní hasta el puerto de Karachi, donde el alijo se embarcaba entre uno del millar de contenedores que transportaría en esta ocasión el Chejov. En un alarde de arrogancia, y en otro de sus muchos intentos por que nadie recordara su pasado de huérfano arrabalero del que se avergonzaba cuando trataba con hombres más ilustrados y educados que él (lo que le provocaba un terrible complejo de inferioridad desde que fuera un delincuente adolescente), había rebautizado cada buque con deslumbrantes nombres de reconocidos artistas rusos.

Yuri Kazakov, lugarteniente en el que depositaba su total confianza por haber estado trabajando con él desde sus inicios hacía ya casi cuatro décadas, se encargaría del desembarco en Londres y su distribución.

Solo ellos dos y Kozlov estaban al tanto de horas y lugares de embarco y desembarco, y no informarían a sus colaboradores hasta el último minuto. Gracias al secretismo con el que realizaban sus más ambiciosos movimientos, Viktor podía jactarse de no haber sido descubierto jamás por la policía o por sus feroces enemigos de ninguno de los países en los que distribuía la droga.

Pero tanto él como sus dos lugartenientes se estaban haciendo mayores; los tres habían alcanzando los sesenta años, y necesitaban savia nueva que los sustituyera. Además, Kazakov y Andrópov disponían de una fortuna suficiente para vivir como reyes, y estaban deseando retirarse y perderse en algún paraíso cálido durante el resto de sus vidas. Kozlov reconocía que se lo merecían; si no hubiese sido por la lealtad que ambos hombres les habían demostrado a lo largo de los años, él no habría conseguido alcanzar la posición de la que ahora disfrutaba; ni siquiera podría pasar como el exitoso hombre de negocios que administraba sus variadas actividades comerciales desde su elegante oficina londinense.

Andrópov fue el primero en llegar a la oficina de su jefe y amigo Kozlov y se saludaron con un gran abrazo propio de un oso y un beso en la mejilla que evidenciaba su familiaridad. El lugarteniente había estado supervisando en Moscú el traslado de cárceles de Anatoli, y Viktor le

estaba profundamente agradecido por ello.

—El chico está bien, Viktor. He hablado con él en varias ocasiones y está arrepentido de su actuación; parece que ha madurado.

—Eso espero, Sergei, porque lo necesito a mi lado. Nos estamos haciendo mayores, y solo alguien de mi máxima confianza podría ocupar tu puesto o el de Yuri. Llevamos más de treinta años en el tráfico de drogas, y nunca hemos permitido que nos atrapen. En la próxima compra lo llevarás contigo. Tiene que aprender el negocio de una vez.

—Si es tu decisión, yo no tengo inconveniente.

Y, como buenos y viejos amigos, cambiaron el tema de la conversación por asuntos familiares y triviales mientras esperaban a Yuri Kazakov.

Una vez concretados sus asuntos laborales, el trío abandonó la oficina de Kozlov y se dirigió a una coqueta y aislada casa de campo que visitaban cuando les resultaba posible. Se trataba de un pequeño monasterio del siglo dieciséis, reformado y convertido por capricho de Viktor en mansión. Solo ellos tenían el privilegio de entrar en ese burdel disfrazado de casa de acogida para chicas provenientes de los países del Este. Cuatro inocentes vírgenes eran cambiadas todos los meses, engañadas y compradas en las empobrecidas exrepúblicas soviéticas y, una vez que satisfacían las necesidades de los tres rusos, eran regaladas a otros vory, quienes las esclavizaban y las convertían en prostitutas. Siempre estaban en deuda con Kozlov por la buena mercancía que les ofrecía; a cambio, este sabía dónde encontrar aliados cuando los necesitaba.

Según Viktor Kozlov, disfrutar un par de horas con una chica inexperta, a la que la dominaba y sometía después de ser el primer hombre que la probaba, era el único peccadillo que se permitía. No fumaba y apenas bebía, pero un par de veces por semana le gustaba acariciar una carne prieta, una piel tersa y sedosa que calmaba los deseos más lujuriosos del hombre que a su mujer hacía años había dejado de interesar.

Un matrimonio de origen checheno cuidaba de las chicas y las trasladaban cuando Viktor así lo exigía. Las alimentaban, las vestían con lencería de primera calidad; incluso las llevaban al cine para que aprendieran el idioma. Les hablaban sobre la suerte que habían tenido por encontrar a un hombre tan bueno y generoso como Viktor, que no las drogaba y que las ayudaría a encontrar un buen trabajo cuando él disfrutara de ellas en unas pocas ocasiones. Someterse a los deseos del hombre era lo menos que podían ofrecer a cambio de haberlas traído desde sus miserables pueblos. Las chicas, a veces, llegaban a creerles.

Capítulo 5

—Solo dispone de tres meses, Cameron —le advertía Vasiliev una vez más—. Debe aprovecharlos en Butirskaya y salir de allí de la mano de Anatoli Kozlov, como los mejores amigos. Cuando cometas unas cuantas fechorías durante el tiempo que estés en San Petersburgo, te arrestaremos y te trasladaremos a Moscú. Tienes que hacerte notar durante esas pocas semanas; fastidiar a los hermanos Salvinsky, entrometiéndote en sus negocios será la forma más inteligente de conseguirlo. Aunque te pueden ofrecer unirse a ellos o deciden ir a eliminarte.

—No lo lograrán, Vasiliev. Estaré preparado y le aseguro que preferirán aliarse conmigo.

—Tu mala fama en el ejército te precede; lo único que sabrán de ti es que ha sido un descarado distribuidor, bastante pendenciero y violento —Alex asintió—. Ya tenemos a varios agentes rusos infiltrados y hablando sobre tus hazañas.

—Kozlov no podrá abandonar Moscú hasta que cumpla una parte de la libertad condicional que le concederán por su excelente conducta —añadió el francés Léfèbre en un tono cínico que entendieron los demás. Era el encargado de ofrecerle toda clase de información sobre las distintas administraciones gubernamentales rusas—. Esto nos concederá entre nueve meses y un año, durante los que usted podrá consolidar su amistad con él. Acepte el trabajo que le ofrezca; nos conformaremos con eso.

Pero Alex tenía otros planes que mantuvo en secreto, planes que, si se torcían, lo desterrarían para siempre de su vida actual. Irremediablemente, un nudo apretó su garganta en ese instante en el que se dio cuenta de que pronto debería despedirse de Johanna.

—Hasta que nos conduzca a su padre —Vasiliev sentía una animadversión por Kozlov fuera de toda la lógica—, ese tranquilo y familiar hombre de negocios. Ninguna autoridad competente ha podido ponerle la mano encima en más de treinta años. Su logística es brillante y solo desde muy adentro encontraremos la manera de detenerlo.

—Parece que tiene algo personal contra él. —Vasiliev observó a Alex durante unos segundos y se preguntó si la arrogancia de ese excelente soldado no estropearía la misión que él llevaba preparando desde hacía más de dos años.

—Kozlov tiene una repugnante actividad secreta que solo conocen sus más allegados y me refiero a unos pocos hombres que forman su guardia personal.

—¿Podemos conocerla? —preguntó Alex, aunque por el modo de exponerlo Vasiliev ya se

hacía una idea—. El conocimiento es poder.

—Se dedica al comercio de niñas vírgenes para su uso personal. —Alex palideció avergonzado y el ruso le dirigió una sonrisa sarcástica. Pet y Williams parecían tan impresionados como Alex. Ellos eran militares, y el mundo policial era completamente desconocido para ellos antes de comenzar a prepararse para esa misión—. Cuando se cansa de ellas, las regala a sus socios y colaboradores. Sabemos dónde las esconde, pero no queremos intervenir hasta conocer su *modus operandi* y eliminar esa actividad para siempre. Personalmente, me gustaría que recabara información sobre ello con el objetivo de detener a sus colaboradores en Rusia.

—Vaya mierda —dejó escapar un asqueado Pet.

—Perdone nuestra ignorancia, Vasiliev —se disculpó Williams—, ustedes viven y conocen el mundo real de las calles. Nosotros somos soldados y luchamos normalmente contra otros militares.

—No me extraña que tenga tantas ganas de meterlo entre rejas —reconoció Alex con humildad; Vasiliev no se burló de su ignorancia—. Si consigo introducirme en su organización, el comercio de chicas será una de mis prioridades. Se lo prometo.

—No permita que Kozlov lo confunda —continuó Vasiliev—. Posee una gran habilidad para ser aceptado en la sociedad de cualquier país como si se tratara de un ciudadano ejemplar. —Alex solo pudo asentir ante su advertencia—. Su hijo no es nadie a su lado.

Una vez que se ultimaron los detalles finales que darían comienzo a la misión, a Alex le cayó encima todo el peso de lo que le quedaba por hacer en pocos días.

Johanna acudía nerviosa al apartamento de Alex. Habían quedado esa misma mañana antes de que Alex se dirigiera a las instalaciones donde estaba destinado. Llevaba dos días angustiada pensando en el modo en que se tomaría la noticia que debía darle esa misma noche y que no podía retrasar más. Después de ello, sabía que deberían pensar por primera vez en compartir un futuro, o quizás solo parte de él.

Alex se había esforzado por que las noches que le quedaran por compartir resultaran inolvidables. Era consciente de su actitud egoísta hacia Johanna, y solo Dios sabía el esfuerzo que le suponía dejar a la que consideraba la mujer de su vida. Si todo hubiese resultado de otra manera, si su familia no hubiera sido asesinada veinte años atrás, se casaría con Johanna y formaría su propia familia, en Londres o en Oklahoma, donde ella quisiera, porque a él le daba igual, con tal de pasar el resto de su vida junto a Jo, su pequeño colibrí. Alrededor de Johanna florecía el amor, y el pensamiento de que quizás dentro de unos meses otro hombre ocuparía su lugar lograba enfermarlo. Pero él había elegido un destino al que no la podía arrastrar, y había llegado el momento de afrontarlo. Respiró profundamente tres veces y alejó el instante de la despedida de su mente hasta que llegara el día oportuno. Se trataba de disfrutar junto a ella una noche más.

El nerviosismo que mostraba Johanna lo sorprendió durante unos segundos. Ella no sabía nada sobre la despedida que sucedería en unos días. No podía entender qué le ocurría.

La chica, sorprendida ante las molestias que Alex se había tomado al preparar una cena tan romántica, con flores, luz tenue de velas y una agradable música de jazz que sonaba de fondo, postergó la noticia para más tarde, quizás, después de hacer el amor, como sucedía cada noche. Alex la recibiría más preparado. Y se obligó a tranquilizarse y a recrearse hasta que llegara el momento.

Fue después de disfrutar de una increíble y asombrosa sesión del sexo maravilloso que ocurría entre los dos cuando Johanna encontró fuerzas para hablarle sobre lo que sucedía.

—Alex —besó el colibrí dibujado sobre su pecho desnudo y se incorporó para encontrar en sus ojos lo que necesitaba—, ¿cuándo recibirás tu destino?

—Pronto. Aún no me lo han confirmado, pero es cuestión de días.

—¿No sabes cuándo volverás? ¿De verdad que no lo sabes?

Alex se sintió violento al ver la desesperación reflejada en los ojos de Johanna y, con brusquedad, se sentó apoyando la espalda sobre el cabecero de la cama.

—Ya hablamos de esto, cariño. Podrían ser años. Y no te pediré que me esperes. No consentiré que me esperes.

Los ojos de Johanna se llenaron de lágrimas, que Alex prefería que no dejara escapar por evitar el dolor que le provocarían.

—Johanna, por favor. No lo hagas más difícil. —Ella confundió la desesperación de las palabras de Alex con apatía y con hastío—. Siempre has sido consciente de que no podríamos compartir el futuro.

—Ya veo que es fácil para ti. Y no sé por qué me sorprende.

—No es fácil —casi le gritó enojado por su reproche—. Es mi destino. Para lo que me he estado preparando desde que ingresé en la academia militar. Hace meses que lo sabes. No me hables ahora como si te hubiera engañado —añadió suavizando el tono de voz—. Quiero recordarte feliz entre mis brazos, gozando juntos como ha sucedido hace unos minutos.

—Te necesito, Alex. No puedes marcharte ahora. —Alex cerró los ojos deseando que no le suplicara—. Apenas hemos hablado de nuestros sentimientos; ambos preferimos dejarlos de lado. Pero yo te amo y sé que te amaré mientras viva. No podré olvidarte nunca.

—No sigas, Johanna. No quiero oír nada más. Sabías que este momento llegaría. No te he mentado, no te he hecho promesas. Por favor, no lo compliques. No me amargues los recuerdos. Es lo único que me voy a llevar del tiempo compartido contigo. Disfrutemos de los días que nos quedan por estar juntos. No puedo ofrecerte nada más.

—Está bien, Alex —susurró dolida y resignada—. Si es lo que deseas, no te molestaré más.

Él se levantó dando la conversación por terminada y se dirigió al cuarto de baño, ocultándole que separarse de ella no era lo que lo en realidad deseaba. En cuanto oyó el agua salir de la ducha, Johanna se vistió tan rápido como pudo y se marchó.

Con la toalla alrededor de la cintura, Alex regresó al dormitorio, que encontró vacío. Enseguida percibió que la ropa de Johanna no estaba y que se había marchado. Salió del dormitorio todo lo

aprisa que pudo y abrió la puerta de su piso, dominado por el dolor y la desesperación. El silencio y oscuridad que lo rodeaba le gritaron que Johanna no estaba allí desde hacía unos minutos. Cerró la puerta y se apoyó sobre esta.

—Mejor así —gritó a su piso vacío, conteniendo el llanto—. Maldita sea mi vida. Mejor así.

Tomaba una cerveza en un pub cercano tras salir del cuartel junto a Pet. Su amigo había observado durante toda la jornada su comportamiento más distante y frío de lo habitual, y le extrañó que no saliera con prisa para encontrarse con Johanna, como hacía cada tarde desde que la habían conocido.

—¿Dónde está Johanna? —le preguntó Pet extrañado cuando Alex pidió una segunda ronda de cervezas—. ¿Canta esta noche?

—No lo sé —respondió con un tono seco—. Hemos terminado.

Alex le ocultó que la había llamado varias veces a lo largo del día y que ella había ignorado su insistencia, por lo que daba su relación por acabada.

Pet pudo ver el dolor que atravesaron los ojos de su amigo durante unos pocos segundos, hasta que logró sustituirlo por esa frialdad que podía controlar con tanta facilidad.

—¿Cómo se lo ha tomado Johanna? —Alex sabía que Pet se preocupaba por la chica porque la apreciaba; había trabado una profunda amistad con ella y con sus primos durante el tiempo que había durado su relación—. Podías haber esperado unos días más.

—Ha sido ella quien me dejó cuando le dije que no permitiría que me esperara. Ni siquiera se despidió.

—Joder, Alex. ¿Cómo podéis acabar de ese modo? No me parece justo.

—Mejor así —dijo controlando sus sentimientos—. Me olvidará antes si piensa que soy un egoísta y que no siento nada por ella.

—¿Y tú, Alex? ¿La olvidarás? —Pet no necesitó oír la respuesta, se sintió respondido al ver la mirada de su amigo a quien nunca había visto enamorado en los doce años que hacía desde que se conocieron—. ¿De verdad que te arriesgarás a perderla para siempre?

—Es lo mejor para ella. Me olvidará y retomará su vida en cuanto vuelva a su rancho. O quizás lo logre antes.

Pet se limitó a observarlo a la vez que negaba con la cabeza. No comprendía la actitud de su amigo, ni que por saciar su sed de venganza sacrificara su intensa relación con Johanna, quizás lo que habría sido el comienzo de una nueva vida para él.

Al día siguiente, Pet comprobó lo que Johanna significaba para Alex al ver tatuado sobre su corazón un colibrí revoloteando, del tamaño de un puño. Y, a modo de brazalete, un alambre de espinos con cinco corazones engarzados adornaba su brazo derecho. Alex llevaba marcado en su cuerpo a las personas que más había amado en su vida y que había perdido, como señales

inolvidables, cicatrices que habían calado en lo más profundo de su corazón.

Capítulo 6

Había pasado cinco meses en Moscú, tres de estos fuera de la cárcel. No le fue difícil ganarse la amistad de Anatoli Kozlov mientras estuvieron presos, dándose a conocer como el hijo del mejor amigo de su padre, con quien se sentía en deuda por el consuelo que le había ofrecido cuando era un niño. Sus habilidades en la lucha cuerpo a cuerpo, su experiencia en combat sambo y en el uso de toda clase de armas sacó de varios apuros al desafiante y provocador Anatoli. Este, agradecido, le ofreció convertirse en su sombra a cambio de una gran cantidad de dinero, que a Alex le pareció excesiva pero que fingió recibir como un elogio.

Manténía siempre una frialdad profesional a la que Anatoli no estaba acostumbrado, ya que los guardaespaldas que lo acompañaban habitualmente lo trataban mostrando poco respeto, como si él fuera un colega, algo que le molestaba porque era el hijo del *pakhan* más importante de Rusia, y solo intentaban obtener provecho de su situación económica privilegiada. Alex prefería darle el lugar del que se suponía que merecía; por eso se ganó su confianza con tanta facilidad, el del jefe a quien proteger y servir, siendo poco expresivo respecto a sus sentimientos y sus necesidades y estando absolutamente pendiente del hombre que le pagaba. Gracias al excelente comportamiento profesional y al apellido Yulenko, se convirtió con rapidez en la mano derecha del joven Kozlov, quien, desde que había abandonado la prisión, no daba un paso sin él.

Anatoli le parecía a Alex un hombre despreciable, tal y como conocía por su historial previo. Sin honor, sin sentido del deber, irresponsable e impulsivo, se pasaba el día conduciendo coches caros que llamaran la atención y se rodeaba de mujeres superficiales y sedientas de los lujos que les podía ofrecer. Su vida transcurría en bares y discotecas, o en salas de juegos o en de strippers. Y, aunque ya lo sabía, le resultaba lamentable; le asqueaba tener que acompañarlo y ser testigo presencial de esa vida licenciosa.

Alex conoció personalmente a Sergei Andrópov, mano derecha de Viktor, en una de las visitas que este le había hecho a Anatoli enviado por su padre. Y el brigadier se sorprendió al oír su apellido.

—¿Alexander Yulenko? ¿El hijo de Alexander Yulenko? —Sergei asintió sin esperar su respuesta—. No hay duda. Eres idéntico a tu padre, muchacho. Pero creía que vivías con tus abuelos en Londres.

—Hace algún tiempo que me vine a Moscú —empleó el tono de voz susurrada y discreta al que

se había acostumbrado y que logró estremecer a Andrópov durante unos segundos al recordar al padre del muchacho.

—La patria te ha llamado. Tu padre estaría orgulloso de ti por no renegar de los suyos. ¿A qué te has dedicado hasta ahora? ¿Por qué te condenaron?

—Por lo mismo que a Anatoli. Tráfico de drogas. Llevaba unos meses trabajando por mi cuenta; trapicheos de poca importancia que me han ayudado a sobrevivir.

—¿Qué has hecho con la herencia de tu padre? —le preguntó Andrópov algo incrédulo—. Es imposible que te hayas gastado esa inmensa fortuna.

—Mi abuelo la puso bajo un fideicomiso y no puedo tocarlo hasta que mi abuela fallezca —respondió con desprecio y fingiendo odiar la situación—. Así que, durante los últimos meses, continué con mis negocios y realicé algunos trabajos pagados, hasta que decidí independizarme. Alguien me traicionó, creo de entre los Salvinsky, e informó a algunos de los policías que tienen comprados para quitarse un competidor. Por suerte me había deshecho de la mercancía, y solo me quedaba lo que alegué como consumo propio. He pasado unos meses en la Butirskaya por reincidente.

Por supuesto, Vasiliev había falsificado un buen historial policial que apoyaría la mentira de Alex, en caso de que alguien investigara sobre su pasado delinquido.

—Un golpe de suerte para mí —reconoció Anatoli—. Sergei, deberías verlo luchar cuerpo a cuerpo. Es invencible en el sambo y maneja cualquier clase de arma. Y, en cuanto supe su apellido, estuve convencido de que mi padre lo aprobaría.

—Entonces no te separes de él mientras sigas en Moscú. Tu madre está muy preocupada por ti, y le darás una alegría cuando sepa que estás en buenas manos.

—Ya —dijo desganado—. Pero es incapaz de venir a verme. Propio de mi madre. Seguro que le pondrá la cabeza como un tiovivo a mi padre. ¿Cómo está mi viejo?

—Deseando que regreses a casa y te decidas a trabajar con él en serio —lo miró con un gesto gruñón que no causó ningún efecto en Anatoli—. Tienes que aprender el oficio de tu padre, muchacho. Ya nos estamos haciendo mayores, y no estaremos siempre dispuestos a salvarte el culo. Espabila de una vez.

—Dile a mi padre que, a partir de ahora, no daré un paso sin que él lo apruebe o me lo ordene. No me volverán a encarcelar. Puedes estar seguro. Y, en cuanto regrese a Londres, me convertiré en la sombra de mi viejo —prometió henchido de orgullo—. Tienes razón, debo aprender de él.

—A ver si es verdad —comentó Sergei incrédulo y golpeando la espalda del joven—. Ya necesito un relevo.

—Yo te lo daré. —El guiño que le ofreció provocó la carcajada de Andrópov.

Anatoli sería un inútil, pero sabía ganarse a la gente aprovechando su atractivo, su natural desparpajo y su simpatía. Kozlov no sabía aprovechar las cualidades de su hijo, según pensó Alex en ese momento mientras se reía con su jefe.

Sergei Andrópov aparentaba más edad de los sesenta y dos años que tenía debido en parte a los

cuarenta kilos que le sobraban y a su cabellera frondosa pero casi blanca. Detrás de ese aspecto de abuelo bonachón se escondía un criminal implacable. A lo largo de su vida, había asesinado con frialdad a cualquiera que fuera un estorbo en el camino de su jefe, a quien le guardaba absoluta lealtad. Conocía las rutas de la droga desde Afganistán mejor que nadie y, personalmente, a todos los comerciantes con los que mantenía negocios; para ello se había rodeado de una red de fieles informantes a quienes sobornaba con suculentas sumas de dinero y daba a conocer su fama de brutal asesino como argumento por si se les ocurría traicionarlo. Alex creía que no existiría en toda Rusia un criminal más respetado que él.

Esa misma tarde dejó a Anatoli en casa ocupado con su última amante, una modelo de veintiún años, deseosa de salir de Rusia para desfilarse en las pasarelas de otros países. Tenía una cita con Pet en un local del centro.

Ahora que estaba libre de la cárcel, solían citarse una vez a la semana en cualquier tugurio que les ofreciera la intimidad del anonimato. Por los caros trajes que vestían, parecían dos jóvenes ejecutivos que salían de trabajar y entraban en un bar a tomar una copa tras una larga jornada laboral.

Después de informarle sobre los planes de futuro de Anatoli que había comentado con Andrépov, Pet se mostraba muy serio esa tarde, angustiado, nervioso y ausente; apenas si era capaz de mantener la atención en los comentarios de Alex.

—¿Qué ocurre, Pet? ¿Hay algún problema? —preguntó preocupado.

—Alex, esto no tiene que ver con el trabajo. Y tampoco estoy seguro de que quieras saberlo; pero, si se tratara de mí, no te perdonaría que no me lo contaras. Así que he decidido informarte. — El tono frío impropio de Pet lo alertó.

—Habla ya —le exigió angustiado.

—Hace unos días, antes de regresar a Moscú, encontré a Johanna. —El pulso de Alex se aceleró de repente, y un intenso sofoco subió a su rostro; llevaba seis meses sin verla y sin saber de ella y aún era incapaz de sacársela del pensamiento. Ni siquiera había podido estar con una de tantas mujeres que le ofrecía Anatoli, incapaz de traicionar sus profundos sentimientos.

—¿Se encuentra bien? —susurró distante.

—Está preciosa y embarazada de siete meses —le soltó de carrerilla y después suspiró—. Ya te lo he dicho.

—¿Cómo?

—Embarazada de gemelos, Alex. Los bebés son dos niños.

Alex cerró los ojos; respiró profundamente en un intento de aliviar el nudo que le oprimía el pecho y controlar la corriente nerviosa que recorría su cuerpo, haciéndolo temblar. De repente, la conversación que mantuvieron antes de la dolorosa despedida invadió su mente y cobró sentido.

«No puedes marcharte ahora». «Te necesito». Ese fue el motivo de su súplica, que él cortó con toda la brusquedad que pudo exigirse. En ese instante entendía el motivo de su huida irracional tan poco habitual en ella, que siempre se mostraba tranquila y razonable. Su orgullo de princesa comanche la empujó a marcharse sin contárselo. No le había permitido hablar; había preferido no escucharla, la había echado de su lado y ella se había alejado de él sin confesárselo.

—Por lo visto, el trabajo que estaban realizando en la universidad ha resultado un éxito y le han prolongado la beca unos meses más. —Pet se restregó la cara con ambas manos—. Dios, Alex. Sus primos por poco me pegan nada más acercarme a saludarla; temían que anduvieras cerca. Menos mal que ella los tranquilizó. Luego se disculparon, y creo que incluso se alegraron de verme.

—¿Preguntó por mí? —Su voz no ocultó la angustia que sentía.

—No mostró interés por saber dónde estabas ni cómo te encontrabas. Fui yo quien me interesé por conocer los detalles de su embarazo. Te juro que no he visto a otra mujer a la que le siente mejor la maternidad, a pesar del barrigón que tiene. —Pet mostró una sonrisa que desvelaba la ternura que siempre le había despertado Johanna—. Está guapísima. Cenamos juntos y toqué su barriga cuando los bebés se movían dentro —suspiró emocionado—. Fue una sensación increíble.

Alex odió a su amigo durante unos segundos por haber disfrutado de una experiencia que le pertenecía a él. Intentaba calmarse y pensar con claridad porque no le quedaba mucho tiempo antes de separarse de Pet. No podría conocer a sus futuros hijos en ese momento de su vida en el que había dejado aflorar la personalidad del ruso vengativo que vivía en él, así como tampoco podía disculparse ante Johanna por apartarla de su vida cuando más lo necesitaba, ni asumir la paternidad que le correspondía físicamente. Lo único, y práctico, que podría hacer era ofrecerle la ayuda económica a la que se sentía obligado como padre.

—Esto lo cambia todo —comentó con una frialdad más fingida que nunca—. Tienes que hacerme un favor, Pet. Habla con mi abuela. Cuéntaselo y di que le pido que haga por Johanna cuanto pueda, que le ofrezca su apoyo, su cuidado y su compañía cuando lo necesite. Mis hijos serán la única familia que le quede y, tanto a ella como a Nastia, estoy convencido de que les gustaría verlos crecer. Estoy seguro de ello. —Pet lo escuchaba admirado por su control; se limitaba a asentir a sus angustiosas peticiones—. Habla con Williams. Debo ayudar a Johanna, aunque solo sea en la parte económica. Encuentra los datos bancarios de Johanna y que le ingresen mi nómina íntegra. Yo no necesito más dinero; Anatoli ya me paga un sueldo exagerado por mi trabajo. —Durante unos pocos segundos Pet vio cómo su amigo se sintió abrumado por la noticia que acababa de darle; por fin Alex demostraba algo de la humanidad que no aparecía desde que Johanna se había alejado de él—. Mi abuela debe cambiar mi testamento, que lo ponga todo a nombre de los tres. —Miró a Pet con intensidad y desesperación—. Dispone de un poder notarial que le permitirá realizar las gestiones necesarias. —Se calló un instante e intentó controlar la angustia que lo dominaba por completo—. ¿Qué más puedo hacer por ellos desde aquí?

—¿Quieres que le diga algo a Johanna? Puedo ir a verla de tu parte. —De forma inconsciente,

Alex se llevó la mano al pecho, donde tenía tatuado el colibrí, que le recordaba continuamente la maravillosa historia que habían compartido.

«Dile que me perdone por no escucharla antes de despedirnos, por no saberla entender. Dile que la quiero con toda mi alma y que lo que más me gustaría en esta vida es estar a su lado y criar juntos a nuestros hijos», pensó Alex.

—No —fue su respuesta real—. Que mi abuela le informe de la parte económica que dispondré para ellos y que reconozca a mis futuros hijos como sus nietos. Es mi deseo que no les falte de nada, pase lo que pase conmigo, y que sea amable y cariñosa con Johanna, aunque creo que eso no será necesario. Háblale de lo buena chica que es y de la maravillosa persona que será la madre de mis hijos. Ahora tengo que irme. —Se levantó y agarró con fuerza el hombro de su compañero y amigo—. ¿Harás esto por mí?

—Cuenta con ello. —Lo vio marchar cabizbajo y aún tembloroso—. Podrías llamarla, hacerle saber que sigues vivo y explicarle tu situación. Creo que ella lo entendería.

—No lo merezco, después de como permití que se alejara de mí. —Se marchó—. No merezco que me perdone.

Pet vio a su amigo tan desconcertado, a pesar de su intento por ocultarlo, que lo siguió hasta asegurarse de que se reponía de la noticia.

Alex llegó a una concurrida plaza; se sentó en un banco con los codos apoyados en las rodillas y con la mirada perdida en la distancia. Pet estuvo tentado de sentarse junto a él y ofrecerle el consuelo que necesitaba, pero hacerlo supondría un riesgo que no podían correr y, por descontado, el orgulloso Alex no se lo permitiría.

Ni siquiera había dudado de la veracidad de la noticia. Recordó la noche que esos niños se concibieron porque no habían cometido otro error. O quizás sería mejor decir que no habían sufrido otro percance cuando, deseoso por poseer a Johanna, después de pasar un día sin verla, la había echado tanto de menos que se apresuró a ponerse un preservativo, que se rompió en su interior. No le dieron más importancia al único fallo que habían cometido en ese aspecto. ¿El destino? ¿Predicciones de viejos y supersticiosos indios? Pensó Alex dolido y furioso consigo mismo, con Johanna y con la vida.

No le importaba lo que le sucediera si se enfrentaba a unos asesinos mientras pudiera vengar la muerte de su familia. Él lo había elegido. Pero ¿y ella? ¿Qué futuro había preparado para Johanna sin pretenderlo? Ella lo tendría siempre presente como el padre de sus hijos y, conociéndola, estaba convencido de que tardaría mucho tiempo en perdonarlo por haberla abandonado cuando más lo necesitaba a su lado. ¿En qué clase de hombre se había convertido? Él había visto el ejemplo de su padre y el de su abuelo materno, ambos hombres honestos, leales y responsables. ¿Qué clase de padre sería él si ni siquiera podría estar junto a su mujer en el momento en que sus hijos nacieran?

Su padre había perdido la vida cuando había decidido poner fin a su carrera criminal como traficante de drogas. Cuando se casaron, su ingenua y joven esposa creía que era un hombre rico y

poderoso dedicado al mundo del petróleo. Pero descubrió su verdadera fuente de ingresos dos años después de haber nacido sus hermanas. Entonces, Caroline, su madre, avergonzada por los negocios ilegales de su marido, lo abandonó, se marchó a Londres y se llevó a los tres hijos con ella. Alexander Yulenko padre era un hombre leal, enamorado profundamente de su familia, y cedió ante las peticiones de su esposa. Dejaría sus turbios negocios en el menor espacio de tiempo posible; ya había amasado una fortuna considerable con la que vivirían sin estrecheces el resto de sus vidas, y se marcharían a Londres, cerca de la familia de Caroline, donde se dedicaría a sus trabajos legales. Solo le pidió a su mujer tiempo para deshacerse de sus asuntos criminales de los que dependían muchas personas, ante los que sentía la obligación de proteger. Sin embargo, no pudo culminar su promesa.

Alexander Yulenko, a los cuarenta años, estaba dispuesto a dejarlo todo por conservar a su familia. En ese momento pensó que su padre no estaría muy orgulloso de él. Sobre todo porque, aunque Johanna le hubiese dicho que estaba embarazada, a pesar de amarla como nunca había sido capaz de amar después de haber perdido a su familia, él no habría rechazado la misión ni la oportunidad de acabar con los responsables de la muerte de sus padres, sus hermanas y su gran amigo, Kostia. Estos recuerdos le impedían vivir en paz. No, nada ni nadie lo habría detenido, y reconocerlo en ese doloroso instante lo mortificaba más.

Capítulo 7

Planeó marcharse a casa antes del octavo mes, pero su embarazo se había complicado y el médico le había recomendado reposo absoluto. Sus bebés tendrían que nacer en Londres. Su padre llegaría en pocos días y también lo haría su madre una semana después. La culpabilidad que sentía por trastocar las obligaciones de su familia la agobiaban cada vez que lo recordaba. Mientras, Ben y Gerome se encargaban de que abandonara la cama solo lo imprescindible.

—¿Quién eres y qué has hecho con Johanna? —le dijo a la imagen que reflejaba el espejo del cuarto de baño—. No pareces tú. Pareces algo así como mitad mujer y mitad ballena.

No había engordado más de lo debido, pero su cara se había llenado, y los rebosantes pechos la habían convertido en otra mujer. También era más madura y prudente. Quizás esos cambios estuvieran relacionados con el dolor que la ignorancia de Alex le había provocado, el dolor de su frialdad, de no haber escuchado de sus labios una respuesta cuando ella le había dicho: «Te amo y siempre te amaré». Él le dio la espalda en cuanto pronunció esas palabras y ella, profundamente dolida, huyó porque no podía enfrentarse a la apatía del hombre al que tanto quería. Cada día que pasaba comprendía que solo había sido una diversión, una distracción para Alex antes de que se marchara destinado donde fuera. Ni un mensaje, ni una llamada, ni una carta después de encontrarse con Pet, quien seguro le habría comentado la noticia. Nada. Estaba totalmente convencida de que ella no había significado nada para él.

Gerome, que llamó a la puerta que ella misma abrió, interrumpió sus repetitivos pensamientos, que poblaban su mente más de lo que le gustaba.

—¿Qué haces levantada? —la regañó enseguida. Se sentía una persona afortunada por contar con sus dos fabulosos primos y con el firme apoyo y consuelo del resto de la familia—. Sabes que no debes estar de pie durante mucho tiempo.

—Acabo de salir del baño. No me regañes —dijo con una sonrisa divertida y fingida—. Todavía no ha llegado el momento en que me tengas que sentar en la taza del váter.

Se estaba acostumbrando a fingir que era feliz; aunque estaba ilusionada por el nacimiento de sus dos hijos, la ausencia de Alex continuaba rompiéndole el corazón cada día de su existencia.

—Tienes una visita, y no sé si te apetecerá conocer a la mujer que se ha presentado sin avisar.

—¿Quién es? —preguntó extrañada—. ¿Es alguien de la universidad? ¿No me irán a retirar la beca después de todo lo que hemos trabajado por sacar adelante ese nuevo proyecto? —protestó

—. Estoy trabajando en casa y solo estaré de baja dos meses...

—Es la abuela de Alex —la interrumpió Gerome al ver que comenzaba a enfadarse—. Dice que le gustaría conocerte y hablar contigo unos minutos. —Johanna no supo qué decir y miró a su sensato primo esperando que le aconsejara—. Parece una buena persona. No te hará daño escuchar lo que te tenga que decir.

—De acuerdo —susurró—, pero me gustaría que te quedaras conmigo.

Gerome suspiró poniendo los ojos en blanco, pero accedió a acompañar a su prima. Y se dirigieron a la sala donde ella pasaba la mayor parte del día recostada en una *chaise longue*, lugar donde se acomodó antes de que la mujer comenzara a hablar.

—Soy Madeleine Cameron —se presentó la anciana delgada y elegante de corta melena plateada y perfectamente peinada—. La abuela de Alex. Lamento no haberte avisado con antelación sobre mi visita. Espero no ser inoportuna.

—No lo es. Tengo que guardar reposo y solo me levanto para ir al baño o a la cama. Soy Johanna Wolfe y esto —dijo tocándose el vientre y provocando una sonrisa en la mujer— es un embarazo de más de siete meses. Gemelos.

—Las hermanas de Alex eran gemelas. ¿Hay antecedentes en tu familia? —preguntó la anciana, admirando la belleza del rostro de la chica.

—No que sepamos. Él es mi primo Gerome.

—Sí, estoy informada de que vives con tus primos Benjamin y Gerome. —Extendió una mano que el muchacho apretó con respeto—. Pet os aprecia sinceramente. Encantada de conocerte. — Un tenso silencio invadió la pequeña pero confortable sala de estar después de nombrar a Pet, sin que fuera necesario mencionar al padre de sus hijos.

—Siéntese, por favor —le pidió Johanna con amabilidad y como muestra de sus buenos modales— y explíqueme a qué ha venido. —Maddie sonrió con un ligero temblor en su barbilla y Jo contempló unos ojos que le recordaban al color de los de Alex y que en ese instante estaban inundados de lágrimas que pugnaban por escapar.

—Mi nieto... No sé dónde está —aclaró apenada—. Se ha enterado de que va a ser padre y me ha pedido que te conozca. Soy la única familia que le queda y es su deseo que yo... —La mujer no pudo contener las lágrimas.

—Cálmese, señora Cameron —le pidió Johanna en su tono más amable. La anciana sacó un pañuelo de su cartera y se secó los ojos con suavidad.

—Vas a ser parte de mi familia. Así que, por favor, llámame *Maddie*.

—Gerome, ¿te importaría traernos algo de beber? ¿Te apetece una taza de té, Maddie?

—Sí, cariño. —A Maddie se le fue la mano hacia el antebrazo de la chica y lo apretó con ternura—. Una taza de té me vendría muy bien en estos momentos.

Gerome se dirigió a la cocina, y Maddie se levantó y comenzó a pasearse nerviosa por la sala.

—¿Por qué no se lo dijiste a Alex? Yo habría tenido la oportunidad de conocerte antes de que Alex se marchara.

—Lo intenté. —La triste sonrisa de Johanna hablaba de sinceridad—. Pero él no quiso escucharme. —Maddie emitió un lamento y se esforzó de nuevo por contener el llanto—. No pasa nada, Maddie. Ninguno de los dos provocó el embarazo y tampoco lo deseábamos. Fue un accidente.

—Menudo accidente llevas en tu vientre. —Johanna soltó una carcajada con la que descargó parte de su nerviosismo.

—Teniendo en cuenta que serán dos...

—¿Dos niños? —Johanna asintió acariciándose con ternura su voluminosa barriga.

—Maddie, si tiene la oportunidad de ponerse en contacto con Alex, dígale, por favor, que no se preocupe. No voy a exigirle nada, ni a él ni a ti. A esta hora yo tendría que estar en casa, en Oklahoma, pero mi estado delicado me ha impedido viajar. Dentro de unos días vendrán mis padres y, en cuanto me recupere, volveré al rancho de mi familia, donde vivo y donde espero que crezcan mis hijos.

—Temo mucho que mi nieto no consienta que te desentiendas de él. —Ese comentario despreocupado de la anciana alteró a la chica—. Si conoces a Alex, sabrás que es un hombre con un sentido del deber desmesurado.

—Esto no tiene nada que ver con su sentido del deber. Los hijos están relacionados con el amor —hablaba con una sorprendente calma que dejaba a Maddie impresionada—. Y, si se trata de dinero, mis padres me ayudarán en lo que sea necesario hasta que pueda incorporarme al mundo laboral. Están encantados con la idea de ser abuelos. Alex tiene su vida donde sea que esté ahora mismo y, si regresa, la continuará aquí. Mi vida está en los Estados Unidos junto a mi familia. Eso era lo único que teníamos los dos claro antes de separarnos. La nuestra fue una relación a extinguir en cuanto Alex recibiera su destino o a mí me denegaran la beca de investigación. Y mi embarazo no va a cambiar nada.

—Desde luego eres una mujer digna de mi nieto —comentó Maddie admirada ante una orgullosa Johanna.

Gerome interrumpió la conversación al entrar en la sala con las tazas de té sobre una bandeja que puso sobre la mesa.

—Tienes un pelo precioso, Gerome —dijo Maddie sonriendo al muchacho, que le agradeció el halago con una blanca sonrisa—. Sois muy guapos los dos.

—No me siento precisamente guapa en estos días —bromeó Johanna, y su primo le tiró de la trenza, que comenzaba a tejer con la mitad de su frondosa cabellera negra.

—No te conocí antes, pero se te ve radiante.

—La verdad es que estoy deseando conocer a mis niños...

—Todos lo estamos —la interrumpió Gerome—. Serán los primeros bisnietos de nuestro abuelo.

—Y también serán los míos. Por ello te pido que me permitas visitarte y formar parte de la vida de mis bisnietos. —De nuevo se emocionó—. Tengo ochenta y un años y, aunque me encuentro

bien de salud, no sé cuánto tiempo me queda, pero me encantaría disfrutar de ellos durante el resto de mi vida.

—Puedes venir cuando lo desees, Maddie —se ofreció Johanna sin dudar—y, si me das tu teléfono, no tendré inconveniente en avisarte cuando llegue el momento del parto.

Maddie suspiró emocionada y se levantó del sofá.

—Me habían hablado muy bien de ti, Johanna. Ya veo que Pet no ha exagerado con sus halagos. Pero en persona has resultado mucho mejor que en las referencias.

Besó a Johanna en la frente y, cuando se dirigía a la puerta seguida por Gerome, se detuvo un instante y se giró para decirle algo más.

—Mi nieto es un chico listo. Imagino que sabrá cuánto vales y no te dejará marchar.

Johanna fue a protestar, pero Maddie no le dio opción al salir del apartamento con la misma elegancia y discreción con la que se había comportado durante la visita.

—Es una buena mujer, Johanna —dijo Gerome disculpando el último comentario de la anciana—. Y merece conocer a los hijos de su nieto, su única familia.

—No voy a negárselo, ya me has oído. Ella no tiene nada que ver con Alex.

—No lo entiendo, Jo. ¿No puede telefonarte o mandarte un correo electrónico o una simple carta? Se trata de sus hijos.

—Los dos sabíamos que tendríamos que separarnos. Lo aclaramos desde el principio.

—Pero tú sigues enamorada de él —replicó enojado.

—Ese es mi problema. Y espero que mis hijos me ayuden a superarlo.

—O a empeorarlo —susurró Gerome en el mismo tono.

—Afortunadamente, tengo más suerte que Alex en ese aspecto. Él solo tiene a su abuela y a Nastia, y yo tengo un abuelo, mis padres, cuatro tíos con sus mujeres correspondientes y catorce primos que me distraerán lo suficiente y me ayudarán a olvidar al padre de mis hijos —detalló con optimismo—. Al menos a que deje de amarlo, de... —suspiró intentando aliviar la pena que le provocaba el recuerdo de Alex—. Además, recuerda que en casa me espera un guerrero blanco que me acompañará durante el resto de mi vida.

—Eso piensa el abuelo —afirmó Gerome recordando el presagio de su anciano abuelo, quien rara vez solía errar en sus profecías—. Y ojalá no se equivoque en esta ocasión.

Capítulo 8

Alex se levantó temprano y, tras una sesión extenuante de pesas y de vapulear el saco de boxeo hasta dejarlo blando, dejó a Anatoli en los brazos de otra de sus exuberantes amantes, convencido de que no se levantaría hasta pasado el mediodía. Él no podía dormir más de tres o cuatro horas en las que los recuerdos de Johanna lo asaltaban con una crueldad desalentadora. Quizás el problema se viera agravado porque aprovechaba su insomnio para escuchar la dulce voz de Johanna en su ipod, en sus canciones comanches que había bajado de Youtube. Si pensó que el tiempo enfriaría sus sentimientos hacia ella, no pudo estar más equivocado, sobre todo sabiendo que estaba a punto de dar a luz, si no había sucedido ya, y la imaginaba cantándoles a sus hijos esa preciosa nana que a él lo había cautivado la noche en que la había conocido.

Mil dudas se agolpaban en su cerebro: llamarla o escribirle para hacerle saber que estaba ahí, que no había dejado de amarla ni de recordarla un solo segundo desde que se habían separado; pedirle que lo esperara porque no era tan fuerte como creía y se veía incapaz de perderla o de mantener la ilusión por salir con vida de esa misión de venganza autoimpuesta. Ni siquiera sabía si aún permanecía en Londres. Lo último que supo por Pet fue que su abuela la había visitado y se estaba gestionando el papeleo que había encargado. Y tanta incertidumbre lo estaba volviendo loco.

¿Cuánto duraría esa misión en la que había deseado involucrarse más que cualquier otra cosa en su vida? ¿Cuántos meses de disfrutar de la compañía de Johanna y de sus hijos le robaría? ¿Ella lo aceptaría a su lado después de como se estaba comportando? ¿Acaso si llevaba a cabo su venganza podría dar la operación por terminada? ¿No le exigirían más? Un ingenuo. Fue un ingenuo durante quince años y, solo al perder lo único que le importaba en la vida, se había dado cuenta. El honor. El deber. Al abandonar a Johanna embarazada y no estar junto a ella cuando nacieran sus hijos, había perdido su honor y el primer deber de un hombre: permanecer junto a su familia. Como intentó hacer su padre a lo largo de su corta vida.

Caminaba por unas calles que le resultaban familiares y que le traían recuerdos de su niñez. Sobre todo de la paz de espíritu y seguridad que sentía en esa etapa de su vida y que solo había

recobrado en los momentos compartidos con Johanna. Llevaba dos semanas sin ver a Pet, ya que se había visto obligado a viajar a Afganistán para investigar sobre los proveedores de Kozlov. Anatoli era como un libro abierto; confiaba en Alex y hablaba más de lo que debía, afortunadamente para ellos y sus jefes, que avanzaban en la investigación a pasos agigantados.

Llegó al Estanque del Patriarca, recordando las veces que había patinado en invierno sobre su hielo y cómo durante el verano hacía navegar su barco teledirigido con ayuda de su padre o de Kostia. Lo rodeó hasta llegar a la calle que conducía a la puerta de la casa, donde había vivido junto a su familia. Se trataba de un pequeño palacete del siglo diecinueve comprado con dinero sucio. Lo vendería y donaría el dinero que obtuviera a una institución benéfica infantil. Intentaría continuar con el camino que habían decidido seguir sus padres al salir del mundo del crimen. Estaba convencido de que aprobarían su decisión.

Desde que se había trasladado junto a sus abuelos a Reino Unido, la hermosa casa había permanecido cerrada. Su abuela no quería que la vendiera, pero él lo haría. Los recuerdos maravillosos estaban guardados en su memoria, y no en un palacete que representaba la parte oscura del hombre que fue su padre. Formaron una familia muy unida gracias a la determinación y coraje de Alexander padre y a la entrega y a la confianza que su madre había tenido en él. Un hombre criado en orfanatos estatales valoraba de forma exagerada los lazos afectivos que había forjado junto a la joven inglesa que le había robado el corazón y, en los peores momentos de su matrimonio, había luchado por permanecer junto a su mujer y sus hijos de los que no se podía separar, su mayor orgullo y el mayor éxito alcanzado en su vida. Es lo que siempre le oía decir cuando él, ingenuamente, le preguntaba por su trabajo.

—Los negocios no son importantes, Alex; un día van mejor y otro peor. Un hombre que consigue formar una familia como la nuestra y es capaz de mantenerla unida gracias al amor y a pesar de los problemas que surjan puede considerarse un triunfador.

Según la teoría de su padre, Alex estaba abocado al fracaso. Y él mismo lo había elegido.

Se preguntó quién tendría las llaves de su magnífica casa, pero no era el momento adecuado para interesarse por eso. Comenzó a alejarse con miles de hermosos y reconfortantes recuerdos en su mente, en dirección al fastuoso y decadente piso de Ostozhenka, donde vivía con Anatoli. Debía concentrarse en su trabajo y en averiguar quién había aniquilado a su familia y de ese modo, quizás lograra apartar de su mente a Johanna.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Anatoli a la vez que abría el frigorífico y sacaba una jarra de zumo de naranjas que alguien habría exprimido para él—. Te levantaste antes de que me durmiera —presumió con una gran sonrisa de satisfacción en su rostro.

—He estado en la casa de mis padres, junto al estanque —contestó el hombre frío e imperturbable en el que se transformaba Alex mientras trabajaba—. No había estado allí hasta

hoy.

El rostro de Anatoli palideció.

—Tío, lo que le hicieron a tu familia fue de locos. Dos niñas pequeñas. ¿Qué hijo de puta haría algo así?

—Eso me gustaría saber.

—Tengo un colega en la policía. No trabajaba aún en esa época, pero quizás podría ayudarte, si aún siguen conservando los expedientes.

—Si pudieras ponerme en contacto con él, te lo agradecería.

—Nada de agradecimientos. Te debo mi vida tres veces. Siempre estaré en deuda contigo. —Bebió un largo trago de zumo y se quedó observando a su amigo con una sonrisa pícara en su cara.

—Dime la verdad, Alexander. ¿Eres gay? —A Alex se le escapó una carcajada—. Llevamos tres meses fuera de la trena y aún no te he visto con una chica. Joder, incluso las ignoras.

—Te aseguro que no soy gay. —Alex recordó que antes de conocer a Johanna era como Anatoli: una mujer cada noche si se presentaba la ocasión, sin compromisos, sin nada que ofrecer—. Pero soy demasiado selectivo con las mujeres —fue el modo que encontró para justificar su inapetencia sexual, algo impensable para Anatoli—. Prefiero poco, pero debe ser excelente.

—¿Y cómo lo soportas?

—Ya sabes que me entreno duro cada día. Eso desgasta. —Anatoli rió—.

—Muy bien, Alex, tú machácate en el gimnasio por los dos. Yo prefiero agotarme en la cama entre las piernas de una hermosa mujer. Pero, cuando encuentres una que te ofrezca lo que deseas, espero conocerla. Debe ser alguien muy especial.

—Será un placer presentártela —contestó acompañando sus palabras con una leve inclinación de cabeza.

—Tenemos trabajo. Mi padre me ha pedido que me reúna con Dimitri Nazarov. Debo conseguir que deje a los Salvisky y colabore con nosotros. —Alex se limitaba a escuchar y a asentir de vez en cuando—. Queremos ampliar nuestra red de distribución de heroína gracias a Nazarov, y él controla gran parte del mercado de San Petersburgo. Se está preparando una operación en la que compraremos cinco toneladas de heroína y hay que colocarla lo más rápido posible. —Anatoli se pasó las manos por el pelo alborotándose en un gesto de desesperación—. ¡Joder, Alexander! Si no logro hacer bien esto, mi padre no confiará más en mí después de permitir que me detuvieran, y quiero empezar a tomar el mando de algunos aspectos de sus negocios. Tengo que hacerme mi sitio en este mundo.

—Lo entiendo. Estás acostumbrado a vivir rodeado de este lujo, y eso cuesta mucha pasta mantenerlo —se burló Alex mirando a su alrededor.

—Pero también quiero que me tomen en serio por mí mismo, y no por ser el hijo de Viktor Kozlov.

Alex se compadeció de Anatoli y, convencido de que no tardaría mucho en morir a causa de la alocada vida que llevaba y de los riesgos a que se exponía debido a su carácter impulsivo,

decidió darle un buen consejo que consolidaría su confianza en él.

—Si lo que pretendes es que te tomen en serio, compórtate como eres en realidad.

—¿Cómo soy? Solo soy un golfo, Alexander —reconoció con una humildad que era incapaz de mostrar a nadie más—. Las ganas de juerga me pierden.

—Bueno, eso también. —Anatoli se rio—. No tienes que actuar como un matón de los bajos fondos, para eso ya me tienes a mí. Eres un hombre atractivo, elegante, carismático y con sentido del humor. Aprovecha tus cualidades; tienes un don para hacerte querer y admirar, algo muy difícil de encontrar. Y te metes a la gente en el bolsillo con una sonrisa. Después de eso, solo te queda cumplir tu palabra, ser extremadamente formal, demostrar honor y respeto por tu familia y te aseguro que todos te tomarán en serio. Tu padre tiene un modo de hacer las cosas, y tú debes encontrar el tuyo. No se trata de imitarlo, ¿entiendes?

Anatoli lo miró durante unos segundos mientras reflexionaba sobre las palabras que le había dicho; en silencio, se dirigió a su dormitorio a vestirse para la cita.

—Creo que tienes razón —Anatoli comenzó a hablar repentinamente sentado al volante del lujoso Mercedes que conducía entre el tráfico moscovita—. Hasta ahora me he dejado influenciar por el modo de actuar de mi padre; por eso todo me ha salido mal. A partir de ahora seré yo mismo y dirigiré los negocios a mi modo.

—Muy bien, Anatoli. Yo estaré a tu lado apoyándote.

—Cuento contigo. Y comenzaremos hoy con Nazarov. Voy a ganarme su participación.

Y Alex pensó, tras esa breve conversación que, si Anatoli tenía éxito en el asunto que tratarían ese día, se habría ganado su total confianza.

Fueron recibidos en el lujoso restaurante como verdaderos príncipes. Viktor Kozlov era un hombre temido y respetado en Moscú, lo que facilitaba el terreno a Anatoli. Pidieron una buena botella de vino y esperaron la llegada del tercer hombre, que no tardó mucho en aparecer. Los dos jóvenes se levantaron para saludarlo con un apretón de manos y mostrando más respeto del que Nazarov merecía, según pensó Alex.

Nazarov rondaba los cuarenta años, pero sus kilos de más y su mal estilo en el vestir lo hacían parecer mayor. Pasaba más por un vendedor de seguros desesperado por alcanzar su cuota que por el narcotraficante que era, famoso por su gusto por la violencia, sin importarle la edad ni sexo de sus enemigos. Había conseguido que todos lo respetasen sembrando una ola de terror a su alrededor bien fundada en los más de veinte asesinatos que se le conocían, entre ellos, de jóvenes prostitutas y pequeños camellos que, ingenuamente, habrían intentado engañarlo.

El camarero se acercó a la mesa y tomó nota del almuerzo. En cuanto se retiró, Nazarov prestó especial atención a Alex.

—Has ascendido muy rápido, muchacho.

—Nadie de los Salvisky se preocupó por mí mientras estuve en la cárcel —espetó Alex sin dejar de mirarlo a los ojos, desafiándolo—. Anatoli me necesitaba y me he puesto a su servicio.

—Ni siquiera te despediste después de cumplir condena. Los Salvisky te echan de menos. Demostraste ser el mejor en lo tuyo.

—Sin embargo, no me valoraron cuando me encerraron.

—Sabían que podías defenderte tú solito. ¿No me dirás que pasaste miedo? —La feroz mirada que le dirigió Alex logró que el obeso hombre se redujera de tamaño en la elegante silla donde se sentaba y que no combinaba con su aspecto cochambroso. Anatoli puso fin a la tensión que se respiraba en ese momento.

—Le debo mi vida a Alexander, Dimitri, y la pongo en sus manos cada día. —Nazarov asintió mirando a Anatoli—. No permitiré que me deje. Díselo a los Salvisky.

—¿Querías hablarme de un negocio importante? —Nazarov cambió de tema y fue directamente al grano.

—Un buen negocio para ti —contestó Anatoli sonriendo—, te lo garantizo. —Bebió un sorbo de su copa de vino—. Me encantan los buenos vinos de España; nunca me decepcionan.

—Tienes suerte de apreciarlo. Te has criado como un príncipe. —Nazarov no pudo golpearlo con más inteligencia—. Yo, como vuestros padres, me crié en las calles y suerte tenía el día que podía tomarme un vaso de leche caliente cuando era un niño o, después más mayor, un vodka que me ayudara a combatir el frío del invierno.

Si Nazarov pensaba que Anatoli se dejaría intimidar, estaba totalmente equivocado.

—Sin embargo, nunca te has sentido lo bastante seguro o poderoso para ser un *pakhan* y te has conformado con convertirte en un brigadier mal pagado de los Salvisky. ¿Qué te pasa, Dimitri? ¿No confías en ti mismo?

El desafío que había en la pregunta de Anatoli enfureció a Nazarov mientras que Alex, quien parecía permanecer ajeno a la conversación, negó levemente con la cabeza mirando a los ojos de su jefe. Anatoli entendió el mensaje y cambió de actitud al mostrar una ancha sonrisa.

—Pero no nos arrojemos nuestros trapos sucios a la cara, Dimitri —se disculpó sonriendo y recuperando la compostura debida—. Ambos somos hombres de palabra sin que importe nuestra cuna. Dime, ¿cuánto te pagan los Salvinsky?

—El veinte por ciento de las ventas.

—Son unos mezquinos —reconoció con una expresión de superhéroe en su atractivo rostro—. Tú arriesgas tu vida, y ellos se embolsan los beneficios. Te ofreceremos el treinta si te asocias con nosotros. Queremos mejorar la distribución en San Petersburgo y, en sus calles, tú eres el amo —lo elogió con intención de ganárselo—. Además manejarás nuestro negocio en la ciudad y, de vez en cuando, nos reuniremos aquí, en Moscú. Dirigirás los asuntos como te plazca, con entera

libertad y sin tener que ofrecer explicaciones, que no te exigiremos.

Alex sabía que lo haría bajo el yugo del terror, sometiendo al miedo y a la muerte a sus empleados; lo leía en la mirada psicópata de ese hombre. Pero aún no le convenía eliminarlo. Debía esperar a que Anatoli organizara la red, a conocer los brigadieres que formarían parte de ella, y, luego, intentarían destruirla y encarcelarlos a todos en un golpe conjunto. Esas eran las directrices que le habían señalado al teniente Cameron desde Londres, pero se excedería en esas órdenes. Hacer justicia solo le pertenecía a él.

—No es necesario que me respondas ahora. Disfrutemos de esta excelente comida y me llamas dentro de tres días. Háblalo con los Salvinsky; si lo deseas, haz tus cuentas. No quiero que te precipites y te arrepientas de tu decisión.

—Si a los Salvinsky no les parece bien que los abandone, ¿me ofrecerás la protección de tu *pakhan*?

—Por supuesto, Dimitri. Sabes que nuestra familia es la más poderosa de Rusia y estoy seguro de que los Salvinsky no se entrometerán en nuestros negocios. Además, también tenemos planes suculentos para ellos. Puedes adelantarles la noticia.

—Tendrás mi respuesta antes de tres días.

En cuanto Nazarov se marchó, Anatoli vio a su guardaespaldas asentir.

—¿Crees que aceptará? —preguntó convencido.

—Lo hará —fue la firme respuesta de Alex—. Le has hablado como debes hacerlo a un hombre tan peligroso y provocador como él. No te has dejado amedrentar ni tampoco lo has desafiado. No ha sido fácil controlar esa situación, Anatoli. Lo has conseguido; te dirá que acepta tu proposición.

—Eso espero. Si lo consigo, te deberé una muy gorda. Gracias por tu consejo, Alexander. Me he sentido bien conmigo mismo, aunque al principio me sedujo con sus provocaciones y sus retos... Es un mal bicho —suspiró aliviado tras la negociación—. Luego, solo me he dejado llevar por mi propia intuición.

—Así es cómo debes actuar siempre.

Capítulo 9

—Venga, cariño —la animaba su padre—. Una cesárea ante el nacimiento de gemelos es lo más frecuente y hemos conseguido que nos dejen entrar a los dos. Yo estaré junto al cirujano y tu madre, atenta a los niños. —Una sonrisa llena de ternura se dibujó en el rostro comanche, moreno y afilado del atractivo Richard Wolfe—. No creo que ninguna parturienta vaya a estar mejor atendida que tú. —La observó un instante y le sonrió con cariño; Johanna sabía que encontraría el apoyo de su padre cuando decidió continuar adelante con su embarazo—. Vas a hacerme abuelo por partida doble y antes de lo que me esperaba.

La mirada verde de Johanna se inundó de lágrimas, y la mano de su padre se lanzó hacia su cabeza para ofrecerle una caricia reconfortante.

—No llores, mi niña. Sé que no lo hiciste a propósito.

—No lo hicimos a conciencia. Mi embarazo fue un accidente. Pero, cuando sucedió, pensé que Alex...

—Es mejor así —la interrumpió el padre al recordar su propia experiencia—. Él sabe que estás embarazada y, si no está aquí, es porque ha tomado la decisión de no hacerse cargo del papel de padre que le correspondería; nadie puede obligarlo a cumplir con esa responsabilidad que descarga en su abuela. —Aunque Richard era un hombre muy controlado, no pudo ocultar la incompreensión y desprecio que Alex despertaba en él—. Pobre Maddie, que se ve obligada a ocultar la vergüenza que su nieto le provoca. Está tan ilusionada con sus bisnietos... tanto como tu abuelo. Me pidió que te cuidara bien cuando lo dejé con la pierna en alto sobre un cojín. —Richard cambió de tema intentando aliviar a su hija del dolor que la ausencia de Alex aún le provocaba—, maldiciendo por su torpeza al caerse del caballo.

—Tiene setenta y siete años, y ya no debería montar.

—Convéncelo tú, si puedes. —Los dos rieron pensando en lo testarudo que se mostraba su abuelo ante esa idea.

La puerta de la habitación se abrió y dio paso a un grupo de personas muy queridas por Johanna: sus primos, Ben y Gerome, Sara, su madre, y Maddie seguida de su inseparable Nastia. Todos parecían poco dispuestos a perderse el nacimiento de Samuel y de Lawrence. El primero llevaría el nombre del abuelo paterno de Johanna y el segundo, el del abuelo materno de Alex, a petición de Maddie.

Johanna había forjado una entrañable relación con Maddie y Nastia durante los últimos dos meses de su embarazo. Y raro era el día que no habían ido a visitarla debido al obligado reposo de la chica, agasajándola con regalos para los niños y mimándola a ella. Las dos mujeres se mostraron satisfechas al conocer a los que deberían ser los suegros de Alex y en ningún momento intentaron justificar el comportamiento de este; por el contrario, ambas se limitaron a cumplir con el papel desinteresado que les correspondía como parientes de los niños que iban a nacer. Aunque Nastia no fuera familia por lazos de sangre, tanto Alex como su abuela siempre la habían considerado parte de ella. Los Wolfe no se atrevieron a hacerles ningún reproche tras comprobar la sinceridad de sus sentimientos, ya que las dos mujeres se mostraban visiblemente emocionadas y nerviosas ante el suceso.

El doctor Wyler, ginecólogo que había atendido a Johanna durante el embarazo, interrumpió la animada charla que distraía a Johanna de su miedo a pasar por un quirófano por primera vez en su vida y, una vez que el médico abandonó la habitación, las palabras de Johanna conmovieron a todos los presentes.

—Si me sucede algo —comenzó agarrando con fuerza la mano de su padre—...

—Nada malo te va a ocurrir, cariño —la interrumpió Richard.

—Déjame acabar, papá. Mamá, no te molestes conmigo, por favor. Tampoco lo hagáis vosotras —miró a Nastia y a Maddie—. Pero quiero que mis hijos crezcan como yo, en el rancho de la familia de mi padre, el mejor lugar del mundo para ser un niño y un adolescente. Cuando sean mayores, si ellos lo desean, que se vayan a Filadelfia a estudiar, a casa de su abuela. —Sara le tomó la mano libre y se la llevó a los labios.

—No seas pesimista, Johanna —la regañó Sara—; ni siquiera te pondrán anestesia general. Cálmate, tesoro.

—Tampoco quiero que olvidéis a Maddie y a Nastia. Ellas también serán parte de la vida de mis hijos. —Las mujeres, emocionadas, se acercaron a la cama y la besaron en la mejilla, respondiendo de ese modo al cariño y respeto que Johanna les ofrecía.

—Mi nieto es un tonto, pequeña —le susurró la anciana—. No tengo ni idea de dónde está ni en qué misión imposible anda metido. Pero lo que sí tengo claro es que no te merece.

—Él se lo pierde —la animó Nastia—. Aquí hoy todos nosotros somos muy felices por el momento que vamos a vivir. Te estaremos esperando hasta que regreses del quirófano.

Y así lo hicieron.

A petición de Maddie, en cuanto Johanna abandonó el hospital, todos se alojaron en la gran casa de campo en la que vivía a las afueras de Londres, heredada de su yerno, el padre de Alex, hasta que la chica se recuperara de la cesárea y pudiera bregar con dos bebés. Ben y Gerome iban y venían cada día, y se encargaban de llevar a su prima todo lo necesario para el cuidado de sus

hijos.

—No me imaginaba lo mucho que necesita un bebé hasta que lo he comprobado con mis propios ojos —protestaba Gerome mientras montaba una de las cunitas donde dormiría uno de los niños en la que había sido la habitación de Alex.

—¿Crees que Johanna se sentirá cómoda viviendo con nosotras? —le preguntó Nastia, encargada de guardar y ordenar las ropitas de los pequeños—. De algún modo, nuestra presencia la ata al recuerdo de Alex, y es evidente que aún siente algo por él.

—Mi prima ha adquirido un profundo concepto de la importancia de la familia en la vida de un niño —respondió Ben mientras trajinaba con la otra cuna—. Nos tenía a todos nosotros; por eso creo que a ella no le afectó el divorcio de sus padres y, aunque echara de menos a su madre porque estaban muy unidas, su hueco lo llenó con la presencia del abuelo, sus tíos y sus catorce primos.

—Debe ser maravilloso crecer en un ambiente como ese —reconoció Nastia dejando su actividad a un lado y captando la total atención de los hermanos con sus siguientes palabras—. Yo estaba con Alex el día que murieron sus padres, sus hermanas y mi marido; los dos tuvimos la suerte de que se pusiera enfermo. Probablemente, todos viajaríamos en el mismo coche para ir a ver el primer festival de baile en el que participaban las preciosas gemelas. Desde entonces, él creció con la idea de la venganza grabada a fuego en su cerebro. No trato de justificarlo, pero puedo entenderlo porque no podéis imaginar cuánto sufrió. —Nastia se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Perdonad mis lágrimas, chicos; desde que recibí la noticia del embarazo de Johanna estoy muy sensible y emocionada. —Ben y Gerome sonrieron con amabilidad—. No sé dónde estará Alex, pero estoy convencida de que odiará no poder estar junto a sus hijos porque sus padres le transmitieron el valor de la familia, el mismo que tiene Johanna y vosotros. Estoy convencida de que lo único que lo mantendría alejado de Johanna y sus hijos en este momento es la posibilidad de estar llevando a cabo su venganza.

—Mi abuelo es un hombre muy sabio —comenzó a contarle Ben—, no es mago o brujo como mucha gente cree. Simplemente, sabe mirar y escuchar y, cuando supo de la desaparición de Alex, intuyó de algún modo la historia que acabas de contarnos. Mi abuelo piensa que es el guerrero destinado a Johanna.

—¿Y qué opinó sobre su comportamiento? —preguntó Nastia, sorprendida y repuesta del llanto.

—Que los hombres inteligentes saben cuándo deben dejar de luchar para que su venganza no se convierta en un suicidio que lleve la desgracia a otras personas inocentes. —Nastia asintió mostrando su conformidad con la opinión del anciano.

—Espero que Alexander aprecie cuándo debe dejar su lucha y comenzar a vivir la oportunidad de ser feliz que se le ha presentado.

—Johanna es una mujer muy fuerte, orgullosa como su abuelo y su padre, e independiente —añadió Gerome con una nota del mismo sentimiento de orgullo que poseía su prima en el tono de su voz—. No va a esperarlo y continuará con su vida.

—Johanna sigue enamorada de Alex. —Nastia habló convencida—. La he visto emocionarse demasiadas veces cuando mira los ojos azules de Lawrence, idénticos a los de su padre.

—Es extraña la mezcla que ha salido de estos niños. —Ben cambió bruscamente de tema. Consciente de que nadie conocía los sentimientos de la pareja, si estos aún existían—. Lawrence tiene los ojos de su padre y el resto de su aspecto físico comanche. Samuel ha heredado la mirada verde e intensa de mi prima y el color del pelo y de la piel de Alex. Menuda locura la genética.

Y continuaron cada uno con la labor que les correspondía para hacer la vida de los gemelos y de la joven madre lo más cómoda posible.

Cinco semanas habían transcurrido desde el nacimiento de los gemelos, y el otoño había avanzado refrescando las noches. Sara se había marchado con gran disgusto a Filadelfia porque su trabajo en el hospital la reclamaba, y esperaba que Richard y Johanna lo hicieran diez días después. Esa noche ventosa, recibieron una inesperada visita a la hora de la cena. Johanna bañaba a los pequeños, ayudada por la incansable Nastia, y los preparaban para dormir. Cuando bajó al comedor, la sorprendió la presencia de Pet, quien charlaba amigablemente junto a su padre y sus primos. El recuerdo de Alex la golpeó dolorosamente, y todos lo comprobaron en su rostro.

—Hola, Jo. —Pet se acercó y la reconfortó con un fuerte abrazo. Luego se apartó y la recorrió con su mirada de arriba abajo—. Te veo en buena forma. Estás perfectamente recuperada del embarazo.

—Tengo una jornada laboral de veinticuatro horas desde que nacieron los niños, aunque no puedo quejarme por toda la ayuda que me ofrecen. ¿Quieres verlos? Me imagino que esa es tu intención. —Pet la observó un instante, intentando descifrar el significado de sus últimas palabras, y se sintió como un entrometido.

Mientras se dirigían en silencio a la antigua habitación de Alex, Pet la detuvo un momento, una vez que se habían apartado de la vista del resto.

—No me envía Alex, si crees que estoy aquí por eso. Aunque no te negaré que le hablaré de ti y de sus hijos cuando nos encontremos. Es mi amigo.

—Perdona, Pet. Sé que Alex es demasiado orgulloso para pedirte que hicieras algo así. De verdad que me alegro de verte. —Se apretó contra su cuerpo abrazándolo por la cintura mientras Pet le devolvía el afectuoso abrazo.

—Vaya pareja que tienes aquí —exclamó encantado ante la imagen de las dos cunas frente a él—. Uno se parece a ti y el otro, a su padre.

—Cuando están dormidos. Despiertos, resultan todo lo contrario. El moreno, Samuel, es idéntico a su padre. Lawrence se parece a mí. Una extraña mezcla genética, como dice Gerome.

—Un resultado precioso —le dijo apretándole la mano que apoyaba en la cuna de Lawrence—. Alex sufre mucho por vuestra separación.

—No digas nada, Pet, por favor. No quiero saber nada de Alex.

—Tienes que saberlo, Johanna. Yo estoy aquí porque mi papel en esta misión es diferente; digamos, para que lo entiendas, que soy el chico de los recados. Él se encuentra atrapado en el suyo y no puede abandonarlo, ni ahora ni sabemos cuándo acabará.

—No lo justifiques. No hay justificación para su ausencia; simplemente yo nunca le importé lo suficiente para retenerlo a mi lado. Ni siquiera sus hijos son importantes para que venga a conocerlos.

—Te equivocas, Jo —respondió sin dejar de observar a los bebés que dormían plácidamente.

—¿De verdad lo crees? ¿O solo necesitas creerlo porque es lo que tú sentirías si estuvieras en su lugar? —preguntó negando con la cabeza—. A Alex solo le importa su trabajo y su estúpida venganza. Yo lo sabía desde el principio de nuestra relación y, a pesar de eso, continué con él porque lo amaba. Los niños son la prueba de lo que sentía por él y de un accidente que nos sucedió —le confesó sonriendo— y del que yo me responsabilicé por completo. No creas que me sentí segura de seguir adelante sola con mi embarazo, pero mis padres me animaron a hacerlo. Y me gustaría pedirte un favor que te costará hacerme. —Pet la miró a los ojos—. No le hables de mí, ni de mis hijos. Solo dile que no lo necesitamos, que continuaremos con nuestras vidas sin su presencia. Mis hijos se criarán como yo, en el rancho de mi familia, donde fui feliz y ellos también lo serán. Alex puede continuar con su vida y su misión sin sentir ningún remordimiento.

—Sabes que no puedo hacerle eso. Aunque no me creas, Alex no merece esas palabras.

—¿Estás seguro? —le preguntó con una frialdad impropia en ella—. Piensa en esto, Pet: ¿ni una llamada telefónica?

Pet no contestó y, después de besar la cabecita de los bebés, abandonó el dormitorio tras ella.

Llegó el día de preparar el pesado equipaje cuando Maddie, evidentemente emocionada, entró en el dormitorio de los pequeños.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Johanna?

—Por supuesto. ¿Te encuentras mal, Maddie? —Le preguntó preocupada por la palidez de su rostro.

—Sí. No puedo pensar en que os marchéis de mi casa. No soporto la idea. —Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos tristes y cansados—. Y eso me obliga a pedirte un favor. Algo que me hace sentir terriblemente egoísta por ti, por el dolor que sé que llevas sufrido y oculto en tu interior. —Maddie se dirigió a la ventana, clavó la mirada en algún lugar lejano de la campiña que rodeaba la casa y le habló sin mirarla—. No te marches, por favor. No alejes a esos niños de mí y de Nastia. Os necesitamos.

—Sabes que la presencia y recuerdo de Alex me lo impiden. No es por vosotras ni por esta casa. Pero tengo que aprender a salir adelante sin él y no quiero que mis hijos crezcan bajo la

sombra de un padre a quien no le importan.

—Lo entiendo, Johanna. Te comprendo perfectamente. Pero no te lo estoy pidiendo por mi nieto. Te lo pido por mí y por Nastia. Nos hemos enamorado de los niños, de ti y de tu fantástica familia. No queremos estar solas. —Miró al suelo—. Nastia es más joven, pero yo... ¿Cuántos años de vida crees que me quedan? ¿Quizás meses? A los ochenta y un años no puedo hacer planes de futuro. Pero el poco tiempo que me queda me gustaría compartirlo con la única familia que tengo. A ti y a los niños.

Johanna no supo qué contestar. Las palabras y sinceridad de Maddie la habían emocionado realmente.

—Te aseguro que no pienso en Alex. Solo en la alegría que habéis traído a esta casa, en lo felices que Nastia y yo nos sentimos desde que entraste en nuestras desilusionadas vidas. —Le sonrió mostrándole en ese gesto sus sentimientos—. Ya has experimentado cuánto se quiere a un hijo. Imagínate cómo me sentí al perder a mi hija cuando tenía treinta y tres años y tres preciosos hijos... Eso fue... Me destrozó. Alex trajo algo de alegría a esta casa pero, en cuanto cumplió los dieciocho, ingresó en la academia militar y ya solo lo veíamos de vez en cuando. Ahora mi única ilusión, y sé que puedo hablar por Nastia, es ver crecer a tus hijos durante el tiempo que me quede de vida.

—Lo pensaré, Maddie. Pensaré en lo que me has dicho. Pero necesito que entiendas que, decida lo que decida, no tendrá que ver contigo ni con Nastia. Yo también os quiero a ambas y deseo que forméis parte de la vida de mis hijos.

Capítulo 10

El detective Boris Karlenko vestía de forma demasiado elegante para ser un simple agente de la policía de Moscú. De estatura alta, poco menos que Alex, y pelo bien cortado, parecía más bien un apuesto hombre de negocios. Por supuesto, estaba pagado por los Kozlov y podía permitirse un nivel de vida superior al de sus compañeros. Eso asqueó profundamente a Alex, quien sintió cómo el desprecio por ese policía sin escrúpulos invadía su interior.

Karlenko llevaba consigo una bolsa llena de papeles, que puso sobre la mesa de la concurrida cafetería donde se habían citado esa mañana fría de finales de noviembre.

—Estos son todos los informes que he encontrado sobre el caso de tu familia. Como sucedió hace veinte años, no creo que haya mucho más informatizado; por entonces aún obligaban a los agentes a presentar sus informes por escrito. —Palmeó la bolsa y sonrió—. Creo que encontrarás con qué entretenerte durante una temporada.

—Gracias, Karlenko. Esto es muy importante para mí. Estoy en deuda contigo.

—No te preocupes: Anatoli se encarga de tenerme contento —reconoció sin ningún pudor—. He estado ojeando todo esto por encima y he hablado con algunos agentes que trabajaban en esa época. La conclusión que he sacado es que fue un ajuste de cuentas.

—¿A qué te refieres? —exigió Alex algo irritado—. Nunca he oído hablar mal de mi padre a ninguno de los *pakhanes* rusos. Los conozco a todos y en estos últimos meses me he entrevistado con todos, salvo con Viktor Kozlov, y él lloró en el funeral de mi familia.

—Lo sé, lo sé. Creo que no me he expresado con claridad. Tu padre era un *pakhan* honesto y un hombre de palabra. Pero pretendió dejar su puesto y eso lo convirtió en un sabroso pastel que alguien no quería que repartiera. ¿Quién se hizo cargo de sus negocios?

—No lo sé. No sé nada sobre el mercado que controlaba mi padre. Es algo de lo que ninguno de los *pakhanes* han querido hablarme. —Boris asintió, dando así la conformidad a las palabras de Alexander.

—Alguien pagó mucho dinero para que el caso se cerrara. Alguien con contactos más poderosos que un simple policía como yo. —Alex reconoció algo de vergüenza en el tono de su voz y eliminó parte del desprecio que le despertaba Karlenko—. Hablo de jueces, fiscales, comisarios de policía... Tuvo que moverse mucha pasta entre los peces gordos para que no se resolviera este crimen. —Karlenko se recostó sobre el respaldo de su silla y observó al

silencioso Alexander durante unos largos segundos—. Si alguien hubiera acabado con mi familia de este modo cobarde y los culpables no hubieran pagado su crimen, haría como tú y me encargaría yo mismo.

—Eso es lo que pienso hacer —afirmó Alexander convencido, pero sin reflejar emoción alguna en sus palabras.

—Mira, si se hubiese tratado solo de un *pakhan*, no te ofendas, quizás lo mereciera, pero la mujer y las dos niñas... Eso solo puede ser obra de un loco vengativo y con demasiadas ansias de poder.

—Te agradezco tu información. —Alex le ofreció la mano, que Karlenko no dudó en apretar entre la suya—. Si oyes algo más...

—Te mantendré informado, Yulenko. Quiero que sepas que admiro tu preocupación por saber quiénes fueron los asesinos. El culpable o culpables de ese crimen cruel deben pagar. Pero también te pido que nada sobre toda esta información que te ofrezca sea desvelada a otras personas, incluidos los Kozlov. No creo que a Viktor le guste que se husmee en el pasado. Eso podría poner en peligro su presente y su futuro. —Esas palabras alertaron de algún modo a Alex.

Había olvidado lo que era el verdadero frío, y aún no había llegado el invierno. Esa noche estaba a punto de caer la primera nevada del otoño y agradeció el reconfortante calor que lo recibió en el interior del coche.

—¿No piensas quedarte ninguna noche en casa? —le reprochó a Anatoli, quien soltó una carcajada ante el insolente comentario de su guardaespaldas—. Este frío te encoge las pelotas.

—Imagino que, a partir de los setenta, o quizás antes, cuando la tenga floja, dejarán de atraerme las mujeres y me veré obligado a sentarme delante de un cálido fuego y de la televisión. Por ahora, pienso disfrutar mientras pueda. Y tú deberías hacer lo mismo. Búscate una hermosa mujer que te haga entrar en calor. Que consiga derretir ese interior de hielo, y así circulará lava ardiendo por tus venas.

—Ojalá la tuviera a mano —se le escapó a Alexander entre dientes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendido—¿Acaso tienes pareja y me lo has ocultado hasta ahora?

—No, no estoy con nadie. Pero solo hay una mujer con la que quisiera estar en estos momentos. Las demás, no pretendo ofender tu buen gusto, no me excitan lo suficiente.

—¡Menudo cabronazo estás hecho! Tienes novia y no me lo habías contado.

—No es mi novia, no es nada mío. Pero pasé con ella un tiempo y, cuando me acogieron los Salvinsky, dejé de verla. Desde entonces no sé nada de ella.

—¿Cómo se llama?

—No es necesario saber nada más, prefiero no hablar del pasado. Se marchó a América.

—¿Es americana?

—Sí, de los Estados Unidos.

—¿Y qué hacía aquí? —Anatoli no salía de su asombro, y Alex se arrepentía por haber cometido esa indiscreción, aunque encubierta, que salió sin querer de su boca en un momento de absoluta debilidad.

—Algún curso de historia política en la universidad —mintió sin remordimiento.

—Así que te enamoraste de ella.

—No. No puedo permitírmelo. Pero me gustaba mucho y lo pasamos bien. Y ahora... Deja de cotillear en mi vida sexual y concéntrate en tu reunión de esta noche. Tu padre dijo que el trato de esta noche era de vital importancia para él. —Anatoli sacudió levemente la cabeza y se centró en los negocios que los llevaba hasta el rebosante club esa noche de viernes—. ¿De qué se trata?

—De su pequeño vicio —reconoció avergonzado—. Él cree que lo desconozco, pero ya no puede engañar a un hombre de treinta y dos años. Esta noche pagaré por algunas chicas vírgenes a una pareja de intermediarios que lleva años trabajando para mi padre. —Alex se limitó a observarlo en silencio—. Sí, al viejo Viktor Kozlov le gustan muy jovencitas e inexpertas, un pequeño harén para su uso y disfrute que renueva cada mes.

Alex habría matado a Anatoli en ese momento por lo que iba a hacer. Y después habría acabado con la vida de esa pareja desconocida que llevaba años vendiendo a chiquillas secuestradas o engañadas desde sus hogares y llevadas hasta las manos de un hombre sin escrúpulos, al que aniquilaría sin piedad en cuanto tuviera oportunidad. Podía soportar el tráfico de drogas, incluso el asesinato cuando sucedía entre ellos mismos. Pero no podía tolerar el mercado de esclavos, aunque fuera consciente de que se veía obligado a participar en ello, la repulsión que le provocaba lo delataría.

—Por el gesto de repugnancia que acabas de ponerme, veo que no lo apruebas.

—No es asunto mío donde tu padre prefiera meterla —espetó cubriendo de nuevo su rostro con la máscara imperturbable que lucía normalmente—. Pero no comparto su gusto.

—Por eso dicen que el libro de los gustos está en blanco —bromeó Anatoli sin darle mayor importancia al desagrado de su guardaespaldas—. No te preocupes —dijo con naturalidad—, tampoco yo comparto ese gusto de mi padre, aunque considero que cada uno es libre de disfrutar como prefiera.

Entraron en el club y se dirigieron a una sala VIP, donde los esperaba una pareja de mujeres, lo que sorprendió más aún a Alex.

—Katrina, Olya, este es Alexander Yulenko, mi hombre de confianza. —Alex no se acercó a ellas; ni siquiera hizo el intento de estrecharles la mano—. ¿Qué tenéis para mí?

La frialdad y permisividad de Anatoli lo convertía en un hombre tan aborrecible como su padre,

y Alex no podría perdonárselo.

—Cuatro joyas que saciarán las más oscuras fantasías de tu padre —se atrevió a decir Katrina, una hermosa mujer morena de ojos grises, esbelta y bien proporcionada. Aparentaba unos cuarenta años, aunque simulaba menos edad gracias a su elegante forma de vestir—. Enséñale las fotos, Olya.

La otra era más menuda; tenía el pelo teñido de rubio y un cuerpo y una cara más vulgares, aunque su atuendo también era de buena calidad y ocultaba su carencia de atractivo físico.

—Veo que vuestra tapadera de escuela de modelos sigue cosechando excelentes resultados para la causa de mi padre. —Las carcajadas de las dos mujeres ante la broma de Anatoli heló la sangre de Alex.

¿Cómo podían bromear ante algo tan repugnante?, se preguntaba Alex a la vez que, simulando consultar su móvil, obtenía una fotografía de las dos mujeres.

—Tienes que hablar con Yatsen —le exigió Olya indignada—. Ha vuelto a subirnos el precio de los pasaportes. Se está aprovechando de la debilidad secreta de tu padre.

—Le haremos una visita. Nadie se aprovecha de un *pakhan*, y menos de Viktor Kozlov.

—Nos alegrará que pongas en su lugar a ese baboso repugnante. —Alex no comprendía cómo una persona que se dedicaba al comercio de adolescentes pudiera despreciar algo que no fuera ella misma—. Llevamos años soportándolo y cada vez se muestra más irrespetuoso y desagradable. —Sonrió y se olvidó del falsificador en cuanto vio el sobre que le ofrecía Anatoli y que guardó sin abrir en su bolso, un auténtico Vuitton.

—¿Viajarás con nosotras a Londres? —preguntó Katrina coqueteando con Anatoli—. Hace tiempo que no compartimos un buen rato.

—Aún debo pasar unos meses en Moscú, pero podemos tomarnos unas copas aquí y luego... — El guiño de Anatoli arrancó una sonrisa lujuriosa en las dos mujeres—. A ver qué pasa.

—¿Tu guapo guardaespaldas se unirá a nuestra pequeña fiesta? —Olya ya estaba de pie sujetando la barbilla de Alex a la vez que recorría su pecho con otra mano provocadora.

Alex le ofreció tal mirada de desprecio que la menuda mujer lo soltó como si quemara.

—¿No te gustamos, guapo? —Fue Katrina la que se acercó contoneando las caderas de un modo que ella encontraría provocador, pero que a Alex le resultaba repulsivo.

—No me gustan las mujeres mayores que yo —le espetó con ganas de molestarlas—. Te espero fuera, Anatoli. —Salió de la pequeña sala ignorando al trío, que lo observaba extrañado.

Estaba empezando a hartarse de la escoria con la que se relacionaba y, a veces, como había sucedido esa noche, le costaba dominarse. Sabía que no debía demostrar sentimiento alguno que pudiera delatarlo o levantar sospechas; pero conocer en directo las debilidades de Viktor Kozlov, la pasividad de Anatoli y la frialdad de esas dos mujeres había sido más de lo que su estómago podía digerir. Se recordó una vez más que, aunque viviera rodeado de bestias, no debía perder el control.

Un par de horas más tarde, embutido de nuevo en su papel de sicario, recibió a Anatoli con una

sonrisa amistosa.

—¿Lo has pasado bien?

—¡Uauuu! Esas dos están muy experimentadas y saben cómo hacer disfrutar a un hombre. Nunca rechaces a una mujer madura.

—Me alegro por ti. ¿Algo más para esta noche?

—Nooo. Te aseguro que casi no puedo andar. —Alex fingió una carcajada—. Deberías haberte unido a la fiesta.

—Tal vez lo haga en otra ocasión.

—Eso dices siempre. —Alex puso música en el ipod del coche y se dirigieron a casa del jefe en silencio.

—¿Algún cambio en la agenda de mañana? —preguntó Alex antes de retirarse a su dormitorio situado en el área destinada al servicio y seguridad del enorme piso.

—No. Tenemos la mañana libre. ¿Entrenaremos? —Anatoli se había acostumbrado a acompañar a Alex en su propio gimnasio varias veces por semana.

—Sí. Como cada día. Después he quedado con Karlenko, si no tienes pensado salir.

—Tranquilo. A mediodía espero visita. —Alex lo miró alzando una ceja.

—No es lo que piensas. Una prima de mi madre a la que la maltrata y la acosa su exmarido. Me he visto obligado a ayudarla. No sabes cuánto puede presionarte mi madre hasta salirse con la suya.

—Está bien. Hasta mañana, Anatoli.

—Buenas noches, colega.

Con la paliza física que le habían dado a Anatoli, Alex estaba convencido de que no se movería del sofá de su casa hasta la hora de la cena. Así tendría tiempo para dedicar a sus propios asuntos.

No había quedado con Karlenko, sino con un policía jubilado que había cargado con el peso de la investigación sobre el asesinato de su familia y que, repentinamente, dejó de aparecer en la firma de los informes policiales. Tenía la impresión de que se trataba de un agente honrado al que lo habían apartado del caso y deseaba conocer el motivo.

Según la información que había encontrado, Iván Gruchenko vivía a treinta minutos del centro de Moscú junto a su esposa, ambos jubilados.

Llegó a una pequeña pero coqueta casa con un invernadero delantero. En su interior apreció, a través de los cristales limpiísimos, que trabajaba una pareja y tocó la campanilla que colgaba sobre la cancela de entrada. Un hombre se dirigió hasta allí.

—Buenos días. ¿Ivan Gruchenko?

—Buenos días. Soy yo. Usted es... —El hombre esperó una respuesta sin abrir aún la cancela.

—Alexander Yulenko. —Gruchenko, impresionado por ese nombre que pertenecía al pasado,

observó en silencio al joven atractivo que estaba ante su puerta, y un sinfín de recuerdos invadió su mente—. Mi padre se llamaba igual que yo. —El hombre asintió al reconocerlo, y abrió la cancela.

—Pase, por favor.

La señora Gruchenko se acercó hasta ellos a la vez que se secaba las manos en un paño blanquísimo y con una expresión de tal amabilidad en su rostro que conmovió al joven.

—Buenos días, señora —saludó Alex mostrando al verdadero hombre que vivía en su interior y que cada día olvidaba un poco más—. Soy Alexander Yulenko. —La mujer tardó en reaccionar y, a los pocos segundos, sin soltar la mano de Alex, cayó en la cuenta de quién era ese joven atractivo.

—Eres el chico que se salvó de aquel terrible crimen hace veinte años. Lo siento, hijo. Fue algo espantoso para cualquiera; no dudo de que para ti fuera aun peor.

—Gracias, señora.

—¿Y en qué podemos ayudarte, Alexander Yulenko? —Fue Iván quien habló.

—He estado leyendo los informes policiales de la investigación sobre el asesinato de mi familia.

—¿Por qué? —Gruchenko se mostraba desconfiado e imperturbable, la reacción adecuada de un buen policía.

—Estoy buscando al culpable del crimen.

—Pero... —La señora interrumpió la conversación con la misma amabilidad que mostró en el saludo—. Vamos dentro, podréis tomar un café y se estará más calentito que aquí fuera.

Iván cedió el paso a Alex tras su mujer, sin decir nada. El joven la siguió y entraron en la humilde pero acogedora y cálida vivienda.

—Bonita casa, señora Gruchenko. Es agradable estar aquí.

—Gracias, Alexander. ¿Quieres un café?

—Si tiene té, lo prefiero. Con leche y azúcar, si es tan amable.

—Por supuesto, hijo. Sentaos, que ahora mismo os lo sirvo.

—Su mujer es muy agradable —la elogió Alex mostrando sinceridad en sus palabras—. Me recuerda a mi abuela Maddie.

—¿La inglesa?

—Sí. ¿La conoció entonces?

—Sí. Hablamos con ella y su marido en varias ocasiones. Tenían interés en saber cómo marchaba la investigación antes de regresar definitivamente a Londres. Creía que te habían llevado a vivir con ellos.

—Así fue. He vivido en Londres desde los nueve años. Ahora trabajo aquí desde hace unos meses, pero espero regresar pronto a Reino Unido.

—¿A qué te dedicas?

—Asuntos familiares. —Gruchenko intuyó que no debía preguntar nada más—. ¿Puede

contarme por qué dejó la investigación? —Una sonrisa amarga se dibujó en el rostro envejecido del expolicía.

—Yo no fui un policía corrupto —miró a su alrededor—. Si lo hubiese sido, no viviría en una casa tan modesta, ¿no te parece? —Alex asintió—. No todos los policías rusos tenemos precio, hijo, aunque a veces, por mantener la seguridad de tu familia, nos veamos obligados a mirar hacia otro lado.

—No lo pongo en duda, señor Gruchenko. Intuía que algo así debió ocurrir para que lo apartaran del caso.

—Tu padre era el *pakhan* más importante y respetado en esos años. En su favor diré que no era un asesino. Se manejaba con sutileza y seguridad en su mundo, y siempre nos resultaba difícil encontrar pruebas que lo conectaran con la distribución de narcóticos. Luego empezó a invertir su dinero en negocios legales, petróleo y gas; blanqueaba con pericia los suculentos beneficios que obtenía del narcotráfico y se convirtió en un hombre respetado por la sociedad. No es que lo alabe, pero debo reconocer que no resultaba un problema o un riesgo para los ciudadanos. Nadie obliga a otros a drogarse y, a mi edad y según mi experiencia, puedo decir que las drogas nunca desaparecerán de la sociedad. —Alex asintió, conforme con su opinión.

—Continúe, por favor —lo invitó el joven.

—Tu padre se convirtió en uno de los hombres más ricos de Rusia antes de cumplir los treinta y cinco años y, cuando decidió retirarse y abandonar sus negocios ilegales, todos los enemigos que lo aguardaban en la sombra perseguían heredar su reinado. También los policías tenemos nuestros contactos dentro del mundo criminal, y mi informante me contó que tu padre no quería dejar herederos de su imperio. Simplemente deseaba hacerlo desaparecer. Comentaban que todo era a causa de tu madre, una persona de moral intachable, implicada en numerosas obras benéficas en esta ciudad con el fin de expiar los crímenes de su marido. Y, créeme, en esa época, hacían falta aquí personas como ella.

—Así fue, según me contó mi abuela hace unos años. Encontró la manera de limpiar los negocios ilegales de mi padre, y él se lo permitía.

—Lo que no haga un hombre enamorado... —dijo Iván con una mirada nostálgica en sus arrugados ojos.

—Hasta ahora todo lo que me ha contado es lo que ya sabía... Salvo lo de destruir su propio imperio.

—Deja que mi memoria se recupere poco a poco, hijo. Así no olvidaré los detalles importantes. Los otros tres *pakhanes* del momento, Kirilenko, Salvisky y Kozlov, parecían realmente afectados por el atentado cometido contra tu familia; incluso tomaron medidas de seguridad con respecto a las tuyas. Mi compañero Leonid Bogarov y yo los entrevistamos a los tres y colaboraron sin oponerse en ningún momento. Eran los principales sospechosos, y uno de ellos, o los tres, fueron los que cometieron el espantoso crimen. Las pequeñas... —Iván cerró los ojos durante unos segundos hasta que recuperó el control—. Me vi obligado a presenciar la

escena del crimen —susurró—. Jamás lo olvidaré.

Alex se encerró detrás de un muro de hielo e impidió a su mente que imaginara la imagen mencionada.

—¿Por qué está tan convencido de que el culpable o los culpables están entre ellos?

—Porque fueron los únicos que se vieron beneficiados con la desaparición de tu padre antes de que él acabara de destruirlo. Se repartieron su imperio, el ilegal, por supuesto, un negocio que aportaba beneficios para salvar la deuda exterior de un país pequeño. Créeme, Alexander, detrás del dinero encontrarás al culpable. —Alex entendió que Iván sabía más de lo que contaba y, justificando la prudencia y desconfianza del hombre, no lo presionó demasiado.

—De acuerdo, tiene razón. Pero aún no me ha contado el motivo por el que lo apartaron de la investigación.

—Bogarov y yo estábamos empeñados en la culpabilidad de esos tres hombres y los molestamos lo suficiente, hasta que nos quitaron de en medio. Creo que no nos mataron para no levantar más sospechas. Seis meses después del atentado, encontramos las conexiones de los negocios de Kirilenko y Kozlov con los de tu padre ya fallecido. Los habían absorbido con demasiada facilidad, sin que nadie se opusiera. Los distribuidores, los proveedores, incluso continuaron con los mismos medios de transporte. Demasiada casualidad. Sospechábamos que Salvinsky estaba asociado con ellos; en caso contrario, habría provocado una guerra entre las familias, pero ocultó mejor los indicios y evitó que lo relacionáramos. Tampoco nos atrevimos a inmiscuirnos en la jurisdicción de la policía de San Petersburgo. Cuando informamos al fiscal sobre nuestras investigaciones, nos enviaron a El delfín Negro, en Siberia, como guardias carceleros. Allí estuvimos destinados hasta que nos jubilamos. Y el caso se cerró sin condenar a los culpables. Son hombres muy poderosos e influyentes.

—Los conozco —admitió Alex y después suspiró—. Esa información no aparece en los informes oficiales.

—Por supuesto que no. Probablemente la destruiría el fiscal. Pero Bogarov guardó una copia de todas nuestras investigaciones. Siempre fue un entusiasta de la informática y por esos años lo archivaba todo en su antiguo ordenador personal.

—¿Podría preguntarle si conserva esos archivos? Es importante para mí.

—¿Qué piensas hacer con esa información?

—Ya se lo dije. Quiero encontrar a los culpables.

—¿Y después?

—Acabaré con ellos. —Gruchenko no se alteró ante la frialdad de la sentencia que acababa de proponer Alex.

—¿Tienes idea de a quién te enfrentarías?

—Conozco las tres organizaciones mejor que mi casa —contestó convencido—. Sé a lo que me enfrentaré.

—Hijo, estos no son hombres de negocios como fue tu padre. Estos son viciosos,

extremadamente violentos, adoran el poder y la única religión que conocen es la codicia. ¿Sabes que lo más probable es que mueras antes de conseguirlo?

—Sí. Existe la posibilidad, pero correré el riesgo.

—¿No tienes familia? —Alex tardó en responder.

—Mi abuela aún vive, en Londres, junto a nuestra querida Nastia, la mujer del chófer que perdió la vida en el atentado junto a mi familia. Tengo... —Dudó antes de continuar—. Tengo mujer y dos hijos de pocos meses. —En ese instante estaba convencido de que Johanna era su mujer. Él tenía su propia familia, de la que se sentía exageradamente orgulloso.

—Si es así, márchate junto a ellos y olvídate de la venganza. Es un suicidio.

—Es para lo que he vivido durante toda mi vida adulta. Ya no puedo detenerme, aunque a veces lo desee. El ansia de venganza ha envenenado mi sangre y me impide vivir con la conciencia tranquila.

Gruchenko movía la cabeza negativamente.

—Solo tienes treinta años, ¿me equivoco? —Alex negó con un gesto—. Una familia e imagino que dinero suficiente para mantenerlos con privilegios durante el resto de tu vida. —El joven asintió—. Regresa con ellos allá donde estén y deja el pasado atrás.

—¿Usted podría? —Gruchenko leyó la desesperación en el tono de voz de Alex.

—No, con tu edad no podría tolerar algo como eso. Pero, ahora que puedo mirar atrás, sé que hay sentimientos que no merecen la pena guardar en nuestro corazón, como la envidia, la codicia o la venganza. Te aseguro que saciarlos no conseguirá nada, aparte de destruirte.

—¿Preguntará a su compañero? —Iván se tomó unos segundos antes de responder y leyó la intensa determinación en la mirada del joven que tenía ante sí.

—Lo haré.

—Gracias, señor Gruchenko. Cuando los tenga, avísame. Este es mi número de teléfono. —Le ofreció una tarjeta—. Si no le respondo, yo le devolveré la llamada en cuanto me sea posible.

Salió de la casa y se despidió de la señora, que continuaba trabajando en el pequeño invernadero, tras agradecerle su amabilidad. Se había entretenido más de lo que esperaba y tenía una cita con Pet en el centro de Moscú.

Se saludaron sin mostrar afectuosidad, con un breve apretón de manos, intentando no atraer la atención de nadie. Alex llevaba seis meses viviendo en Moscú desde que había salido de la cárcel, junto a uno de los hombres más conocidos de la ciudad y por ello no debían correr riesgos innecesarios.

Alex informó a Pet sobre la futura incorporación de Dimitri Nazarov a la familia Kozlov y de la aparición en escena de las comerciantes de esclavas sexuales Kitrina Paulov y Olya Slikava, las vendedoras de adolescentes vírgenes. Pet le contó todo lo que había descubierto en Afganistán

sobre los proveedores de Kozlov, la fecha prevista para la siguiente y voluminosa compra, la ruta comercial que seguiría en barco e incluso el nombre en el que se realizaría el transporte. Prácticamente, Kozlov no tenía secretos para ellos, así que comenzarían a cercarlo hasta destruir su imperio. Para lograrlo, tenían que transcurrir algunos meses. La paciencia de Alex no era la misma de cuando la operación había comenzado; sus circunstancias personales habían cambiado radicalmente, y la ansiedad lo estaba devorando hasta que obtuviera noticias sobre Johanna y sus hijos. Pero, o bien Pet no había visitado a Johanna la última vez que estuvo en Londres, o había algo que le estaba ocultando.

—¿Ocurre algo malo, Pet?

—¿A qué te refieres?

—¿A qué coño crees que me estoy refiriendo? —preguntó molesto—. A Johanna y a mis hijos. ¿Qué sucede?

—Johanna me pidió que no te hablara más sobre ellos.

—¿Qué? —Pet comprobó cómo palidecía el rostro de su amigo y compañero—. ¿Por qué? —casi gritó.

—Dijo que no es necesario que sientas remordimientos porque ellos no te necesitan en sus vidas. Y créeme, si algo no necesita Johanna, es más determinación de la que reflejaban sus palabras. —Pet se compadeció de su amigo al comprobar el dolor que reflejaba su rostro—. Joder, Alex, ¿qué esperabas? Los dos últimos meses de embarazo fueron de alto riesgo para la madre y los niños, y tú ni siquiera la llamaste después de que te hablé sobre mi encuentro con ella. Nacieron tras una cesárea. ¿Y qué hubo de tu parte? Silencio. Las últimas noticias que tuve de ellos fue que les habían ampliado la beca y permanecerán en Londres hasta la primavera. —El doloroso silencio de Alex angustiaba a su compañero—. Ella te habría esperado, Alex. Y tú lo sabes. Siempre lo has sabido.

Alex tenía la mirada fija en la botella de cerveza que agarraba con más fuerza de la necesaria. Por primera vez en su vida, no sabía qué hacer. Lo único de lo que estaba convencido era que el dolor que le oprimía el pecho acabaría por matarlo dentro de poco si no lograba aliviarlo. Y Pet lo vio derrumbarse. Fue testigo del sufrimiento de Alex, incapaz de controlarlo, aunque lo ocultara con la cabeza gacha.

—No podría vivir si los pierdo. No podría seguir adelante. El recuerdo de Johanna y la ilusión por conocer a mis hijos es lo único que me mantiene cuerdo en este mundo de bestias inhumanas en el que vivo hace meses. Ahora vuelvo —añadió con brusquedad antes de dirigirse a los lavabos del bar.

Al mirarse en el espejo, se encontró con un desconocido, un náufrago perdido en una isla de caníbales de la que no podía escapar. Y el barco que podía rescatarlo del peligro lo había hundido él, sin ayuda de nadie. En ese momento, recuperar la confianza de Johanna le parecía una misión imposible, más complicada que la que estaba llevando a cabo. Ni siquiera se atrevía a telefonarla después de las trascendentes ocasiones que había dejado pasar. Se refrescó el rostro

y procuró tranquilizarse antes de regresar junto a su compañero, ante el que ya había hecho algo más que el ridículo.

—¿Cómo se llaman mis hijos? —le preguntó a Pet nada más sentarse junto a él—. ¿Cómo son? —Pet suspiró profundamente antes de responder. A él también le dolía el sufrimiento por el que pasaba su mejor amigo.

—Son preciosos, Alex. Johanna no me permitió tomarles unas fotos. —Vio cómo palidecía de nuevo el rostro de su compañero—; sabía que te las mostraría. —Esperó unos segundos antes de continuar, dándole tiempo a Alex para que se recuperara—. Estaban dormidos cuando los vi, pero me parecieron dos criaturas perfectas y hermosas. Por lo visto, tienes un comanche de piel clara y ojos verdes como los de su madre; creo que ese es Lawrence.

—Se llama como mi abuelo —reconoció admirado.

—A petición de tu abuela —le contó sonriendo—. El otro moreno, pero más parecido a ti, se llama Samuel, como el abuelo de Johanna. Están viviendo en casa de tu abuela. —Alex se sorprendió ante la noticia—. Parecen todos miembros de una misma familia. También conocí a Richard Wolfe, el padre de Johanna; y, créeme, si algún día te encuentras con él, te cortará las pelotas. —Al menos pudieron sonreír, aunque sin muchas ganas—. Su madre también ha pasado unas semanas con ella, pero no tuve el placer de conocerla; cuando fui a visitarlos, hacía unos días que se había marchado a Filadelfia. Tendrías que ver a tu abuela y a Nastia. Han rejuvenecido teniendo a Johanna y a los niños en su casa. Y a los primos, que cenan allí cada día.

—Ni siquiera he respetado los más de ochenta años que tiene mi abuela. Separarse de ellos la matará —reconoció Alex culpándose también por eso—. No he hecho nada bien, ¿verdad? Y no tengo ni puñetera idea de cómo arreglarlo, ni creo que tenga alguna posibilidad de acercarme a ellos. —Se calló un instante—. Tendría que haberme dado cuenta antes. Johanna no ha tocado ni una libra del dinero que le ingresan de mi parte, nada.

Capítulo 11

—No me parece buena idea, Jo. Sé que lo piensas con tu mejor intención, pero en estos momentos vas a necesitar la ayuda de tu familia más que nunca.

—Lo sé, papá. Además, no deseo que Alex crea que me quedo aquí esperándolo. Pero me preocupa Maddie. Tiene ochenta y un años y ya ha vivido demasiadas tragedias.

—Y tu abuelo, setenta y siete, y está deseando conocer a los gemelos.

—Tenemos que encontrar una solución que nos satisfaga a todos y que nos lastime lo menos posible. Porque me dolería saber que Maddie y Nastia están sufriendo por mi causa.

—Johanna, cariño, a veces no se puede satisfacer a todo el mundo...

—Podríamos utilizar la antigua cabaña del abuelo —lo interrumpió la joven con el rostro iluminado por la felicidad.

—¿Qué sucede con la cabaña?

—Es ideal para Maddie y Nastia. Tiene dos amplios dormitorios y, con una limpieza a fondo y algún arreglo en el baño y en la cocina, resultaría un cómodo hogar para ellas.

—¿Crees que querrían abandonar su hogar? —preguntó incrédulo—. Johanna, Maddie lleva viviendo en esta casa desde que nació su nieto. Ponte en su lugar; piensa cuánto te cuesta alejarte del rancho.

—Sí, tienes razón, pero no perdemos nada con proponérselo. Y, en caso de que aceptaran venirse a vivir cerca de nosotros, tienen unos meses para adaptarse a la idea mientras se realizan las reparaciones oportunas en la cabaña.

—Está bien. Coméntaselo, no perdemos nada con ello. Pero, si quieres saber mi opinión al respecto... —Richard se sentó en el sofá y, con un gesto de su mano, invitó a su hija a acompañarlo—. Dime que no estás haciendo esto por Alex. —Johanna negó con la cabeza—. Ese hombre te ha demostrado que no le interesáis ni tú ni vuestros hijos. Y no quiero que Maddie y Nastia sean una excusa para atraerlo hacia ti.

Johanna no respondió de inmediato. Se levantó y caminó lentamente hacia la ventana, desde donde admiró la campiña grisácea de ese día frío de finales de otoño, tan húmeda y distinta a su tierra natal. Tardó unos minutos en dar una respuesta a su padre.

—No lo estoy haciendo por él, papá. Puedo asegurártelo. Conozco bien a Alex y lamento que no hayas tenido la oportunidad de tratarlo. Aunque te cueste creerlo, me amaba, tanto o más que yo

a él. Pero lo que lo tiene atrapado ahora es una historia antigua que comenzó el día que perdió a su familia, un suceso que él no puede dejar en el pasado y que lo mantendrá alejado incluso de sus hijos. Cuando entierre esos demonios que lo atormentan desde niño, volverá a nosotros. Estoy convencida.

—Johanna... —dijo Richard emocionado—. A veces hablas como tu abuelo. —La chica sonrió—. No quiero que te hagas ilusiones.

—No son necesarias, papá. No sé en qué misión anda metido, ni si saldrá vivo de ella; él mismo estaba casi convencido de que perdería la vida al cumplirla. Pero un hombre que no nos considerara parte de su familia, parte de él, no habría...

—¿Qué ocurre, Jo?

—Esta casa, la de Londres, una gran fortuna y acciones de una compañía petrolífera que heredó de sus padres, su sueldo actual... Todo está a mi nombre y al de nuestros hijos. ¿Lo entiendes, papá? Aunque yo me empeñe en que no lo necesitamos y muestre mi irresistible orgullo comanche, como actuó ante Pet, el único contacto de Alex con el mundo que conocía, estoy convencida de que somos lo más importante de su vida.

Richard se levantó, se atusó el pelo con más energía de la necesaria y se acercó hasta Johanna.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Antes del parto ya había una suculenta cuenta corriente compartida a nombre de Alex y al mío, de la que, como podrás imaginar, no he tocado ni una libra. Hace una semana fuiste a llevar a mamá al aeropuerto y se presentó aquí el abogado de Alex con toda la documentación preparada para que la firmara. Al principio me negué con rotundidad, pero Maddie y Nastia, basándose en que debería pensar en el futuro de los niños, me convencieron.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no sé qué pensar sobre esa decisión de Alex.

—La verdad es que su comportamiento resulta extraño. Ni una llamada, ni una información... Podía haberte dejado solo una parte de su sueldo, una manutención, pero ¿todo? ¿Incluyéndote a ti también como heredera?

—Todo para nosotros tres. Maddie puede vivir aquí mientras viva y, al igual que Nastia, tienen su propio dinero que también heredaremos nosotros tres. Aunque, y espero que suceda, si Alex regresa, renunciaré a sus propiedades y a su fortuna. Tengo que averiguar si solo lo ha hecho por aliviar su conciencia. No me quedaré con esa enorme duda torturándome.

Durante la cena, entre Richard y Johanna propusieron a las dos mujeres la idea de acompañarlos a los Estados Unidos. Se sorprendieron tanto que fueron incapaces de dar una respuesta.

—Pensadlo bien, por favor —les rogó Johanna—. Discutidlo entre vosotras y tomad la decisión que más os convenga.

—Mi padre tiene setenta y siete años —explicaba Richard, buscando el modo de justificar la proposición de su hija—y, aunque su salud es excelente, afortunadamente, está acostumbrado a vivir rodeado de su familia. Él y Johanna siempre han estado muy unidos y está deseando conocer a los niños.

—Además —añadió Johanna con la intención de animarlas—, tendríais independencia y estaríais cerca de los pequeños. La casa está a cincuenta metros de la de mi padre y mi abuelo vive con nosotros. —Johanna posó una mano sobre la de la anciana y la apretó con cariño—. Todos nos alegraríamos mucho de contar con vuestra presencia en nuestro rancho familiar.

Nastia parecía entusiasmada con la idea, pero Maddie no respondió. Suspiró profundamente y se sentó lo más erguida que pudo antes de hablar.

—Esto no estaría pasando si conociéramos la opinión de mi nieto. Tengo la impresión de que, al marcharnos, lo estaremos abandonando o estaremos eligiendo entre él y vosotros.

—En eso no puedo ayudarte —replicó Johanna sin ocultar su indignación—. Y voy a ser sincera contigo, Maddie. —La miró a los ojos con gran intensidad—. No cuento con su opinión. Alex no es nadie en nuestras vidas porque él lo ha elegido así. Pero nunca le negaré que vea a sus hijos. De eso puedes estar segura.

—No toméis la decisión ahora mismo —las interrumpió Richard, que no soportaba oír hablar del padre de sus nietos—. Meditadlo. Si decidís venir, Johanna se quedará con vosotras mientras adecentamos la cabaña que sería vuestro hogar y, en cuanto esté lista, os marcháis las tres junto a los pequeños.

Maddie miró a Nastia un instante y le sonrió con ternura.

—Creo que no tenemos que pensarlo mucho. ¿Qué me dices, Nastia? ¿Nos apuntamos a esta aventura americana o nos quedamos esperando a que Alex regrese a casa?

—Alex es joven —respondió Nastia—, y no creo que le importe volar hasta Oklahoma para ver a sus hijos, su abuela y su vieja niñera. No nos queda nadie más aquí, Maddie, y me resultaría muy doloroso separarme de esos renacuajos. Creo que tu nieto lo vería correcto.

—Sí, yo también —admitió la anciana y ofreció a Johanna una caricia en su mejilla—. Él querrá que permanezcamos junto a su familia. —La chica suspiró poniendo los ojos en blanco ante la insistencia de Maddie en continuar emparejándola con Alex.

Unos días más tarde, Richard regresaba a casa y, desganado, se alejaba de Johanna y sus gemelos.

—Anatoli parece otro —le decía Yuri Kazakov a su pakhan, Viktor Kozlov, mientras cenaban en un lujoso restaurante londinense—. Ha conseguido que Dimitri Nazarov se una a nosotros y ha sido capaz de mantener la paz con los Salvinsky. Creo que la compañía de Yulenko le está viniendo bien.

—¿Cómo es el muchacho? —Se interesó Kozlov, que observaba a su envejecido brigadier a pesar de ser solo dos años mayor que él—. No lo veo desde el funeral de su familia.

—Físicamente, idéntico a su padre, pero más duro y distante. Una roca.

—Debe ser fuerte para superar algo tan terrible. ¿Has obtenido la información que te pedí sobre él? —Yuri asintió con un gesto—.

—Vivió aquí junto a sus abuelos pero, cuando el viejo murió, se le fue de las manos a la mujer. Al parecer, abuelo y nieto estaban muy unidos. No acabó sus estudios universitarios y vagabundó por Europa hasta que a los veintitrés años ingresó en el ejército británico como soldado profesional; de ahí su excelente preparación física y su dominio en el uso de las armas. Por lo visto, las adora y las venera. Fue expulsado con deshonor por tráfico de drogas y no regresó junto a su abuela. Se fue a Moscú y cometió varios delitos, pero era rápido en deshacerse de la mercancía y nunca pudieron atraparlo con un alijo lo bastante grande como para cumplir una condena larga. Hasta que coincidió con Anatoli en Butirskaya, estuvo haciendo algunos trabajos para los Salvinsky unos meses antes, pero siempre encargos negociados previamente, sin sueldo fijo. No quiere atarse a ninguna familia.

—¿Vicios?

—Apenas bebe, no fuma, nada de drogas y, según tu hijo, no le atraen las mujeres.

—¿Quizás los hombres? —preguntó Kozlov extrañado—.

—No, que Anatoli sepa. Pero hay algo que no te va a gustar. —Viktor alzó las cejas esperando el comentario de Yuri—. Está investigando sobre el crimen ocurrido a su familia. El ingenuo Anatoli lo puso en contacto con Karlenko, y este le entregó los antiguos informes que encontró en los archivos de la policía. Pensó que negarse a prestarle su ayuda despertaría sospechas indeseadas.

—Karlenko reaccionó correctamente. Entonces no debemos preocuparnos.

—No. Karlenko se aseguró previamente de que no encontrara ningún rastro que lo relacionara con nosotros. Me lo ha contado personalmente.

—Bien. Además, espero que a primeros de año, Anatoli pueda regresar a Londres y Yulenko lo hará con él. Lo alejaremos de la información y no hallará pistas. Procura que mi hijo lo tenga contento, que le pague bien y que encuentre alguna debilidad de ese chico. Es mejor ser prevenidos y tener algo con que atacarlo antes de que lo haga él con esa dichosa investigación.

Capítulo 12

Se aproximaban las fiestas navideñas y la nieve coloreaba el suelo moscovita de forma perenne. Alex no se habituaba al extremo frío ruso; aunque recordaba que de niño disfrutaba de la nieve y el hielo, odiaba el aire helado que se filtraba hasta sus huesos durante las noches que salía Anatoli, quien había pasado la velada con dos nuevas mujeres. Alex se había propuesto continuar el celibato que llevaba manteniendo desde que se había separado de Jo, a pesar de la insistencia de su jefe y de las provocaciones lujuriosas de las chicas, que ni siquiera le afectaban porque no eran su precioso colibrí, ni siquiera se le parecían. Lo único que le atraía de su nueva vida era ese sentimiento tan conocido por él. El ansia de venganza que crecía a su alrededor con la misma facilidad que la hiedra rodea un árbol. Y, si solo podía ser leal al amor de Johanna y a él mismo manteniéndose célibe, lo haría del mismo modo que estaba convencido de que ella lo era desde que se separaron. Hasta ahora la había traicionado de distintas maneras, pero no continuaría haciéndolo, y menos aún físicamente.

Estaba harto de proteger a Anatoli de los ataques que provocaba en algún bar o club, simplemente porque cualquier otro hombre mirara a una de sus acompañantes. La noche anterior la había tomado con un joven de veintipocos años, tan arrogante como él pero ingenuo y nada acostumbrado a la violencia. Alex se vio obligado a sacar al muchacho del club a rastras y a arrinconarlo en un callejón. Aún podía oler el miedo del chico, que temblaba y se sacudía del agarre de Alex sin conseguir soltarse lo más mínimo.

—Tranquilo, muchacho —le susurró Alex como si se tratara de un animal acorralado mientras esperaban en el guardarropa a que le dieran el abrigo del joven—. No te voy a pegar, ¿me oyes? No te va a pasar nada malo —le dijo dirigiéndose hacia la puerta del rebosante club.

—Yo no he hecho nada —lloriqueó.

—Lo sé. Solo te has cruzado en su camino y has mirado a la mujer incorrecta. Ahora lárgate y, si tienes la mala fortuna de volverte a encontrar con Anatoli en cualquier lugar, huye en la dirección contraria. Tiene muy buena memoria y más mala leche de la que puedas imaginar. — Alex lo soltó, observándolo atentamente por si se desmayaba.

El chico se separó intentando recuperar su dignidad y su hombría, y se alejó cabizbajo del callejón. Alex sabía que tardaría en olvidar las amenazas de un Kozlov enloquecido por los celos y dominado por la violencia de la que se creía con derecho a ejercer sobre los demás.

Cada día que transcurría en compañía de Anatoli escuchando hablar sobre los sucios negocios de Kozlov, se sentía más animal y menos hombre, por tener que ocultar su desprecio hacia ellos y controlarse para no ponerle fin de la única forma que creía posible. Aniquilándolos. Pero debía esperar el momento adecuado.

Tenía una cita en casa de Gruchenko. El hombre le había pedido que fuera a verlo sin darle más detalles. Desde que habían mantenido la primera conversación no habían vuelto a verse y esperaba que tuviera alguna noticia que darle. Lo sabía todo sobre los Salvinsky y Kozlov, pero desconocía la rutina de Kirilenko. Antes de marcharse de Moscú, acabaría con ellos. Apenas si le quedaban dos meses para llevar a cabo parte de su plan.

La señora Gruchenko no estaba en casa, y el gesto huraño que le ofreció el expolicía al abrir la puerta de su cálido hogar preocupó a Alex.

—¿Consiguió hablar con su amigo Bogarov? —preguntó Alex, intentando romper con la tensión que sentía entre los dos.

—¿Quién demonios eres, chico? Y esta vez dime la verdad. —Iván estaba ejerciendo su antiguo oficio de policía.

—Soy Alexander Yulenko Cameron. Esa es la verdad.

—Y, si tienes tanto afán de venganza, ¿qué haces trabajando para Kozlov?

—¿Cómo se ha enterado? —Gruchenko observó el rostro impresionado del joven.

—Hemos indagado sobre ti en la comisaría de Moscú. Eres el guardaespaldas de Anatoli Kozlov. En la policía hablan sobre tus buenas cualidades en la lucha cuerpo a cuerpo. Comentan que no necesitas sacar un arma para mantener a salvo a tu jefe. —Lo miró con desprecio—. ¿Proteges al hijo de uno de los posibles asesinos de tu familia?

Alex bufó con más fuerza de la necesaria y se repeinó con fuerza el pelo que ya le llegaba por la mandíbula, intuyendo que, si quería contar con la colaboración de Gruchenko, debía decirle la verdad. Y no le importó porque confiaba en ese hombre.

—Soy oficial encubierto de las fuerzas especiales británicas. Y estoy destinado en una operación coordinada por la Interpol desde hace diez meses. Me gané la amistad de Anatoli Kozlov en la Butirskaya, donde pasé tres meses.

—¿Llevas diez meses infiltrado? —preguntó sin inmutarse.

—Sí, señor. Y preparándome para esta misión desde un año antes. Usted es una de las seis personas que tiene conocimiento sobre ella. La influencia de los *pakhanes* en Europa está alarmando a los gobiernos europeos. Son capaces de tender unos tentáculos largos y poderosos cada vez más difíciles de controlar por las autoridades. —El ex policía sonrió desganado.

—Bogarov y yo hablábamos mucho sobre esto en el pasado. Sabíamos que los Gobiernos no se implicarían hasta que no pudieran controlar a estas mafias, que aquí son ya indestructibles.

—Yo estoy vigilando a los tres principales *pakhanes* rusos, Kirilenko, Salvinsky y, el más poderoso, Kozlov.

«Y espero el momento oportuno para destruir al que fue el asesino de mi familia», pensó Alex.

—Precisamente los tres responsables del asesinato de tu familia. —Alexander pareció perplejo ante la convicción que entendió en las palabras de Iván—. Mi amigo Bogarov guardaba en su ordenador personal toda la información que averiguamos hace veinte años.

—¿Están ustedes seguros de que los tres estuvieron implicados? —Alex esperaba que rectificara. Kozlov había llorado en el entierro de su familia y le había jurado venganza.

—Se hicieron con el control de su imperio del narcotráfico antes de que tu padre lo desmantelara y, cuando intentó impedirselo, acabaron con él y con el resto de tu familia. Utilizaron las mismas rutas que tu padre usaba y a los mismos proveedores para traer la droga hasta Rusia, se repartieron los mercados y negociaron con sus distribuidores. Kozlov, Londres y parte de Moscú, que compartía con Kirilenko; Salvinsky, París y San Petersburgo.

—Yo vi a Viktor Kozlov llorar por mi padre y el resto de mi familia. Me prometió que vengaría su muerte.

—Estaría actuando, muchacho. Ese hombre no ha sentido jamás escrúpulos por alcanzar todo el poder y control que pudiera. Tanto Bogarov como yo siempre hemos estado convencidos de que él fue el precursor del asesinato de los Yulenko.

Alex permaneció unos segundos en silencio, intentando asimilar la noticia, recordando el rostro de Viktor surcado por las lágrimas y, quizás, en ese instante, vencido por los remordimientos que le causaban el asesinato múltiple que habría planeado para hacerse con los negocios criminales de su padre.

—¿Por qué Kozlov se hizo más poderoso que los otros? —preguntó Alex extrañado.

—Kozlov actuó de espaldas a sus socios en dos grandes operaciones. Primero se hizo con el control del ejército de mercenarios que tu padre comandaba para proteger gaseoductos y oleoductos, por lo que las compañías le pagaban y continúan haciéndolo; un dinero fácil y limpio. La segunda prueba, y más evidente, fue la transacción de la naviera, ahora Sea Blue. Sabemos cómo lo hizo y a quién sobornó. ¿Nunca te has preguntado por qué no la heredaste, o, a cambio, la fortuna que valdría si se hubiese vendido?

—Hasta ahora no he sabido que mi padre haya sido propietario de esa compañía —reconoció impresionado por esa nueva información.

—Justo el día después del atentado, Kozlov figuraba como propietario y te aseguro que no pagó por ella. Ese movimiento estaba preparado antes del asesinato. Se falsificaron firmas, sobornó a un joven notario inglés, el mismo con el que aún trabaja. Los trabajadores de la empresa sabían que Kozlov no era como tu padre. Todos le temían y nadie habló en público. Viktor vivió a la sombra de tu padre, envidiando la posición económica y reconocimiento social que había conseguido gracias a tu madre, y ansiaba establecerse en Londres como Yulenko había logrado. Interrogamos a los abogados de tus padres y, en cuanto iniciaron la demanda judicial en nombre de

tus abuelos, uno de ellos recibió una colosal paliza de dos hombres encapuchados, probablemente, una seria advertencia de Kozlov para que desistieran de realizar más averiguaciones. Los Cameron no deseaban más derramamiento de sangre y se olvidaron del negocio.

—¿Cómo ha conseguido toda esa información si lo enviaron a Siberia?

—Ese caso acabó con mi vida profesional y casi acaba con la familiar cuando me trasladaron a Siberia, y lo mismo le sucedió a Bogarov. Se convirtió en un asunto personal para nosotros. Gracias a sus contactos a través de Internet con buenos y honestos policías de Londres y París, encontramos el modo de seguir los pasos de los tres delincuentes y esperar que algún día apareciera alguien como tú, dispuesto a acabar con ellos y con la ola de crímenes que siembran a su paso. Estos hombres no pueden quedar impunes después de los asesinatos que han cometido o que otros han realizado en su nombre.

—¿Por qué no me informó sobre todo esto el otro día?

—Porque antes debía asegurarme de quién eras realmente y qué pretendías.

—Le aseguro que se hará justicia. —Los ojos de Gruchenko brillaron con lo que Alex creyó orgullo—. Aunque sea lo último que haga en la vida.

—Actúa con cuidado, muchacho. Recuerda que tienes una familia que te espera.

Alex ya no necesitaba más información. Estaba seguro de que los tres *pakhanes* eran culpables de la muerte de su familia y se alejó de la casa de Gruchenko, convencido de cuál sería su siguiente paso.

—Después de Año Nuevo me reuniré con Salvisky y con Kirilenko. Mi padre ha confiado en mí por fin y me permite actuar en su nombre. Creo que parte de mi reconocimiento te lo debo a ti.

Alexander apartó la mirada del escaparate de la juguetería que le había recordado su nefasto papel como padre de dos críos, aunque fueran pequeños; no había hecho nada por ellos, aparte de ofrecerles dinero. Los había ignorado como si no existieran, y cada día eso le pesaba más en la conciencia.

—No me debes nada. Creo que tu padre se equivocaba contigo y no ha sabido aprovechar tus excelentes cualidades como negociador.

—¡Cuánto echo de menos mi infancia! —exclamó Anatoli prestando atención a los juguetes expuestos tras el cristal—. Entonces nada importaba, solo pasarlo bien protegido bajo la ignorante e ingenua seguridad de tu hogar. El mundo se derrumba a tu alrededor cuando creces.

—No podemos quejarnos. Fuimos niños muy afortunados. Al menos yo me sentí así hasta que perdí a mi familia.

—Sí, tienes razón. Fuimos afortunados. —Suspiró profundamente.

—Hoy estás hecho un filósofo —se burló Alex.

—La verdad es que añoro el jaleo de las odiosas fiestas navideñas. Ahora que estoy en Moscú por obligación, me encantaría cenar junto a mi familia y fingir que la vida es maravillosa en ese momento. —Miró un instante a su inseparable guardaespaldas—. Imagino que entiendes de lo que hablo.

—Desgraciadamente, te entiendo.

Y Alex no pensó en el pasado que ya tenía asumido, la posibilidad de que existiera un futuro sin Johanna y sin sus desconocidos hijos lo asustó como nada había conseguido hacerlo en su vida adulta.

—¿Dónde se celebrará la reunión? —preguntó Alex, intentando apartar de su mente esos pensamientos tan dolorosos.

—Aún no está decidido. Será una decisión de última hora y en terreno neutral, donde no peligrosos ninguno de los tres.

—Está bien. Es lo más sensato.

Y el plan bulló con virulencia en la mente de Alex. El plan que comenzaría inmediatamente si quería obtener los mejores resultados. Al menos la idea de que por fin comenzaba su proyecto de venganza alivió el peso de su dolor, provocado por estar alejado de la que cada vez sentía con más claridad que era su familia.

Necesitaría la ayuda de Bogarov y Gruchenko para llevarlo a cabo y la de algunos contactos honrados que ellos mantuvieran de sus tiempos de policías en activo. A partir de ese momento nadie ni nada lo detendría.

Capítulo 13

Johanna logró convencer a Maddie y a Nastia de que la acompañaran hasta Oklahoma, donde pasarían las vacaciones de Navidad. Así podrían conocer su futuro hogar y decidir sobre los posibles cambios que efectuarían antes de mudarse definitivamente.

Maddie, quien conservaba un estado de salud envidiable, apenas notó las molestias de un largo viaje cuando llegaron al pequeño aeropuerto regional de Lawton, o quizás fuera por la ilusión que la anciana sentía al pasar una Navidad acompañada por gente que la hacía sentirse querida, algo de lo que no disfrutaba desde hacía mucho tiempo. En cierto modo, había vivido los últimos años convencida de que no volvería a verse rodeada por el calor de una familia; y menos aún por una tan numerosa como era la de Johanna.

Samuel Wolfe, acompañado de su hijo Richard, recibieron a la pequeña comitiva procedente de Londres. El anciano jefe comanche abrazó a su nieta y a los gemelos con lágrimas en los ojos.

—Si no llegabas a venir, me habrías obligado a subirme a un avión y a plantarme en tierra inglesa. Y ya sabes cuánto odio volar.

Johanna no se controló como hizo su abuelo y, dejándose llevar por el llanto, se abrazó a él con tanta fuerza y emoción que conmovió al resto de los presentes. El aroma singular y familiar del abuelo Samuel, a cuero y tierra, invadió las fosas nasales de la chica y la recibió con una cálida bienvenida; por fin estaba en casa. El dolor provocado por el miedo que había sentido durante los últimos meses de embarazo y la cesárea, el desprecio y la ignorancia que Alex le había demostrado se reflejaron en las lágrimas de Johanna y afloró entre los brazos de su abuelo.

—Te he echado de menos, abuelo. Necesitaba verte.

—Aquí me tienes, mi pequeño colibrí —le respondió a la vez que frotaba la espalda de su nieta, intentando reconfortándola—. Venga, llora. ¿Cuánto tiempo llevas conteniéndote?

—Demasiado —respondió obligándose a controlar el llanto y a sonreír—. Ven, tengo que presentarte a nuevos miembros de la familia Wolfe. —Comenzó a hacerlo por una emocionada Maddie.

—Es un placer tenerla entre nosotros, Maddie. —La mujer se sintió cohibida ante la intensa presencia del viejo comanche—. Así tengo alguien de mi edad con quien charlar. A veces pienso que los jóvenes no me entienden.

—Pues parece que con su nieta se lleva bien.

—Sí. Mi pequeño colibrí respeta las costumbres y memoria de sus ancestros. Aunque ahora va a estar demasiado ocupada para prestarme su atención. ¿Cómo está usted? —Le ofreció una mano amable a Nastia.

—Encantada de estar aquí y de conocerlo por fin. Sus nietos hablan con mucho cariño y respeto de usted, y tenía ganas de comprobar el motivo.

—Paciencia para escuchar, eso es lo único que hago con ellos. Y ahora, señoras, si me disculpan... ¿dónde están mis bisnietos? —Separándose de las mujeres, se dirigió a Gerome, que llevaba en brazos a Samuel—. ¿Tú te llamas igual que yo, golfillo? —le preguntó al bebé a la vez que lo tomaba entre sus brazos—. Vaya, veo que tu mirada de poderoso guerrero se la debes a tu padre. —Maddie sintió una punzada de orgullo al oír el reconocimiento del anciano indio hacia su nieto—. Pero eres tan guapo como tu madre. Cógelo, Richard. Te mueres de ganas. —El hijo cogió al pequeño y lo acunó entre sus brazos, demostrando una gran devoción hacia él—. Ben, permíteme conocer a Lawrence. —En cuanto lo tuvo en sus brazos, reconoció en el rostro del bebé los ojos de su pequeño colibrí y sonrió—. Tú tienes los ojos de tu madre —dijo al pequeño a la vez que le acariciaba la barbilla con delicadeza—, pero tus rasgos deben ser los de tu padre. Mis pequeños —susurró poniendo la mano sobre la cabecita de Samuel mientras sostenía a Lawrence con el otro brazo—. Por fin os tengo conmigo. —Con los ojos cerrados, susurró unas palabras, casi musicales, en la antigua lengua comanche, que a oídos de Nastia y Maddie parecieron una bendición.

—Bienvenidas —las saludó Richard tras abrazar a su hija—. Recojamos el equipaje. Aún nos quedan por recorrer en coche cuarenta kilómetros antes de llegar a nuestro rancho.

—Gerome —lo llamó el anciano a la vez que le lanzaba las llaves—. Conduce tú. Yo quiero llevar en brazos a mis pequeños salvajes.

La felicidad que transmitía el rostro del anciano Samuel conmovió a Maddie. Ella no podía sentirse orgullosa de Alex en ese momento en el que varias generaciones de una misma familia se reunían para dar la bienvenida a dos nuevos miembros. Maddie, a sus ochenta y un años, valoraba el significado de esa unión, sobre todo cuando solo le quedaba con vida su nieto y ella había sobrevivido al resto de su familia. En ese instante sintió un leve mareo cuando, como un rayo, la idea de que Alex también muriera atravesó su mente.

—Señora Cameron, ¿se encuentra usted bien? —se interesó Samuel, que estaba a su lado y la había visto palidecer. Maddie sonrió tímidamente.

—Algo cansada después de este largo viaje y terriblemente envidiosa al comprobar lo afortunado que es usted, Samuel. Y, por favor, siga llamándome *Maddie*.

El anciano no tuvo que recibir más explicaciones para comprender a la anciana dama inglesa.

—Ellos —explicó mirando a los pequeños— son la prueba de que uno ha existido; solo en sus recuerdos continuaremos viviendo dentro de poco. —Maddie asintió con un gesto triste.

—Si mi nieto no regresa a casa con vida, no me quedarán nada más que estos pequeños. Espero que comprenda el motivo por el que estoy reteniendo a Johanna en Reino Unido. Soy incapaz de

separarme de la única familia que me queda.

—La entiendo, Maddie. No se preocupe por mí. Ya hace tiempo que reconocí qué es lo único que tiene auténtico valor en la vida.

Sara, Richard y Johanna conversaban sobre el futuro laboral de esta durante la noche previa al día de Navidad.

—Antes de regresar a Londres, deberías ir al Nation College Comanche —le contaba Richard—. El director te espera en estos días para mantener una entrevista. Por lo visto, hay una vacante de lenguas antiguas prevista para el curso que viene, y tú eres la mejor candidata para cubrir esa plaza.

—Si es lo que deseas, Johanna, sería un buen momento para empezar a trabajar. Los niños tendrían un año. Aunque, si prefieres comenzar en Filadelfia y convertirme en una abuela orgullosa y feliz, puedo buscar entre mis amistades algún contacto que nos informe sobre un puesto en la universidad. —Sara insistía, cada vez que se presentaba una oportunidad, en atraer a su hija hacia su terreno, aunque estaba convencida de que no lo conseguiría.

—Mamá...

—Lo sé, lo sé, cariño. La mitad de tus genes son míos, sin embargo, tu espíritu siempre ha sido comanche puro. Al menos, déjame intentar convencerte cuando surja una ocasión —añadió sonriendo—. Ya vendré yo cada vez que disponga de unos días libres.

—Gracias por ser tan comprensiva, mamá. Ahora que soy madre, comprendo mejor el sacrificio que hiciste al dejarme aquí junto a mi padre y su familia.

—Era lo que tú deseabas, y yo era incapaz de verte cada día más triste.

—Si uno de mis hijos quisiera abandonarme... Creo que no lo resistiría.

—Harías lo que fuera mejor para él —acabó Sara por su hija—. Como hice yo contigo, aunque me doliera.

—No quisiera verme ante esa tesitura. Jamás.

La llamada telefónica de un número desconocido interrumpió la conversación familiar que, durante el último año, sucedía en tan pocas ocasiones.

—¿Diga?

—Hola, Johanna. —Al oír la voz de Alex (que no escuchaba desde hacía tanto tiempo), estuvo a punto de dejar caer el teléfono de las manos repentinamente temblorosas. Su rostro palideció con tanta brusquedad que sus padres se preocuparon al observar el cambio.

—¿Qué ocurre, Johanna? —preguntó un alarmado Richard.

—Es Alex —susurró la joven, visiblemente afectada—. Perdonadme un momento.

Salió de la bulliciosa sala y se dirigió a su habitación, donde dormían la siesta los pequeños, mientras, se obligaba a recuperar el control emocional que había perdido durante unos impactantes segundos.

—¿Qué quieres, Alex? —El tono de voz surgió más frío y exigente de lo que pretendía, pero no se arrepintió de ello.

—Felicitarte por Navidad y saber cómo os encontráis los tres. ¿Estás reunida con tu familia?

—Sí. Estamos en mi rancho, en Lawton. Tu abuela y Nastia me han acompañado hasta aquí. —
Tras estas palabras, el silencio se mantuvo durante unos tensos segundos.

—Gracias, Johanna. Gracias por ocuparte de ellas. Sé que las estás haciendo felices, a las dos. Lo necesitan y lo merecen. Y no encuentro palabras para agradecértelo.

—Sé que son felices. Por eso lo hago —dijo con una sequedad impropia de su carácter—, porque lo merecen. —Bruscamente, decidió cambiar de tema—. Tenemos que hablar sobre algo importante, Alex. No quería actuar sin advertirte. Voy a renunciar a tu herencia y a tu dinero. Quiero que ordenes a tu abuela que gestione lo necesario para que rompamos cualquier vínculo entre nosotros, incluso el económico.

—Johanna, por favor —suplicó Alex—. Reconozco que mi comportamiento hacia ti ha sido despreciable. Pero créeme... Permitir que te alejaras de mí fue lo más doloroso que he hecho en mi vida. Y cuando Pet me comentó que estabas embarazada... No puedo explicarte con palabras cómo me sentí por no haberte ofrecido la oportunidad de contármelo la última noche que pasamos juntos. Reconozco que no quise escucharte.

—¿Y te haces una idea de cómo me sentí yo?

—Todo lo he hecho mal —habló con frialdad, pero sin ocultar la culpabilidad que lo consumía—. Pero, aunque me hubieses contado que estabas embarazada... No habría renunciado a esta misión. No podía —se lamentó con tanta sinceridad que emocionó a Johanna.

—¿Por qué me llamas ahora? ¿O es que llamar cuando supiste de mi embarazo, tan solo para interesarte por mi salud, habría resultado más difícil de lo que lo ha sido hoy? ¿Y cuando nacieron tus hijos?

—¿Qué iba a decirte cuando lo único que podía ofrecerte era la seguridad de mi dinero? ¿Crees que no deseaba estar a tu lado en esos momentos tan complicados?

—Ya. —No se rebajó a hacerle ningún reproche más—. Los niños están perfectamente atendidos. No te han necesitado y, con ayuda de mi familia, me encargaré de que no te necesiten en el futuro. Así que...

—Yo sí os necesito —la interrumpió Alex con brusquedad y enojado por la frialdad que le demostraba la orgullosa comanche—. El amor que siento por vosotros es lo único que me ha mantenido cuerdo durante estos meses.

—Tienes una forma muy extraña de demostrar tus sentimientos. Y no puedo confiar en ti. Ya no, Alex. —Johanna iba a ser cruel, algo que detestaba, pero no podía soportar que Alex entrara en su vida y la de sus hijos a su antojo—. No te quiero en nuestras vidas. Si deseas saber cómo están tus hijos, habla con tu abuela, con Nastia o con Pet, como has hecho hasta ahora, pero no me llames más.

—Como deseas, Jo. Pero, antes de despedirnos, permíteme una confesión más. —Alex esperó a tener el consentimiento verbal de la chica.

—Está bien, Alex. Habla.

—No he dejado de amarte ni un solo segundo desde que nos separamos. Ni uno solo —insistió con tanto sentimiento que Johanna se emocionó y se obligó a no llorar—. Te he echado de menos cada día y estoy arrepentido de no haber sido un egoísta meses atrás y haberte pedido que me esperaras.

—¿Y por qué me lo dices ahora, cuando tus hijos tienen ya tres meses?

—Lo sé. Sé el día que nacieron. —Alex percibió el dolor de Johanna y prefirió acabar con la conversación que la hacía sufrir y que a él lo desgarraba por dentro, al pensar que lo único que había conseguido con esa llamada era hacerle más daño—. Y no tengo excusa a mi silencio si no es por la impotencia y desconcierto que he sentido durante estos meses. Lo que sí necesito decirte es que te amo, mi precioso colibrí. Siempre te amaré. Tu recuerdo, todo el amor que compartimos, es lo más valioso que tengo en mi vida. Cuida de nuestros hijos, de mi abuela y de Nastia como has hecho hasta ahora, aunque yo no lo merezca. Por favor.

Y sus últimas palabras resonaron en la mente de Johanna como una desesperada súplica.

El abuelo Samuel llamó a la puerta del dormitorio de su nieta antes de entrar y, al no recibir respuesta, decidió entrar. La encontró mirando por la ventana, ensimismada en sus pensamientos más que en las vistas que se apreciaban tras el cristal.

—¿Qué sucede, Johanna? ¿Era el guerrero? —preguntó el abuelo convencido de que su nieta estaba sufriendo por la ausencia de Alex—. La chica asintió y le ofreció al anciano una tímida y temblorosa sonrisa.

—Pero no volveré a hablar con él —contestó Johanna con determinación—. A pesar de que me haya confesado que me ama y se haya disculpado por no ponerse en contacto conmigo estos meses atrás, no volveré a hablar con él.

—¿Te ha dicho que te quiere? —Johanna asintió a la vez que se entretenía ordenando las ropitas de sus bebés—. Entonces... —Samuel parecía contrariado—. ¿Por qué no te ha llamado hasta ahora?

—Está arrepentido por no escucharme cuando quise decirle que estaba embarazada y de no haberme pedido que lo esperara —respondió sin mirar a su abuelo, escondiendo y banalizando el dolor que la actitud de Alex le provocaba. ¿Está loco, verdad?

—¿Crees que es sincero? ¿Te ha convencido su explicación? —Se interesó Samuel.

—La verdad...—dudó Johanna—. La verdad es que sí. Alex no es un hombre romántico, pero tampoco es un mentiroso. Creo que esa lucha interior que siente desde hace años lo ha dominado hasta hoy y por eso me ha llamado. Se está liberando de un peso enorme que arrastra desde la terrible pérdida de su familia.

—Y eso lo está acercando de nuevo a ti y a sus hijos.

—Pero no sé si podré perdonarlo, abuelo. Me ha dolido intensamente la ignorancia que ha

demostrado hacia nosotros estos meses atrás. Aún no entiendo por qué se ha comportado de ese modo, ni estoy segura de que consiga entenderlo algún día. Las palabras son fáciles de pronunciar; por eso deben avalarse con las acciones adecuadas.

—Hay demonios muy poderosos, Johanna, tanto que nos atacan cuando somos vulnerables y están dispuestos a controlar nuestro espíritu hasta saciar su sed de odio y venganza.

—Sí, tu intuición es acertada; desde que lo conocí, percibí que Alex es un hombre atormentado, aunque lo oculte debajo de una capa de orgullo —suspiró y cambió bruscamente de tema, intentando que su abuelo no se preocupara por ella—. Samuel se ha despertado. Voy a bañarlo antes de que se despierte Lawrence.

—Déjame hacerlo —le pidió Samuel—. Quiero pasar unos minutos en absoluta intimidad con uno de mis bisnietos. —Consiguió lo que pretendía: una sonrisa de Johanna.

Capítulo 14

Si había alguien en el mundo a quien no quisiera lastimar era a Johanna. Eso pensaba Alex mientras desahogaba su furia y su dolor contra el saco del gimnasio otra triste mañana de Navidad, como lo habían sido todas las navidades desde que había perdido a su familia.

La vida le hizo un regalo, el mejor, la oportunidad de encontrar su propia felicidad, Johanna, y él solo lo disfrutó durante unos meses. Su llamada la había hecho sufrir; había percibido su dolor en el tono de su voz, el mismo que padecía él. Golpeaba el saco como un loco agresivo y violento, con patadas y puñetazos que no acababan por agotarlo. Ansiaba verla, necesitaba abrazarla y pedirle perdón de todas las formas posibles. Quizás no tuviera la oportunidad de conocer a sus hijos porque perdería la vida en esa misión a la que se había ofrecido voluntario, empujado por su insaciable búsqueda de venganza. Ese último pensamiento lo enfureció aún más y continuó golpeando hasta que los pulmones le dolieron y los brazos y las piernas dejaron de responder a su cerebro.

Completamente agotado, entendió el motivo de su rabia incontrolada. Años atrás, el deseo de venganza había estado por encima de cualquier otro, sin tregua, sin piedad. Ni siquiera el cariño que sentía por sus abuelos o por Nastia conseguía apaciguarlo. Hasta que Johanna se cruzó en su camino y, de algún modo, él se obligó a saciar su sed desmedida, consciente de que, hasta que no lo lograra, no encontraría la paz interior que necesitaba, que lo ayudara a dejar el pasado atrás y tuviera la oportunidad de ser feliz el resto de su vida junto a su hermoso colibrí y ahora también junto a sus hijos. Esa paz, la calma que solo había encontrado durante el tiempo compartido con Johanna; no podía negárselo durante más tiempo. Ansiaba reencontrarse con ella y formar una familia. Su familia.

Pero ahora no se apresuraría con sus decisiones. No lo haría cuando había llegado tan lejos y contaba con la total confianza de Anatoli Kozlov. Había establecido un plan de acción y comenzaría a desarrollarlo al día siguiente. No le quedaban más de dos meses en Moscú y antes de marcharse debía resolver asuntos importantes para no tener que regresar jamás, ni volver a separarse de Johanna y sus hijos, si salía con vida.

Anatoli no salió de su habitación hasta el día después de Navidad. Estaba harto de estar en Moscú, desesperado por volver a su vida de antes, en la que se movía libre como un pájaro por Londres, París o Nueva York, y acudía a los acontecimientos sociales, musicales y deportivos más importantes que se celebraban en cualquier lugar del mundo.

Su padre, hasta ahora, había sido bastante generoso con él. A pesar de sus meteduras de pata, no le cerraba el grifo económico que le permitía llevar ese trepidante ritmo de vida. Anatoli pensaba que incluso se sentía orgulloso de sus correrías.

Pero él, a sus treinta y dos años, quería demostrarle su valía como hombre y en los negocios, y lo estaba consiguiendo gracias a la ayuda del extraño Alexander Yulenko. En cuanto le salvó la vida en la Butirskaya por primera vez, comprendió que se trataba de un hombre único y muy especial.

Justificaba su amargura y su ostracismo; la pérdida violenta de su familia a los nueve años marcaría a cualquiera. Pero lo que no entendía de él era su desinterés absoluto por las relaciones sexuales, fueran con mujeres o con hombres. Su reacción al conocer el pequeño vicio de su padre, lo delató también en ese sentido; tampoco tenía gustos más perversos. Sabía que algo le ocultaba, probablemente relacionado con esa chica americana a la que había mencionado en lo que Anatoli percibió como un descuido. Odiaba su hermetismo en ese sentido cuando él le confiaba su propia vida cada día. Se había propuesto descubrir el secreto que guardaba con tanto celo.

Una vez pasadas la fiestas navideñas y comenzado el nuevo año, Anatoli se tranquilizó y, más optimista porque se acercaba la fecha de su libertad total y podría salir de Moscú, encaró con ambición y responsabilidad el último negocio que su padre había puesto en sus manos: concretar los detalles de la reunión con los grandes *pakhanes* Kirilenko y Salvisky. Debía convencerlos de que distribuyeran como socios de los Kozlov, el alijo más grande que su padre se atrevería a transportar desde Afganistán un par de meses más tarde, y Viktor no deseaba competencia en ese negocio.

Unos minutos antes de las ocho de la mañana del mes de enero en Moscú, el frío cortaba el rostro de Alex cuando se bajó del coche, que aparcó frente a la puerta de la casa de Gruchenko. Allí se reuniría con él y con Bogarov para ultimar los detalles de su meticuloso plan.

Bogarov, al contrario de la apariencia paternal de Gruchenko, era un hombre enjuto, de profundos e inexpresivos ojos azules y casi tan alto como Alex, a pesar de tener más de setenta años. Ambos serían su único apoyo para llevar a cabo su venganza personal, con un sentido de la justicia ajeno a las leyes y que solo estaba regido con imponer el bien ante el mal, la eterna batalla de los buenos contra los malos. Los *pakhanes* que Alex estaba dispuesto a eliminar eran criminales y asesinos que campaban a sus anchas a través de una sociedad permisiva con el dinero y el poder, a los que algunos gobernantes corruptos protegían. Y, según Bogarov y Gruchenko, no

podrían ser juzgados por las leyes vigentes de las que saldrían impunes, apoyados por influyentes y poderosos abogados que conocían los entresijos y debilidades de las leyes como las palmas de sus manos.

El aporte de Bogarov al plan que se había propuesto seguir Alex era fundamental. El hombre había nacido para ser policía, seguía ejerciendo su profesión, aunque no lo hiciera físicamente, y mantenía contactos nacionales e internacionales, imprescindibles en la operación preparada por Alex.

—Lo has prometido —le exigió Bogarov con su voz fría y desprovista de emoción—. No habrá arrestos.

—No los habrá —respondió Alex en el mismo tono—. No informaré a mis superiores sobre nuestros planes. Nadie averiguará lo que suceda. Para eso, debemos estar seguros de que sus contactos también sabrán guardar silencio. Nadie debe conocer mi identidad.

—No te preocupes por eso, muchacho —Bogarov dibujó en su rostro arrugado lo que parecía una sonrisa—: ellos fueron policías como nosotros —y señaló a Gruchenko incluyéndolo—. Y todos desean dar caza a esos delincuentes.

—¿Cuáles serán las primeras bajas? —preguntó Gruchenko.

—Por parte de Kirilenko, Semionov y Novokov. Luego, le seguirá Nazarov.

Leonid Bogarov alzó la mirada y dejó su dedo clavado en el ipad en el que anotaba los nombres que Alex le daba en ese instante.

—¿Estás seguro? Son todos peces gordos.

—Sí. Nazarov, aunque no tenga nada que ver con la muerte de mi familia, será dentro de poco tiempo un nuevo brigadier de Kozlov. Con su muerte enfrentaremos a los dos clanes. Kozlov creerá que Salvisky lo ha eliminado por cambiarse de bando. Es lo que pretendo: sembrar el desconcierto entre ellos, que desconfíen unos de otros y se culpen por las bajas que voy a provocar. Que se asusten y se pongan nerviosos. Eso también apresurará el regreso de Anatoli a Londres. Sobre todo después del que será mi último golpe en Moscú. Y Nazarov tiene influencias suficientes para ocupar un puesto de pakhan una vez que desaparezcan Kirilenko y Salvisky.

—Está bien —aceptó Bogarov satisfecho con los planes de Alex—. Pondremos a los nuestros a trabajar mañana.

—Quiero saber todas las rutinas de estos dos hombres, incluso la hora a la que van al baño. No puedo arriesgarme a cometer ningún error. Mis golpes deben ser rápidos y certeros, sin dejar huellas. —Los dos rusos lo observaban con atención, asintiendo ante la exposición del que consideraban un valiente soldado—. Actuaré como un fantasma.

—Pareces muy seguro de tus propios recursos —lo provocó Bogarov en un intento de medir sus fuerzas—. Ten cuidado, muchacho, solo eres un hombre.

—Llevo toda mi vida preparándome para esto. Créame. Solo tendré una oportunidad y no fallaré. —Además lo empujaban las ganas que tenía de volver a Reino Unido.

—Danos una semana —intervino Gruchenko sonriendo y demostrando confianza en las buenas

cualidades de Alex de las que había oído hablar—. Reuniremos toda la información que necesites.

—¿Dónde te has metido? —Por primera vez, Alex pudo ver a un Anatoli realmente enojado con él y tratándolo como a su empleado—. Llevo una hora esperándote para entrenar.

Alex veía cada día más desesperado y disgustado a Anatoli, que mostraba su verdadero carácter ahora que estaba hastiado de su exilio moscovita. Por ese motivo, siempre que salía a realizar sus propias investigaciones, preparaba una coartada y evitaba levantar cualquier sospecha de Anatoli. Metió la mano en uno de los bolsillos de su caro abrigo de lana, regalo de su jefe, y sacó unas llaves que le mostró sacudiéndolas.

—He ido a buscarlas. Por fin me he atrevido a buscarlas. —No le hizo falta decir que se trataba de las llaves de su casa familiar—. Pero no he sido capaz de entrar. —Se frotó el rostro con una mano en un gesto fingido de agobio—. No sé si algún día podré entrar en esa casa maldita.

Anatoli asintió serio y respetuoso hacia el dolor que demostraba su guardaespaldas; comprendió lo que significaba para él regresar a su hogar destrozado veinte años atrás, y reconoció que ese sufrimiento que veía en él lo humanizaba y lo debilitaba de algún modo y lo hacía parecer más humano.

—Está bien, Alexander. Si quieres, puedo acompañarte cuando te sientas preparado —se ofreció apoyándole una mano protectora en el hombro—. No tienes por qué estar solo en esto, amigo mío.

—Gracias, Anatoli. Tendré en cuenta tu ofrecimiento. Ahora vamos al gimnasio —lo animó sonriendo, pero sin que se reflejara la alegría en sus ojos, como estaba acostumbrado a verlo su jefe—. Voy a darte una paliza que calmará tu mal genio y tu frustración.

—Sí. Hoy la necesito.

—Entiendo tu mal humor. Pero debes pensar en el tiempo que has pasado aquí; comparado con el que te queda, ya no es nada. Además, tienes que concentrarte en la última misión que te ha encomendado tu padre. No será fácil enfrentarte a esos dos vejestorios y convencerlos de que se asocien en ese succulento negocio. Tendrás que dar lo mejor de ti. Antes de regresar a Londres, deberías haberte ganado su total confianza y, con ello, la de tu padre.

—Tienes razón, como siempre, Alexander. Debo centrarme en lo verdaderamente importante.

Anatoli siguió las instrucciones de su guardaespaldas durante las dos horas que permanecieron en el gimnasio, como hacía cuatro días a la semana desde hacía cinco meses. Ahora le gustaba mirarse desnudo en el espejo más que antes. Su cuerpo había ganado en tono muscular y en fuerza, y no solo le servía para atraer a las mujeres. Eso lo conseguía con facilidad gracias a su atractivo rostro, su desenvoltura con las palabras y el dinero de su padre; había decidido que Alexander le enseñara a luchar y a defenderse por sí mismo, aunque continuara protegiéndose pagando a otros, así como pagaba al que consideraba su mejor amigo. Él mismo sería su mejor defensor y su último

bastión si llegaba el día en el que surgieran problemas reales.

Había conseguido tranquilizar a Anatoli y mantenerlo atento a todo lo relacionado con Kirilenko y Salvisky, de los que no dejaba nada por investigar, encontrando las debilidades de los dos viejos criminales que no dudaría en usar si fuera necesario.

Kirilenko tenía una hija retrasada mental en su casa, en la que gastaba una fortuna para tenerla bien atendida ya que, a sus treinta y cuatro años, las facultades de la mujer se habían deteriorado, lo que hacía que su padre se volcara aún más en sus cuidados.

El hermano mayor y cabeza del clan Salvisky, mantenía a sus dos hijos alejados de sus negocios delictivos. Los dos habían estudiado en Harvard y se habían convertido en prestigiosos profesionales, el mayor en la medicina y el menor como entrenador de hockey sobre hielo, deporte al que toda la familia era gran aficionada. El médico vivía en Boston; se había casado con una chica de buena familia, ante la que Salvisky no era más que un rico y próspero comerciante dedicado a la importación y la exportación; tenía dos hijas, orgullo de su abuelo. El menor entrenaba a un equipo de Toronto y acababa de casarse con la hija de un político canadiense.

Anatoli sabía dónde provocar en caso de que necesitara convencer a sus dos futuros socios. La información recabada aumentaba su poder.

De todos esos datos, incluido el motivo de la reunión, Alex informó a Pet cuando se encontraron en un bar cercano al apartamento de Anatoli a inicios de la última semana de enero. Su compañero y amigo se había convertido, además, en el único contacto con la que era su verdadera vida; una vez más, no tenía buenas noticias que comunicarle.

—Creo que ya sabes que tu abuela y Nastia pasaron tres semanas en el rancho familiar de Johanna. —Alex asintió—. Tu abuela me pidió que te trajera una carta de su parte —Se la sacó de un bolsillo interior del abrigo y la puso sobre la mesa—. Se trata de algo relacionado con tu herencia. —Alex asintió de nuevo, pero esta vez bufando, y tomó la carta—. Ojalá algún día pueda traerte noticias agradables, Alex. Valoro el sacrificio personal y emocional que estás haciendo en esta operación, y no sé si yo sería capaz de soportarlo.

—No es tan difícil para mí —mintió Alex, incapaz de soportar compasión—. Ya sabes que esta misión es un asunto personal.

—¿Y no lo son Johanna y tus hijos a los que no conoces aún? —Alex no respondió.

—¿Cómo están? —preguntó tras unos minutos silenciosos en los que se limitaron a tomar café—. ¿Los has visto?

—Sí. Hace una semana. Se encuentran muy bien. Han crecido mucho desde la última vez que

los vi. Y Johanna... —sonrió desganado negando con la cabeza—. Deberías verla, Alex. —El aludido cerró fuertemente los ojos y pensó que eso era lo más deseaba en la vida—. Según Ben y Gerome, tiene encandilada a la mitad del género masculino de la universidad.

—¿Está saliendo con alguien? —Las palabras quemaron su garganta cuando las pronunció—. ¿Es eso lo que no te atreves a contarme?

—No. Lo que quiero decirte es si te importaría que saliera con ella. Me gusta mucho, Alex. Y no sé si tú... Si a ti...

Una fuerte patada en los genitales no le habría dolido más que ver a su mejor amigo enamorado de la mujer que amaba por encima de todo.

—¿Se lo has pedido ya? —susurró intentando ocultar sus sentimientos sin conseguirlo.

—No. —Al menos Pet estaba siendo sincero, según pensó Alex—. Antes necesitaba saber si sigues enamorado de ella. Si has hecho planes para cuando regreses a casa.

—No sé si regresaré alguna vez. —En ese momento dejó salir toda su rabia—. Como tampoco sé en qué clase de hombre me convertiré si salgo con vida de esta misión. Me paso el día rodeado de bestias inhumanas. Puede ser que me convierta en uno de ellos y ni siquiera me atreva a conocer a mis hijos por miedo a estropear sus vidas, o por no ser capaz de amarlos como merecen.

Alex recuperó la calma y el control de sí mismo en unos pocos segundos. A pesar de la sinceridad de Pet, se sentía profundamente traicionado y se levantó para marcharse sin despedirse. Pet lo detuvo agarrándolo por la muñeca con más fuerza de la necesaria y, cuando sus miradas se cruzaron, encontró en los ojos de Alex la respuesta que necesitaba.

—Aún la amas —afirmó convencido—. Siéntate, todo ha sido una trampa; solo pretendía comprobar cuáles eran tus sentimientos hacia Johanna antes de contarte lo que está sucediendo.

Alex respiró en profundidad y obedeció a su amigo sin replicar. Pero un fuerte nerviosismo invadió su interior.

—Lamento haber sido tan cruel, Alex, pero tienes a toda la familia Wolfe enojada y quiero que estés preparado para lo peor. Llamaste a Johanna en Navidad. —Alex asintió—. La dejaste hecha polvo y pusiste a toda su familia en tu contra, incluidas tu abuela y Nastia. Desde que regresaron de los Estados Unidos hace tres semanas, la han animado a salir, ellas y sus primos. Y lo ha hecho. Ha salido un par de veces con el pediatra de tus hijos que, por lo visto, llevaba insistiendo un tiempo en conseguir una cita con ella.

Alex se quedó sin aliento al comprobar que su mayor temor se hacía realidad. Johanna se estaba obligando a olvidarlo. Se limitó a observar a Pet, esperando que continuara.

—Si te sirve de consuelo, he investigado al tipo. Al menos es un buen hombre y un profesional bien considerado. Por lo visto está tan enamorado de Johanna como de tus preciosos hijos.

—Discúlpame. —Alex se levantó y se dirigió con prisa al baño, donde vomitó todo lo que había comido desde el desayuno.

Imaginar a la que consideraba su mujer entre los brazos de un hombre sin rostro pero con bata

blanca de médico, y robándole a sus hijos, fue más de lo podía soportar. Se refrescó el rostro con agua helada y se tomó unos minutos hasta reponerse, mientras pensaba en la decisión que debía tomar. Si permitiría que Johanna rehiciera su vida junto a otro hombre o lucharía por ella. ¿Y cómo lo haría desde Moscú? La única vez que la había llamado solo había conseguido hacerla llorar. Lo tenía todo en su contra, y tal vez lo mereciera, pero no estaba en su naturaleza rendirse. Johanna era su mujer y la madre de sus hijos.

En cuanto regresó a la mesa, Pet se disculpó con él.

—Joder, Alex, no te haces una idea de cuánto me duele ser el portavoz de tan malas noticias de tu ámbito personal cada vez que nos vemos. Me siento como una alcahueta malvada.

—Hasta ahora es la única mala que me has dado —intentó bromear ocultando el fuerte dolor que sufría en su pecho; todo lo relacionado con Johanna le provocaba una intensa e incontrolable ansiedad—. Aunque todavía no he leído la carta de mi abuela. Puede ser que las mejore —añadió sonriendo desganado.

—Eso espero, colega. —Lo miró a los ojos, esperando encontrar la verdad a su siguiente pregunta—. ¿Vas a llamarla?

—Sí —contestó sin dudar—. No voy a rendirme, Pet. Con ella no puedo rendirme.

—No esperaba menos de ti. Johanna merece todo tu esfuerzo.

—Estoy de acuerdo contigo. No voy a permitir que me roben a mi familia, aunque en estos momentos esté tan lejos de ellos.

Pet se estremeció al ver el dolor y angustia que reflejaban los ojos de su compañero y amigo, pero se abstuvo de expresarle la compasión que le provocaba. Alex no la aceptaría.

Capítulo 15

Philip McFerry era un hombre encantador y atractivo, y llevaba dos meses pidiéndole una cita a Johanna fuera de la consulta médica en la que realizaba la revisión mensual de sus gemelos, con los que parecía disfrutar más que como meros pacientes.

Esa tarde se estaba vistiendo especialmente para agradar a un hombre que no era Alex. Un año. Había pasado más de un año desde que había salido decepcionada de su apartamento, sin despedirse, y su amor por él no había disminuido. Todo lo contrario. Después de su última llamada, se había avivado con más fuerza tras la confesión que le había ofrecido sobre sus sentimientos. Sin embargo, no había vuelto a tener noticias suyas, algo que la decepcionaba tanto como le dolía.

Ella conocía bien a Alex. Sabía que era un hombre práctico, directo y sincero casi hasta la crueldad, pero con ella siempre se mostró tierno, atento, cariñoso y muy apasionado. Durante los meses que estuvieron juntos era cierto que no hablaron del futuro, como también lo era lo que sentían el uno por el otro. Los sentimientos de ambos fueron auténticos e intensos en todo momento, y ninguno hizo nada por ocultarlos.

Ella supo desde el principio la clase de hombre que era Alex; en el instante en que lo conoció, vio en él a un poderoso guerrero con una fuerte determinación en su mirada, e intuyó ese maldito e incontrolable deseo de venganza que bullía en su interior. Lo entendía porque formaba parte de las antiguas costumbres de su pueblo comanche, y quizás ese sentimiento también vagara por su sangre india, pero la asustaba porque no esperaba encontrar en Alex un hombre con tanta fuerza interior, tanta nobleza, que irradiara una sensación de lealtad tan intensa que, estaba segura, podría conducirlo hacia una muerte que no eludiría. Sin embargo, al mismo tiempo la desconcertaba y le dolía que esa lealtad no la hubiera demostrado hacia ella y sus hijos durante meses, hasta que, probablemente, se hubiera visto superado por las emociones y los recuerdos. Odiaba a Alex por ello, por haberlos menospreciado y rebajado de ese modo hasta que su propia debilidad le empujó a telefonarla, lo que demostraba que también era un hombre egoísta.

Su familia, donde ya incluía a Nastia y a Maddie, tenía razón. No tenía ningún motivo para pensar que Alex volvería a ella y a sus hijos. Y tomó la decisión de continuar con su vida sin tenerlo en cuenta.

Era su segunda cita con Philip. Acudirían a un festival de música folk escocesa, de donde

provenían la familia de él y, como ella, se sentía orgulloso de sus raíces.

El médico admiraba a Johanna por varias razones: una de estas, por la tolerancia que mostraba hacia los demás y que reflejaba en su modo de expresarse sensato, humilde y respetuoso. Nunca había conocido a una mujer como ella, no solo físicamente bellísima. La verdadera belleza de Johanna emanaba de su interior, de sus ojos sinceros, de su sonrisa. Se sentía tan cautivado por ella que no comprendía qué clase de hombre sería capaz de abandonarla después de convertirla en la madre de sus hijos. Y menos entendía que ella hubiera sentido algo por un cobarde e inepto como lo imaginaba. La curiosidad que le despertaba el que consideraba su rival y los sentimientos que Johanna albergaba por él lo obligaban a ser cauteloso al inicio de lo que esperaba fuera una larga relación con la hermosa mujer medio comanche.

Pero la chica no permitió que las expectativas de Philips hacia ellos dos como pareja crecieran sin advertirlo antes. Y aprovechó la ocasión en el momento en que el hombre se acercó a ella con la intención de despedirse con un beso, que Jo rechazó.

—No, Philip —dijo deteniéndolo, apoyando una mano en el pecho masculino y fuerte que él tomó y acarició con sus labios—. Tienes que saber que, dentro de un mes o poco más me marcharé definitivamente a los Estados Unidos. Lo he pasado muy bien esta noche, pero no deseo confundirte.

—¿No volverás? —preguntó contrariado.

—No creo, a no ser por cualquier obligación que surja en el futuro y que me obligue a hacer un viaje relámpago. Mi vida está en mi rancho familiar, en Lawton, Oklahoma. Y deseo que mis hijos se críen allí, rodeados por gente que los cuidará y los protegerá como hicieron conmigo.

—Entonces... ¿no me darás la oportunidad de ver adónde podríamos llegar juntos? Al menos hasta que te marches. —Johanna se sentía impresionada por la seguridad con la que le hablaba Philip—. Ya sabes que me siento muy atraído por ti desde el primer día que apareciste en mi consulta acompañada por tus hijos.

—Me siento halagada por ello, Phil, pero me marcharé sin mirar atrás. Debo empezar una vida nueva en mi tierra con la responsabilidad de criar a dos hijos. Ellos se han convertido en lo más importante de mi vida.

—¿No deseas salir conmigo una vez más? Aún faltan unas semanas que podríamos aprovechar... —La negación silenciosa del bello rostro de la chica lo interrumpió—. Está bien, Johanna, no voy a obligarte, aunque me duela rendirme antes de comenzar.

—Adiós, Philip. Gracias por estas dos citas. Lo he pasado muy bien en tu compañía.

—Adiós, Johanna. Si te arrepientes, no dudes en llamarme. Siempre estaré disponible para ti, cualquier día que te apetezca salir.

Ella entró en casa de Maddie y cerró la puerta enfadada consigo misma por no haber sido capaz de recibir ni tan siquiera un beso de otro hombre que no fuera Alex. Lo tuvo tan presente durante toda la velada que prefirió no engañar a Philip un día más y cortar por lo sano antes de que él lo percibiera y acabara avergonzada de sí misma. Y encontró en esa debilidad un motivo más para

odiar a Alex porque estaba convencida de que no merecía que lo recordara, ni mucho menos que lo amara.

A la mañana siguiente, la visita sorpresa del remilgado abogado de Alex la enojó aún más. Fue la reacción de Alex a la carta de Maddie, en la que le comunicaba que, a pesar de no estar de acuerdo con Johanna, anularía el testamento que había dispuesto siguiendo los deseos de su nieto y a cualquier interés económico relacionado con la chica o con sus hijos. El abogado la informó de que Alex lo había telefoneado y le había enviado por correo electrónico un acta notarial que le había mostrado y en el que expresaba que no estaba dispuesto a cambiar ni una coma en el documento que ordenaba la cesión de sus propiedades y bienes. Johanna podría actuar sobre ellos como le antojara; si quería donarlos o deshacerse de ese dinero, eso dependería absolutamente de ella. Así como le rogaba que tuviera en cuenta el futuro de sus hijos porque cabría la posibilidad de que él no viviera mucho tiempo.

La frialdad con la que el abogado habló de la posible muerte de Alex la enojó más que el hecho de que no le permitiera rechazar sus bienes o negarse a ser su heredera.

—Ya que yo no tengo su dirección de correo electrónico, me gustaría que tuviese la amabilidad de preguntarle al señor Cameron dónde desea ser enterrado en caso de fallecimiento. No me ha dejado constancia de ello y, como está convencido de que no tardará en suceder, no me gustaría que eso significara un conflicto entre su abuela y yo. Quizás decidiera llevarme su cadáver conmigo a los Estados Unidos, donde vivirán sus hijos, y puede ser que esa idea no fuera del agrado del señor Cameron. ¿A ti te importaría, Maddie?

El estirado hombre alzó una de sus perfectas cejas, impresionado ante la petición macabra de la chica. Maddie disimulaba una carcajada con un golpe inoportuno de tos mientras el pretencioso abogado trató de justificar las exigencias de su representado.

—Lo único que puedo decirle, señora Wolfe, como le referí a la señora Cameron en el momento oportuno, es que el teniente Cameron cumple una peligrosa y secreta misión en su calidad de oficial del ejército británico. No estoy autorizado a desvelar nada más.

—Lo sé, lo sé, señor Harrelson. Pero, por favor, le ruego que se haga cargo de nuestra incertidumbre y consulte con su cliente mi petición lo antes posible. No sea que ocurra el infortunio sin que tengamos su respuesta. Cumplir con los deseos de Alexander Cameron es muy importante para mí. Es una manera de devolverle su generosidad hacia mis hijos. ¿No estás de acuerdo, Maddie?

—Por supuesto, querida. Mi nieto está siendo muy generoso, y tu manera de responderle me parece la más adecuada.

—De acuerdo, señoras —le respondió Harrelson creyendo por completo en la sinceridad de Johanna—. Las informaré en cuanto el teniente Cameron me responda. —Sacó otro papel de la

carpetilla en la que guardaba los documentos de Alex—. Hay otro asunto que preocupa a Cameron. —Maddie y Johanna lo miraron expectantes—. Está relacionado con el seguro médico de sus hijos. Dice no estar de acuerdo con la elección del pediatra que atiende a los gemelos.

Johanna tomó aire abriendo más de lo necesario la boca, dispuesta a soltar un exabrupto, pero reaccionó a tiempo y solo respiró con fuerza.

—Comuníqueme que puede estar tranquilo en ese aspecto —comenzó a exponer la chica con total seriedad y exhibiendo sus mejores modales—. Se trata de un profesional que dedica un interés excepcional a los gemelos. Explíqueme que el pasado martes, a Samuel le subió la fiebre a treinta y nueve y solo tuve que llamarlo una vez para que viniera pasada la una de la madrugada. Además, pasó la noche aquí pendiente del pequeño y de mí porque, tan preocupada como estaba, me alteré más de lo necesario. Es un hombre excelente y bastante atractivo —sonrió ingenua y totalmente creíble—. ¿Por qué no admitirlo?

Maddie no sabía dónde esconderse para que el abogado, que tomaba nota al pie de la letra del mensaje de la chica, no la viera reírse después de oír la mentira inventada por Johanna y consideraba que su nieto tenía bien merecido los celos que, probablemente, le habían provocado su relación con el joven médico sobre, lo que era evidente, Pet le habría informado.

—Aunque, si está usted autorizado —continuó la joven—, puede facilitarme la dirección de correo del teniente Cameron para que yo le explique lo que sucedió esa noche con más detalles.

—Lo lamento. Ahora no puede dársela. No obstante, lo consultaré con mi cliente cuando se ponga en contacto conmigo.

—Mejor dele usted la mía. —Johanna tomó un bolígrafo y un papel de la mesita de té y garabateó su dirección de e-mail—. Así el podrá comunicarme directamente las dudas que sienta sobre el cuidado de sus hijos y el profesional que los atiende. Incluso podría enviarle fotos, si le interesa.

—Se lo comunicaré a Cameron, señora Wolfe.

En cuanto Harrelson abandonó la sala, Maddie dio rienda suelta a la risa que había estado conteniendo.

—Me encantaría ver la expresión de Alex cuando lea en su correo la petición del pomposo abogado y los informes sobre el pediatra —dijo la anciana sin dejar de reír—. Mi nieto se merece esta respuesta, Johanna.

—Me tiene harta, Maddie. Todo el día recordándome que no va a sobrevivir —replicó poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué pretende con ello si luego me llama y me dice que me quiere? ¿Y ahora tiene un ataque de celos? Te juro que, si se le ocurre permitir que lo maten, yo lo remato.

—Eres terrible, Johanna —le regañó Maddie entre carcajadas—. Terrible.

Esa misma noche, había acostado a los pequeños y, después de cenar junto a Maddie y a Nastia, se sentía agotada y era consciente de que debía levantarse temprano al día siguiente para ir a la universidad. Apenas había conciliado el sueño cuando una inoportuna llamada telefónica la despertó.

—Diga —respondió somnolienta al número desconocido.

—¿Qué quieres decir con que el médico pasó la noche contigo? —le reprochó Alex sin ni siquiera saludar—. ¿Te estás acostando con él y en mi dormitorio?

La voz de Alex le provocó tal respingo que se sentó en la cama y la espabiló de repente, pero se tranquilizó e intentó no perder la calma.

—Estoy cansada, Alex. Los niños han dado mucha guerra esta tarde y mañana debo levantarme temprano para ir a Londres. Espero que me hayas llamado por algo importante. ¿O es que has decidido ya dónde quieres que te entierremos?

—¡Johanna! —Su nombre sonó como una regañina—. No bromees con eso y responde a mi pregunta. ¿Qué hay entre el médico y tú?

—¿Y a ti qué te importa? —le soltó indignada pero de buen humor, al comprobar el modo en que Alex se había creído sus mentiras.

—Sabes que te quiero. ¿Cómo no iba a importarme que te estés acostando con otro?

—Tenemos dos hijos en común, Alex. Eso no significa que tengas derecho a inmiscuirte en mi vida privada —le aclaró sin alterarse—. Yo no me meto en la tuya. Ni siquiera me interesa dónde estás.

—Ya veo. Ya no merezco tu interés, ni siquiera tu preocupación —susurró dolido, pero ella no se ablandó—. Dime, Jo, ¿tan bueno es ese hombre?

—Al menos no me dio la espalda cuando lo necesité. —Johanna se arrepintió en cuanto esas palabras salieron de su boca, sobre todo porque no sentía absolutamente nada por Philip, aparte de simpatía, y no veía necesario mentirle a Alex. Pero no pudo refrenar su lengua—. ¿Eres tan egoísta que no me permites rehacer mi vida?

—¿Es lo que quieres? ¿Rehacer tu vida junto a otro hombre?

—Hace más de un año que no nos vemos, Alex, y sabiendo por todo lo que he pasado, solo me has llamado una vez. ¿Crees que puedo esperar algo de ti? Aparte del dinero que estás empeñado en dejarnos. Aunque quizás pienses que eso sea suficiente para mí.

—Es lo único que puedo hacer desde Moscú —dejó escapar involuntariamente porque Johanna era la única persona capaz de descontrolarlo—. Pero puedo decirte que tú nunca sales de mi cabeza, Johanna. Te necesito y sigo amándote...

—¡No seas cruel, maldito egoísta! —le gritó—. Si estás tan convencido de que no vas a regresar, no me llames más y déjame en paz. Creo que deberías aclarar tus prioridades, Alex. Mientras no lo hagas, no necesito saber nada más de ti.

Alex había telefonado a Johanna esperando mantener una conversación relajada y divertida con ella, motivada por el increíble y sorprendente correo electrónico que le había enviado su abogado esa misma tarde, pero lo único que había conseguido era mostrarle los celos que lo consumían desde que Pet le había comentado lo de sus citas con el pediatra de sus hijos. Lo había llamado cruel y egoísta antes de colgar y estaba totalmente de acuerdo con ella. Debía ser sincero con ella y decirle la verdad, que se preocuparía por sobrevivir y que lo esperara, porque eso era lo que deseaba con toda su alma. Regresaría junto a ella y sus hijos y compartirían una nueva vida.

La llamó para tratar de disculparse, pero Johanna lo ignoró. Quizás la había hecho llorar de nuevo, lo que le provocaba un fuerte pellizco en el estómago que necesitaba aliviar. Así que decidió enviarle un mensaje:

Perdóname, por favor. Tienes razón en llamarme cruel y egoísta. Así me estoy comportando contigo y no sé cómo evitarlo estando tan lejos de ti, cuando los celos se apoderan de mi cerebro y me impiden actuar de un modo razonable. Te amo y estoy deseando conocer a mis hijos, no lo olvides. Pondré todo mi empeño en regresar para tener la oportunidad de pedirte que me perdones.

Solo esperaba que lo leyera y que lo perdonara. Sobre todo porque reconocía su comportamiento mezquino y cobarde. Deseaba formar parte de la vida de Johanna de nuevo, tanto como regresar a su lado y conocer a sus hijos para verlos crecer junto a ella. Y lo conseguiría, se dijo a sí mismo, debía conseguirlo.

Capítulo 16

Esa madrugada ejecutaría el primer movimiento de su misión. Estaba esperando que acabara la orgía que tenía lugar en el dormitorio de Anatoli. Se había encerrado con tres chicas y con más cocaína de la que podrían esnifar. En cuanto el silencio le dijera que todo había terminado, saldría a realizar la primera fase de su plan. Sembrar el terror y la confusión entre los *pakhanes* y el mismo Anatoli.

Una preciosa chica no mayor de veinte años salió a trompicones de la habitación, casi rodando por el suelo, y su ropa y sus zapatos le golpearon en la espalda. Alex simulaba ver la televisión en el amplio salón y observó desganado la escena, por supuesto, fingiendo.

—No tomas drogas, no haces felaciones —le gritaba Anatoli de malos modos—. ¿Se puede saber a qué coño has venido? —La chica miró de reojo a Alex y el jefe lo percibió—. Alex, a lo mejor te gusta una monja puta como esta. —Con su ropa apretujada entre los brazos, la joven, vestida solo con su elegante ropa interior, lloraba y temblaba con la cabeza agachada—. Si no piensas quedártela, que se largue ahora mismo. No quiero volver a verla en mi casa. —Cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

Anatoli siempre había sido un hombre exigente y caprichoso, pero en las dos últimas semanas se había vuelto, además, insoportable. Los demás empleados de la casa le temían, lo esquivaban cuando les resultaba posible y habían pasado a consultar con Alex cualquier problema que surgiera, con tal de no enfrentarse al mal humor del joven Kozlov. Al menos a Alex solía respetarlo y escuchaba los consejos que le ofrecía, siempre que Anatoli se los pedía.

Alex se levantó del sofá sin decir nada, viendo cómo la chica seguía llorando inmóvil y apretaba su ropa contra su pecho, y le abrió la puerta de un baño de servicio que había junto a la cocina.

—Ven —le ordenó Alex sabiendo que estaba aterrorizada y que no reaccionaría por sí misma—. Entra y vístete. Te pediré un taxi.

La chica casi corrió hacia el baño con la mirada clavada en el suelo y se encerró cuidadosamente, intentando no hacer ruido y pasar desapercibida. Alex observó su perfecta y blanca desnudez y solo sintió compasión. No era más que una niña con la cara llena de churretones provocados por el rastro de sus lágrimas.

Pocos minutos más tarde, la muchacha salía del baño vestida y con la cara lavada, y a Alex le

sorprendió aún más su juventud y que estuviera con un hombre vicioso como Anatoli. Desde luego, la agencia que la había contratado como acompañante tenía menos escrúpulos que el contratante.

—¿Cómo te llamas? —Alex se mostró tranquilo y amable.

—Sonya. Me llamo Sonya —lo miró nerviosa—. ¿Quiere que me quede? Usted parece buena persona.

—No, Sonya. Te he pedido un taxi que estará abajo esperando. ¿Qué haces aquí? —La muchacha se limitó a encogerse de hombros—. Entiendo. Puede que no hayas encontrado un trabajo mejor. ¿Eres de Moscú? —Ella asintió—. ¿Por qué no buscas otro trabajo?

—Ya no hay otra oportunidad para mí. No desde que me acosté por dinero con el primer tipo hace tres meses. Me gano bien la vida y, normalmente, no tengo problemas con los hombres. Pero Anatoli es... Es muy violento y me da miedo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó compasivo—. ¿Veinte?

—Dieciocho. —Alex sintió cómo la ira invadía su interior al pensar que a esa pobre chica sus consejos no le valdrían de nada; probablemente ya estaba condenada.

—¿Anatoli te ha pagado? —Y eso era lo mejor que podía hacer por ella.

Le ofreció mucho más dinero del que valían sus servicios inútiles y la acompañó hasta la puerta, deseándole la mejor de las suertes. Luego, sonrió enojado consigo mismo y murmuró: «Como si mis buenos deseos le fueran a servir para algo».

La primera víctima elegida era Nicolay Semionov, brigadier de Kirilenko, su hombre de confianza. Su eliminación supondría un fuerte revés para la organización que prácticamente manejaba. Bogarov lo había investigado durante las dos últimas semanas y sabían todo lo necesario sobre el hombre, confiado y de costumbres rutinarias. Esa noche, como ocurría habitualmente, cenaría junto a su esposa y sus tres recatadas e inaccesibles hijas, en su domicilio de la calle Ordynka en Chistye Prudy, un barrio residencial donde Nicolay presumía de ser buen marido y padre.

El contacto facilitado por Bogarov, desconocido para Alex, un modo de evitar riesgos inútiles por ambas partes, lo había estado siguiendo y lo informaba de cada paso que daba Semionov a través de un móvil desechable; así establecieron la pauta de su vida diaria. Más tarde, la futura víctima de Alex dejó a su familia encerrada en casa y se dirigió a Arbat donde vivía su amante, una perpetua aspirante a cantante y actriz a la que Semionov mantenía desde hacía ocho años, llamada Yelena Andreiev. La pareja acudió a una representación de ópera en el Bolshoi, a lo que Nicolay era gran aficionado, y después irían a tomar una copa a cualquier club frecuentado por gente del espectáculo donde Yelena solía lucirse como si perteneciera a ese mundo. Más tarde regresarían al apartamento de la amante. Semionov pasaba unas horas con ella, pero nunca se quedaba toda la noche y regresaba a casa junto a su familia. Y Alex se beneficiaría de la confianza que tenía en sí mismo y en su poder, gracias al escalafón que había logrado en la familia de Kirilenko; tanto era así que ni siquiera llevaba escolta cuando salía con su amante.

Por lo que habían averiguado, era un hombre machista y violento, y lo demostraba cada día con su mujer y sus hijas, tres adolescentes a las que no permitía salir de noche. La poca ternura que tuviera se la dedicaba íntegramente a su joven amante, a quien colmaba de caros regalos y toda clase de lujos. Nicolay Semionov era un personaje a quien solo echaría de menos Yelena Andreiev; al menos, su dinero, dedujo Alex mientras trazaba sus planes.

En cuanto cesó la diversión en el dormitorio de Anatoli, Alex salió del apartamento y se dirigió en taxi hasta Arbat el Viejo, a la dirección facilitada por el contacto de Bogarov. Se detuvo en la entrada de un local de striptease y esperó a que el taxista se alejara antes de caminar hacia su objetivo. A partir de ese momento, la efectividad del plan sería responsabilidad suya.

Entrar en el edificio donde vivía Yelena no le resultó difícil, ni manipular la moderna y frágil cerradura del portal; se trataba de una laberíntica construcción de mediados del siglo xx. Entró y permaneció cobijado por la oscuridad, esperando a que apareciera su primera víctima. Conocía los detalles sobre el edificio y se mezcló entre las sombras bajo el hueco de la escalera. Habían vigilado el piso y estaban al tanto de las horas de salida y llegada de los vecinos, y era poco probable que ninguno se moviera de madrugada.

No estaba nervioso. Alex se había entrenado para matar con sus propias manos, con cualquier arma, incluido un bolígrafo, y a Semionov le había destinado uno de sus prácticos y letales cuchillos con el que le cercenaría la garganta; después lo dejaría morir desangrado. La adrenalina que corría por sus venas subía la temperatura de su cuerpo y mantenía alejado el frío de una noche gélida más del invierno moscovita. Ansiaba que su víctima apareciera, y lo hizo casi media hora más tarde de lo acostumbrado. En cuanto oyó el sonido de la puerta del piso al cerrarse en el silencio de la noche y del ascensor que bajaba, los músculos de Alex se tensaron, preparados para mantener un ataque letal, controlados totalmente por el odio que corría por sus venas. El odio actuaría por él y no fallaría en su propósito.

La puerta del ascensor se abrió, y Nicolay salió y la soltó sin prestar atención a su alrededor, tan confiado que ni siquiera percibió la presencia de Alex a su espalda cuando este abandonó la oscuridad que lo ocultaba. Lo atrapó por la cabeza con la mano izquierda, aplicando tanta fuerza que la víctima no tuvo tiempo de reaccionar ni siquiera cuando le alzó la cara para dejar libre el acceso al grueso cuello por donde se le escaparía la vida en cuestión de minutos. En la derecha llevaba el cuchillo sujeto con la firmeza necesaria, ni demasiado fuerte ni demasiado suave para que, en caso de forcejeo, lo perdiera. Todo sucedió en menos de diez segundos, que Alex contó mentalmente. Apretó la cara de Semionov por la frente y apoyó la cabeza contra su propio hombro para dejar el camino libre a su aliado y afilado cuchillo; un movimiento rápido de su mano, y dejó caer al suelo el cuerpo pesado de su enemigo, sorprendido aún por lo que le estaba sucediendo. El sonido que producía el aire saliendo por la tráquea de Nicolay cortada en dos le decía a Alex que estaba muerto, aunque aún le quedaban unos segundos de vida mientras se desangraba con rapidez. Limpió el arma en el abrigo de la víctima; esquivó con cuidado el charco de sangre que se formaba con rapidez alrededor del cuerpo tumbado en el suelo y salió del portal sigilosamente y

sin prisas, sin mirar atrás, llevando a la oscuridad como aliada. Nadie podría identificarlo, aunque vieran a un hombre merodeando por la escena del crimen porque él se desplazaba a través de las sombras de la noche y escondía su rostro entre las alzadas solapas de su abrigo, también oscuro, de las posibles cámaras de vigilancia que existieran en los alrededores del edificio.

La víctima ni siquiera había tenido tiempo de gritar. Sus últimas palabras inteligibles, escaparon por el corte que abría su garganta en dos. Alex se sentía orgulloso de sí mismo tras haber realizado un trabajo excelente del que no había dejado ni una huella.

Su operación Venganza empezaba esa noche y lo hacía con éxito. La rueda de violencia había comenzado a rodar imparable; ya nada ni nadie detendría a Alex. Su familia sería vengada y su conciencia descansaría, tras años de estar sometida a una lenta tortura.

Debía expulsar la adrenalina que corría aún por sus venas y decidió hacerlo caminando hasta el apartamento de Anatoli. No tenía prisa por llegar porque no podría dormir en esas condiciones. El largo paseo lo ayudaría a relajarse y a conciliar el sueño, a eliminar la tensión que provocaba el contacto con la muerte, aunque se tratara de la de un animal, de un peligroso y cruel depredador.

Había quitado una vida pero, como si tuviera algún derecho a hacerlo, no sentía remordimientos. En pocas semanas, algunas de las bestias que vivían mezcladas con las personas y que eran incluso respetadas y temidas por su fatal condición, perderían la vida; sin juicios, no les permitiría ampararse en unas leyes de las que se burlaban. Estaban sentenciados por Yulenko desde que habían elegido la vida criminal que llevaban, desde que habían asesinado a su familia.

Alex sonrió satisfecho. No podría acabar con los criminales del mundo, pero sí lo haría con los asesinos de sus inocentes hermanas y de su madre. Ellas fueron verdaderas víctimas, y nadie castigó a los culpables. Veinte años llevaba esperando la venganza que comenzaba en Moscú y acabaría probablemente en Londres.

Con el mismo sigilo con que había asesinado a Semionov, entró en el apartamento de Anatoli y se dirigió a su dormitorio. Examinó cuidadosamente la ropa que se quitaba para verificar que no tuviera ningún rastro de sangre, aunque estaba convencido de que no lo habría, prefirió mostrarse más meticuloso que negligente.

Necesitaba ducharse con agua caliente y eliminar de su cuerpo el contacto de la muerte. Pero, al mirarse en el espejo, se sorprendió al encontrarse con el hombre de la imagen. La mirada azul le recordó a las aguas frías del Ártico y le provocó un estremecimiento en la base de la nuca, que le puso la piel de gallina. En ese instante se veía como una de las bestias a las que tanto odiaba. Se preguntó si esa era la intensa frialdad que veía en Anatoli, en Nazarov, en Kazakov, o en tantos asesinos que había conocido durante esos meses que llevaba infiltrado. No, ellos no reflejaban frialdad alguna: incluso parecían hombres buenos y corrientes. Alex se había revestido de crueldad, de cinismo, de desprecio, para poder eliminar a esos depredadores. Y había necesitado

ese disfraz porque él era un hombre con conciencia, a diferencia de los hombres con los que ahora se relacionaba.

A pesar de verse en el espejo como una bestia despiadada, esa noche durmió seis horas seguidas y, cuando Anatoli despertó y fue en su busca, lo encontró como cada mañana entrenando en el gimnasio, como si Alex fuera uno más entre ellos.

—Acaba de llamarme Kirilenko —dijo Anatoli, nervioso, sin dar los buenos días. Alex fingió no saber de qué se trataba y le prestó su total atención—. Esta noche han asesinado a Semionov.

—Creo que no lo conozco —respondió tranquilo y mirándolo a los ojos.

—Probablemente no. Es su hombre de confianza, su mano derecha. Esta madrugada le han cortado la garganta al salir del apartamento de su amante, en Arbat.

—¡Vaya! —exclamó fingiendo estar impresionado—. ¿Kirilenko sospecha de alguien?

—Por ahora no. Tiene a su gente de la policía trabajando en el crimen. Le he enviado de refuerzo a Karlenko y a sus hombres.

—¿Quieres que investigue o que me acerque por allí a ver qué puedo averiguar?

—No. No quiero mezclarme personalmente con este asunto. Podría perjudicar nuestro futuro trato. Con la ayuda que le ofrezco será suficiente muestra de amistad y condolencia.

—Sí. Yo también lo creo —afirmó Alex convencido.

—Me cambio y comenzaremos a entrenar.

—De acuerdo. —Anatoli giró sobre sus talones para salir del gimnasio, pero Alex lo retuvo un instante y continuó ejerciendo su papel de leal subordinado—. Anatoli. —El jefe se volvió—. Si no se trata de un ajuste de cuentas o de algo personal, pienso que deberíamos ser precavidos y estar alertas. ¿Crees que Salvisky podría estar detrás de esto?

—También lo he pensado, y no lo creo. Sus negocios no se estorban, ni aquí ni fuera de Rusia.

—¿Alguien conoce el trato que piensas hacer con los dos?

—Ni siquiera ellos. Solo les desvelé que hablaríamos sobre un negocio importante y muy lucrativo. Y no creo que mi padre, Yuri o Sergei se lo hayan contado a nadie.

—Pregúntales. Más vale prevenir.

—De acuerdo —respondió cabizbajo y preocupado—. Hablaré con ellos a la hora del almuerzo y los pondré al día de lo sucedido. Puede ser que Kirilenko no quiera saber nada de nosotros después de sufrir esta importante pérdida en sus filas. Prácticamente, Semionov dirigía su organización desde hacía tres años.

Esa misma tarde, Karlenko, el policía corrupto pagado por los Kozlov se reunió con Anatoli en su apartamento.

—Ni rastro del asesino —dijo el policía con un dejo de desesperación—. Debe tratarse de un profesional. Y bastante bueno porque lo único que han captado las cámaras de un banco cercano

es una sombra en movimiento. Es la única prueba que han encontrado hasta ahora.

—¿Qué hay de la amante? —preguntó Anatoli—. ¿Podría haber sido ella?

—No. Imposible. El tajo de la garganta de Semionov está hecho por alguien con mucha fuerza. Debe tratarse de un profesional por la precisión que ha demostrado. No podría habérsela cortado una mujer.

—¿La mujer? ¿Alguna de sus hijas? —continuaba Anatoli—. Semionov era un cerdo machista y violento con su familia. Su fama es conocida en todo Moscú.

—Imposible, aunque no niego que pudieran haber pagado a alguien para que lo hiciera. De todas formas, los policías implicados en la investigación estamos de acuerdo en que es obra de un profesional. Alguien que sabe muy bien cómo matar sin dejar rastro.

—¿Conoces a alguien, Alexander?

—Aquí en Moscú, no. Podría tratarse de un mercenario; probablemente se trate de un desconocido.

—Salvo si lo ha contratado alguien de aquí para acabar con la vida de Semionov y dañar al clan Kirilenko —aclaró Karlenko y dirigió una cómplice mirada a Alex—. No sería la primera vez que se elimine a un miembro importante de otro clan por ajustes de cuentas o porque esté asumiendo demasiado poder.

—Encuentra al asesino, Karlenko —le exigió Anatoli irritado por la impotencia que le provocaba la irresolución del asunto—. Tengo una reunión importante con Kirilenko y Salvisky dentro de una semana, y no quiero que esto afecte a nuestros planes.

—¿Dónde se celebrará esa reunión? —se interesó el policía.

—Aún no lo he decidido. En cuanto lo haga, te informaré para que me limpies la zona.

—Está bien —suspiró cansado—. Haré lo que pueda.

—No te pago para que hagas lo que puedas —gritó Anatoli bastante enojado—. Encuéntralo y tráemelo a mí. Ni se te ocurra llevarlo a la comisaría. Será una ofrenda para Kirilenko, un gesto de confraternización.

—Investiga las cuentas bancarias de su familia, las de su amante y las de su mujer; si les gustan las apuestas, si tienen deudas —sugirió Alex—. No hay mayor motivación que el dinero para cometer un crimen.

Karlenko asintió con un gesto derrotado y se marchó preocupado. Temía desatar la furia de Anatoli; conocía sus cambios de humor, y era mejor no estar cerca de él cuando se enfurecía. Así que no volvería a su casa hasta que encontrara al culpable del asesinato de Semionov.

—¿Has hablado con tu padre? —Anatoli asintió sin dejar de frotarse la nuca con más fuerza de la necesaria, empujado por la impotencia que sentía—. ¿Y qué opina sobre este asesinato?

—Piensa que debe tratarse de un asunto personal. Semionov era un hombre muy odiado y más temido aún por sus excesivas demostraciones violentas. En los últimos tres años había engordado mucho; se había confiado, y eso ha acabado con su vida. Dice que no me preocupe demasiado por su desaparición. Kirilenko es inteligente y separará esta tragedia del negocio que le proponemos.

—Confía en la opinión de tu padre, Anatoli —le aconsejó Alex con voz calmada.

—Sí, confío en él plenamente. Pero no quiero que este negocio me salga mal. Con suerte, será el último que haga en Moscú y deseo llegar a un acuerdo con Kirilenko y con Salvisky.

—Lo lograrás. Confía también en ti.

—Gracias, Alexander.

Pero el guardaespaldas sabía que estaba sobrepasado y descontrolado ante las actuales circunstancias.

Tres días después, Alex salía del apartamento una vez más de madrugada con un firme propósito. Tenía una dirección prevista, pero al taxista que lo conducía hacia su destino le había dado otra diferente, aunque cercana y que lo dejaba junto a la puerta de una concurrida discoteca de moda.

Sasha Novokov era la mano asesina de Kirilenko, el que eliminaba a los individuos que perjudicaban o estorbaban a su organización de algún modo. Exmilitar, de cincuenta y siete años, experto en armas y explosivos, aún en forma y sin ningún escrúpulo a la hora de matar a hombres y mujeres, como demostraba la larga treintena de cadáveres que había sembrado a lo largo de su carrera criminal. Y ese era el número que la policía sospechaba. Probablemente habría muchos más.

Bogarov estaba convencido de que Novokov habría instalado el dispositivo que hizo volar en pedazos el coche en el que viajaba su familia. No había nadie en todo Moscú que supiera más sobre explosivos en la época en la que había ocurrido el atentado. Así que era una velada especial para Alex, convencido de que disfrutaría matando a Novokov.

Alex lo encontró en el lugar previsto, según el informador de Bogarov y Gruchenko. Todos los sábados Novokov solía jugar a las cartas con antiguos camaradas del ejército, la mayoría mercenarios o guardaespaldas como él. Bebían y jugaban en el piso de uno de ellos hasta las dos y media o tres de la madrugada. Luego, Sasha, muy seguro de sí mismo, como el arma mortal que era, carente de escrúpulos y moral, regresaba andando a su apartamento situado a unas pocas manzanas del de su amigo, en el mismo Pushkinskaya. Las partidas de cartas de los sábados eran algo sagrado para Novokov y raramente faltaba a una cita. Le gustaba reencontrarse con sus compañeros del pasado, hombres de honor, según contaba el mismo Sasha, dispuestos a sufrir y a morir por su país, hombres que, como él, habían dejado el ejército porque, con el sueldo que les pagaban, no se les reconocía su excelente preparación ni dedicación.

Sabía que vivía solo, tras dos matrimonios acabados en divorcio a causa de los malos tratos que infligía a sus esposas y al número de amantes que mantenía. Ni siquiera la cantidad de dinero que Novokov derrochaba era suficiente para que sus mujeres lo soportaran, salvo las prostitutas sadomasoquistas con las que se acostaba, por supuesto, adecuadamente pagadas. Bogarov y Gruchenko lo habían advertido sobre su ilimitada crueldad.

Alex caminaba a una distancia prudencial del exmilitar. Procuraba pasar desapercibido, así que lo sorprendió cuando, al pasar junto una esquina que desembocaba en un callejón solitario y oscuro, un fuerte agarrón lo introdujo entre las sombras. Pero no perdió la calma.

—¿Me estás siguiendo, muchacho? —preguntó Sasha con una voz ronca y cavernosa—. Porque, en ese caso, voy a propinarte una paliza que jamás olvidarás.

—Perdone, señor —se disculpó Alex fingiendo. No quería a Novokov en alerta ya que lo veía capaz de ofrecerle demasiada resistencia y además era importante no atraer la atención de algún testigo—. No me gusta caminar solo a estas horas de la noche; por eso me he acercado a usted.

Novokov alejó cualquier sospecha de un hombre que se mostraba asustado y lo soltó casi con desprecio.

No era eso lo que Alex tenía preparado para acabar con la vida del ex militar. Había planeado matarlo en el solitario portal del edificio donde vivía, ya que las tres primeras plantas dedicadas a oficinas estarían desiertas a esa hora de la madrugada; el último piso pertenecía a Sasha y no lo esperaba nadie. Pero no desaprovecharía la oportunidad. Ese callejón oscuro y solitario resultaría tan bueno como cualquier otro lugar en el momento de invocar a la muerte.

—Vaya, vaya. Me he tropezado con un valiente. —Ante la burla de Sasha, Alex agachó la cabeza y fingió estar avergonzado. Cuanto más confiado estuviera, más rápido acabaría con él—. Un hombre de tu corpulencia y tu tamaño bien podría defenderse a sí mismo. El servicio militar debería ser obligatorio para que valientes como tú aprendan a luchar. —Alex continuaba escuchando en silencio la regañina—. ¿Qué pasaría si fueras acompañado de una chica y os atacaran? ¿La abandonarías y saldrías huyendo? —El tono de voz del exmilitar iba subiendo y su ánimo enardeciéndose—. Un hombre debe estar dispuesto a enfrentarse cara a cara con el peligro. Mírame y no agaches la cabeza, maricón cobarde. —Alex obedeció y permitió que se confiara—. Los militares sabemos plantarle cara al enemigo.

—¿Incluso cuando se trata de una mujer y sus hijas? —El tono de voz y la pregunta sorprendió a Novokov—. ¿No lo recuerdas? Hace veinte años hiciste estallar un coche en el que viajaban cinco personas. —Alex observó la sorpresa en la repentina tensión que mostraba el cuerpo del ruso, a pesar de la envolvente oscuridad—. Entre ellos, dos niñas de cinco años y su madre. ¿Te enfrentaste cara a cara con ellas, Novokov? Imagino lo peligrosas que eran y no entiendo que no salieras huyendo.

—¿Quién eres? —susurró Sasha intentando ver el rostro de Alex sin conseguirlo y, sorprendido, retrocedió despacio hacia la oscuridad del callejón ante el peligro que intuía.

—Alexander Yulenko, el hijo que sobrevivió.

Alex detuvo la mano de Novokov antes de que llegara a la pistolera que llevaba bajo el abrigo y se la retorció en la espalda.

—Voy a matarte en cinco cuchilladas. Una por cada vida que quitaste en ese atentado. ¿Te consideras un hombre valiente, Sasha? Un asesino de mujeres y niñas inocentes que fue incapaz de enfrentarse a mi padre cara a cara.

—¿Y crees que voy a permitirte...

Sasha no pudo continuar al sentir el intenso dolor en el brazo derecho, el que utilizaba para disparar sus armas con la buena precisión de un soldado de élite, provocado por el profundo corte que el cuchillo de Alex le había infligido.

—Esta noche yo tampoco te daré la oportunidad de defenderte —le dijo obligándolo a retroceder hacia el interior del callejón y de la oscuridad, sin reponerse aún de la sorpresa desagradable que Alex le había ofrecido—. Es lo justo. ¿No crees? —Y, cambiándose el cuchillo de mano con gran rapidez, lo hirió en los tendones del otro brazo sin que Sasha se atreviera a acercársele—. No soy mi madre, ni mis hermanas. ¿Por qué no te enfrentas a mí?

Alex sabía que no debía confiarse, que Novokov no era Semionov, que a pesar de su edad, estaba preparado para resistir y luchar. Pero no estaba dispuesto a permitirlo y, antes de que se recobrara, lo agarró por la solapa del abrigo y, acercándolo contra su cuerpo, sesgó los tendones de la parte posterior de la rodilla izquierda. Novokov cayó al suelo sobre la articulación inútil, gimiendo, impresionado ante las rápidas estocadas que recibía y sin tener ocasión de reaccionar ante el brutal ataque que estaba sufriendo.

—Este por Kostia —se alejó un metro de su enemigo y lo observó como un tigre al acecho de una presa acorralada e inofensiva—. Vaya, vaya, Sasha. Debo decir que me has decepcionado. Esperaba más resistencia por tu parte. Ha sido tan fácil como acabar con Semionov. —Sasha bajó su mano derecha al tobillo de la misma pierna donde llevaba siempre otra arma, aunque de menor calibre, y Alex, aprovechando que dejaba su tronco libre, le rajó el abdomen sin profundizar demasiado; no pretendía que esa herida lo matara aún: le quedaban unos pocos segundos más de tortura y deseaba que muriera plenamente consciente del motivo de su muerte y de quien se la infligía—. Mis padres están vengados —le susurró al oído después de colocarse a su espalda haciendo gala de una endiablada velocidad de movimiento y lo agarró con fiereza por el pelo corto, derrochando una energía innecesaria dado el estado de su oponente. Sasha, sin rendirse, intentó atrapar la mano armada de Alex, pero el dolor que le causaban las heridas de los brazos le impedía usar la fuerza necesaria para detener al hombre del que supo que sería su verdugo en ese instante—. Y la última, la que te quitará la vida, será por mis hermanas de cinco años; ¿las recuerdas?

—Yo solo cumplía órdenes —se lamentó. Aunque leyera una súplica en los ojos del asesino, Alex no sintió el menor atisbo de compasión—. Cumplí las órdenes de Kirilenko.

—Lo sé todo. Fue un complot ideado por Kozlov para despojar a mi padre de su imperio. — Sasha, impresionado al recibir esa información que solo conocían unas pocas personas, abrió sus ojos hasta que brillaron en la oscuridad como el acero del cuchillo de su verdugo—. Pero no te preocupes, nadie sabrá que los has delatado antes de morir, valiente —añadió con desprecio.

Cansado ya del juego, Yulenko le rajó el cuello del mismo modo que lo había hecho con Semionov, con la misma precisión, la misma frialdad, satisfaciendo un poco más esa sed de venganza que lo había mantenido ansioso durante tantos años.

Con desprecio, arrojó contra el suelo el cuerpo ya inerte de Novokov y se limpió las manos manchadas de sangre, frotándolas en el bajo trasero del abrigo del cadáver. Se alejó del callejón sin acelerar el paso, con la mirada fija en la acera, procurando pasar desapercibido al caminar por las zonas menos iluminadas. Se detuvo frente a un escaparate de una tienda de informática y observó durante unos segundos su rostro y su cuerpo reflejado en el cristal por si conservaba algún rastro del asesinato que acababa de cometer. Los dos o tres transeúntes que se cruzaron con él apenas le prestaron atención; llevaban los cuellos de los abrigos alzados y gorros para protegerse del frío, al igual que Alex, del que apenas se podía ver la nariz y la barbilla. De nuevo se concentró en evitar las posibles cámaras de vigilancia callejera, cuya situación conocía previamente gracias a la información exhaustiva que le habían proporcionado Bogarov y Gruchenko. Necesitaba concentrarse en el protocolo que lo protegería de las futuras investigaciones policiales. Aún no era el momento oportuno de pensar en la última vida robada. Y, una vez más, en su interior no albergaba ningún indicio de remordimiento.

La mano ejecutora que aniquiló a su familia había caído bajo el poder de su cuchillo. No podía evitarlo, pero se sentía tremendamente satisfecho de haber acabado con la vida de ese criminal y, durante unos minutos, mientras caminaba a través de la soledad gélida y sombría de esa noche, permitió que sus emociones afloraran en su mente y en su corazón que rebosaba de orgullo. Y comenzó a sentirse liberado de la carga que pesaba sobre sus hombros desde hacía demasiado tiempo, y más cerca de Johanna y de sus hijos, al entender que su misión avanzaba tal y como la había planeado. El único arrepentimiento que le embargó fue el de no lamentar acabar con una vida más después de haber actuado otra vez como juez y verdugo.

No regresó al piso de Anatoli, convencido de que no conciliaría el sueño. Caminó sin destino durante un tiempo hasta darse cuenta de que se dirigía a su casa familiar, situada cerca del Estanque del Patriarca. A pesar de no arrepentirse de haber sesgado dos vidas en pocos días, inconscientemente necesitaba recordar el motivo que lo empujaba a hacerlo. Y de nuevo, los agradables recuerdos de su niñez asaltaron su mente al caminar por los alrededores de la casa donde fue feliz cada día de la corta infancia que le robaron unos hombres sin escrúpulos, hambrientos de poder y fortuna. El verdadero juicio por el delito que cometieron había terminado después de veinte años, y la sentencia ya estaba dictada. Pena de muerte para todos.

Frente a la majestuosa pero descuidada puerta de su antigua casa, durante un instante, sintió todo el amor que había recibido hasta los nueve años. El confort y seguridad que parecían formar parte de su vida recorrieron su cuerpo caldeándolo, agitándolo con energía. Un viento helado azotó su rostro y lo trajo de vuelta a la realidad. Solo junto a Johanna se había sentido de ese modo y, por enésima vez, se arrepentía de haberla alejado de su vida antes de lo necesario, de no haberle pedido que lo esperara porque ahora estaba dispuesto a regresar. Y, como si un rayo lo

atravesara, decidió cuál sería la siguiente misión de su vida; ansiaba que sus hijos se sintieran como él cuando era un niño: amado, confiado y protegido por sus padres.

Él no era una bestia inhumana como las que últimamente trataba, peor que los animales que solo atacaban para alimentarse o protegerse. La verdadera vida salvaje de la Tierra transcurría junto a esos hombres y mujeres faltos de conciencia, sin escrúpulos, con una idea amoral del bien y del mal tan estrambótica como sus profesiones. Y él debía recordar en todo momento quién era y en quién pretendía convertirse si deseaba evitar ser como ellos. Y lo deseaba con toda el alma, de la que sintió que aún conservaba gracias al recuerdo de Johanna.

Lentamente, con pesar, se fue alejando de su hogar familiar. Había tomado la firme decisión de deshacerse de este, de los recuerdos del pasado y estaba dispuesto a disfrutar del futuro que preveía tranquilo, cálido y lleno de vida y pasión, tal y como era su precioso colibrí, porque estaba decidido a compartirlo con ella.

Sin apenas dormir y sin necesitarlo, a las siete de la mañana tomaba un café junto a Gruchenko y Bogarov en el apartamento de este último. La instalación informática de última generación que dominaba la sala del pequeño piso desentonaba con su anticuada decoración.

—Todo hombre esconde una pasión —bromeó Gruchenko al ver la expresión de asombro en el rostro de Alex mientras observaba la habitación—, y la de mi amigo Leonid son los ordenadores y las nuevas tecnologías. —Alex asintió sonriendo.

—¿Cuál es la tuya, muchacho? —le preguntó Bogarov—. ¿La lucha cuerpo a cuerpo? —Alex soltó una carcajada.

—La mía es mi preciosa mujer medio comanche y mis hijos gemelos de cinco meses a los que aún no conozco. —Los rusos lo miraron asombrados.

—Un hombre no debe sacrificar tanto por su trabajo —le advirtió Gruchenko—. Y te lo aconsejo por propia experiencia.

—Él no lo hace por su trabajo. Lo hace por la familia que perdió —respondió Bogarov con su voz ronca—. ¿Me equivoco? —Alex negó con más seriedad de la necesaria—. No encontrarás tu propia paz hasta que hayas acabado con esos asesinos. Te entiendo, hijo. Naciste soldado, es evidente, un verdadero guerrero.

Los tres permanecieron en silencio durante unos segundos, cada uno recordando sus propios demonios. Hasta que una llamada de teléfono los incorporó a la realidad.

—Buenos días —contestó el ruso informático y escuchó con atención durante unos segundos—. De acuerdo. Mantenme informado.

Bogarov se giró después de colgar el teléfono y observó a Alex atentamente antes de hablar.

—Hace una hora que han encontrado el cadáver de Novokov. ¿Qué le has hecho, muchacho? Dicen que ha sido una carnicería.

—Exageran. No tardé más de un minuto.

—¿Cinco puñaladas? —Gruchenko dio un respingo al escuchar a su amigo.

—Cinco cortes, uno por cada vida que me quitó. Y yo sigo perdiendo porque nunca los recuperaré.

—Me das miedo, Alexander —añadió Bogarov—. No aparentas ser un hombre violento y, sin embargo, estás matando con la precisión y frialdad del peor de los desalmados.

—Llevo toda mi vida preparándome para esto. No he querido hacer otra cosa desde los catorce años.

—¿Y qué piensas hacer con el resto de tu vida cuando acabes? —le preguntó Gruchenko en tono paternalista—. ¿Crees que el empleo de tanta violencia no te marcará?

—Me marcó a los nueve años. —Por un instante Alex no contuvo la furia, que pudieron apreciar los dos expolicías—. Cuando me libere de esta carga, me dedicaré a disfrutar de mi mujer y de mis hijos con la conciencia tranquila. Ni siquiera continuaré en el ejército.

—Un hombre con una única misión en la vida —añadió Bogarov—. El mundo perderá a un auténtico héroe si te retiras. Matar a Novokov cuerpo a cuerpo no habrá sido tarea fácil.

—Eso pensaba él —reconoció satisfecho Alex—, que podría conmigo. Demasiado arrogante y confiado. Pero quise que supiera quién le robaba la vida y el motivo. Semionov solo era un peón en este escabroso juego. Novokov fue la mano que asesinó a mi familia. Por lo tanto, merecía toda mi atención.

—Y el próximo, Nazarov —afirmó Gruchenko—. Vas a provocar una guerra entre ellos.

—Eso es lo que pretendo —contestó Alex con determinación—. Sin embargo, lo que más me preocupa es la seguridad de vuestros contactos. Tanto Kirilenko como Kozlov tienen hombres en la policía moscovita. No quiero que corráis riesgos innecesarios.

—Dios nos libre de que te sientas obligado a vengarnos si algo nos sucede —bromeó Gruchenko, consiguiendo con ello la sonrisa de los otros—. No te preocupes por nuestra seguridad y haz tu trabajo. Nosotros nos encargaremos de mantenerte fuera de los radares policiales y tú, de hacerles justicia a los asesinos de tu familia, quienes solo han sembrado el mal en la Tierra. Nuestra propia justicia.

—Nunca podré agradecerles lo que están haciendo y arriesgando por mí.

—Tú lo haces a la vez por nosotros —le explicó Bogarov con la misma humildad demostrada por Alex—. Nos robaron nuestras vidas y nos desterraron de nuestra profesión, aunque no nos mataran. Nos robaron nuestros trabajos y éramos buenos y honrados policías que nos dejábamos la piel en las calles a cambio de un mísero sueldo. —El hombre sonrió desganado—. Entonces no hubo justicia, ni la hay hoy en día —Alex creyó ver respeto en el rostro enjuto y arrugado de Leonid—; al menos para este tipo de criminales. Así que, en el fondo, también estás llevando a cabo nuestra venganza personal, ¿verdad, Iván?

—Cierto, Leonid. Tienes razón. La vida y nosotros mismos hemos actuado de jueces. Alexander es nuestra mano ejecutora.

Y le ofrecieron a Alex toda la información necesaria para continuar con el siguiente paso de su plan.

Los gritos de Anatoli llegaban a la entrada del enorme piso y una voz casi susurrada, en tono de disculpa, intentaba apaciguar su incontrolable ira.

—Una banda de inútiles. Eso es lo que sois, Karlenko.

Al oírlo entrar en el salón, Anatoli se giró con brusquedad y, por primera vez desde que se habían conocido, miró a Alex con el desprecio que destinaba a la mayoría de las personas. Este, al contrario de sentirse amenazado, se limitó a alzar una ceja y se mostró tan tranquilo como siempre.

—No te pago para que desaparezcas cuando se te antoje. —Anatoli descargaba su rabia contra Alex inútilmente, mientras él se limitaba a esperar a que se le pasara el malhumor—. ¿Dónde has estado?

—En una inmobiliaria. He puesto a la venta mi casa. —Las palabras sinceras de Alex consiguieron calmar al irascible Anatoli, que asintió serio, mientras su guardaespaldas esperaba paciente a que le explicara el motivo de su malhumor—. Ya falta poco para regresar a Londres —le recordó lo que estaba convencido de que sería el mejor calmante para Anatoli, y consiguió su propósito—. Y quiero dejar el asunto resuelto antes de nuestra partida.

—Han matado a Novokov —le soltó Anatoli con brusquedad, justificando su malhumor.

—¿Sasha Novokov? —repitió Alex fingiendo asombro—. ¿La mano armada de Kirilenko?

—El mismo —susurró Anatoli—. Alguien le está ajustando las cuentas a Kirilenko porque han acabado con sus dos brigadieres, sus hombres de confianza, quienes, prácticamente, dirigían su organización desde hacía unos años. Sin ellos, deberá ponerse de nuevo al mando de sus negocios y dejar a su hija moribunda en manos de médicos y enfermeras. Acabo de hablar con él por teléfono.

—¿Cómo ha ocurrido? —Karlenko miró a Alex como si no entendiera su pregunta. Estaba muy preocupado porque la investigación del asesinato de Semionov había llegado a un callejón sin salida, y esta nueva muerte parecía estar ejecutada por la misma mano—. ¿Cómo lo han matado? —insistió Alex comprendiendo que el corrupto policía estaba desbordado ante una situación tan caótica.

—Parece que han jugado con él, que han disfrutado matándolo porque lo han acuchillado cinco veces; la última, la que le ha causado la muerte, ha sido con un corte en el cuello realizado del mismo modo que a Semionov. No hay duda de que se trata de la misma mano y del mismo hombre.

—Eso es un claro ajuste de cuentas —susurró un desesperado Anatoli—. Por la forma de asesinarlo... —Alex asintió.

Anatoli se mostraba más nervioso cada día al comprobar que la policía, la corrupta y más que

bien pagada, no resolvía esos crímenes y estaba convencido de que eso influiría negativamente en los planes de su padre. Aunque había hablado con Kirilenko y no se mostraba reticente a continuar con la relación de negocios que habían entablado, intuía que algo más grave estaba a punto de suceder. Temía que esos asesinatos dieran comienzo a una guerra entre los principales clanes. Y él no se sentía preparado para actuar ante un acontecimiento de esa magnitud, ni tampoco quería decepcionar a su padre una vez más si las cosas se complicaban en Moscú. Solo confiaba en Alexander, en su inteligencia, en su sensatez y en esa frialdad que, aunque a veces lo sacara de quicio, también envidiaba.

Mientras observaba a su leal guardaespaldas, Anatoli se secaba el rostro sudoroso tras un largo entrenamiento de combat sambo en el que Alex era un gran especialista desde que su padre lo había iniciado a la temprana edad de siete años.

—Dentro de dos semanas celebraré la reunión con Kirilenko y Salvisky. Quiero que estés a mi lado.

Aunque sentarse en esa reunión no era lo que Alex había planeado, no demostró su decepción.

—Será un honor para mí, Anatoli. Eso me demuestra tu confianza y me siento halagado por ello. —Su falta de emoción no restaba credulidad a sus palabras—. ¿Dónde nos reuniremos?

—Salvisky y Kirilenko lo están decidiendo aún. Creo que están asustados por estos últimos asesinatos, sobre todo Kirilenko —bufó permitiendo aflorar su desesperación—. No le faltan motivos. Y ese inútil de Karlenko... Para una vez que lo necesito de verdad, no puede mostrarse más ineficaz. No me extraña que la policía no encontrara a los culpables del asesinato de tu familia, Alexander. Son todos unos ineptos. —Ese comentario desgarró las entrañas de Alex pero, una vez más, lo ocultó—. He decidido ofrecer una recompensa a cualquiera que nos conduzca hasta el asesino. Kirilenko ha aceptado mi oferta de buen grado.

Capítulo 17

Esa fría tarde invernal durante la que no había podido salir a pasear con los niños, Johanna decidió aclarar algunas de las dudas que daban vueltas en su cabeza, aprovechando la compañía de Maddie. Oían a Nastia cantar a los gemelos una nana mientras los mecía en la sillita doble.

—Estos niños no van a aprender a hablar como sigamos utilizando tantos idiomas diferentes — dijo Maddie sonriendo—. Nastia en ruso, tú en comanche y yo exclusivamente en inglés.

—Nastia pretende que la lengua de la familia de su padre les resulte familiar. —Maddie asintió sonriendo con la atención puesta en su labor; tejía un jersey para uno de los pequeños—. ¿Qué crees que tu nieto está haciendo en Moscú, Maddie?

La anciana posó lentamente el trabajo sobre su regazo y miró a Johanna a los ojos.

—¿Está destinado en Moscú?

—Él se ofreció voluntario. Es lo único que me contó. —Se atrevió a preguntar lo que hacía meses necesitaba conocer—: ¿Cómo murieron los padres y hermanas de Alex?

—¿Él no te ha hablado sobre ello?

—Me dijo que murieron en un accidente de coche. —El rostro de Maddie se cubrió de seriedad y palideció.

—Sí. Un desafortunado accidente provocado por una bomba. —Johanna no pudo controlar la impresión que le causó la noticia, al igual que Maddie no ocultó el dolor que sentía al hablar sobre ello—. Y nunca hallaron al o los culpables. Nunca supimos quiénes ni por qué habían acabado con la vida de gente inocente, sobre todo de dos niñas pequeñas.

—¿Quieres decir que los asesinaron?

—Así es, cariño —respondió a la vez que expulsaba el aire y con este el dolor que le provocaba reconocer la tragedia—. Fueron asesinados. E imagino que Alex ha ido a Moscú a vengar sus muertes.

Johanna no supo qué responder ante esa noticia hasta que pasaron unos minutos que transcurrieron recordando los sentimientos que Alex le había provocado la primera vez que se habían visto. Ella leyó en el interior del hombre una gran lucha, un desasosiego que se fue aplacando con el paso de los días, pero que habría seguido torturándolo desde lo más hondo de su ser.

—¿Por qué los mataron? Las hermanas de Alex no tendrían más que...

—Cinco años. Solo tenían cinco preciosos años. Y Alex y Nastia se salvaron porque él estaba enfermo y no pudo asistir al festival de baile en el que participaban sus hermanas.

—¿Quién sería capaz de cometer un crimen tan horrible?

—Mi yerno fue un poderoso narcotraficante de drogas. —Maddie vio cómo el rostro de Johanna se tornaba lívido tras su comentario y le dejó tiempo para que asimilara la noticia—. Así logró amasar una fortuna considerable, que le permitió introducirse en el mundo del petróleo y del gas natural. Con ese dinero y con su nueva actividad, legalizó su fortuna. Por supuesto, ni mi hija ni nosotros conocíamos al principio la procedencia de su dinero. —La anciana observó durante unos segundos el rostro perplejo de Johanna y luego continuó contándole—: Pero, a pesar de todo, fue un buen hombre y amaba a su familia por encima de todo. Creo... Creo que por eso lo mataron.

—¿Por querer a su familia? —preguntó Johanna incrédula.

—No exactamente. Verás, cariño. Mi hija conoció a Alexander siendo muy joven, unos meses antes de cumplir veintitrés años, mientras trabajaba de recepcionista en el hotel lujoso donde él se hospedaba siempre que venía a Londres. Ese fue su primer y único trabajo. Alexander tenía treinta años y te aseguro que mi nieto no le hace sombra a su padre en atractivo y presencia física. Caroline perdió la cabeza por él. Dejó su trabajo y a los seis meses ya estaban casados. La verdad es que no me sorprendió. Los dos estaban muy enamorados, y así siguieron hasta el día en que murieron. Pero Carol, al igual que mi marido y yo, pensábamos que era un hombre de negocios honrado. Mi hija no descubrió su segunda actividad hasta que las gemelas tenían tres años; entonces lo abandonó. —Johanna abrió los ojos más de lo normal—. Sí. A pesar de lo mucho que lo amaba, no tardó en dejar Moscú y venirse a Londres con sus tres hijos. Por supuesto, Alexander la siguió unos días más tarde y le prometió deshacerse de sus negocios criminales. Estaba en ello cuando alguien decidió matarlo y junto a él, a mi hija, las niñas y Kostia, el marido de Nastia, chófer y guardaespaldas de la familia, otro buen hombre.

—¿Cómo pensaba deshacerse de esos negocios?

—Quiso darles tiempo a sus empleados para que encontraran otros trabajos, legalizarlos o colocarlos en sus distintas empresas por no dejarlos desamparados. Mientras tanto mi hija se dedicaba a limpiar su dinero sucio, como ella lo llamaba, en obras de caridad y fundaciones benéficas que lucharan contra la droga. Alexander le hubiese permitido cualquier cosa con tal de que permaneciera a su lado y, además, él no deseaba dejarles a sus hijos un legado basado en el crimen y la corrupción. Ni quería que se vieran relacionados con ese mundo. A pesar de no haber conocido a sus padres, de crecer en orfanatos y educarse en las calles, fue un padre perfecto para mis nietos y un marido aun mejor para Carol. Siempre pensé que, por ese motivo, valoraba tanto el amor de mi hija y la hermosa familia que habían creado juntos, por la dura infancia que tuvo. Y te aseguro que no fingía, que no tenía una doble vida ni nada por el estilo.

—¿Quién cometió ese brutal asesinato?

—Nunca se supo. Había demasiada corrupción en Moscú durante esa época. Y tanto mi marido como yo, pensando en Alex, pasados un par de años, preferimos dejar de preguntar. —Maddie

cambió de postura, con lo que Johanna pensó que no se sentiría cómoda recordando el pasado—. Alexander pagó por sus pecados y arrastró a casi toda su familia con él —dijo la anciana casi susurrando—. Mi nieto no dejaba de preguntarnos si habían encontrado a los culpables. Cuando se vino a vivir con nosotros, cada noche antes de acostarse, yo lo despedía con un beso, y siempre me decía lo mismo: «Tienen que coger a los asesinos, abuela. Tienen que meterlos en la cárcel y no dejarlos salir nunca más». Creció con esa idea en la cabeza. Poco después de cumplir los catorce años, mi marido le confesó la verdad, que nunca atraparían a los culpables y aún no he podido olvidar su respuesta, porque sus palabras surgieron del dolor tan intenso que llevaba guardado en su corazón de pequeño hombre: «Aunque tarde toda la vida, yo encontraré a los asesinos y los trataré del mismo modo que ellos trataron a mi familia».

—Mi marido y yo nos quedamos tan sorprendidos ante esas palabras que no supimos qué decirle. Jamás volvió a preguntar sobre el tema. Se concentró en su educación y en ser oficial de las fuerzas especiales; y ahora entiendo el motivo.

—Ha esperado la llegada del momento oportuno para cumplir con esa promesa que se hizo a sí mismo.

—Si es cierto que está en Moscú, no me extrañaría que estuviera embarcado en una misión de ese tipo. Y tengo mucho miedo.

—Te entiendo. Yo también lo tengo. —Johanna dudó antes de continuar—. A pesar de que ya no exista una relación entre nosotros, no me gustaría que le sucediera nada malo.

—Ni que no cumpliera su promesa. —La chica dio un respingo al oír a Maddie.

—¿No te importa el riesgo que corra? —preguntó Johanna dolida—. Él mismo me ha confesado que no está seguro de poder regresar sano y salvo.

—Por supuesto que me preocupa. Cada vez que Pet se presenta en casa, pienso que es el portador de esa nefasta noticia. Pero también estoy convencida de que, si no puede satisfacer ese intenso y odioso deseo de venganza, jamás vivirá en paz ni será feliz como merece.

Johanna suspiró profundamente y ofreció un apretón cariñoso al brazo de Maddie.

—Puede ser que tengas razón, Maddie.

Y supo que Alex no regresaría junto a ella hasta que cumpliera con ese deseo brutal que dominaba parte de sus sentimientos.

Viktor Kozlov no conseguía hablar con su hijo esa mañana de domingo y comenzó a preocuparse. Alguien la había tomado con Kirilenko, o quizás este estaba pagando por algún error que no se atrevía a confesar, pero Anatoli no contestaba a sus llamadas, y la ansiedad golpeaba con fuerza su pecho.

—Maldito seas, Anatoli. ¿¿Se puede saber por qué no cogías el teléfono?! —gritó enfurecido y desahogando el miedo que lo había dominado durante los minutos en los que su hijo no respondía.

—Tranquilo, papá. Estaba durmiendo y mi móvil se habrá quedado sin batería. ¿Por qué no has llamado a Alexander? Él podía haberte explicado que estaba bien.

—No tengo el número de teléfono de Yulenko —respondió intentando controlar su ira—. Podías haberte molestado en pasármelo.

—Está bien, papá. Lamento haberte preocupado. ¿Qué sucede?

—No quiero que te separes de Yulenko en ningún momento. ¡¿Me entiendes?! —gritó alterado—. He hablado con Gandisky, el fiscal jefe de Moscú. Sospechan que algunos agentes de policía se están tomando la justicia por su mano.

—¿Y por qué Karlenko no lo sabe?

—Prefieren mantenerlo en secreto para no alertar al o a los asesinos.

—¿La misma policía? ¿Cómo se atreven a enfrentarse a nosotros?

—Han rastreado el acceso a los archivos informáticos. Alguien está obteniendo información antigua sobre Kirilenko, Salvisky y sobre mí. Gandisky sabe que estás en libertad condicional y me ha advertido. Te van a conceder la libertad total porque corres el riesgo de ser asesinado, y dentro de una semana estarás de vuelta en Londres. Ya está todo arreglado, así que adelanta la reunión con Kirilenko y Salvisky y, te lo vuelvo a repetir, quiero que Yulenko te acompañe en todo momento.

—Está bien, papá —respondió un complacido Anatoli—. No son tan malas noticias como crees. Estoy deseando largarme de Moscú. Y adelantaré la reunión al sábado.

—Cierra ese negocio, Anatoli. —El hijo leyó la amenaza bajo el tono de voz de su padre—. Es muy importante para nosotros.

—No te preocupes, papá. Lo conseguiré.

—Eso espero. No me decepciones. —Y colgó—.

—El chico no te decepcionará, Viktor —sugirió Andrópov—. Ha cambiado, se ha vuelto más responsable y, sobre todo, quiere ganarse tu confianza.

—Sí, creo que lo conseguirá —se presionó la nuca durante unos segundos en un intento inútil de aliviar la tensión que había acumulado, preocupado por la seguridad de su único hijo varón y de quien esperaba que heredara sus negocios—. Quiero saber quién está detrás de esos crímenes. Quiero coger a esos policías que se atreven a desafiarnos y reventarles las pelotas. Encárgate de ello personalmente y que no se entere Karlenko. Todos saben que trabaja para nosotros y ya ha demostrado su ineptitud.

—Sabe demasiado sobre nosotros. Lo más seguro sería eliminarlo. —Viktor asintió aceptando la proposición de su mano derecha.

—Tal y como están las cosas, creo que sería lo más sensato. Que se encargue Yulenko. Llámalo y ofrécele el trabajo. Quiero saber de qué madera está hecho y hasta dónde podemos confiar en él.

—Esta será nuestra última reunión —decía Alex a Bogarov y Gruchenko—. Kozlov sabe que los responsables de los asesinatos de los hombres de Kirilenko están relacionados con algunos policías justicieros —les contó lo que Anatoli le había dicho el día anterior—. Alguien ha seguido un rastro informático. Repasa tus archivos, Bogarov, no debes dejar ninguna pista de tus investigaciones.

—Si alguien ha cometido un error, ten por seguro que no he sido yo. De todas maneras, entraré en los archivos que se hayan utilizado y borraré cualquier pista. ¿Quién es el contacto de Kozlov? Debe ser un pez gordo.

—Nada menos que Gandisky, el fiscal general.

—Esto no acabará nunca —se desesperaba Gruchenko, pasándose las manos sobre su abundante cabellera blanca en un gesto exasperado—. Si son capaces de comprar a la fiscalía, poco podremos hacer.

—Solo les estamos propinando una paliza que no ha acabado aún —especificó Alex—. Luego, vendrán otros, tanto o más desalmados que los hombres que hemos eliminado, y los sustituirán. El crimen y la corrupción no acabarán nunca. Nacieron con el hombre.

—¿Cuándo se celebra la reunión? —preguntó Bogarov, consciente de la verdad de las palabras del joven—. Al menos terminemos esta misión y moriré con la satisfacción personal de haber intentado conseguir un mundo mejor.

—Camarada —dijo Gruchenko sonriendo—, espero que aún nos quede un tiempo durante el cual disfrutar de la caída de esos tres grandes *pakhanes*. Porque continuaremos con el resto del plan, ¿verdad, Alexander?

—Sí, todo se realizará según lo planeado. Pero hay que hacer un pequeño reajuste. Kozlov padre me ha hecho un encargo. —Los dos ex policías esperaban expectantes—. Debo eliminar a Karlenko. Desea deshacerse de él por la ineptitud que ha demostrado a la hora de resolver los dos crímenes del clan Kirilenko. Pero, en realidad, quiere eliminarlo porque sabe demasiado sobre su organización.

—¿Te das cuenta de que ese trabajo es un modo de probar tu lealtad? —Bogarov pretendía asegurarse de que Alex entendía el objetivo de ese encargo y el muchacho asintió—. Vas a regresar a Londres y espera tenerte entre sus hombres de confianza.

—Espero que no te provoque ningún cargo de conciencia acabar con Karlenko —le aconsejó Gruchenko— porque no lo merece. Un policía tan corrupto como ese es peor que cualquiera de esos criminales. Hombres como Karlenko acabaron con nuestra carrera policial.

—Lo sé —reconoció Alex—. No será ningún problema para mí pero, por cumplir esa orden, debo dejar con vida a Nazarov, por ahora, y él será el representante de Kozlov en Moscú en la siguiente operación. Va a salir a la venta una cantidad de droga como nunca antes se ha visto; ese es el motivo de esta alianza. Por eso Kozlov necesita la colaboración de Kirilenko y de Salvisky.

—Lo que generará cantidades masivas de dinero con la que pagarán sus otros negocios, venta de armas, tráfico de mujeres...

—Primero tendrán que reponerse de las últimas pérdidas. No podemos fallar. Cuento con vosotros en la noche del sábado. A la mañana siguiente, estaré en un avión de vuelta a Londres. — Eso sí atemorizó a Alex.

Saber que se acercaría tanto a Johanna y a sus hijos, que tendría la oportunidad de hablar con ella, disculparse tantas veces como errores había cometido, iluminaba su oscurecida alma. Sin embargo, pensar que Johanna se negara a perdonarlo o que ese médico hubiera arraigado en sus sentimientos lo asustaba más que enfrentarse a cualquier criminal al que tuviera que matar.

Capítulo 18

Entrar en el apartamento de Karlenko resultó tan fácil como abrir las maletas de sus compañeros de clase. No utilizaría cuchillo en esta ocasión porque no quería que relacionaran sus otros crímenes con el que debía cometer en cuestión de minutos. Aunque estaba convencido de que la policía no daría mucha importancia a la desaparición de un agente tan corrupto y se supondría que Kozlov se habría desecho de él. Bogarov le había contado que Karlenko ni siquiera tenía compañero ya que nadie quería relacionarse con un *pakhan* tan exigente y violento como Kozlov, al que todos le temían.

El descaro de Karlenko abrumaba a Alex. Ningún policía podría mantener en Moscú un apartamento tan bien situado y lujoso como el que vivía el agente corrupto. De las perchas de sus armarios colgaba ropa de marcas caras, tanto como sus zapatos. Gozaba de la más avanzada tecnología informática. Caprichos que se compraba con el dinero sucio que ganaba a cambio de su silencio y de su colaboración con el mundo del crimen. No tenía familia a la que mantener, así que se había vendido solo por el hecho de vivir con más lujos, innecesarios la mayoría, ensuciando con su modo de proceder el nombre de eficaces y honrados agentes como lo fueron en su día Gruchenko y Bogarov.

No, Karlenko no merecía su compasión y, si para continuar con su plan debía eliminarlo, lo haría sin sufrir remordimientos una vez más, porque él era un soldado en esa guerra sin cuartel.

—¿Qué haces aquí, Yulenko? —Las palabras del policía atrajeron su atención puesta hasta entonces en el amplio vestidor—. ¿Cómo has entrado? Me has dado un susto de muerte.

—Lamento decirte que tu equipo de seguridad es una mierda —le mostró un disco duro que había arrancado del ordenador principal—. Me envía Kozlov, Viktor —especificó—. Quiere saber cómo llevas la investigación y debo decirte que está bastante disgustado con tu rendimiento.

—¿Por qué no me ha llamado Anatoli? —Alex leyó la preocupación en el rostro del policía—. Es lo que suele hacer.

—Viktor está muy preocupado por la seguridad de su hijo. Las muertes de Semionov y Novokov lo han puesto muy nervioso y está deseando que Anatoli regrese a Londres. Ha movido los hilos adecuados y nos marchamos el domingo.

—¿Y la reunión? ¿Se ha suspendido?

—Estás muy interesado en esa reunión, Karlenko. ¿A qué es debido tanto interés?

—La alianza que Kozlov quiere forjar va a generar mucho dinero, y estoy convencido de que hay alguien interesado en hacerse con el control de la distribución de esa cantidad de droga. De ahí esos dos asesinatos.

—Podría ser como dices. O no —dijo Alex burlón—. Creo que estos crímenes superan tus facultades policiales. ¿Demasiado tiempo sin investigar? —Karlenko lo miró con los ojos entrecerrados intentando averiguar las intenciones de Alex.

—¿A qué has venido en realidad, Yulenko? ¿Qué te ha encargado Kozlov?

—Creo que lo sabes. No puedes ser tan torpe, Karlenko —sacó la pistola con silenciador y disparó a la cabeza del inmóvil y sorprendido policía cuyo cuerpo cayó desplomado e inerte. No era necesario hacerlo sufrir ni torturarlo; solo se trataba de acabar con la vida de otro animal del zoo criminal moscovita.

Alex ni siquiera tuvo que asegurarse de que su víctima hubiera muerto o de que solo estuviera herido. Lo miró un instante y pensó que solo había enganchado un eslabón más en la larga cadena que formaba su estrategia. Ese asesinato lo había integrado completamente en el clan Kozlov.

Salió del apartamento como había entrado, con el rostro cubierto bajo un pasamontañas para que no lo reconocieran si revisaban las cámaras de seguridad del lujoso edificio y, nada más salir del portal, se lo fue enroscando hacia la frente hasta convertirlo en un simple gorro de lana. Se deshizo del abrigo barato que había comprado para la ocasión, tirándolo en un contenedor de basura y, abrigado con una gruesa cazadora negra de cuero, se dirigió al apartamento de Anatoli.

Anatoli había decidido no correr riesgos innecesarios ahora que su marcha estaba tan cercana, así que optó por no salir de noche y organizar una fiesta de despedida en su casa. En cuanto Alex atravesó el umbral de la puerta, se acercó hasta él.

—¿Todo bien?

—Sin problemas —respondió Alex con su frialdad habitual.

—Me alegro. Karlenko se había convertido en un estorbo y sabía más de lo que podíamos permitirle. Buen trabajo, Alexander. Coge una copa y únete a la fiesta.

—Prefiero irme al gimnasio. Mañana y pasado estaremos demasiado ocupados.

—Eres gay, Alexander —afirmó Anatoli convencido—. Y no te atreves a confesármelo.

—Está bien, piensa lo que quieras. Pero, si algún día mantenemos una relación sexual, porque entiendo que te resulto irresistible, te aseguro que tú serás quien se ponga debajo. —Las carcajadas de Anatoli retumbaron por encima del alto volumen de la música y atrajeron la atención de la mayoría de los invitados, acostumbrados a verlo de muy mal humor durante las últimas semanas—. No bebas mucho. Mañana tienes que estar despejado.

—Eres peor que mi madre, maldito matón —le replicó Anatoli de buen humor.

Alex se encerró en su dormitorio y comenzó a cambiarse de ropa. Un hombre acababa de perder

la vida, y él había sido la mano ejecutora. En ese instante no supo diferenciar quién sería peor, si los que se alegraban de su muerte o él, que no sentía remordimiento alguno.

Buscó en su iphone la nana que solía cantar Johanna en sus conciertos y, en el momento en que comenzó a sonar, recordó quién era y por qué estaba allí. Ella, su voz, lo volvía humano, lo convertía en el teniente Cameron y muy pronto regresaría a su lado.

Se dirigía al gimnasio privado de Anatoli cuando recibió una llamada de Gruchenko.

—Estoy en el piso de Leonid. Está destrozado. ¡Todo! Muebles, su equipo informático... Pero él no está aquí. Solo hay una pequeña mancha de sangre en la alfombra.

—¿Qué cree que ha ocurrido? —preguntó angustiado.

—Se lo han llevado para interrogarlo. Quien sea querrá conocer a sus colaboradores, e imagino que lo estarán torturando.

—Anatoli no sabe nada, así que debe tratarse del grupo especial que ha asignado el fiscal general para resolver este caso. ¿Tiene idea de dónde pueden haberlo llevado?

—No. Y no creo que sea el momento oportuno para preguntar entre nuestros contactos.

—Escúcheme, Gruchenko. No creo que Bogarov salga con vida de esto. Tiene que salir de ahí y ponerse a salvo. Su mujer...

—Leonid morirá antes de confesar —aseguró.

—Váyase a casa inmediatamente, recojan lo imprescindible y diríjense al Estanque del Patriarca. Los estaré esperando junto al consulado de Suecia. Tengo un lugar donde estarán seguros hasta que puedan salir de Moscú. Asegúrese de que no los siguen.

Alexander prefirió ir corriendo hasta su antigua casa; su vestuario deportivo lo excusaría. Allí podría alojarse el matrimonio Gruchenko hasta que resultara posible sacarlos del país.

Abrió la puerta del que fue su hogar de la niñez, su fortaleza, a la que nunca había sido capaz de regresar hasta ahora en que lo necesitaba de verdad. Recuerdos felices enfrentados a la cruel realidad lo golpearon con fuerza. Pero no era el momento de dejarse abatir por sus pensamientos y telefoneó a Pet desde allí.

—Te necesito ahora mismo.

—¿Qué sucede?

—Bogarov ha desaparecido. —Pet estaba al tanto de todo cuanto hacía Alex, aunque ninguno informara a sus mandos sobre los asesinatos que estaba realizando, salvo el de Karlenko, porque lo empujaba más hacia el interior de la organización de Kozlov—. Quiero que saques de Moscú a Gruchenko junto a su esposa. Han destrozado el apartamento de Bogarov y no sabemos adónde lo

han llevado ni quienes lo han hecho, aunque sospecho que se trata de los agentes del fiscal Gandisky.

—Está bien. Me informaré de los vuelos y te llamaré. —Una llamada a la puerta los obligó a despedirse.

El matrimonio entró con cautela y permanecieron durante unos segundos en silencio observando el amplio distribuidor.

—Esta es tu casa familiar —afirmó Gruchenko—. Ha estado cerrada durante todos estos años.

—Sí. Desde que me marché a Londres no ha vivido nadie aquí. Instálense lo más cómodamente que les resulte posible. Vamos a enviarlos a Londres.

—¿Vamos? —preguntó Gruchenko sorprendido.

—Mi contacto aquí y mi mejor amigo, como lo son Bogarov y usted, está ocupándose de ello. Puede confiar en Pet.

—¿Y qué haremos en Londres? ¿Cómo sobreviviremos? —intervino la señora Gruchenko desesperada y asustada—. Nuestra vida está aquí, la casa, tu paga de jubilación, todo lo que tenemos.

—No se preocupen por eso. Tendrán un buen alojamiento y arreglaremos la cuestión económica. Ahora solo tienen que mantenerse a salvo... —El sonido del móvil lo interrumpió—. Disculpen un momento —Atendió la llamada de Pet.

—Pet me informa de que hay un vuelo mañana a las ocho...

—No te dejaré en la estacada, Alexander —lo interrumpió un convencido Gruchenko—. Vamos a terminar con nuestro plan y luego nos marcharemos adonde tú nos aconsejes. Pero no me iré sin acabar con esto. Si Bogarov ha muerto, que no resulte en balde. Nadie nos encontrará aquí. —Su mujer asintió conforme.

—No. Aquí no nos encontrarán y si Bogarov aparece... —suspiró la mujer visiblemente afectada—... podría escapar con nosotros.

—De acuerdo. —Habló de nuevo al teléfono—. Pet, reserva sus vuelos en el mismo que el mío, si es posible.

—Espero que lo sea. Hay algo más. El cadáver de Bogarov ha aparecido en el río. Lo han torturado sin piedad, Alex. —El joven se alejó unos metros de la pareja, pero no pudo contener un suspiro lleno de emoción tras escuchar la noticia. ¿Crees que habrá hablado?

—No lo creo. Era un hombre íntegro y convencido de lo que hacía. Y era consciente de los riesgos que corría. —Por un instante recordó las palabras de agradecimiento que le había dedicado Bogarov la última vez que lo había visto, y un fuerte estremecimiento recorrió su cuerpo: «Moriré con la satisfacción personal de haber intentado conseguir un mundo mejor»—. Acompáñalos durante el viaje hasta dejarlos a salvo en mi casa de Chelsea. Sí, allí estarán seguros —aseveró—. Mi abuela tiene las llaves.

—Informaré a Williams sobre el equipaje que llevo. Necesitarán dinero, a alguien que los ayude a amoldarse a su nuevo domicilio y se encargue de la burocracia.

—Ten cuidado en el modo de ofrecérselo. Es un hombre orgulloso.

—No te preocupes. Tendré el tacto necesario.

—Una cosa más, Pet —le dolía pronunciar esas palabras—. Si ves a Johanna, no le menciones mi regreso. No sé cuál será mi papel en Londres y no correré el riesgo de acercarme a mi familia si con ello la pongo en peligro.

—Como quieras, Alex. Cuídate. Nos veremos en Londres.

Colgó y se acercó de nuevo a la pareja.

—Dispongan de esta casa a su gusto y, si alguien los molesta, no duden en llamarme. Nos iremos a Reino Unido el sábado, probablemente en el mismo avión. Pet los acompañará hasta una casa segura en Londres. —Las lágrimas de la señora Gruchenko emocionaron a Alex durante unos segundos en los que vio más muertes y vidas rotas, como le ocurrió con la suya siendo un niño—. No se preocupe, es un barrio tranquilo y mi casa tiene un pequeño jardín en el que podrán construir un invernadero.

—¿Viviremos en tu casa?

—En una de ellas. Heredé de mis padres varias propiedades inmobiliarias y les aseguro que no necesitaré la que ocuparán. Podrán quedarse todo el tiempo que lo necesiten. Es lo mínimo que puedo hacer por ustedes. Mi modo de pagarles la confianza y ayuda que me han ofrecido. —Tomó la mano de la mujer y la apretó entre las suyas—. Por favor, acéptenlo.

—Está bien, hijo —respondió la mujer emocionada—. Creo que sabes bien lo que haces. ¿No te parece, Iván? —El hombre asintió mirando a Alex a los ojos e intentando descifrar el secreto que escondía desde que había hablado con su compañero—. Haremos lo que nos aconsejes.

Se despidió de la mujer y se dirigió hasta la puerta seguido por Gruchenko.

—Han encontrado a Leonid, ¿verdad? —afirmó el anciano policía—.

—Sí. Encontraron su cadáver flotando en el río —respondió con frialdad, alejando de él cualquier emoción—. Lo habían torturado. —Alex comprobó cómo se desplomaba el cuerpo del viejo policía y lo sujetó con fuerza por el codo—. Pero, si estamos vivos aún, no creo que Bogarov nos haya delatado.

—No. Nunca hablaría —sollozó profundamente—. Más de cincuenta años trabajando juntos. —Durante unos segundos se apoyó en la pared con las dos manos, dejando que su cabeza colgara, permitiéndose unos instantes para que su dolor aflorara—. Gracias por no comentarlo delante de mi mujer —susurró enderezándose—. Ya hablaré con ella más tarde. También lo apreciaba mucho.

—No se lo habría dicho a usted tampoco, aún. Pero a mí también me ha afectado su muerte. Fue un profesional excepcional y un hombre íntegro; estoy convencido de ello.

—Un buen hombre, Alexander. Leonid fue un hombre magnífico.

—Maldito seas, Alexander. Si tú vas a acompañarme, no sé por qué tengo que llevar también el

chaleco kevlar.

—Me pagas para que te proteja y eso es lo que estoy haciendo. Yo también lo llevo puesto —le explicó golpeándose el pecho—. Y recuerda que aún no han cogido al asesino de los hombres de Kirilenko. ¿Quién sabe si este asunto de la posible asociación de los tres pakhanes más importantes de Rusia no ha trascendido fuera de vuestros círculos de allegados? Karlenko lo sabía y, hasta el último momento de la corta conversación que mantuvimos, se mostró interesado por ello.

—¿Qué te dijo? —preguntó sorprendido por esa confesión a destiempo.

—Su teoría era que alguien pretendía hacerse con todo el control del cargamento que tu padre piensa distribuir con ayuda de Kirilenko y de Salvisky.

—¿Quién?! —Anatoli casi gritó.

—No mencionó ningún nombre; solo era su teoría. Y puede ser que no estuviera descaminado, que algunos policías hayan formado su propio clan. ¿Quién sabe de dónde obtuvo sus sospechas? Pero te aseguro que le estoy dando vueltas a la idea; no me parece ninguna locura.

—Tienes razón, Alex, una vez más. Según la información que el fiscal le dio a mi padre, la teoría de Karlenko no sería ninguna locura.

—¿Alguna novedad sobre la investigación de Gandisky? —Anatoli negó con la cabeza y, por su gesto decepcionado, Alex percibió su sinceridad y no insistió en el asunto para evitar levantar cualquier sospecha.

—Solo llevarás el chaleco durante unas horas. Así que no protestes más.

Anatoli obedeció sin protestar, como un hermano pequeño, confiando plenamente en Alex, su hermano mayor dispuesto a cuidar de él.

Llegaron a La Note, un local de aire francés, de principios del siglo veinte, lujoso y decadente, decorado con brillantes lámparas de araña, paredes enteladas en seda roja y atendido por camareros con smoking.

Seis hombres se sentaron alrededor de una gran mesa redonda vestida con fino paño de lino blanco y adornada por un recargado centro floral, los tres jefes criminales más importantes de Rusia acompañados por sus hombres de confianza.

La reunión comenzó con el intercambio de condolencias a Kirilenko por haber perdido a sus hombres más importantes. Y fue él mismo quien cambió de tema y comenzó a hablar sobre el futuro y sobre los beneficios que obtendrían de su asociación con los Kozlov. El hecho de que un *pakhan* tan importante como Kirilenko considerara a Anatoli como un jefe a la altura de ellos tres lo llenó de orgullo y satisfacción y se sintió más seguro a la hora de comenzar las negociaciones.

Apenas hubo discusión ya que la oferta de Kozlov fue lo suficientemente generosa para satisfacer la ambición de sus rivales y ni siquiera tuvieron que reflexionar sobre la proposición de

Anatoli.

—Un reparto de los beneficios al cincuenta por ciento es demasiado generoso por nuestra parte —les explicaba Anatoli—. La entrada de tanto producto en el mercado provocaría una bajada de precios que no nos interesaría a ninguno. Así que preferimos compartir las ganancias con vosotros.

—¿Cuándo dará comienzo la distribución?

—Pronto, Salvisky —respondió Anatoli con convencimiento—. Te avisaremos a su debido tiempo. Se trata de buena mercancía, heroína de primera calidad. Os aseguro que nos la quitarán de las manos en cuanto salga a la venta. Así que deberíais informar a vuestros principales distribuidores para que se vaya corriendo la voz. Sería conveniente que los consumidores la estén esperando.

—Ya veo —afirmó Salvisky con su elegante voz de tenor—. Habéis arriesgado mucho en esta operación.

—Sí. Nos hicieron una oferta excelente que no podíamos rechazar y preferimos compartir nuestra buena suerte con vosotros. Esta operación nos aportará enormes beneficios y nos afianzará como los más poderosos en el mercado mundial de la heroína —los dos hombres asintieron conformes y satisfechos—. A partir de ahora, controlaremos el comercio asiático. No se venderá heroína en Europa que no haya pasado por nuestras manos. —Alex apreció un reflejo enfermizo de codicia en los ojos brillantes de Kirilenko y de Salvisky.

—Tu padre merece todo nuestro respeto y nos halaga que cuente con nosotros una vez más en esta beneficiosa asociación —habló Kirilenko con su voz ronca como prueba del abuso del tabaco que llevaba consumiendo desde los diez años.

Las miradas que intercambiaron los dos *pakhanes* no pasaron desapercibidas a Alex. Sin duda alguna, se referían al complot que habían urdido hacía veinte años para apoderarse de los negocios de su padre, sin importarles la muerte de su familia. En ese instante se alegró de lo que sus manos, con absoluta discreción, habían manipulado bajo la esplendorosa mesa y que había llevado consigo fijado a los tobillos con gomas elásticas. Pagarían esa misma noche por lo que nadie los había condenado cuando habían cometido el atroz crimen que había cambiado su vida y endurecido su carácter.

Tras rechazar la invitación de Kirilenko a uno de sus clubs de striptease donde celebrarían el excelente trato, Anatoli y Alex se despidieron arguyendo que al día siguiente debían madrugar para viajar a Londres. Dispuestos a abandonar el local, Yulenko salió primero y, cumpliendo con su papel de guardaespaldas, comprobó con una mirada periférica que nadie los esperaba; entonces abrió la puerta para que saliera su protegido.

Solo se habían alejado unos metros cuando una fuerte explosión los arrojó contra el suelo. Alex, desempeñando fielmente su trabajo, se levantó con dificultad y protegió el cuerpo de Anatoli con el suyo, impidiéndole que alzara la cabeza.

—No te muevas —le exigió inmovilizándolo—. Dame unos segundos para comprobar qué ha

sucedido.

—¿Qué está pasando? —lloriqueaba Anatoli asustado y aturdido aún por la estruendosa detonación—. ¿Dónde ha ocurrido esa explosión?

—En el restaurante. Vamos, te acompañaré hasta el coche. Muévete y no levantes la cabeza. Luego me acercaré y comprobaré qué ha pasado.

Dejó a Anatoli en el interior del vehículo blindado, se tomó unos segundos hasta recuperar el control de sus sentidos, y se dirigió al caótico y destrozado restaurante. La mesa donde hacía unos minutos estaban sentados había desaparecido. En su lugar, un montón de escombros mezclados con cuerpos sanguinolentos y negruzcos a causa del humo ocupaban la escena. El intenso olor a carne quemada infestaba sus fosas nasales y anulaba al del explosivo.

Alex ayudó a los supervivientes a desalojar el local antes de que fuera pasto de las llamas, que comenzaban a acercarse peligrosamente a la cocina. Aparte de los *pakhanes* y sus hombres, solo había algunos heridos, lo que supuso un gran alivio para el joven. En cuanto escuchó las sirenas de los coches de policía, ambulancia y bomberos, Alex se alejó del restaurante y regresó junto a Anatoli, quien observaba sus movimientos desde la ventanilla del vehículo, también blindada.

—¿Qué ha ocurrido? —lo interrogó con los ojos espantados, reflejo de su preocupación y su miedo—. No he visto salir a Kirilenko ni a Salvisky. —Alex negó con un gesto apesadumbrado y fingido. Su alma brincaba de alegría.

—No han sobrevivido a la explosión. Creo que se ha producido en la mesa donde hemos cenado. —Anatoli cerró los ojos y comenzó a respirar con dificultad—. Cálmate, Anatoli. Te has librado de una muerte segura por unos segundos.

—¿Qué demonios está sucediendo?! —gritó Anatoli, dominado por el miedo y la histeria—. Quiero saber quién está detrás de estos asesinatos. Tengo que llamar a mi padre. Esto es...

Alex lo detuvo antes de que sacara el teléfono de su chaqueta.

—Espera unos minutos —le exigió con frialdad—. Tranquilízate primero; luego lo llamas y le cuentas. No estás en condiciones de hablar con él. Piensa en cómo este atentado ha cambiado los planes de tu padre y cuánto lo enojará conocer la noticia.

—Yo no soy culpable de lo que está sucediendo —se justificó.

—Lo sé, y él también se dará cuenta. Pero debes mostrarte tranquilo y seguro de ti mismo antes de hablar con él; incluso deberías ofrecerle otra opción ahora que Kirilenko ha desaparecido. Nazarov puede ocupar su lugar. Los Salvisky continuarán con la labor de su hermano. —Anatoli reflexionaba sobre las ideas cargadas de lógica que aportaba Alex y asintió conforme—. Marchémonos antes de que llegue la policía; podríamos retenernos como sospechosos o como testigos y perderíamos el vuelo de mañana.

Anatoli siguió el consejo de su guardaespaldas y esperó a llegar al apartamento antes de contarle a su padre la fatal noticia.

—¿Cómo ha ido la reunión, Anatoli? —Preguntó Kozlov mostrando más emoción de la que era habitual—. ¿Cuál ha sido la respuesta de Kirilenko y de Salvisky?

—La respuesta fue la que tú esperabas, papá. Los dos se mostraron conformes y deseosos por empezar. Pero ha sucedido algo increíble. —El silencio del otro lado del teléfono lo instó a continuar—; increíble y terrible. Papá, ha ocurrido una explosión en el restaurante y han muerto...

—¿Cómo que una explosión?

—Sí. Alexander cree que ha sucedido en la mesa que ocupábamos. Me he librado por segundos, papá —contaba emocionado y frotándose los ojos empañados aún por el miedo que había sufrido durante el incidente—. Salimos del local, y la fuerte explosión nos empujó contra el suelo.

—Ponme al teléfono con Alexander —exigió Viktor, sorprendido por la noticia. Anatoli obedeció sin dudar, incluso aliviado de no tener que explicar a su padre esa tragedia.

—Diga, señor Kozlov —saludó Alex serio y falsamente sumiso.

—¿Es cierto lo que me cuenta mi hijo? ¿Crees que ha sido un asesinato?

—Esa es la impresión que me ha dado al ver los efectos que ha causado la explosión. Prácticamente ha destrozado la mesa donde cenamos y a los cuatro comensales sentados a ella. Las imágenes eran dantescas, señor. —En el tono que empleó en su saludo y en su trato, en el modo en que Yulenko se sometía ante la autoridad de quien creía su superior, Viktor reconoció el pasado militar de Alexander—. No ha sobrevivido ninguno, los han masacrado. Sin embargo, entre el resto de clientes que había en el restaurante y el personal que trabajaba, solo he visto unos pocos heridos. No albergo duda alguna de que ha sido un incidente planeado del que, gracias a la diosa de la Fortuna, nos hemos librado por treinta segundos. Y no entiendo cómo ha sucedido; yo mismo me aseguré de que no hubiera armas ni micros antes de que nos sentáramos a la mesa. Revisé los lavabos, incluso la cocina; los hombres de confianza de Kirilenko y Salvisky colaboraron conmigo para que el local fuera completamente seguro. Y no encontramos nada sospechoso que pudiera esconder un explosivo tan potente como el que han usado.

—Está bien. Hablaré con Gandisky, el fiscal general, ahora mismo. Exijo saber quién anda tras nosotros —dijo con vehemencia, lo que indignó a Alex—. Y tú no te separes de mi hijo ni un segundo, ¿me oyes?

—Por supuesto, señor. Ese es mi trabajo. Y si puedo hacer algo desde aquí... Cuento conmigo.

—Han atrapado a un viejo policía, pero ha muerto antes de que confesara. —La bilis subió por la garganta de Alex cuando recordó a Bogarov—; es evidente que había alguien más implicado, alguien más joven que ese viejo policía y capaz de acabar con la vida de Novokov. Te llamaré en cuanto sepa algo sobre los explosivos que han utilizado; su procedencia nos dará alguna pista. De momento, no dejes solo a Anatoli. Y esta noche que no invite a nadie al apartamento.

—De acuerdo, señor. Se lo comunicaré ya mismo. —Le pasó el móvil a Anatoli—.

—Mantenme informado, papá. Y dime qué puedo hacer desde aquí.

—Cuídate, Anatoli. Eso es lo único que tienes que hacer hasta que te subas al avión y regreses junto a tu familia.

—Adiós, papá. Y no le cuentes nada de lo sucedido a mi madre; no es necesario que se preocupe ya que ha pasado todo.

—Descuida, no pensaba contárselo. Su histeria es lo único que no necesito ahora —dijo con sarcasmo después de terminar la llamada con su hijo.

Capítulo 19

En el momento en que Pet salía de casa de Maddie, Johanna regresaba de la universidad. Le había llamado la atención la presencia de la pareja mayor que esperaba en el coche de su amigo frente a la puerta de la casa y, aunque le sonrieron, le transmitieron una profunda sensación de pérdida y cansancio, que la emocionó.

—Hola, Pet. ¿Ya te marchas? ¿No puedes quedarte unos minutos? Hace mucho que no nos vemos, y Ben y Gerome estarán aquí a la hora de la cena.

—Hoy me resulta imposible, Jo. Como ves, me están esperando. —Johanna sonrió a modo de saludo mirando hacia el coche—. Son unos amigos suecos de mis padres. Acaban de llegar a Reino Unido y están deseando instalarse.

—Sí, parecen cansados —observó un instante a Pet; sintió la angustia de su amigo y la relacionó con la seguridad de Alex—. ¿Va todo bien, Pet? ¿Alex está bien?

—Perfectamente, Johanna. No debes preocuparte por él. Sabe cuidarse solo. He visto a los niños un instante y estaban dormidos, así que vendré mañana a cenar y a pasar un rato con ellos. Tú me aburres demasiado —bromeó intentando tranquilizar a su amiga. La besó en la mejilla y se despidió sonriendo.

—¿Es la mujer de Yulenko? —le preguntó Gruchenko en cuanto subió al vehículo—. ¿Cómo están sus hijos?

—¿Alex le ha hablado de ellos? —fue la sorprendida respuesta de Pet ante el interés del ruso, que asintió con un gesto firme—. Sí. Es Johanna. Los gemelos están muy bien.

—Alexander me contó que no los conoce aún. —Pet no ocultaba su sorpresa. No podía imaginar a Alex hablando sobre Johanna y sus hijos a unos desconocidos o quizás fuera que necesitaba hablar de ellos a alguien en quien confiara porque, probablemente, se habría sentido más aislado y solo estos meses atrás de lo que podría soportar—. Es una chica preciosa. Es mitad comanche, me parece que me dijo Alexander.

—Sí. La familia de su padre es comanche. Muy buena gente. Viven en Oklahoma, en un rancho de caballos mestieños, que espero ir pronto a visitar —confesó esperanzado, emocionado y sonriendo—. Cuando todo esto acabe. —La emoción se convirtió en rabia.

—¿Sufres por tu compañero? —Pet asintió—. Sé lo que es eso, Pet. Es angustioso. Pero creo que Alexander sabe cuidarse y protegerse.

—Eso mismo acabo de decirle a Johanna. Ni siquiera sabe que Alex está aquí, en Londres. Alex no se arriesgaría a poner en peligro a su familia.

Y condujo a la pareja hasta su nuevo domicilio, hablándoles sobre Londres y el barrio donde vivirían a partir de ese día y aclarándoles cualquier duda que quisieran subsanar.

Anatoli se mostraba histérico, incapaz de controlar sus propias emociones, las que le provocaba la llegada a su hogar familiar y las que había sentido después del atentado, que no le había costado la vida por cuestión de segundos. Y, después de saludar a su madre en la lujosa casa familiar de Kensington, se dirigió a su ático situado a unas manzanas y no menos fastuoso que el piso de Moscú. Ni siquiera había entrado en su dormitorio y ya estaba llamando a una de sus muchas amigas. Alex lo miraba con intensidad y algo de envidia. Él no podía ponerse en contacto con Johanna, a pesar de tenerla a menos de treinta minutos en coche.

—Ya veo que no piensas quedarte en casa esta noche —le reprochó a su jefe.

—Por supuesto que no. Tengo que desahogar la angustia que me ha provocado el atentado antes de que me vuelva loco. Y nada mejor para combatirla que tener debajo de mí a una preciosa mujer. Llegará dentro de una hora. —Lo observó con detenimiento—. Puedo decirle que traiga a alguna amiga, si te apetece.

—Tranquilo, Anatoli. Yo tengo aquí mis propias amistades.

—Me muero de curiosidad por saber qué tipo de mujer te atrae.

—Sí, probablemente morirás antes de saberlo. —Anatoli se rió.

Alex lo mataría antes de que se acercara a Johanna o a sus hijos. A él no le sucedería como a su padre porque no se confiaría ni un solo segundo mientras estuviera cumpliendo con esa misión o mientras Johanna y sus hijos permanecieran en Reino Unido.

En cuanto la chica llegó, se despidió de Anatoli y justificó su salida alegando que daría una vuelta por su apartamento y quizás fuera a saludar a su abuela. Prácticamente, le ordenó que no saliera de casa hasta que él regresara.

Tenía en mente realizar dos recados urgentes. El primero, visitar a los Gruchenko y comprobar que se encontraban cómodos y se sentían seguros. El segundo, aún no estaba convencido de si sería conveniente llevarlo a cabo, pero no podía esperar más. Estaba tan ansioso que sentía a su alma correr hacia la casa de su abuela donde estarían Johanna y sus hijos, si eso fuera posible; sin embargo, no ignoraba que debía controlarse y que era arriesgado acercarse a ellos.

La casa de dos pisos de Chelsea en la que vivió durante algunas temporadas de su niñez continuaba tan esplendorosa como siempre. Sería un cómodo y confortable hogar para el

matrimonio ruso hasta el final de sus vidas.

—No estoy acostumbrada a vivir en una casa tan grande —reconoció con humildad la señora Gruchenko, Anna, como le pidió que la llamara—. Así que nos acomodaremos en la planta baja. No te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Anna. Disponga de esta casa como si fuera suya. Y, por favor, hágase la dueña del jardín. Creo que lo necesita urgentemente. —La mujer sonrió ante su oferta.

—En cuanto me acostumbre a esta espaciosa casa, haré planes para el jardín.

—Ya tiene pensado dónde instalar un pequeño invernadero —la interrumpió el marido sonriente—. Convertirá tu casa en una jungla, Alexander.

—Ya se lo he dicho, como si fuera suya —contestó con otra amable sonrisa—. Tengo que comentarles algo delicado y espero que no se molesten. Bastante tienen con verse obligados a dejar sus vidas atrás por haberme ayudado. —Sacó un grueso sobre del bolsillo interior de su chaqueta—. Hasta que se arreglen sus visados y sus asuntos bancarios, intentaré que no les falte nada. Aquí tienen. —Gruchenko echó un rápido vistazo al interior del sobre e hizo el intento de devolvérselo—. No se ofenda, por favor. Es mi ayuda personal como amigo. —Gruchenko intercambió con su mujer una mirada emocionada—. La casa y el dinero, ambos, afortunadamente, me sobran, y me alegro de darles un buen uso; usted mejor que nadie conoce la procedencia de este dinero. Forma parte de la inmensa fortuna que heredé de mis padres, y yo voy a continuar con la labor que mi madre no pudo acabar: limpiar su origen. No se me ocurre otra forma mejor que empezar ayudando a quien me ha prestado una colaboración tan necesaria para cumplir con mis planes. Gracias a él conseguirán el comienzo que merecen. —Miró a Anna a los ojos—. ¿Saben que no podrán regresar a Rusia y que deberán cambiarse sus apellidos?

—Somos conscientes de nuestra nueva posición, Alexander —reconoció Gruchenko con la gravedad precisa—. Tu compañero Pet nos ha visitado esta mañana y nos ha traído nuestras nuevas identidades —sonrió desganado—. Pero no puedo soportar la idea de que, a pesar de que somos los buenos, debemos ocultarnos para proteger nuestras vidas. Sin embargo, los verdaderos criminales continúan campando a sus anchas por el mundo y realizando sus fechorías sin que nadie se lo impida.

—Tiene razón, Iván —reconoció Alex con respeto—. Pero recuerde que mi misión aún no ha finalizado. No hasta que acabe también con Kozlov y con él, con su legado. Fue tan hipócrita, tan buen mentiroso, que lloró en el entierro de mi padre —recordó sin ocultar el odio que acumulaba en su interior—. Y el niño que yo era entonces creyó en sus lágrimas y en su promesa de encontrar a los culpables. —Gruchenko le palmeó la espalda en un gesto cariñoso.

—Cuídate, Alexander. No corras riesgos innecesarios.

—Cuídate, hijo —le suplicó Anna—. Te espera en casa una mujer preciosa. —Él la miró sorprendido—. La vimos ayer al acompañar a Pet a recoger las llaves de esta casa, aunque no tuvimos tiempo de hablar con ella.

—Sí —reconoció Alex orgulloso—, Johanna es preciosa. —«Y espero que acepte convertirse

en mi esposa», se dijo a sí mismo antes de echarse a temblar—. En unos pocos días vendrá a visitarlos mi abogado para resolver todos los asuntos relacionados con esta casa; pueden confiar en Harrelson, y ponerse en contacto conmigo a través de él. No es conveniente que nos vean juntos hasta que todo esto acabe. No quiero que los relacionen conmigo y levanten sospechas ya innecesarias.

—No te preocupes por nosotros, Alexander, estaremos bien —contestó Gruchenko a la vez que apretaba con firmeza la mano que el joven le ofrecía—. Haz tu trabajo.

Y sus palabras de despedida se convirtieron en una orden para Alex. Era lo menos que podía hacer después del enorme sacrificio que Bogarov había hecho por ellos.

Capítulo 20

De camino hacia la casa de su abuela, Alex estaba tan nervioso que conducía de memoria. Su mente no estaba en lo que hacía, pero sí imaginaba a sus hijos y en la reacción de Johanna cuando se encontraran de nuevo. Habían pasado más de quince meses, quince largos y tortuosos meses desde que se habían separado sin despedirse y sin permitirle a Johanna que le contara la noticia de su embarazo. Se había arrepentido de su comportamiento desde el primer segundo en que se habían alejado y, sobre todo, después de que se había enterado de que estaba embarazada. Pero ese día, solo lo separaba de su familia unos minutos de conducción.

Aunque tenía llave de la casa de su abuela, se sentía extraño y ajeno a ese nuevo mundo que transcurría tras esa puerta y que, imaginaba, rondaría alrededor de sus hijos. Sus hijos, se repitió mientras, tembloroso, llamaba al timbre.

Nastia se quedó sin palabras al encontrárselo ante el umbral de la puerta y, antes de poder hablar, sus lágrimas brotaron incontroladas.

—Alexander, cariño. —Se lanzó a los brazos del joven, que se separaron inmediatamente para recibir el poderoso abrazo de la que fue su niñera—. Cuánto me alegro de verte.

—Y yo a ti, querida Nastia. No imaginas cuánto —dijo respondiendo a las muestras de cariño de la mujer.

—Pasa, pasa. ¿Por qué no has abierto tú mismo?

—No lo sé —respondió en un murmullo—. ¿Johanna...

—Esta sigue siendo tu casa, Alexander. Aunque hemos acogido a Johanna y a vuestros hijos... La verdad es que la chantajeamos emocionalmente hasta que accedió a venirse a vivir con nosotras —reconoció con una sonrisa pícaro que hizo reír a Alex.

—Ya me hago una idea de vuestros trajines hasta lograr convencerla —la regañó cariñoso.

—Lo hemos hecho más por nosotras que por ellos —reconoció sonriendo—. Esos pilluelos alegran esta casa cada día.

—¿Están aquí? —preguntó sin ocultar la ansiedad que lo dominaba por completo—. ¿Cómo están?

—Tu abuela y Johanna han salido con ellos hace apenas media hora. Nacieron muy pequeños, pero ahora crecen a un ritmo... Johanna se ve obligada a comprarles ropa casi todos los meses. — Eso le recordó a Alex que aún no había tocado ni una libra de la cuenta corriente que compartían.

—¿Cómo está mi abuela, Nastia? —Se obligaba a no preguntar por Johanna y a ocultar su decepción por no encontrarlos en casa.

—Estupendamente, cariño. Los gemelos la han rejuvenecido; le dan fuerzas cada día y está ilusionada y feliz. Aunque estamos muy preocupadas por ti. —Lo miró con ternura—. ¿Has venido a quedarte? —Alex negó con la cabeza—. Ya veo —admitió apenada—. Aún no has terminado con tus planes de venganza.

—Estoy cumpliendo una misión relacionada con mi trabajo, Nastia —respondió quitándole importancia a las palabras de su niñera—. No estoy vengando nada ni a nadie.

—A mí no puedes engañarme, Alexander. No lo intentes. Te conozco desde que viniste al mundo y desde que ocurrió ese crimen abominable no has pensado en otra cosa. ¿Y esa melena que llevas ahora? —Nastia prefirió cambiar de tema, consciente de que Alexander no le hablaría sobre su trabajo—. Nunca te ha gustado llevar el pelo largo. ¿Y un pendiente? —Se acercó a observarlo con más interés—. ¿Un diamante?

—Digamos que esta nueva imagen es mi nuevo uniforme.

—O sea que vas de incógnito. —Alex sonrió ante su ingenua expresión.

—Sí, voy de incógnito. Y en el ambiente en que me muevo mi aspecto es importante.

—Te sienta bien, Alexander. Estás muy guapo, aunque ahora parezcas de los malos.

«Soy de los malos —pensó Alex sonriendo—, y de los peores».

Una llamada de Anatoli interrumpió la conversación o, para expresarlo exactamente, la disertación sobre los gemelos que Nastia le estaba ofreciendo y que Alex escuchaba embelesado y, por primera vez desde que se separó de Johanna, feliz.

—Debo marcharme, Nastia. Dile a la abuela que lamento mucho no quedarme a esperarla. El trabajo me reclama.

—Y a Johanna —le preguntó la mujer con su descarado habitual—. ¿Quieres que le diga algo?

—Solo que llegué a Londres esta mañana temprano y que no sé cuándo tendré otra oportunidad de venir —contestó acercándose a la puerta.

—Alexander, cariño, ¿sabes que nos marchamos con ella a América? —Alex asintió—. ¿Y tú? ¿Qué harás? Espero que vengas con nosotras.

—Aún no puedo pensar en mi futuro, Nastia, pero te aseguro que no viviré lejos de mis hijos, lo desee Johanna o no.

—Ya no sale con el médico —susurró aunque no hubiera nadie más en la casa—. Y creo que, si lo vio alguna vez, fue empujada por tu abuela y su padre. A ese hombre no le gustas nada —añadió sin ocultar su enfado.

—Y tiene buenos motivos, Nastia. No me he portado bien con su hija... —la interrumpió antes que comenzara a justificarlo como hacía con sus defectos o sus travesuras desde que era un niño—. No, Nastia. Fui un cobarde desde el principio, incluso antes de que supiera que estaba embarazada; fui incapaz de admitir lo importante que Johanna sería en mi vida.

—Cariño, eres igualito a tu padre —le dijo sonriendo—. Aún recuerdo su gesto amargado

cuando tu madre se marchó de Moscú y lo abandonó. Apenas comía, ni dormía y tres días más tarde cogió un avión y fue a buscarla. Le concedió todo cuanto ella le pidió para que le permitiera regresar junto a vosotros.

—Sé bien lo que le dio, Nastia. Lo que costó las vidas de todas las personas que queríamos.

—Sí, fue verdadera mala suerte lo que les sucedió. Pero él nunca se rindió y luchó por mantenerse junto a su familia. Su mayor éxito, según repetía a diario.

Alex se inclinó sobre su querida niñera y le dio un beso en la mejilla.

—¿Y crees que me rendiré? —preguntó sonriendo, saliendo sin esperar respuesta.

Esa misma noche cenaron en casa de Viktor Kozlov, junto a toda la familia, deseosa de darle la bienvenida a su primogénito. Parecían una familia normal y corriente, aunque, por supuesto, bastante adinerada, con una madre charlatana que trataba a sus hijos como si fueran aún adolescentes y un padre que se mantenía distante pero observador.

Las hermanas de Anatoli, Elena, la mayor y médico, y la menor, Karina, quien dirigía ignorante una galería de arte destinada a blanquear el dinero sucio de su padre, habían acudido deseosas de saludar a su hermano, a quien consideraban más bien un gamberro que un delincuente tan vicioso y cruel como el padre. Estaban acompañadas por sus maridos (un abogado, George Stevenson, el marido de la mayor, que trabajaba en los asuntos legales de Kozlov, aunque no desconociera el origen real de la fortuna de su suegro; y Karl Martessen, un pintor alemán de cierto renombre, tan ajeno a la verdadera profesión de Viktor, como su joven esposa). Amenizaban la cena hablando sobre el embarazo de la hija mayor. Se barajaban nombres, se apostaba por el sexo del futuro bebé, como sucedería en cualquier familia, con alegría e ilusión; incluso un hombre desalmado y cruel como era Kozlov se mostraba enternecido y orgulloso ante el que sería su primer nieto.

Y eso le hizo preguntarse cómo se mostraría su padre ante sus nietos, tan amante de su familia. Estaba convencido, aunque lo imaginara tan joven como lo recordaba, de que Alexander Yulenko sería el mejor de los abuelos. Y esos felices pensamientos fueron alejados de su mente con la misma rapidez con la que entraron porque era algo que jamás sucedería.

Alex siguió concentrado en las personas que se sentaban a la mesa, convencido de que no se trataba de que las chicas no merecieran una vida feliz y normal, pero su padre no. Estar sentado a la misma mesa que el principal asesino de su familia, el organizador y promotor del atroz crimen, lo colmaba de ira y deseo de venganza aún no satisfecho, a pesar de las vidas que ya se había cobrado. Ese hombre degenerado y despiadado, esa bestia inhumana, no tenía derecho a disfrutar de lo que había arrebatado por codicia y egoísmo a otro hombre redimido por amor y dispuesto a enmendar sus errores. En ese instante lo veía con un merecido tiro entre las cejas, inerme, con los ojos abiertos fijos en la nada. Y tuvo que contenerse de no hacerlo en ese momento, repitiéndose una y otra vez que él no era como Kozlov y los otros a los que ya había matado. Alex sentía respeto por la vida; se consideraba un hombre amante y amado, que tenía dos hijos a los que deseaba conocer y verlos crecer, que tenía amigos sinceros y no socios o sicarios a los que pagaba o atemorizaba para ganarse su lealtad.

No. No actuaría como Kozlov. Esperaría a que llegara el momento oportuno para acabar con su vida y destruir su legado criminal, y pretendía que fuera consciente de quién lo ejecutaba y del motivo de su muerte. Esa sería su única satisfacción después de años de haber deseado resolver esa cuenta pendiente que aún lo ataba al pasado.

Así que Alex se mantuvo en silencio durante toda la cena, respondiendo con brevedad si le preguntaban, manteniéndose ajeno a cualquier conversación. Asumiendo su papel y actuando como el duro protector que presumía ser en ese ambiente.

—Alexander, hijo —le dijo Natalie, la esposa de Viktor, deseando entablar conversación con el muchacho—. Eres igual a tu padre; casi me desmayo al verte entrar por la puerta; el parecido que guardas con él es increíble. —De repente bajó la mirada hacia una mancha inexistente en el mantel sobre el que pasaba un dedo de forma repetitiva—. Sentimos mucho la tragedia que sucedió a tu familia. Nadie se merece un castigo tan duro y cruel como el que ellos sufrieron.

—Gracias, Natalie —contestó Alex con frialdad.

—Viktor pasó años investigando sobre el crimen, hablando con el mismísimo fiscal cada semana para que no se olvidaran de que la desaparición de tu familia importaba y preocupaba a alguien.

—Me ha contado Anatoli que quieres vender la casa donde vivisteis junto al Estanque del Patriarca —intervino Viktor ofreciéndole un apoyo con el que ya no lo engañaría—. Cualquier embajada te pagará por ella lo que pidas. Es una propiedad en alza y, si se conserva bien... No tendrás problema para deshacerte de ella.

—Me encantaba esa preciosa casa —comentó Natalie—. Tu madre hizo un trabajo deslumbrante con ella y convirtió esa mole impersonal en un hogar familiar y acogedor.

—Sí —continuó con sus respuestas distantes provocadas por la repugnancia que la cercanía de Viktor le despertaba—. Afortunadamente, conservo muy buenos recuerdos de mi niñez.

—Me alegro por ti, Alexander —añadió Natalie dando el asunto por terminado antes de comenzar una discusión con su hija embarazada sobre la decoración de la habitación infantil.

Capítulo 21

Johanna no reaccionaba ante la noticia que Nastia acababa de comunicarle. El regreso de Alex y su intento por conocer a sus hijos la habían sorprendido demasiado. No sabía cuál sería su reacción al verlo, ni qué sentiría porque aún lo amaba; aunque se hubiera esforzado por evitarlo, había sido una lucha estéril. Más de un año sin verlo, solo la había telefoneado dos veces en las que acabaron discutiendo, meses recibiendo su ignorancia; ese era el lamentable contacto que habían mantenido durante tanto tiempo.

Nastia había comentado lo guapo que lo había encontrado, con el pelo largo hasta la mandíbula y un pendiente en la oreja derecha, un diamante, que le había sorprendido a ella, tanto como a la niñera y a su abuela. Llegaba cuando solo quedaba apenas un mes para que dejara Reino Unido y regresaría junto a su familia, a su tierra y a su hogar, que echaba de menos con desesperación.

Había perdido la esperanza por completo respecto a recuperar su relación pasada con Alex. Intuía que en el presente todo sería distinto porque ellos ahora eran personas diferentes, a causa de los cambios que habían sucedido en las vidas de los dos. Johanna veía tantas diferencias entre la chica que era hacía un año y la mujer en la que se había transformado que, a veces, le costaba pensar que esa joven aventurera e idealista hubiera existido. El hecho de ser madre había provocado grandes cambios en su vida, en sus prioridades y, sobre todo, en sus expectativas, en las que casi no existía nada personal, aparte de encontrar un trabajo estable que la convirtiera en una mujer independiente y capaz de mantener económicamente a sus hijos; eso era lo único que necesitaba para ella, una profesión que la satisficiera. Todo lo demás rondaba en torno a los gemelos. El sol salía y se ponía cada mañana donde ellos estuvieran y no había nada ni nadie más importante que la salud y bienestar de sus niños.

Se preguntaba si Maddie no cambiaría de opinión respecto de acompañarla a los Estados Unidos; quizás decidiera quedarse en su casa esperando a su nieto. Ella no podría reprochárselo si lo hiciera porque entendía que la abuela quisiera permanecer junto a la única familia que le quedaba; aunque los gemelos parecían haber conquistado el corazón de la anciana. Decidió no preguntarle ni intervenir en la opinión de la mujer. Sin embargo, Maddie la sorprendió durante la cena que compartían esa noche las tres mujeres.

—Johanna, ¿qué ocurrirá ahora entre mi nieto y tú? —La chica soltó despacio los cubiertos sobre su plato y, ocultando la sorpresa que le había provocado la incómoda pregunta de Maddie,

se tomó unos instantes antes de contestar.

—Soy hija de padres separados, Maddie, y voy adoptar la misma postura que tomaron mis padres. Siempre eligieron la opción que a mí me hiciera más feliz; sin tener en cuenta, custodias, días y horarios de visitas, antepusieron mis sentimientos a los suyos. Nunca me opondré a que Alex conozca y vea a sus hijos y, cuando sean más mayores, consideraré sus preferencias y sus opiniones —suspiró desilusionada—. De todas formas, y espero que este comentario no te duela, tal y como han ido sucediendo las cosas, no creo que Alex tenga mucho interés en compartir su vida con sus hijos.

—Estás muy equivocada, Johanna —respondió Nastia, defendiendo a su adorado Alex—. Alex no se alejará de sus hijos en cuanto acabe con esa absorbente misión que lo retiene ahora. —La chica se limitó a encogerse de hombros, y Nastia y Maddie comprobaron la decepción que reflejaba ese gesto.

—No es asunto mío lo que Alex decida hacer con su vida, Nastia. Sé cómo quiero que transcurra la vida de mis hijos y la mía. Y ahora mismo, nuestro futuro inmediato me espera en el rancho de mi familia. Ya habéis comprobado que es un lugar fantástico para que los niños crezcan sanos, seguros y felices. Si no cambiáis de opinión y os venís con nosotros, podréis comprobarlo.

—¿Qué quieres decir con eso, Johanna? —protestó Maddie ofendida—. ¿Acaso crees que no nos marcharemos con vosotros porque haya llegado Alex?

—No te enfades, Maddie. Lo que quiero decir es que, si lo decidierais, lo entendería. Es tu nieto, la única familia que te queda. A las dos —especificó mirando a Nastia—. Y te aseguro que nadie os lo reprocharía.

—No tomamos esa decisión a la ligera, Johanna. Un cambio tan radical en nuestras vidas es para pensarlo. Pero, a pesar de nuestra edad, sobre todo la mía, me sigue gustando mirar hacia el futuro, lo que significa hacia los pequeños. Y, por supuesto, a ti. Sé que no hablo solo por mí, ¿verdad, Nastia? —La rusa asintió—. Te apreciamos mucho, chiquilla, y tú y los pequeños nos habéis devuelto la ilusión que nos robaron hace veinte años.

El llanto de uno de los niños interrumpió la conversación. Johanna se levantó y se acercó la habitación donde dormían. Las dos mujeres se quedaron a solas, y Nastia no perdió la oportunidad de exponer su opinión a su amiga.

—Alex ha cambiado, Maddie.

—¿En qué lo notaste? —le preguntó preocupada.

—Creo que ha sufrido mucho, pero parece haber encontrado esa paz interior que le faltaba. Si se parece tanto a su padre como pensamos, no lo habrá pasado bien estando lejos de Johanna en momentos tan complicados para ambos, obligado a no conocer a sus hijos —se lamentó—. Y a saber lo que habrá ido hacer en Moscú.

—Ya imaginas lo que habrá hecho. Si aún está vivo y en paz consigo mismo es porque ha conseguido su propósito. Aunque lo negará.

—Sí, tienes razón. Lo negó cuando se lo comenté.

—Solo espero que Johanna lo perdone y puedan retomar su relación donde la dejaron —dijo Maddie circunspecta—. Los dos lo merecen.

—Y los niños más que ellos —añadió Nastia sin ocultar el cariño que sentía por los gemelos.

Había pasado una semana desde la aparición repentina de Alex, y Johanna procuró ocultar su nerviosismo buscando excusas para no salir de casa: Samuel ha estornudado, esta noche no han dormido bien,... En realidad, esperaba que Alex llegara de nuevo por sorpresa. Pero él no regresó, y la chica, enojada con ella misma por resucitar esperanzas y sentimientos del pasado, decepcionada una vez más, decidió continuar con su vida como había hecho meses atrás, como si Alex no existiera.

Cantarían por última vez en Reino Unido invitados a un festival folk que reuniría a artistas de Irlanda, Escocia, Gales y algunos escandinavos. La gala se alargaría hasta pasada la medianoche, pero eso no resultaría un inconveniente para Johanna, ya que Maddie y Nastia se quedaban al cuidado de los gemelos como habían hecho en otras ocasiones. De ese modo, ellos no desaprovechaban una oportunidad de exhibir la lengua y tradiciones de su orgulloso pueblo comanche.

El pub de Hoxton estaba atiborrado esa noche, y Johanna se mostraba encantada de cantar ante tanto y diverso público que valoraba y respetaba las tradiciones y costumbres de minorías étnicas como la suya.

—De verdad Anatoli, que vas a acabar con mi paciencia. ¿No has tenido suficiente fiesta esta semana, en París?

—Estás hecho un viejo, Alex. En París todo ha sido negocios y trabajo; incluso las salidas nocturnas han sido citas obligadas. Me merezco una buena juerga después del éxito que he conseguido. Vamos a celebrarlo. Hemos organizado la distribución de Francia, y en tan solo una semana. Y mi padre por fin confía en mí —sonrió satisfecho mientras elegía una chaqueta de su amplio y lujoso vestidor—. Creo que voy a tener que alegrarme de mi ingreso en la Burtiskaya. Allí conocí a la mejor mano derecha que pueda tener un hombre de mi profesión y mi posición —reconoció orgulloso a la vez que palmeaba la espalda de Alex con fuerza y afecto—. Así que esta noche me merezco un buen rato de diversión. Me esperan dos de mis más hermosas amigas inglesas. Si una de ellas no te conquista... Alexander, es que eres un maricón. Y ya sabes que los odio —soltó una carcajada al ver cómo su guardaespaldas ponía los ojos en blanco en un gesto que expresaba su cansancio sobre asunto de las mujeres.

—¿Un festival de música celta? —protestaba Anatoli a la hermosa chica que lo acompañaba—. Más de dos años sin veros y me vais a llevar a un aburrido festival folk.

—Anatoli, hazlo por mí —le suplicó Leslie mimosa, una exuberante morena de ojos grises que le ponía morritos en ese instante—. Le prometí a mi prima que iría a oírla cantar, antes de aceptar tu invitación. Y solo estaremos allí el tiempo de tomarnos una copa.

—Está bien, Leslie. Escuchamos a tu prima, la saludas y nos vamos. Tengo un largo plan que llevar a cabo esta noche —dijo guiñándole un ojo.

—Alexander, ¿siempre eres tan serio? —le preguntó la otra chica sentada delante junto a Alex que conducía, de larga melena rubia y ondulada que le llegaba casi por la cintura y que sabía mover de manera sensual para atraer la mirada de los hombres; sus ojos miel claro no apartaban la vista de Alex mientras se pavoneaba luciendo sus labios y sus pechos artificiales—. Pareces peligroso —le susurró casi al oído—y a mí me encanta el peligro.

—Mel —dijo Anatoli ante la pasividad de su compañero—, si logras tan solo obtener un beso de él, te alquilo durante una semana ese Mercedes deportivo que tanto te gusta. ¿O has cambiado de gusto?

—No, cariño. Sigue siendo mi coche favorito, en rojo. Aunque tengo la intención de obtener algo más que un beso de Alexander —respondió acariciando la pierna de Alex—. ¿Verdad, guapo, que tú también estás por la labor?

—¿Cómo resistirse ante una mujer como tú? —contestó Alex sonriendo con desprecio y consiguiendo amedrentar a Mel, que se sentó erguida e intentó recobrar su orgullo apaleado—. ¿Adónde vamos?

—A la calle Hoxton. —A Alex se le tensaron todos los músculos de su cuerpo al escuchar la respuesta de Leslie—. Un local donde se celebran conciertos. ¿Lo conoces?

—Creo que sí —susurró el guardaespaldas, sorprendido por la cantidad de recuerdos que invadieron su mente de forma incontrolada—. Hace tiempo estuve en un concierto —dijo sin querer y sintiendo como si las imágenes que veía en su cerebro, la voz de Johanna, la música de Gerome y Ben, pertenecieran a otra vida, a otro hombre que no tenía nada que ver con el que conducía en ese instante un lujoso coche.

Desde que entraron en el ambientado local envuelto en sonidos de gaitas y violines, Mel se agarró del brazo de Alex, dispuesta a ganarse el coche prometido y restregaba su cuerpo contra el del hombre, provocando e insinuándose con descaro.

—¿Tienes dignidad, Mel? —le preguntó Alex sin ocultar todo el desprecio que le despertaba la chica—. Procura mantenerte alejada de mí.

—¿Por qué, cariño? ¿Demasiada tentación?

—Resulta que no me atraen las mujeres fáciles. ¿Eso te da una pista?

La chica lo miró con rabia y se agarró aún más fuerte.

—Me encantan los retos y los hombres duros y peligrosos como tú. Así que será difícil que me aleje de ti.

Alex decidió ignorarla, aunque permaneciera colgada de su brazo, cuando una voz demasiado familiar sonó en todo el local; entonces, maldijo su suerte.

—¿No dijiste que era un festival de música celta? —casi le gritó a Leslie sin ocultar su rabia e incluso Anatoli se extrañó al verlo preso de esa irritación. Era extraordinario que Alex demostrara alguna emoción y pensó que quizás Mel le estaba afectando de algún modo.

—Mi prima me ha avisado por whatsapp que canta después de este trío indio.

La voz dulce y perfectamente entonada de Johanna silenció el concurrido local por completo y atrajo la atención de Anatoli y las chicas.

—Una voz y una mujer preciosas —reconoció Anatoli, completamente embelesado sin apartar la mirada del escenario. Alex ni siquiera pudo responder.

Sabía que le afectaría encontrarse con Johanna, pero no imaginaba cuánto. Sin control alguno sobre sus emociones, permitió que esa voz que él consideraba milagrosa y su hermosa imagen de mujer lo envolvieran con su magia como tantas veces había ocurrido. Feliz otra vez. La felicidad que sintió durante el tiempo que compartieron lo invadió por completo, hasta que otra voz que le resultaba repugnante lo arrancó del hermoso sueño que vivía en ese instante.

—Podría cuidar más su vestuario —comentó Mel celosa al ver cómo sus dos acompañantes masculinos no ocultaban la atracción que la chica india les provocaba—. Vaya manera de presentarse ante el público.

—Hay mujeres que no necesitan disfraz para demostrar su belleza —le replicó Alex, pero solo consiguió enojarla más con su comentario y que la reconcomiera la rabia. Johanna se sentía satisfecha del éxito obtenido esa velada, sobre todo, porque el director del festival, minutos después de su actuación, intentaba convencerlos de que realizaran una gira por Irlanda y Escocia, lo que significaba que se valoraba su música y su lengua. Ellos lo habían logrado.

—Nos marchamos dentro de tres semanas, Jackson —le contestó Gerome agradecido—. Y los hijos de Jo son muy pequeños aún para separarlos tanto tiempo de su madre. —El grupo sonrió ante la excusa de Gerome.

—Quizás el verano próximo resulte posible —insistió Jackson—. Me pondré en contacto con vosotros... —Unas fuertes risotadas a la espalda del grupo interrumpieron la conversación y atrajo las miradas de los cuatro.

—Bravo, Mel. Lo has conseguido. Creo que te has ganado tu Mercedes, aunque sea solo por unas horas.

Johanna dirigió la mirada hacia lo que se suponía que alguien había ganado un coche y vio a una pareja que se besaba apasionadamente. Le llamó la atención el hombre que separó a la mujer quizás con más fuerza de la necesaria, y luego se limpiaba los labios con el dorso de su mano, gesto que atrajo más aún el interés de la chica india hacia la pareja.

—¡Jo! —Exclamó Ben angustiado—. ¿Estás bien? —Ella tardó en reaccionar ante la angustia

que demostraba la voz de su primo y comenzó a preguntarse por qué no iba a estar bien, hasta que su mirada se quedó atrapada en unos conocidos ojos grises y glaciales de los que no podía desconectar.

—¡Johanna! —Gerome se interpuso entre ambos, rompiendo la intensa conexión visual y atrajo la atención de su prima por completo al cogerle el rostro entre sus grandes manos—. No te merece —le hablaba su primo a la vez que la miraba con intensidad—. Recuerda que no te merece.

—¿Alex? —Preguntó susurrando Johanna aún sorprendida—. ¿Era Alex quien besaba a esa mujer? Déjame comprobarlo, Gerome.

—Era Alex, Jo. No hay duda. Salgamos de aquí, Ben. No permitiremos que se acerque a ella —dijo cuando percibió que Alex ya se aproximaba a ellos.

Jackson, el organizador, permaneció perplejo durante unos extraños minutos sin saber lo que sucedía ni sobre quién hablaban y los vio marcharse casi sin despedirse.

Johanna volvió a mirarlo una vez superada la primera impresión y su gesto había cambiado por completo. Ya no había en sus ojos sorpresa, ni esa intensa conexión que se había producido al encontrarse sus miradas. Alex pudo leer en estos una gran decepción seguida de tanto e inesperado desprecio que su corazón se le encogió, y le provocó un dolor insoportable, tan solo comparable con el que había sentido en el entierro de sus padres y sus hermanas. Estaba invadido por la misma sensación dolorosa de pérdida.

—¿Conoces a esa mujer?

—¿A quién te refieres? —fingió Alex, como si los segundos durante los que Johanna y él habían estado mirándose no hubieran sucedido.

—A la cantante india —respondió Anatoli confundido.

—No la había visto antes —dijo convencido—. ¿Por qué?

—Porque parecía que hubiera visto un fantasma cuando te ha mirado.

—Ya —replicó incrédulo—. Lo que me ha extrañado ha sido la actitud protectora de los indios. Ni que nos la fuéramos a comer.

—Sí —se rio Anatoli—. Me ha dado la impresión de que la protegían de ti. —Alex negó con media sonrisa desenfadada y dio la conversación por terminada.

Apenas habló durante el resto de la noche; se limitaba a responder a algunas órdenes de Anatoli, mostrando tanta frialdad que ni siquiera Mel se atrevió a provocarlo de nuevo. Alex había tomado una firme decisión.

Los cuatro llegaron al apartamento de Anatoli y, como venía siendo habitual, Alex lo registró concienzudamente, comenzando por el dormitorio de su jefe. En cuanto las chicas pasaron al interior, Alex se dirigió a su protegido y le habló en ruso.

—Necesito salir esta noche. Tengo algo importante que hacer.

—¿A estas horas de la madrugada? —le preguntó Anatoli sorprendido—. Vamos, Alexander, esta noche te has superado. Si lo que necesitas es una mujer, Mel está más que dispuesta para ti.

—Es un asunto familiar —dijo ignorando por completo su sugerencia—. Estaré en casa de mi

abuela, en Surrey, si me necesitas. No salgas solo. ¿De acuerdo?

—¿Está enferma?

—No. Mañana es el aniversario de la muerte de mi abuelo y solíamos asistir juntos a la iglesia —mintió, por supuesto—. Me ha pedido que la acompañe este año; ya sabe que he regresado. Dormiré allí un rato y regresaré al mediodía.

Anatoli lo animó a que se marchara y, como un adolescente caprichoso, le prometió que no saldría sin él.

Capítulo 22

Sabía que Johanna y los niños ocupaban su antiguo dormitorio y a esa habitación se dirigió después de entrar de madrugada sin hacer ningún ruido. No iba a esperar, como sucedió al recibir la noticia de su embarazo o cuando nacieron los niños; entonces se mantuvo en un silencio temeroso por los intensos sentimientos que le provocaron ambos acontecimientos y no encontró el modo de controlarlos ni de exteriorizarlos. Se había encontrado con Johanna en una situación delicada y desagradable que aclararía lo antes posible. Ya no estaba dispuesto a perder a la que consideraba su familia, y esa misma madrugada comenzaría su intento por recuperarla.

La luz tenue de la luna iluminaba la habitación. Así le gustaba dormir a Johanna, siempre que le resultara posible, bajo los sutiles y, en realidad, invisibles rayos de luna. La contempló dormida durante unos segundos mientras acariciaba un mechón suave de su melena azabache. Se acercó con cuidado y se empapó de su aroma. Sus sentidos se vieron abrumados por tantos recuerdos felices que su corazón se aceleró como si estuviera corriendo. Un leve quejido atrajo su atención, hasta ese instante totalmente centrada en Johanna. Se dirigió a una de las cunas, y le dolió ser incapaz de distinguir a sus propios hijos. El bebé se había destapado y Alex aprovechó la ocasión para acariciar con extrema suavidad su cuerpecito cálido, a la vez que lo arrullaba con su voz.

—Tranquilo, pequeño. Tu padre está aquí.

Pronunció esas palabras con tanta naturalidad que se sorprendió después de escucharlas salir de sus labios. Había pensado tanto en ese momento, lo había soñado durante tantas noches, incluso despierto, que no le parecía la primera vez que se encontraba con sus hijos. Su sensación de pertenencia a esa habitación, a ese pequeño mundo, lo embriagaba de la paz interior que la presencia de Johanna había traído a su vida.

Con un fuerte nudo que apretaba su garganta, observó a sus hijos con atención; acarició con delicadeza sus perfiles redondeados y suaves; comprobó lo pequeños que eran poniendo su mano grande y ruda sobre las espalditas y sintió los latidos de sus diminutos corazones bajo la palma; rozó sus puñitos firmemente cerrados con la que le resultó su enorme nariz en comparación; y se sintió completamente feliz al mirar a su alrededor y contemplar con detenimiento a las personas más importantes de su existencia. Los tres dormían tranquilos, seguros, y, por primera vez desde hacía muchos años, él supo cuál era su sitio en el mundo. En ese preciso instante, se prometió a sí mismo que ni la muerte encontraría el valor suficiente para volver a separarlos de ellos.

Johanna despertó con el dolor amargo de la decepción aún aprisionando su pecho. Al abrir los ojos en el silencio del dormitorio, la primera y dolorosa imagen que le vino a la mente fue la de Alex rodeado por los brazos de una llamativa mujer rubia, y se esforzó por expulsarla de su mente. Si se concentraba en sus hijos, decidió, el dolor pasaría rápido. Comenzó a incorporarse cuando una voz la sobresaltó.

—Buenos días, Johanna. —Alex estaba de pie junto a la ventana con uno de los niños en brazos, arropado bajo el calor de una mantita—. No he querido despertarte antes.

—¿Qué... Qué haces aquí? —susurró sorprendida aún y cubriéndose de un modo tan pudoroso que molestó a Alex.

—¿Qué voy hacer aquí? Esta es mi casa —respondió mirando en torno a la habitación y seguro de sí mismo—. He venido a ver a mi familia.

—¿De repente nos hemos convertido en tu familia? —Alex la miró con intensidad, conteniendo la furia que le provocaban las reales palabras de Johanna—. ¿O lo dices por Nastia y por tu abuela? Creo que te has equivocado de dormitorio, Alex —añadió levantándose de la cama e ignorándolo; vestía una sencilla camiseta ajustada de tirantes y unos bóxers floreados que permitieron a Alex observar su figura esbelta, que continuaba siendo perfecta y atractiva.

—Parece que no te ha sentado mal el embarazo —le dijo observándola con descaro—. Estás preciosa. —Ella, ruborizada, se envolvió con rapidez en una bata que recogió de los pies de la cama.

—Puedes ahorrarte los halagos, Alex —respondió con el mismo desprecio en sus ojos que el hombre observó la noche anterior—. Guárdatelos para tus amigas.

—Ya hablaremos sobre nuestro desafortunado encuentro de anoche. Ahora, si no te importa, me gustaría conocer a mis hijos. —Soportó la mirada furiosa e indignada de Johanna—. Imagino que este es Samuel. Pet lo describió con precisión; es tan guapo como tú y tiene tus mismos ojos verdes.

—Sí, es Samuel. Siempre se despierta antes —dijo acercándose a la cuna del otro niño para comprobar si aún dormía—. Lawrence es más dormilón... —Alex la interrumpió al apretar con fuerza la mano que Johanna apoyaba en el pequeño cabecero.

—Johanna —pronunció Alex en un susurro—. Lo que viste anoche... Esa estúpida mujer se me echó encima —dijo con desprecio—. No es nadie, Jo. No hay nadie en mi vida... Desde que nos separamos aquella maldita noche... No he podido... —Alex no encontraba el modo de explicarle tantas emociones que había estado conteniendo hasta ese momento, se dejó capturar por esa intensa mirada verde que tanto había echado en falta en los últimos meses y que ahora recibía pletórica de rabia—. Te quiero, Johanna. En ningún momento he dejado de amarte...

—Cállate, Alex —le exigió enfadada—. Ha pasado mucho tiempo y muchas cosas han cambiado entre nosotros. No me debes ninguna explicación.

—Ya lo creo que sí —le dijo convencido, afligido y, para asombro de Johanna, desesperado—. Tengo tanto que explicarte y por lo que pedirte perdón que no sé por dónde empezar. Pero tienes que saber que te amo y que me hubiese gustado que todo hubiese sido diferente entre nosotros.

—¿A qué te refieres, Alex? Me dijiste por teléfono que te habrías marchado aunque te hubiese dicho que estaba embarazada...

—Tienes razón, habría actuado del mismo modo. Pero al menos sabrías lo que he sentido y aún siento por ti. Eso no puede cambiarlo nada ni nadie, Johanna.

—Tengo que preparar los biberones de los niños —lo interrumpió incrédula.

—De acuerdo. Te espero aquí. Puedo quedarme unas horas.

Johanna no demostró ningún interés por saber nada sobre el trabajo o sobre lo que había llevado a Alex tan lejos de su vida anterior, y esa despreocupación lo angustió de nuevo. Se mostraba fría y distante, y él reconoció que se lo merecía, incluso si había dejado de amarlo. Se había comportado con ella de un modo cobarde y egoísta, aunque en su momento le pareciera que no podía hacer nada más; ahora pagaría las consecuencias.

La chica no tardó mucho en regresar con los biberones. Lawrence ya se había despertado y sonreía nervioso ante los arrumacos de su padre.

—Se parece a mi padre —reconoció orgulloso.

—Se parece a ti. Nastia dice que de pequeño eras igual que él, aunque blanquito de piel. Mis hijos tienen una cuarta parte de sangre comanche y espero que sus espíritus lo sean al cien por cien.

—¿Como tú? —preguntó desafiante a la provocación de la chica.

—Sí. Es mi deseo —respondió ella orgullosa.

—Paso a paso, Johanna. A partir de ahora continuaremos paso a paso. Y lo que toca ahora —dijo sonriendo y demostrando una inmensa felicidad al coger a Lawrence— es darle el biberón a este pilluelo. —Lo sacó de la cuna con sumo cuidado y lo besó en la frente—. Hola, pequeño. Tu padre está en casa. —Sonrió ante el nerviosismo que mostraba el pequeño—. Pareces impaciente a la hora del desayuno.

Johanna lo observaba sorprendida. Nunca habría imaginado ese comportamiento tan cariñoso en Alex; aunque lo hubiese sido con ella, no había conseguido hacerse una idea de cómo actuaría ante sus hijos y debía reconocer que se estaba dejando emocionar por la naturalidad y ternura que les dedicaba.

Mientras los alimentaban, Alex se interesaba por el estado de salud de los niños, lo que le recordó la relación que Johanna había mantenido con el pediatra y se enfureció pensando que se hubiese acostado con ella, quizás en esa misma cama donde él se había sentado.

—¿Y el pediatra? —le preguntó sin ocultar su enojo—. ¿Sigues viéndolo?

—Te dije hace un momento que tu vida no es asunto mío y no me debes ninguna explicación después de tantos meses. La mía no te interesa, Alex.

—Por supuesto que sí. —Johanna comprobó que la mirada de Alex había cambiado y de ella se

había esfumado todo el cariño y ternura que reflejaban hacía tan solo unos segundos—. Me interesa todo lo relacionado contigo y con mis hijos.

—Con tus hijos, Alex. Solo con tus hijos. —Una llamada a la puerta interrumpió la conversación. Era Maddie.

Alex se levantó con su hijo en brazos y se dirigió hacia la anciana.

—Alex, tesoro. —La anciana se apoyó en el cuerpo fuerte de su nieto y se agarró con fuerza a la cintura del muchacho—. Por fin. Pensé que ya no volverías.

—He tenido que viajar a París. Estuvimos allí toda la semana. Regresé ayer y aquí me tienes —acabó mostrando con orgullo al pequeño.

Mientras la abuela y el nieto hablaban, este pudo observar cómo Johanna se mantenía al margen, ignorando su presencia, sin prestar atención a la conversación mientras cambiaba los pañales de los pequeños.

—Maddie, ¿puedes quedarte a su cuidado mientras me ducho y me visto? Tengo que ir a la Universidad. Gerome y Ben me esperan para acabar la memoria de nuestro trabajo. Estaré tres o cuatro horas fuera como máximo. Hay biberones de sobra en el frigorífico.

—Ya sabes que sí, Johanna —contestó la anciana sonriendo—. No tengas prisa y tómate el tiempo que necesites.

Veinte minutos más tarde salía vestida del baño. A Alex le resultaba imposible apartar la mirada de ella mientras cogía el bolso y la chaqueta, y besaba las cabecitas de los niños acostados en sus cunas. Encontraba a Johanna más bonita que nunca.

—Te acompaño a la puerta, Johanna —le dijo Alex, sabiendo que ella no se despediría de él—. Tengo algo que comentarte.

Se dirigieron hasta la salida en silencio. Alex, sin saber cómo acercarse a Johanna, y ella dolida por lo que presencié la noche anterior en el pub, consciente de que habría mantenido relaciones con otras mujeres durante el tiempo que habían estado separados. Y, a pesar de que lo había considerado como algo seguro, comprobarlo por ella misma había resultado tan doloroso como despedirse de él y ocultarle la noticia sobre su embarazo. Ante ese tenso silencio que mantenían los dos, la chica abrió la puerta con intención de dirigirse a su coche. Alex la retuvo tomándola por el brazo.

—Dame unos minutos, Johanna. ¿No has desayunado?

—No tengo apetito. Ya tomaré algo por ahí. —Alex bajó la mirada hacia el suelo.

—¿Te molesta que haya venido? ¿Es eso?

—Alex, simplemente... Me resulta indiferente lo que hagas —le respondió alzando una orgullosa barbilla—. Esta es tu casa y puedes venir cuando te apetezca. No tienes que pedirme permiso ni ofrecerme explicaciones que no me interesan.

—Ya veo —la miró con intensidad durante unos segundos—. Has cambiado, Johanna.

—¿Qué esperabas después de recibir tu ignorancia durante todos estos meses? Has tardado más de una semana en venir a ver a tus hijos. ¿Ese es el interés que sientes por ellos?

—Tuve que viajar a París por trabajo, y la semana se me hizo interminable. Mis hijos y tu recuerdo me han salvado la vida —contestó con furia contenida, incapaz de hacer entender a Johanna lo que ella y los niños significaban para él—. No tienes ni idea de lo que he estado haciendo durante este tiempo y aún está por terminar.

—Después de lo que vi anoche, no es tan difícil imaginar la vida que has llevado —le respondió sin amedrentarse—. Pero te lo vuelvo a repetir: no quiero oír ninguna explicación. Dejaste claras tus prioridades la última noche que pasamos juntos.

—Eso no es cierto, Johanna. Debiste decírmelo. Escapaste dando por hecho que huiría de mis responsabilidades como padre. Y lo único que pretendía era que continuaras con tu vida porque no sabía cuánto tardaría en regresar. ¿Crees que no me dolió alejarme de ti y de ese modo tan desagradable que tú elegiste?

—Si te hubiese dolido tanto como dices, habrías ido a buscarme, Alex. —Johanna comenzó a desahogar con rabia los sentimientos que había contenido durante todo el tiempo que estuvieron separados—, porque sabías perfectamente dónde vivía. Y entonces yo te lo habría contado. Con tu conformismo solo demostraste que lo nuestro había sido algo pasajero y que yo no te importaba. Es más, también te conformaste con lo que Pet te contó sobre mi embarazo, la cesárea o los niños, ni siquiera te dignaste a llamarme por teléfono hasta que llegó Navidad. ¿Qué pasó entonces, Alex? ¿Se te ablandó el corazón lo suficiente? ¿O quizás no encontraste a una mujer con quien compartir ese día? —Alex no supo qué contestar, consciente de que Johanna tenía razón—. No vuelvas a hacerme ningún reproche. Si quieres venir a ver a tus hijos, hazlo. Pero no entres en mi dormitorio como si tuvieras algún derecho a hacerlo porque ya no hay nada entre nosotros. —Le dio la espalda y, con rapidez, se metió en el coche.

Alex la vio marcharse mientras un fuerte nudo apretaba su garganta y se sintió como el cobarde que Johanna no se había atrevido a llamarlo. Dolido y amargado, entró en la casa, esperando que sus hijos lo ayudaran a superar ese duro momento en el que había comprobado cuánto había lastimado a Johanna con su modo de actuar en el pasado.

Capítulo 23

La vida de Alex transcurría monótona, persiguiendo cada noche a un Anatoli dispuesto a no dejar una sola discoteca sin visitar, o una sala de apuestas ilegales donde se gastaba la fortuna que no ganaba y siempre rodeado de mujeres vulgares, tan viciosas como él. A veces Kozlov le encomendaba recados más repugnantes aún, como verse obligado a recoger en el aeropuerto a dos nuevas chiquillas de no más de quince años, enviadas desde Moscú por Katrina y Olya, y llevarlas a la casa de campo donde Kozlov disfrutaba de ellas a su antojo.

Durante las dos semanas que habían transcurrido desde su primer encuentro con Johanna, no había conseguido intercambiar con ella más de dos palabras, ya que, en cuanto él entraba por la puerta o bien se encerraba en su dormitorio y lo dejaba con los niños en compañía de Nastia y Maddie, o se marchaba con la excusa de tener que comprar algo. Y esa impotencia que le provocaba ser incapaz de mejorar su relación con Johanna, contemplar día tras día la desagradable vida de su protegido, lo que no estaba dispuesto a soportar mucho más, lo sumieron en un ostracismo intenso que comenzó a preocupar a Anatoli.

La paciencia de Alex se vio superada al tener que acompañar a su jefe a las oficinas principales de la naviera Quiet Sea en Londres, donde mantendría una reunión con Viktor y sus dos lugartenientes, Andrópov y Kazakov. La compañía naviera que también le había robado a su padre.

Habría preferido permanecer ajeno a lo que se hablara en esa reunión porque la presencia de Kozlov se le hacía cada vez más insoportable. Pero no debía olvidar que también estaba obligado a informar a su mando sobre los avances de la gran operación que preparaba Kozlov y que, al parecer, daría comienzo en pocas semanas. Del mismo modo, se recordaba que aún era un oficial del ejército británico y que se había comprometido a cumplir con esa misión.

La intención de la Interpol era confiscar el alijo y provocar una grave pérdida económica a Kozlov y, antes de que se recuperara, acusarlo de tráfico de mujeres y proxenetismo. Incluso, con suerte, y si algunas de las chicas se atrevían a testificar, podrían acusarlo de violación, lo que no solo sería su condena judicial: significaría su condena social a nivel mundial.

Sin embargo, Alex no tenía planeado que Kozlov llegara a declarar ante un juez. Eso no sería suficiente para culminar su venganza. Kozlov, como los otros, debía morir bajo su mano ejecutora.

—El Estrella del Este zarpó esta mañana a las diez —los informaba Andrópov—. Por ahora,

todo transcurre sin novedad. Descargará algunos contenedores en Marsella, luego continuará hasta Liverpool. Si todo sigue según lo planeado, estará aquí antes de una semana.

—Tres contenedores repletos de juguetes provenientes de China, uno dirigido a Moscú, otro a París y el tercero aquí —continuó Viktor—. Espero que tus contactos estén listos, Kazakov.

—Lo están desde hace tres días, como tú ordenaste; no te preocupes.

—No quiero que haya ninguna filtración. He perdido por completo mi confianza en los demás desde la muerte de Kirilenko y de Salvisky.

—¿Alguna pista sobre el asesino? —se interesó Anatoli.

—No —respondió Viktor enojado—. El viejo policía murió sin decir quiénes colaboraban con él. —Alex se llenó de orgullo por Bogarov; desde su interior le dedicó una gran ovación y todo el agradecimiento que era capaz de ofrecer—. El material explosivo que usaron era de origen ruso —proporcionado por el mismo Bogarov, recordó Alex—, así que el fiscal sigue pensando que se trató de un ajuste de cuentas y que no estaba relacionado con nosotros.

—Pero recuerda que el hermano menor de Salvisky piensa que estamos detrás de esas muertes —intervino el siempre prudente Kazakov—, no debemos olvidarlo. Puede ser que ahora vayan a por Nazarov.

—Georgi Salvisky no será capaz de actuar en nuestra contra —le aclaró Viktor—, es un hombre de negocios, ha sustituido a su hermano y se hará cargo de su parte en San Petersburgo.

—¿Nazarov se queda en Moscú? —preguntó Anatoli molesto porque no le habían informado sobre ello—. ¿Por qué nadie me lo ha contado?

—Porque llevas dos semanas de vacaciones, sin interesarte por los negocios —Kozlov le respondió furioso—. Y estos no esperan a que a ti te apetezca aparecer por aquí. —Anatoli, abochornado como un crío, fue incapaz de replicar, y Viktor continuó su reprimenda—. Si me hubieras hecho caso desde el principio, ahora estarías al mando en Moscú y no habría tenido que dejarlo en manos de ese baboso de Nazarov que no me inspira ninguna confianza.

—Te dije que no es un hombre de mi agrado —susurró Anatoli—. Pero no me escuchaste.

—Ya no tenemos más remedio que mantenerlo en su puesto, pero sin Kirilenko ni el mayor de los Salvisky no tengo quien lo controle —miró a Alex durante unos segundos—. He pensado en ti, Alexander. Si Nazarov no cumple mis órdenes como se le ha exigido, viajarás a Moscú, lo eliminarás y ocuparás su lugar. —Alex asintió conforme, sin mostrar emoción alguna en su rostro.

—¿Y qué pasará conmigo? —protestó Anatoli—. No confiaré mi seguridad a nadie que no sea Alexander.

—Tendrás que apañártelas con otro si lo necesito en Moscú —replicó Viktor sin darle tregua—. Ahora mismo no puedo fiarme de nadie más.

—Puede marcharse Kazakov —insistía el caprichoso hijo, poco dispuesto a deshacerse de la compañía del que consideraba no solo su protector, sino también su mejor consejero y amigo.

—Ya veremos, Anatoli —contestó Viktor con un hastiado tono de voz—. Tomaré la decisión que estime oportuna.

Anatoli no respondió, pero sí cerró los puños con fuerza hasta que sus nudillos se pusieron blancos, soportando una vez más el despotismo de su padre, que lograba desquiciarlo.

Si pretendían hacerse con el cargamento de heroína de Kozlov, Alex debía informar a sus superiores lo antes posible. Para ello se citó con Pet a las ocho de la mañana, mientras corrían por Hyde Park, un lugar donde dos corredores no llamarían la atención.

—La droga viaja destino a Marsella en el Estrella del Este. Allí desembarcarán la parte que se distribuirá por el continente; tres toneladas destinadas a París, Roma, Berlín y Ámsterdam en cuatro contenedores, oculta en el interior de las cabezas de las muñecas. El resto de los juguetes están limpios, que no pierdan el tiempo en ellos. La amplia red del personal de Kozlov ya está preparada para recibirla en el puerto de Marsella. —Le entregó un papel en el que había anotado la lista de colaboradores de Kozlov, que había memorizado en la última reunión—. Solo el capitán del barco conoce el verdadero destino de la droga. Viktor no quiere arriesgar el cargamento. El destinado a Rusia ha seguido la ruta terrestre prevista, así que debe estar a punto de llegar a Moscú.

—Esto está llegando a su fin —reconoció Pet sonriendo—. Vamos a confiscar todo el cargamento en Marsella. Pero queda dismantelar la parte rusa.

—Puede que Kozlov me envíe a Moscú como sustituto de Nazarov. —Pet detuvo su carrera y lo miró sorprendido, hasta que Alex lo imitó—. No se fía de él. Pero Anatoli se opone: prefiere que envíe a Kazakov. No quiere deshacerse de mí —añadió, sonriendo desganado.

—¿Quieres que informe de esa parte? —preguntó Pet, impresionado—. Si tú me lo pides, puedo omitir esa información, Alex. Ya te has implicado bastante en esta operación.

—No será suficiente hasta que acabe con Kozlov. Él fue el cerebro de la trama que acabó con mi familia y, tarde o temprano, pagará por ello. Además, Nazarov es otra cuenta pendiente. Su crueldad es... —Negó con la cabeza—. Es un animal desquiciado, Pet.

—Si conseguimos llevarlo a juicio, irá a la cárcel. Lo condenarán, Alex.

—La cárcel no es suficiente castigo para él. Tampoco sería suficiente para mí.

—¿Estás dispuesto a alejarte otra vez de Johanna y de tus hijos? Aún no has recuperado su confianza y ya hablas de marcharte. —Pet negó con la cabeza y un gesto apesadumbrado—. Si te vas de nuevo, vas a destrozar tu vida, Alex. Johanna es una mujer orgullosa...

—Sé bien cómo es Johanna, Pet —lo interrumpió malhumorado—. Créeme. Estoy pagando caro mis errores por no haberlo tenido en cuenta antes. Pero no se trata de lo que yo desee personalmente. Y estoy convencido de que debo acabar con esto si quiero sentirme en paz conmigo mismo. Sobre todo ahora que sé cómo es realmente Viktor Kozlov. Yo lo vi llorar en el entierro de mi padre y fue su asesino —susurró preso de la rabia—. Además —aclaró sonriendo desganado—, puede que no tenga que ir a Moscú, o puede que antes de eso surja mi oportunidad.

—De acuerdo, Alex, no he oído el final. Pero actúa con prudencia. Has conseguido que no te relacionen con los crímenes de Moscú. No sé si aquí tendrás tanta suerte.

—Necesito que hagas algo más por mí —le pidió Alex a su amigo—. Quiero tener a Anatoli asustado y nervioso, al igual que a su padre, que me necesite para sentirse seguro como sucedía en Rusia. Tienes que hacerle una llamada de vez en cuando, que se sienta amenazado, enviarle a Viktor algún mensajito siniestro que les recuerde que están en peligro. Quiero que estén asustados y que teman que les suceda lo mismo que a Kirilenko y a Salvisky.

—Quizás sería mejor que se confiaran, que sintieran que en Londres están a salvo.

—No —respondió convencido—. Será la única manera de obligarlos a depender de mis servicios y de que Viktor me crea irremplazable. La verdad es que no quiero que me destine a Moscú. —Pet golpeó con fuerza la espalda de su amigo demostrando con ese gesto que estaba de acuerdo con sus planes.

Y, en cuanto ultimaron los detalles de las amenazas que enviarían a padre e hijo, cada uno siguió corriendo por una ruta diferente; Alex, por la que lo conducía hacia el apartamento de Anatoli.

Tras la reprimenda de su padre, Anatoli se implicó de lleno en el negocio y acudía cada día a las diez de la mañana a la oficina de la naviera. Esa mañana, cuando entraron en el despacho de Viktor, este estaba hablando en ruso por teléfono. En cuanto colgó, se dirigió a su hijo y a Alex.

—Ya estamos seguros de que el policía que preparó los crímenes de la gente de Kirilenko y Salvisky no trabajaba solo. Recuerdo a ese hombre y a su compañero —añadió mirando a Alex—. Investigaron el caso del asesinato de tu familia; tuve que hablar con ellos en varias ocasiones. Tanto Kirilenko como yo colaboramos con la policía cuanto nos resultó posible. Y estoy convencido de que estaban comprados por los que cometieron ese atroz crimen. —Alex le dio la espalda y permaneció inmóvil mirando por la ventana, intentando controlar la ira que le provocaba el cinismo de Viktor y repitiéndose una y otra vez las mismas palabras: «Espera, ten paciencia; aún no ha llegado el momento»—. Al parecer, y según me han informado las fuentes del fiscal Gandisky, pretenden hacerse con el mercado de la droga en Moscú. Te ayudaré a encontrar al compañero, un tal Gruchenko, quien, por ahora, se encuentra en paradero desconocido. Al parecer, ha huido de Moscú; debemos encontrarlo porque él nos conducirá hasta el resto del grupo. Están comprobando si ha salido de Rusia —observó unos segundos la espalda tensa de Alex—. Imagino cómo te sientes, hijo, sabiendo que los asesinos de tu familia siguen matando, pero te prometo que les daremos caza.

—Aparte de ese tal Gruchenko, ¿de quién más sospecha? Necesito nombres —fingió Alex imitando el cinismo de Kozlov—. Necesito tener la oportunidad de enfrentarme a ellos personalmente. —Viktor asintió animándolo y Alex estuvo a punto de arrojarse a su garganta.

—De antiguos policías. Probablemente, de algunos que se verían perjudicados económicamente si tu padre se retiraba de algunos negocios, como era su intención. Gandisky dará con ellos. Ahora os necesito para ultimar algunos detalles del desembarco en Liverpool. Tenéis que ir a la sucursal

de allí y hablar con Jameson. Le explicaréis cómo y cuándo se llevará a cabo el traslado de la mercancía, pero quiero una ruta alternativa por cada paso que dé el contenedor. No quiero que queden cabos sueltos, ni tampoco improvisaciones.

—De acuerdo, papá. Me parece buena idea —se dirigió a su guardaespaldas—. Vámonos, Alexander. —Salieron del despacho.

—Espera un instante, Yulenko —lo retuvo Viktor—. Te considero digno de mi confianza y me gustaría que con nosotros te sintieras como si estuvieras con tu propia familia.

—Gracias, señor Kozlov.

—Tu padre fue un amigo leal y justo. Mi mejor amigo —añadió con solemnidad—. Es lo menos que puedo hacer por su hijo. —La rabia de Alex bullía en su interior ante el inacabable cinismo de Kozlov y, una vez más, se repitió que debía esperar el momento oportuno.

Cada día le resultaba más difícil soportar la vida que estaba obligado a llevar, el papel que él mismo se había asignado. Escuchar casi a diario a Viktor Kozlov, mencionando a su padre como un amigo rozaba el límite de su paciencia y se estaba convirtiendo en una tortura intolerable, tanto como permitir que continuara respirando. Sobre todo después de pasar la noche en una de las casas donde enviaban a las chicas menores de edad que a Viktor ya no le satisfacían y las obligaban a prostituirse para complacer a sus conocidos o a aquellos a quienes les debía algún favor. La mayoría de ellas se habían convertido en drogadictas.

La crueldad del mundo en el que estaba imbuido lo asqueaba de forma insoportable y viajaba de vuelta a Londres sin poder quitarse de la mente la imagen de Anatoli manoseando a una chiquilla que no tendría más de dieciséis años, hasta que se encerró con ella en una de las habitaciones. Por suerte, Anatoli ya se había acostumbrado a que él no aceptara sus constantes invitaciones a mantener relaciones sexuales y estaba convencido de que Alex tenía algún problema mental respecto al sexo; a veces, se había atrevido a recomendarle visitar a un psiquiatra.

Ni todos los psiquiatras del mundo juntos serían capaces de sanar las mentes de esos hombres depravados que había conocido durante el tiempo que llevaba implicado en esa operación; incluso dudaba de que él saliera indemne después de ser testigo de tanta maldad, tanta degeneración, tanta crueldad, demostradas con la naturalidad que lo convertía en un detalle más del carácter de esas personas, como si se tratara de una virtud o un defecto de la personalidad. Y la mayoría de ellos eran padres, más aún, el mismo Viktor pretendía que su hijo heredara su imperio levantado desde la sangre, sufrimiento y dolor de otros.

En ese momento se sintió orgulloso de su padre y prefirió que hubiese muerto a conocerlo como un hombre parecido a Kozlov, Kirilenko u otro de ellos. La pena fue que arrastró a su inocente familia con su innecesaria condena a muerte.

¿Y él? ¿No estaba haciendo lo mismo que su padre? Con su ansioso afán de calmar su sed de venganza, había arrastrado a Johanna al sufrimiento y al abandono y parecía estar destinado a dejar a sus hijos sin padre. Pet tenía razón; estaba destrozando su vida y, para evitarlo, debía mostrarse más frío e implacable que nunca, separar definitivamente al agente infiltrado del verdadero hombre que era, algo que solo la presencia de Johanna había conseguido que sucediera. Ella le regaló los únicos meses de su vida adulta en los que fue feliz y se sintió completo, un hombre satisfecho consigo mismo, los únicos momentos de paz interior que había sentido desde los nueve años.

La señal de llamada de su móvil cortó el hilo de sus reflexiones y, a pesar de estar conduciendo, respondió al ver en la pantalla el nombre de Pet.

—Acaba de avisarme Johanna. —El cuerpo de Alex se tensó por completo a causa de un cúmulo de presentimientos negativos y, en silencio, aguardó a que su amigo continuara hablando—. Han ingresado a tu abuela en el hospital de Saint John, por lo visto aquejada de algún problema cardíaco.

—Gracias —fue la fría e insulsa respuesta que pudo ofrecerle a Pet antes de colgar porque Anatoli parecía dormir en el asiento del copiloto.

—¿Qué sucede, amigo? —preguntó Anatoli al comprobar que durante unos segundos el impasible rostro de Alex había reflejado una seria preocupación.

—Han ingresado a mi abuela en el hospital. Si no te importa, te dejaré en casa y me acercaré a ver cómo está.

—Por supuesto, ve. Y mantenme informado —le golpeó un hombro en un gesto de camaradería—. La familia es lo primero.

Anatoli comprobó que Alex apretaba el pie sobre el acelerador y conducía más rápido de lo que acostumbraba. En el fondo, su frío y distante compañero y protector era capaz de sentir alguna emoción, aunque quizás solo fuera respeto hacia la única familia que le quedaba porque, a medida que profundizaba en su carácter, le resultaba un hombre de piedra, sin corazón y sin sentimientos. En ese instante, Anatoli pensó que a Alexander lo movía más el estricto sentido del deber que siempre demostraba que cualquier debilidad emocional.

Capítulo 24

Entró en el hospital como una exhalación, directo al área de observación donde habían ingresado a Maddie. Se encontró con Johanna tras la cristalera que aislaba a la anciana, cubierta de cables y tubos, y arrojó todo su miedo y su frustración contra la persona que menos lo merecía.

—¿Ni siquiera puedes telefonarme? —le preguntó con una vehemencia que indignó a la chica—. Tienes mi número y te dije que me llamaras siempre que fuera necesario. Además, Maddie es mi abuela, mi familia. No la tuya.

—Si no recuerdo mal —replicó Johanna sin alzar la voz pero conteniendo la rabia que la invadía en ese momento—, todo lo que has sabido sobre tus hijos o sobre mí durante este tiempo ha sido a través de Pet. No entiendo por qué debe cambiar ahora.

—Porque he regresado y, lo quieras o no, voy a formar parte de tu vida, aunque sea a través de nuestros hijos. ¿Y deseas que ocurra de este modo? ¿A través de Pet?

Johanna no respondió. Con los ojos llenos de lágrimas, provocadas por el miedo que había pasado mientras trasladaba a una frágil Maddie al hospital y las crueles e ingratas palabras de Alex, se retiró hacia unas sillas que estaban situadas a unos metros de la ventana y se sentó a solas, esperando a que él entrara en la habitación y se informara por sí mismo del estado de salud de su abuela. Unos minutos más tarde, Alex salió de la habitación y se sentó junto a Johanna.

—Está estable —comenzó a explicarle a Johanna, quien ni siquiera lo miraba—. Dicen los médicos que saldrá de esta sin complicaciones. Solo ha sido un vahído provocado por un exceso de preocupaciones o de trabajo. —Le tomó la barbilla con una mano y la obligó a mirarlo—. No me ignores más, por favor. No puedo soportarlo.

—Si yo pude soportar tu ignorancia y tomar la decisión de enfrentarme sola a un embarazo, tú podrás soportar la mía —fue la dura e inesperada respuesta de Johanna antes de levantarse y alejarse de él.

Sin embargo, Alex no se rendiría esta vez; ya no estaba dispuesto a dejar pasar un solo día alejado de su familia o castigado por Johanna. Y se acercó hacia la cristalera desde donde Johanna vigilaba a Maddie.

—Tienes razón, Jo —comenzó una disculpa—. No debo reprocharte nada después de cómo me comporté contigo, pero te aseguro que mi intención no fue ignorarte. —La chica continuaba sin mirarlo—. Solo demostré la impotencia que sentía desde la posición en que me encontraba y en la

que aún me encuentro. Creí en todo momento que no podría hacer nada por ti, por nosotros, ni por los niños, con una simple llamada de teléfono, sobre todo después de haberte dejado marchar. Y, cuando me atreví a llamarte, como acertaste, fue por mí, porque necesitaba oír tu voz para seguir manteniéndome cuerdo, para recordar quién soy y que tenía a una preciosa mujer y a mis hijos esperándome tras un muro invisible, construido con la rabia y odio que he acumulado a lo largo de mi vida y que me separa de la única vida que deseo vivir.

Johanna lo miró a los ojos, y la sinceridad que reflejaban las palabras de Alex venció a su orgullo. El hombre la atrapó en un fuerte abrazo que no pudo contener por más tiempo y sus bocas se buscaron desesperadas hasta unirse en un ansiado y apasionado beso.

Esa fue la imagen que Anatoli encontró cuando, empujado por la preocupación que había visto reflejada en el rostro de Alexander, se saltó sus normas de seguridad y decidió acompañar en esos difíciles momentos al que consideraba mucho más que un empleado. Contempló asombrado cómo su amigo, guardaespaldas y hombre de confianza, devoraba a besos a la preciosa cantante india que habían visto actuar hacía unas semanas.

Las dudas asaltaron su mente; su intuición le decía que no debía preguntar a Alexander y que investigara por su cuenta lo que se traía entre manos ese solitario y distante hombre que, hasta ahora, parecía falto de sentimientos. El lugar donde se encontraban, el modo en que abrazaba, besaba y miraba a esa chica, hablaba por Alexander y dejaba claro que él no era un hombre frío ni distante y que esa no era una relación de pocos días. Esa mujer estaba cuidando de la abuela de Alexander; por lo tanto sería algo más que una recién conocida. La curiosidad de Anatoli se disparó y, furioso, conteniéndose en ese momento de pedirle cualquier explicación, decidió descifrar el enigma por sí mismo.

Anatoli no se acercó a su protector y salió al aparcamiento. En vez de marcharse a casa, esperó a que o bien la chica o bien Alexander abandonaran el hospital y entonces observaría desde la distancia, esperando aclarar lo que su amigo le ocultaba.

Minutos más tarde, fue la chica la que salió, montó en un coche, arrancó y, por la dirección que tomó, Anatoli supo que se dirigía hacia la dirección donde vivía la abuela de Alexander. No se equivocó. La chica abrió la puerta con naturalidad, con su propia llave, lo que le indicó que vivía allí.

Mientras conducía hacia su apartamento, pensaba en el motivo por el que Alexander había fingido, al encontrársela en el pub de Hoxton. Incluso la mujer pasó por su lado ignorándolo; se preguntaba por qué había ocultado su existencia durante el tiempo que estaba trabajando para él. Estaba dispuesto a averiguar qué le estaba escondiendo el hombre en quien más había confiado, en el que cada día dejaba su propia vida a su cuidado. Pretendía que, en esa relación, esa confianza circulara en dos direcciones porque para él, Alexander, se había convertido en su mejor y único

amigo. Y, para resolver tantas dudas, decidió ponerse en contacto con alguien que le había resuelto varios problemas antes de marcharse a Moscú. No quería implicar a su padre en sus propios asuntos, si pretendía demostrar que era digno de manejar algún día las riendas de todos los negocios familiares; por supuesto, su propia seguridad dependería de él mismo. Evitaría de ese modo decepcionar una vez más a Viktor.

Después de hablar con Jeremy Sandler, ofrecerle todos los detalles que conocía sobre esa parte oculta de la vida de Alexander y de la chica, y advertirle sobre la urgencia de recibir la información, telefoneó a su guardaespaldas en un intento de actuar con toda la normalidad que le resultara posible.

—Está recuperándose, Anatoli. Estará ingresada en observación hasta mañana temprano. Así que, si no te causa demasiadas molestias, permaneceré en el hospital, acompañándola hasta que le den el alta y pueda llevármela a casa.

—Sí, por supuesto, Alexander. Me alegro de que todo haya quedado en un susto. Y, para tu tranquilidad, esta noche no saldré. —Se rio y sus carcajadas sonaron extrañas a ambos—, aunque organizaré una pequeña fiesta en casa; ya sabes, llamaré a algunas chicas y a algún colega que me haga compañía.

—Modérate, Anatoli. Y gracias por tu comprensión. Nos vemos mañana.

Se despidieron de buen humor, pero Anatoli permaneció pensativo, luchando contra unos fuertes sentimientos contradictorios que se enfrentaban en su mente. Los que le decían que podía confiar en Alexander y los que le susurraban de un modo inquietante que sucedía algo extraño.

—¿Es tuyo este coche? —Le preguntó Maddie cuando se subió en el lujoso Mercedes que la llevaría de vuelta a casa.

—No, abuela. Es del hombre para quien trabajo. No me gustan los coches demasiado ostentosos: ya me conoces.

—Es cierto, cariño. Nunca te han gustado tan lujosos —suspiró cansada—. Tú siempre has sido más práctico.

—¿Cómo te encuentras? —Se interesó preocupado—. Tienes buen aspecto.

—Bien, Alex. Es que ando preocupada por todo esto de la mudanza.

—¿Y qué es lo que te preocupa si puede saberse? Ya lo tenéis todo organizado.

—Sí. Pero... ¿Qué va a suceder contigo? No quiero alejarme de ti, Alex. No ahora que has regresado junto a tus hijos. —El rostro de Maddie se entristeció—. Y veo cada día que entre Johanna y tú... —Negó con la cabeza—. No quiero parecer una vieja entrometida, cariño. Pero me duele que no resolváis vuestros problemas.

—Creo que comienzan a solucionarse. —La miró durante un segundo, sonriendo y seguro de sí mismo—. ¿Eso te haría feliz?

—Sí. Quiero que veas a tus hijos crecer, que seas su padre de verdad, y no en la distancia. Necesito verte feliz de una vez. Has sufrido demasiado, Alex.

—Estoy en ello, abuela. No te preocupes por mí. Todo va a salir bien.

—Durante tu ausencia, he tenido tiempo de conocer a Johanna. Es una chica maravillosa y, como te sucedió a ti, Nastia y yo nos hemos enamorado de ella, incluso de esa familia tan especial de la que, por lo visto, no puede separarse.

—Sí, eso parece —reconoció sonriendo.

—Es natural, Alex. El rancho donde viven es precioso y forman una comunidad envidiable; allí todos encuentran lo que quieren y necesitan. Ese abuelo suyo es un hombre ejemplar que ha influido positivamente en el resto de su familia. Y comprendo el motivo y la poderosa unión que han forjado, sobre todo, por qué Johanna se ha convertido en una mujer tan especial. Y no solo lo digo por su belleza física.

—Que es incomparable. —Maddie asintió sonriendo ante la afirmación divertida de su nieto.

—Además de esa seguridad que tiene en sí misma y en sus convicciones, esa forma de tolerar, abrirse y comprender a los demás, sean quienes sean... Por lo que cuentan sus primos, el pediatra debería ser la menor de tus preocupaciones. —Le dio un golpecito en la rodilla—. Y no te esperará siempre.

—Lo sé, abuela. Y ya puedes tacharnos de tu lista de preocupaciones. Tu estrategia ha dado resultado. Más efectiva que la de animarla a salir con el pediatra. —Maddie se sonrojó un instante—. Pet me informaba de todo cuanto acontecía a Johanna, a los niños o a ti y a Nastia.

—¿Mi estrategia? —le preguntó extrañada.

—Sí. ¿O es que esto de fingir un desvanecimiento no lo has urdido para ablandar a Jo?

—Si desmayarme ha servido para que resuelvas tus problemas con ella... —suspiró satisfecha—. me alegro de haberlo conseguido.

—Todo va a salir bien, abuela, te lo aseguro. No tienes que preocuparte por nosotros. Estaremos viviendo juntos antes de lo que crees. Tú disfruta de tus bisnietos y prepárate para tu nueva vida americana.

—Mi nueva vida no estará completa si no te tengo a mi lado —dijo deprimida.

—No me perderás de vista, vieja. —Maddie le dio otra suave palmada en la pierna sin dejar de reír por su insulto bienintencionado—. Pero no montes más numeritos como este para obligarnos a pasar juntos un tiempo. Ya encontraremos los momentos nosotros por nuestra cuenta.

Johanna esperaba nerviosa la llegada de Maddie aunque supiera que la anciana se había recuperado, porque era Alex quien la traía de regreso a casa después de pasar juntos unas horas de esa noche, en la misma habitación donde dormían sus hijos, algo con lo que había soñado desde que había sabido que estaba embarazada. Una vez más, se había dejado conquistar por la

sinceridad y honestidad de Alex, por sus sinceras súplicas y por sus ambiciosas promesas.

Sin embargo, durante esas reconfortantes horas que habían compartido llenas de amor y deseo, pudo comprobar que algo había cambiado en él, y no solo se trataba del arrepentimiento que mostraba a través de la continua súplica que leía en sus ojos, ni por su excesiva generosidad y entrega al hacerle el amor, algo habitual en él, ni por esa adoración incondicional que Alex siempre le había ofrecido. No. Todo eso ya lo conocía ella. Johanna lo entendió al despertarse esa mañana, incluso después de comprobar con tristeza que Alex se habría marchado al hospital, sintió cuál era la novedad que percibía en él. Una nueva determinación brillaba en sus ojos, sustituyendo ese aspecto que lo convertía en un hombre enigmático y desafiante, provocada por la fiereza que reflejaba su mirada deseosa de satisfacer la venganza del poderoso guerrero que habitaba en su interior y que la había cautivado por completo el mismo día que lo había conocido. Por fin Alex había encontrado su lugar en el mundo; todo cuanto deseaba y ambicionaba estaba en esa habitación durante la madrugada que habían compartido. Había hallado la paz interior que necesitaba para dejar el pasado atrás y mirar al futuro con esperanza.

Y, si se lo hubiese explicado a Johanna con más palabras, ella no lo habría creído con tanta convicción si no lo hubiera visto reflejado en la sinceridad apabullante de sus ojos acerados. Esa noche, por fin había conocido al verdadero Alex. Y estaba convencida de que merecía su confianza.

Esa sensación fue lo que transmitió a Alex cuando atravesó el umbral de la puerta al salir con Samuel en los brazos, acompañada por Nastia, que llevaba a Lawrence. Abuela y nieto sonrieron satisfechos al tener ese cálido recibimiento de las personas que más les importaban a ambos. Su familia.

Maddie, a los pocos minutos de llegar a casa, se sentó a recibir las llamadas de algunos amigos interesados por saber cómo se encontraba, sobre todo por parte de la familia de Johanna. Alex decidió tomarse unos minutos más de descanso en su pequeño y privado paraíso y, aprovechando el buen tiempo, pidió a Johanna salir a pasear por los alrededores de la casa acompañados por los niños.

Nastia y Maddie, emocionadas y con lágrimas en los ojos, los observaron mientras salían los cuatro juntos.

—Algo ha cambiado —susurró la rusa contenta.

—Todo, Nastia. Alex ha regresado por fin y ha vuelto para quedarse —aclaró Maddie sonriendo satisfecha.

Alex comprobaba admirado el modo indio en que Johanna cargaba con Samuel.

—¿Y es completamente seguro? —preguntaba curioso a la vez que comprobaba preocupado el saco donde descansaba uno de sus hijos y colgaba, cual mochila, de la espalda de su madre—. No

me gusta perderlo de vista, Jo.

—Puedes colgártelo delante pero, si tienes cosas que hacer, este pequeño bultito te lo impide —explicó palmeando suavemente la espaldita de su hijo—. Ahora solo vamos a pasear, así que los llevaremos delante.

Johanna estaba nerviosa por la cantidad de emociones que bullían en su interior al ver que, por primera vez, paseaban como una familia. Alex sintió un gran remordimiento al comprobarlo, y decidió ofrecerle su apoyo y su consuelo.

—Tranquila, Jo. —Emocionado, la besó en la frente—. Disfruta del momento. No vamos a tener muchas oportunidades como esta durante un tiempo. Así que no pensemos en el pasado ni en el futuro. Permíteme que saboree este magnífico presente.

—Tienes razón. Es una mañana radiante. Aprovechémosla.

Y, conversando sobre el trabajo ya concluido de Johanna y sobre algunas anécdotas sobre los gemelos, transcurrió la hora más esperada por los dos desde que se habían separado, porque en ese espacio corto de tiempo fueron la familia que los dos deseaban.

Encontró a Anatoli en el despacho de su apartamento, consultando algo en el ordenador con gran interés. Alex entró y se sentó frente a él.

—Lamento haberte dejado solo tanto tiempo. ¿Lo pasaste bien anoche?

—Al final cené solo. Pero vino un amigo a visitarme.

—¿Un amigo? ¿Lo conozco? —preguntó Alex sorprendido de que le ocultara la identidad de ese visitante imprevisto.

—No creo. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y se nos fue el tiempo recordando algunas anécdotas que compartimos en nuestros tiempos universitarios. Resultó una visita bastante ilustrativa. ¿Tu abuela está mejor? —preguntó interesado, cambiando de tema, con un gesto tan cargado de cinismo que despertó toda clase de sospechas en Alex. Anatoli era un inútil incluso fingiendo, según pensó su guardaespaldas en ese momento.

—Sí. Ya la he llevado a casa y está allí descansando. Al final, solo fue un desvanecimiento. Trabaja demasiado y ya tiene ochenta y un años. —Alex observaba cada reacción de Anatoli—. ¿No te has vestido aún? —le preguntó recorriendo con una mirada extrañada su chándal gris—. Tu padre nos espera a las doce. Quiere un informe detallado de nuestra visita a Liverpool y las impresiones que nos causó Jameson. Estoy convencido de que, como nosotros, no se fía mucho de ese tipo.

—Casi todo en la vida es cuestión de confianza. ¿No crees, Alex?

—Sí, es algo fundamental —contestó ocultando la preocupación que le provocaba la extraña y distante actitud de Anatoli, convencido de que ya no confiaba en él.

—Creo que, en cuanto llegue el barco al puerto, o Andrópov o yo deberíamos permanecer supervisando la operación hasta que se realice el desembarco de la mercancía. No me fío de Jameson —expuso Anatoli, deseando que su padre tuviera en cuenta su opinión.

—¿Qué te pareció a ti, Yulenko? —Le preguntó Kozlov, lo que provocó la irritación de su hijo, porque no considerara suficiente la opinión que le acababa de exponer.

—Estoy de acuerdo con Anatoli, señor. Jameson está desorganizado y ni siquiera parece preparado para realizar un plan alternativo. Si llegamos allí un día antes, tendremos tiempo de organizarlo. —Viktor asintió conforme.

—De acuerdo. Anatoli, te encargarás del desembarco y de controlar a Jameson. Y ya conocéis el plan. En cuanto los agentes de aduanas revisen los primeros contenedores, se realizará el cambio. Así no tendremos que apresurarnos por descargar el que nos interesa. De este mismo modo se realizará en Marsella y tendremos la oportunidad de conocer si da resultado o si arriesgamos demasiado.

—A primera hora de la mañana siguiente al ataque y antes de que continúen con el registro, saldrán cinco camiones a la vez con los contenedores ya revisados —continuó Anatoli dejando claro que conocía el plan—. A Jameson deberíamos explicarle los detalles sobre la marcha. De este modo ni habrá filtraciones ni podrá traicionarnos. Una tonelada de mercancía de primera calidad resulta demasiado tentadora.

—Tienes razón, Anatoli. Yulenko y tú os encargaréis del desembarco. —Anatoli se mostraba henchido de orgullo al comprobar que su padre confiaba en él de nuevo—. No quiero fallos de última hora. En Moscú y San Petersburgo la droga se está vendiendo como esperábamos; su calidad no tiene rival. Nos hemos quedado sin competencia rusa en el mercado de la heroína. La desafortunada desaparición de Kirilenko y de Salvisky nos ha dejado un mercado exclusivo.

Andrópov hizo una señal a su jefe y este, cambiando de asunto, le pasó a su hijo un papel.

—Hay algo que quiero que veas, Anatoli. —Viktor vio el rostro de su hijo palidecer mientras leía la nota—. Venía acompañada por fotos tuyas en los lugares en que hayas estado durante los últimos días. Yulenko, echa un vistazo a todo esto.

Alex obedeció y se acercó a la mesa, donde Kozlov puso unas pocas fotos.

—Están hechas en el puerto de Liverpool y en el hotel donde pasamos la noche —reconoció Alex—. Es evidente que nos han seguido de cerca.

—Tengo constancia por parte de mi propio hijo del modo encomiable con el que protegiste su vida con la tuya durante el atentado que acabó con Kirilenko y con Salvisky, y quiero que te mantengas alerta aquí. Esto no se trata de un ajuste de cuentas: es evidente que van a por nosotros también.

—Estoy de acuerdo, señor. Parece una declaración de guerra. ¿Alguna de estas amenazas van dirigida personalmente a usted?

—Si amenazan a mi hijo, me están amenazando a mí también. ¿No te parece? —gruñó golpeando la mesa—. No te separes de él ni un instante —le exigió—. Y tú, Anatoli, obedece a Yulenko en todo lo relacionado con tu seguridad. ¿Queda claro?

—Por supuesto, papá. ¿Acaso crees que deseo que me maten? —preguntó en un tono exigente e impropio en él—. Yo presencié lo que les sucedió a nuestros socios en Moscú.

—Has estado muy bien, Anatoli —le dijo Alex una vez que abandonaron la reunión—. Creo que, definitivamente, te has ganado la confianza de tu padre.

—La confianza, esa bonita e importante palabra que hoy no dejas de mencionar, es algo que se gana y se pierde con demasiada facilidad, ¿no crees?

Alex se sorprendió de nuevo ante ese comentario, pero fingió no entender la segunda intención de las palabras de Anatoli. Su comportamiento estaba siendo distante y extraño desde que había regresado de casa de su abuela, y Alex comenzó a sospechar que hubiera averiguado algo sobre su verdadera identidad. Así que se mostró directo y frío como solía comportarse en su papel de guardaespaldas; más aún de lo que era habitual.

—Sí —contestó ignorando su doble intención y la centró en la relación paternal—. Pero no creo que tu padre tenga quejas de ti. En los últimos meses has actuado con la prudencia que se necesita para estar al mando, con sensatez y formalidad, en cada ocasión que te lo ha pedido. Debes pensar en el futuro, Anatoli. Viktor desea que te quedes a cargo de sus negocios y creo que ya estás preparado. Él también lo sabe.

—¿Y tú, Alexander? ¿Podré contar con tu lealtad? —De nuevo Anatoli lo sorprendía—.

—Sabes que sí —lo miró con dureza intentando amedrentarlo—. ¿Lo dudas?

—De momento, no —fue la fría respuesta de Anatoli que desataron todos los temores de Alex—. Voy a cambiarme. Espero visita —añadió en el mismo tono.

Media hora más tarde llegaron al apartamento de Anatoli dos hermosas mujeres. Alex recibió a un camarero acompañado por personal de cocina, que sirvió la cena en el lujoso comedor, a la que Alex, por primera vez desde que trabajaba para Anatoli, no estuvo invitado.

Esperó paciente, sentado en el pequeño comedor anexo a la cocina, asumiendo su papel, con un televisor por compañía, hasta que, cerca de la medianoche, Anatoli se encerró en su dormitorio acompañado por las dos chicas. Alex no lo dudó un instante y, una vez que el personal de catering abandonó el apartamento, se dirigió al despacho de Anatoli.

El ordenador de Anatoli no estaba encendido como sucedía normalmente, y le llevó un buen rato descifrar la clave de su correo electrónico, que recordaba a medias. Estaba convencido de que su jefe le ocultaba algo que había provocado su repentino cambio de actitud. Lo descubrió en unas fotos que había recibido a través de un email y que encogieron el estómago de Alex. Las imágenes de Johanna y sus hijos mientras paseaban juntos esa misma mañana ocupaban la pantalla

plana. Enseguida sacó el iphone del bolsillo de su pantalón.

—¿Pet? —habló ansioso—. Anatoli conoce la existencia de Johanna y mis hijos.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Tengo unas fotos ante mí que un tal Jeremiah Sandler le ha enviado. Por lo que puedo comprobar en las imágenes, estaba vigilando la casa de mi abuela esta mañana cuando llegamos del hospital. Luego Johanna, los niños y yo dimos un paseo por los alrededores. Está todo en estas imágenes que te reenvío.

—¿Cómo has sabido que Anatoli guardaba esas fotos? —le preguntó Pet extrañado.

—Su actitud hacia mí ha cambiado radicalmente en las últimas doce horas. Creo que por ahora no sabe nada más y que por eso aún no se lo ha comentado a su padre. A mediodía hemos mantenido una reunión con él para organizar el desembarco de la droga en Liverpool y estoy convencido de que Kozlov no sospecha nada. Aún.

—Pero, si ese Sandler obtiene información sobre ti, podría descubrir algo, o levantar sospechas. Tú vigila el correo de Anatoli y yo me encargo de Sandler. Dime su dirección de email y me pondré en marcha ahora mismo. —Alex obedeció a su compañero inmediatamente—. Te mantendré informado.

Alex intuyó que el descubrimiento de Anatoli apresuraría el final de la operación. Pero él no se confiaría, como le había sucedido a su padre. Nadie iba a tocar a su familia mientras pudiera evitarlo y, si alguien lo intentaba, lo pagaría con su vida.

Comenzaría a jugar sus bazas inmediatamente. Sembraría el terror en la familia de Kozlov antes de que surgiera la oportunidad de acabar con su cabeza visible.

Capítulo 25

Nadie del personal de servicio de Anatoli percibió que Alex dejaba el apartamento a las dos de la madrugada, tras comprobar que el jaleo que provenía del dormitorio de Anatoli enmudecía y, mientras se dirigía a la *casa de las niñas* (como la llamaban Viktor y sus hombres sin pudor alguno), sentía la fuerte descarga de adrenalina correr por sus venas. En las próximas horas se convertiría en un animal que lucha por su supervivencia; «Solo sobreviven los más fuertes», se dijo a sí mismo al detener el coche a quinientos metros de la casa maldita.

Vasiliev se había negado a intervenir en ella con el fin de no despertar aún las sospechas de Kozlov; esperarían hasta hacerse con la droga. A Alex le reconcomía la conciencia saber lo que sucedía bajo los techos de la preciosa casa de campo, un antiguo monasterio restaurado que tenía ya ante sí, por no poder detener esa locura que provocaba tanto dolor y sufrimiento a criaturas inocentes a manos de hombres y mujeres crueles y perversos, miserias humanas, basura y bestias que no tenían derecho a vivir en el mismo mundo que las personas como Johanna, sus hijos, su abuela, Nastia, Pet, todos sus seres queridos.

Imaginó por un instante que algo parecido les sucediera a sus hijos y sintió el firme convencimiento de que lo que haría en pocos minutos era lo correcto. Esa determinación lo empujó a esconderse en las sombras hasta que apareciera una de sus probables víctimas. Podía escuchar los latidos de su propio corazón mientras esperaba impaciente por actuar.

Minutos más tarde, apareció un confiado Andrópov, con ese rostro falso de abuelo tierno y cariñoso, con el cuerpo envejecido y casi obeso que acababa de mancillar a otro cuerpo joven y delicado, perteneciente a alguna de las chiquillas que tenían prisionera en la casa para uso y disfrute del demonio Kozlov y sus también diabólicos amigos.

Alexander se tomó un instante en ponerse un panty para cubrirse el rostro por si alguien salía o entraba de la casa en un momento inoportuno, y agarró el otro panty entre sus fuertes manos cubiertas por guantes de fina piel negra, los mismos que había utilizado al ejecutar a sus víctimas anteriores.

Le había tocado esa noche a Andrópov como podía haberse tratado de Kozlov. Ya no le importaba quién cayera antes porque presentía que estaba a punto de ser descubierto. Sonrió pensando que la muerte de Andrópov torturaría durante un tiempo a Anatoli y su padre. Una enorme satisfacción recorrió su cuerpo al saber que los haría sufrir.

Mientras Andrópov llegaba a su coche aparcado junto al seto, corrió junto a este por el otro lado hasta llegar a su altura. Silencioso como una ágil pantera que acecha a su víctima, lo atravesó pasando por debajo, sin delatar su presencia, y se levantó en toda su altura justo a la espalda del delincuente ruso. Un segundo más tarde, le había rodeado el cuello con el panty y apretaba con toda su fuerza, intentando asfixiarlo, mientras que el sorprendido Andrópov inútilmente intentaba separarse la fina prenda de su grueso cuello. Pero, antes de que cayera inconsciente, Alex se detuvo, aflojó su presa un instante, tumbó al hombre en el suelo bocarriba, se sentó a horcajadas sobre su barriga prominente y, levantándose la media que le cubría el rostro, lo miró a los ojos saltones.

—Quiero que sepas quién soy, quién va a poner fin a tu despreciable vida. —Andrópov, resollando, intentó levantarse apoyándose sobre un codo, pero Alex lo detuvo propinándole un fuerte puñetazo en la mandíbula.

—Yulenko —susurró abriendo los ojos como platos a la vez que se llevaba una rolliza mano a la cara.

—Sí. Alexander Yulenko hijo no ha olvidado que colaboraste en la muerte de mis padres y mis hermanas, ¿lo recuerdas?

—Cumplía las órdenes de Viktor —se disculpó temeroso, con la voz excesivamente ronca y con la respiración entrecortada, intentando recuperar el aire que Alex le había negado hacía tan solo unos segundos, buscando ser perdonado ante su muerte segura.

—Tan cobarde como Novokov —confesó Alex con todo el desprecio que sentía por ellos mientras su víctima lloraba y temblaba de miedo—. También delató a Kovlov antes de morir.

Los ojos del obeso ruso se abrieron de forma exagerada ante esas palabras de Yulenko. Pero no le importó rebajarse ante quien preveía su verdugo y suplicó con su confesión.

—Advertí a Viktor de que esa tarde viajaría toda tu familia en el coche y no le importó; nos ordenó que continuásemos con la misión. —El miedo a una muerte cercana aflojaba la lengua del leal Andrópov—. Quería controlar el imperio de tu padre por completo, sin preocuparle quién cayera en el camino. Se trataba de la vida de tu familia o la mía. Lo siento, Yulenko —lloriqueó—, he vivido arrepentido por lo que ocurrió.

—Cumpliste sus órdenes y no lo detuviste; ahora vas a pagar por ello. ¿O todos estos años has creído que nadie te condenaría por asesinar a mujeres y niñas inocentes? —Alex comenzó a apretar de nuevo el cuello de Andrópov, pero esta vez con sus propias manos, mientras su víctima intentaba apartárselas inútilmente; no se detuvo y empleó toda su fuerza mientras que el peso de su cuerpo inutilizaba cualquier intento de defenderse del viejo ruso, desvalido sin un arma en su mano—. Yo... soy... tu juez... y tu verdugo...

Y continuó apretando hasta que la víctima dejó de respirar, y Alex sintió el cuerpo inerte relajarse entre sus manos. Hasta que puso fin a su vida repulsiva.

Dejó la media enroscada en el cuello del cadáver ya que la había encontrado en el vestidor de Anatoli y resultaría imposible seguirle la pista; sería un buen fin para el recuerdo de alguna de las

mujerzuelas que solían acompañarlo. Esperaría escondido bajo las sombras de la noche hasta que Viktor saliera de la casa. Quería ver el dolor que le provocaba la muerte de su mano derecha durante cuarenta años; ansiaba ver el miedo reflejado en su rostro repugnante, temeroso porque la muerte se acercaba cada vez más a él y a los suyos.

Kozlov salió tranquilamente de la casa, con un gesto de satisfacción en la cara que Alex hubiera borrado de un balazo en ese mismo instante. Pero Viktor no era descuidado y siempre lo protegían al menos dos hombres, tres esa noche, porque lo acompañaba el protector de Andrópov quien, por lo que contaba justo en ese momento, se había quedado allí para obtener un poco de diversión y saciar sus deseos más primarios.

—¿No hace bastante tiempo que Andrópov se marchó a casa? —le preguntó Viktor a uno de sus guardaespaldas—. ¿Qué hace su coche ahí todavía?

Uno de los hombres se acercó al vehículo y asustó al resto con el repentino grito de terror que emitió.

—Es Andrópov. Creo que está muerto. —Todos se acercaron con rapidez hasta el cadáver—. Aún está caliente —añadió el mismo hombre.

Viktor se acercó incrédulo hasta el cuerpo inerte y lo observó durante unos segundos. No podía creer lo que tenía ante sí. Fue a tocar el rostro de su empleado y amigo más leal pero, aterrorizado, se detuvo a mitad de camino.

—Buscad al asesino por los alrededores —gritó Viktor—. No puede andar muy lejos.

Alex se alegró de encontrar una motivación más para atemorizar a Kozlov. Sin pensarlo, el exceso de adrenalina en su sangre lo obligó a apuntarse enseguida al juego de persecución al que acababan de invitarlo.

Trepó a un árbol sin mucha dificultad y esperó agazapado sobre una rama baja a que apareciera el primero de los guardaespaldas. No tardó ni un minuto en presentarse y Alex no pensó mucho en su modo de actuar. Saltó con un cuchillo en la mano sobre la espalda fornida del hombre y supo dónde clavarlo con precisión para atravesarle el corazón, sin que opusiera apenas resistencia y sin ofrecerle la oportunidad de pronunciar una queja o alguna palabra.

Se alejó de su segunda víctima de esa noche unos metros, esperando, protegido por la oscuridad, a que lo encontrara alguno de sus compañeros. Pocos minutos más tarde, apareció el siguiente que, mostrándose menos valiente que el anterior, llamó a voces al tercero y jefe del servicio de seguridad de Kozlov.

—¡Vladimir! —gritaba asustado a la vez que buscaba el pulso inexistente del cadáver—.

¡Vladimir! —repetía angustiado mientras sacaba una pistola de la cintura de su pantalón y miraba temeroso a su alrededor. Y esa fue su perdición, dejarse dominar por el pánico de tal manera que se obnubilaron sus sentidos y no vio venir a Alex atacándole por el costado derecho a gran velocidad.

Debido a la fuerza del impacto, ambos cuerpos cayeron al suelo. Alex sabía que tenía poco tiempo antes de que apareciera el renombrado Vladimir y, aprovechando el miedo que paralizó durante unos segundos a su adversario, le asestó un profundo corte en la garganta.

Cuando Vladimir llegó hasta el lugar donde yacían sus compañeros, el segundo hombre aún estaba vivo.

—¿Quién ha sido, Jerry? ¿Quién ha sido? —le exigía a quien en pocos segundos no sería más que un cadáver.

Alex observaba el drama y miedo que ocasionaba la muerte, amparado por la negrura de la noche, a la vez que controlaba la intensa tentación de buscar en ese momento a Viktor. Sin embargo, esa parte sádica de nuestro ser que todos llevamos dentro lo detuvo. Prefirió permitir que el miedo lo torturara durante unos días, quizás unas horas, convencido de que lo merecía. No estaba seguro de cuándo acabaría con la vida de Kozlov, pero tampoco estaba dispuesto a contenerse por más tiempo.

Tranquilamente se dirigió hasta su coche y condujo con la calma que le provocaba la satisfacción de haber actuado correctamente, de haber conseguido que se hiciera justicia una vez más.

Tumbado sobre la cama, sin haberse desvestido siquiera, la vibración de su móvil sobre el pecho lo sobresaltó del ligero duermevela en el que se había sumido mientras esperaba noticias de Pet.

—Lo tenemos, Alex. Sandler es un ex policía despedido por tráfico y adicción a la cocaína y, aprovechando algunos contactos que conserva, hace trabajos de detective para los Kozlov y otros cuando solicitan sus servicios. Ha confesado que Anatoli lo llamó ayer y le pidió que fuera a casa de tu abuela, donde sabía que vivía Johanna. Por lo visto, Anatoli la siguió desde el hospital donde estaba ingresada Maddie —Alex imaginó que Anatoli ataría cabos después del desafortunado encuentro con Johanna, que presenció en el pub de Hoxton y, probablemente, despertó sus sospechas—. Sandler ha hablado con el jardinero de la casa vecina a la de tu abuela y le ha sonsacado bastante información sobre ti.

—¿Puede permanecer encerrado?

—Williams ha conseguido que la policía lo mantenga encerrado y aislado hasta que confisquen la mercancía en Marsella. Es consciente del riesgo que corre tu familia.

—Un par de días... Johanna no se marcha hasta la semana que viene... —decía a la vez que pensaba en el modo de mantenerlos a salvo—. Está bien, Pet. En cuanto Sandler ponga un pie en

la calle, exijo protección en casa de mi abuela durante las veinticuatro horas. Comunícaselo a Williams.

—Cuenta con ello, Alex. Me daré una vuelta por casa de Maddie cada vez que me resulte posible.

—Pero no les comentes nada sobre la vigilancia. No quiero que se preocupen; ya sabes que el estado de salud de mi abuela es delicado. Yo hablaré con Johanna a primera hora de la mañana y la pondré al tanto de la situación para que esté atenta a cualquier persona que merodee por los alrededores de la casa o le resulte sospechosa.

—Sí, será lo mejor —suspiró demostrando la preocupación que le provocaba el riesgo que corría su amigo y compañero y, a partir de ese día, también su familia—. Cuídate, Alex.

—Lo haré. Gracias, Pet.

Alex volvió a revisar el correo electrónico de Anatoli y no halló ninguna novedad. Ya no llegarían más mensajes si habían apresado a Sandler. Borró cualquier huella que delatara su intromisión en el ordenador y regresó a su dormitorio. Simplemente, se cambió de ropa y se vistió con un cómodo chándal que le serviría en el entrenamiento diario que comenzaría en un par de horas. Necesitaba más que nunca desfogar la tensión acumulada y eliminar de su organismo el exceso de adrenalina que podría descontrolarlo en cualquier momento. Pensar en que Johanna y los niños corrieran la misma suerte que su familia conseguía desatar toda la rabia contenida durante veinte años. No permitiría que Anatoli ni su padre se acercaran a ellos.

Logró descansar un par de horas y, cuando salía del gimnasio privado del lujoso edificio, vio cómo las dos mujeres que habían pasado la noche junto a Anatoli se subían en un taxi. Entró en el apartamento y se cruzó con Anatoli, que lo buscaba bastante angustiado.

—Acaba de telefonarme mi padre —le contó nervioso y con lágrimas en los ojos. Alex se esforzaba en no perder el control y dejarse arrastrar por la euforia que sentía—. Esta madrugada se ha producido una auténtica carnicería en los alrededores de la casa de las niñas. Han asesinado a Andrópov y a dos de los guardaespaldas que acompañaban a mi padre.

—¿A Andrópov? —Insistió Alex fingiendo sorpresa—. ¿Acaso estaba solo y sin protección? —Anatoli asintió, y Alex continuó hablando enfurecido, impresionado de sí mismo por la fingida y realista actuación que conseguía engañar a su jefe—. ¿Pero cómo se puede ser tan confiado ante las amenazas que seguimos recibiendo? Por Dios, Anatoli, que acabaron con las vidas de Kirilenko y Salvisky en el mismo centro de Moscú —continuó hablando en su tono frío y exigente—. Os están acosando, Anatoli, cada vez se acercan más a vosotros y no quiero que te separes de mí ni medio metro fuera de este apartamento. ¿Me has entendido? —le advirtió casi con violencia, convenciendo al otro con el tono empleado—. No me gustaría enfrentarme a la ira de tu padre porque no he cumplido bien con mi trabajo y acaban por matarte. —Un fuerte estremecimiento

recorrió el cuerpo de Anatoli, que asentía nervioso y confiado ante las órdenes de su guardaespaldas.

Capítulo 26

Viktor despotricaba al teléfono cuando Anatoli y Yulenko entraron a su despacho.

—¡Es imposible que lo hayan descubierto! —gritaba Kozlov con el rostro enrojecido por la rabia contenida—. Alguien se ha ido de la lengua y ha debido ocurrir desde el barco. Tienes veinticuatro horas para servirme su cabeza en bandeja, Kazakov. Y no es una metáfora. Esto debe estar coordinado con el asesinato de Andrópov; nos están atacando por varios frentes a la vez.

Anatoli y Alex permanecían en silencio mientras escuchaban a Viktor impartir órdenes, desbordado por los acontecimientos, que acababan con sus ambiciones. Alex supuso que la operación dirigida por Moulían desde Marsella habría resultado un éxito completo.

—Han descubierto el cargamento en el puerto de Marsella —les explicaba un decepcionado y abatido Viktor—. Y han detenido a toda la tripulación para interrogarla. Es evidente que el informador de la policía debe estar entre ellos y viajaba en el mismo barco.

—Si esa es tu sospecha —le aconsejaba Anatoli—, que ninguno hable con la policía sin la presencia de nuestros abogados. Así tendremos testigos de los interrogatorios y encontraremos al chivato.

—Ya están volando hacia Francia. Solo espero que lleguen a tiempo y encuentren al o los culpables. Tiene que haber más gente implicada. Anoche aquí y esta mañana en Marsella. Es evidente que lo sucedido en Moscú también nos repercute a nosotros. Se trata de una venganza bien orquestada, no hay duda.

—¿Has hablado con Katrina? —le preguntó Anatoli interesándose por la esposa de Andrópov. Viktor asintió suspirando con fuerza, intentando que la rabia y la impotencia que sentía en esos momentos no lo descontrolaran.

—Tu madre está con ella y se está encargando del funeral. Katrina está empeñada en llevarse el cadáver a Rusia.

—¿Y nuestra policía? ¿Han encontrado alguna prueba que nos diga algo sobre el asesino?

—No. Mis hombres, buscando a los culpables, pisotearon el lugar del crimen y los alrededores. Están convencidos de que se trataba de más de un individuo. Andrópov era un tipo duro, violento y fuerte; no creo que un solo hombre pudiera acabar con su vida sin que opusiera resistencia; Alex se rio satisfecho para sí mismo. Hasta el leal Andrópov delató a su jefe antes de morir. Todos eran escoria que no conocía la honestidad.

—¿Y mamá? ¿Y mis hermanas? —preguntaba un angustiado Anatoli—. ¿Les has puesto protección?

—Un par de hombres a cada una. Aunque no creo que vayan contra ellas. Es evidente que se trata de antiguos policías moscovitas; solo ellos respetarían a los inocentes.

—¿Por qué están tan convencidos de que se trata de antiguos policías? —Fue Alex quien intervino en esta ocasión en un intento de parecer preocupado por la alarmante situación en que se encontraba el clan Kozlov.

—El fiscal de Moscú me llamó ayer. Gruchenko y Bogarov urdieron todo este plan. Lo están buscando aquí, en Londres. Viajó en el mismo vuelo que tú. —El estómago de Alex se encogió en ese instante. Debía advertir a Gruchenko y pedirle a Pet que le proporcionase protección hasta que acabara toda esta operación o sucumbiera el imperio de Kozlov—. Gandisky está convencido de que te siguió personalmente hasta Londres y, después de lo sucedido, estoy de acuerdo con él. Debe tratarse de una banda muy bien organizada, capaz de actuar en varios puntos a la vez.

—¿Y han confiscado todo el cargamento en Marsella? —Viktor asintió preocupado—.

—Suerte que el mercado de Moscú nos salvará de la ruina económica. Por lo menos que compensemos el coste de esta gran operación. Allí contamos con la protección de Gandisky y su policía judicial.

Alex apuntó ese dato. Vasiliev, desde Rusia, debería desenmascarar a Gandisky, el fiscal general de Moscú, lo antes posible. Eso sería más acertado a la larga que confiscar la droga de Kozlov en aquel país.

Andrópov constaba oficialmente como director de la naviera de Kozlov y, por ello, pasarían unos días antes de que se pudiera realizar el traslado del cadáver como pretendía su viuda, quien ya había enterrado hacía diez años a su único hijo, muerto por una sobredosis de heroína. Otro buen castigo para Andrópov, quien, ni siquiera después de morir su única descendencia, fue capaz de rehacer su vida y abandonar el mundo del crimen y de la depravación. Alex los consideraba a todos peores que los animales salvajes; cada minuto que transcurría cerca de ellos, más convencido estaba. Matar por dinero o por poder, sin respeto alguno por la vida, por las personas, aunque fueran débiles e inocentes, solo lo harían animales hambrientos.

Como militar, Alex aprendió a convivir bajo las órdenes y jerarquía de los mandos del ejército, algo que comprendía y justificaba. Sin embargo, su sed de venganza, la realidad en la que convivía durante los últimos meses le había enseñado que, para ciertos individuos, no podía existir la justicia de la que ellos mismos se burlaban gracias al poder que les confería el dinero sucio que ganaban. No, para esa clase de personas solo había un final: ni leyes, ni juicios, ni cárcel. Solo la condena a muerte, sangre por sangre, era lo justo para que expiaran sus crímenes.

Junto a un Anatoli aterrorizado desde que había recibido la noticia de la muerte de Andrópov, incapaz de separarse de Alex ni un metro, no había tenido ocasión de telefonar a Pet. Se sentía angustiado ante la idea de que la misma policía inglesa a la que le pagaba Kozlov, o los hombres de este, encontraran a Gruchenko. Se vio obligado a comunicarse con su compañero a través de un

mensaje que le envió, encerrado en el aseo de la casa del difunto Andrópov, mediante el que le pidió que alejara a Gruchenko y a su mujer de Londres durante unos días. Y de la misma forma se enteró de que Sandler había sido puesto en libertad tras el apresamiento del barco que transportaba la heroína de Kozlov.

Un intenso acaloramiento recorrió su cuerpo sin que pudiera dominarlo. Era cuestión de minutos, tal vez horas, que la información sobre Alex que había conseguido Sandler, llegara a oídos de Anatoli, o peor aún, del mismo Viktor Kozlov. Y no temía por él (era militar, preparado para enfrentarse a la muerte, como había sucedido en el último año y medio). Lo que realmente le asustaba era que tomaran represalias contra los miembros de su familia, lo mismo que hicieron para acabar con la vida de su padre. Kozlov no tendría reparo alguno en vengarse de Alex utilizando a personas indefensas e inocentes; ya lo había demostrado.

Debía anticiparse a la posible reacción de los Kozlov en su contra pero, cuando salió del baño cinco minutos más tarde, no encontró a Anatoli en la casa del difunto Andrópov. Con discreción, preguntó a su madre y le contestó que había salido hacía unos minutos y que deseaba que lo esperase allí mismo.

Ni siquiera se entretuvo en pensarlo. Había visto el coche de Andrópov aparcado junto a la puerta del garaje. Se dirigió a la viuda, simulando un gesto circunspecto y excesivamente respetuoso, y le habló casi al oído.

—Katrina, lamento molestarla, pero la policía necesita la llave del coche de su marido para continuar con su investigación. —La mujer le señaló un mueble del recibidor donde encontraría el llavero de la marca Mercedes que solía usar Andrópov.

A la vez que arrancaba el vehículo, llamaba a Pet con intención de hablarle sobre la impetuosa desaparición de Anatoli.

—¿Estás seguro de que se dirige a casa de Maddie? —le preguntaba Pet nervioso.

—Anatoli estaba aterrorizado; no se atrevía a separarse de mí hasta hace unos minutos. ¿Y de repente desaparece? Si se ha marchado, solo es porque está seguro de que tiene controlada su amenaza. Y, probablemente, al igual que yo estoy haciendo contigo, habrá informado a su padre y su jefe de seguridad, Vladimir. —Se calló un instante—. Voy hacia la casa de mi abuela.

—Informaré a Williams sobre la situación y te seguiré. No te muevas de allí hasta que yo llegue. No vamos a permitir que les pongan las manos encima.

—Por supuesto que no —añadió Alex, totalmente convencido de sus palabras y de su destino.

Johanna se dirigía hacia el apartamento que había compartido meses atrás con sus primos, donde

debía recoger algunas de sus pertenencias que aún guardaba allí. Ben y Gerome pasarían los días siguientes, hasta que todos subieran al avión con destino a Oklahoma, en casa de Maddie, ya que se habían visto obligados a dejar el apartamento a unos nuevos inquilinos. Nastia y la abuela habían tenido que ir al consulado americano para resolver algunos asuntos relacionados con su cambio de residencia y ella tuvo que llevarse a los gemelos, quienes viajaban dormidos en sus sillitas bien ancladas al asiento trasero del vehículo.

Johanna conducía nerviosa, recordando la advertencia que Alex le había hecho hacía unos días sobre que prestara atención al salir o al entrar, ya que alguien podría estar vigilándola. Eso quería decir que quizás habrían descubierto la tapadera de Alex y que todos correrían peligro si lo identificaban. No era una ignorante que no imaginara cómo era la situación profesional de Alex, y había visto suficientes películas para suponer lo que podía sucederle a un hombre que se hubiera infiltrado entre un grupo de delincuentes. Estaba convencida de que existiría algún tipo de peligro, y grave, si Alex se había visto obligado a desvelarle cualquier detalle de su trabajo.

El quejido de uno de los pequeños la distrajo durante unos segundos en los que miraba fugazmente hacia la carretera y por el espejo retrovisor, que había rectificado en ese momento con la intención de vigilar al niño.

—Tranquilo, Samuel. Ya falta poco. —El pequeño se calmó al escuchar la voz de su madre—. Vá a despertar a Lawrence.

Recolocó el espejo retrovisor y entonces lo vio. Para asegurarse dirigió su mirada hacia el espejo lateral derecho donde también aparecía la imagen de un coche idéntico al que Alex había usado para llevar a Maddie desde el hospital. Pensó que quizás se tratara de él, pero los cristales tintados del lujoso vehículo le impedían averiguarlo.

Intentó permanecer tranquila y sacó el móvil de su bolso sin perder de vista la carretera. Marcó en automático el número de Alex y conectó el altavoz. Él no tardó en contestar.

—¿Johanna? —La chica leyó la angustia en el tono de voz de Alex—. ¿Qué sucede?

—¿Vienes conduciendo detrás de mí? —le preguntó directa.

—¿Qué coche conduces?

—El Mini de tu abuela, donde puedo anclar las sillas de los niños.

—¿Van los niños contigo?

—Sí —Alex maldijo para sí mismo e intentó no transmitirle la angustia que sentía en ese momento—. Tu abuela y Nastia tenían algunos asuntos que resolver en el consulado americano, y yo voy a ayudar a Ben y Gerome a dejar listo el apartamento para los próximos inquilinos, que lo ocuparán esta misma noche.

—¿Crees que te están siguiendo?

—Si no es el mismo coche, se parece al que conducías el otro día. Hace unos minutos que viene detrás de mí y, Alex... No he tenido más remedio que traerme a los niños, era... —Un fuerte estruendo impidió que Johanna continuara con la conversación; debido al golpe que había recibido en la parte posterior de su coche, casi chocó su frente contra el volante; al menos pudo

mantener el control del vehículo.

Johanna podía escuchar los gritos de Alex, que la llamaba a través del móvil, que había salido despedido del asiento y había caído al suelo.

—Estoy bien, Alex, estoy bien —le gritaba intentando permanecer tranquila. Me ha golpeado por detrás ahora que estoy cerca de la autopista, apenas hay tráfico; creo que estaba esperando que llegara a este tramo solitario para atacarme.

—Johanna, tu coche es rápido y seguro, aunque sea pequeño. Dirígete a la autopista o a otra carretera donde puedas correr y no cortes la comunicación. Pero, por lo que más quieras, no te detengas. Si tomas algún desvío, comunícamelo. Dejaremos la línea abierta. No tardaré en darte alcance; ya iba de camino. —Se oyó la protesta de uno de los niños—. ¿Es Samuel? —le preguntó Alex, intentando distraerla del peligro que corría—. Menudo genio tiene.

—Sí. Es muy temperamental.

—Como alguien a quien conozco.

—Si te refieres a ti mismo, has acertado —se burló Johanna.

—Cántale, Johanna. Tranquilízalo. —La chica comenzó a canturrear en comanche sin perder de vista la carretera ni el espejo retrovisor y, como Alex suponía, el pequeño se tranquilizó—. No cortes la comunicación, Jo —le pidió tranquilo—. Hablaré con Pet por otro teléfono; dame un minuto. Y, por favor, no te detengas.

Alex esquivaba los coches que le salían al paso a izquierda y derecha a una velocidad vertiginosa, apremiado por los gritos de Johanna que lo advertían una y otra vez sobre la cercanía del misterioso coche y por el llanto de los niños, que sentirían la angustia de su madre. Por fin Anatoli le contestó al teléfono.

—No lo hagas, Anatoli. No te acerques a ellos.

—No te atrevas a suplicarme por la vida de tu ramera india y de tus hijos mestizos, teniente Cameron. ¡Hijos, tienes hijos! —exclamó enfadado y decepcionado con el que creía su amigo—, y no has sido capaz de contármelo en estos meses que hemos convivido como hermanos. —Anatoli permitía que la ira que le provocaba la traición de Alex lo dominara por completo—. Yo... te he tratado como lo habría hecho si tuviera un hermano, Alexander.

—No es una súplica, Anatoli —exigió sin expresar emoción alguna—. Es una advertencia. Detén el coche, te explicaré como está la situación, e incluso te ofreceré la oportunidad de huir a Moscú. Pero no te acerques a ellos —le exigió con tanta frialdad que, durante un instante, Anatoli dudó y pensó obedecerlo. Luego, recordó las mentiras que le había contado Alexander y se enfureció más aún.

—Ellos no serán más que el principio. Tu abuela y tu antigua niñera también morirán. Y, cuando todas las personas que amas estén muertas y sepas que tú has sido el único responsable de su

desaparición, acabaremos lentamente contigo. Disfrutaré torturándote y matándote, Alexander. Llevas meses burlándote de nosotros y pagarás por ello. Ahora debo colgar, voy a violar a tu mujer y, después que la mate, te contaré si me ha satisfecho lo suficiente. —Soltó una carcajada conocida para Alex, esa que sonaba histérica cuando estaba bajo los efectos del exceso de cocaína—. Estoy ansioso por follármela; tendrá un polvo magnífico para conseguir que le seas fiel durante más de un año. —Cortó la comunicación.

—¿Johanna? —Preguntó angustiado tras conectar el otro teléfono al aparato de manos libres.

—Lo tengo encima, Alex, a cinco metros y no me atrevo a apretar más el acelerador —le dijo más tranquila de lo que el hombre estaba—. Temo salirme de la carretera... —De nuevo otro golpe interrumpió la conservación—. ¡Alex! ¡Alex!

Hasta que un golpe más fuerte cortó la comunicación.

Mientras intentaba llegar hasta Johanna, le pareció vivir una pesadilla. Una pesadilla terrible y nada parecida a la que había vivido a los inconscientes nueve años, porque ahora él era el responsable de lo que le sucediera a Johanna y a sus hijos. Se sentía como un participante más en el accidente por haber conducido hasta ellos a los Kozlov. Debió mantenerse alejado de Johanna mientras estuviera implicado en esa operación encubierta y continuara relacionándose con esos asesinos. Sin embargo, permitir que Johanna pensara que él tuviera algo que ver con Mel, la amiga de Anatoli que había elegido el momento más inoportuno para besarla, y el hecho de que no hubiera podido ir antes a verla, lo empujó a hablarle sobre los últimos meses de su vida, aunque no entrara en detalles profesionales, y a aclararle que esa mujer no significaba nada para él, que había soñado cada día con volver a verla y con tener la oportunidad de conocer a sus hijos. Y, en tan solo cuatro semanas desde su regreso, se la había servido en bandeja a sus peores enemigos.

No había tráfico cuando atisbó el pequeño Mini de su abuela empotrado contra un árbol y a Anatoli, que intentaba abrir la puerta del conductor, exigiéndole a Johanna que la abriera a punta de pistola, gritándole e insultándola, totalmente fuera de sí, dando rienda suelta a toda esa ira que acumulaba en su interior. El llanto de los bebés le encogió el estómago. Se acercaba sigiloso cuando el ruso retrocedía unos pasos, sacaba una pistola y apuntaba a la ventanilla. Y entonces se arrojó sobre él sin pensarlo dos veces.

Johanna recobraba el conocimiento a la vez que el airbag se desinflaba y le permitía respirar.

—Samuel, Lawrence —susurró al oír el llanto de los pequeños—. Enseguida estoy con vosotros. Calmaos, chicos. Mamá os atenderá enseguida.

Sin embargo, le costaba mucho moverse; el golpe la había dejado aturdida. Concentrada en mantenerse erguida y quitarse el cinturón de seguridad, a lo que no atinaba, no percibió a la figura masculina que intentaba abrirle la puerta bloqueada hasta que oyó los gritos que la insultaban.

—¡Abre la puerta, maldita puta india! ¡Abre o te juro que me cargo a esos mocosos antes que a

ti, zorra!

Johanna buscaba inútilmente el móvil que, debido al fuerte impacto sufrido contra un árbol que ahora veía con claridad, estaría debajo del asiento del copiloto. Debía contarle lo ocurrido a Alex y advertirle sobre el hombre que los estaba amenazando. Con la misma claridad con que vio retroceder un metro al sujeto que, sin dejar de gritar obscenidades, le apuntaba con una pistola. De repente, el pecho del hombre se cubría progresivamente de rojo carmesí mientras la miraba con ojos espantados.

—Podías haberte librado de esta, maldito estúpido —susurraba Alex al oído de Anatoli, quien forcejeaba inútilmente contra los brazos que lo sujetaban desde atrás—. No pensaba matarte a ti, pero no me has dejado alternativa. ¿Acaso creías que iba a permitirte que le hicieras daño a alguien de mi familia? No soy tan iluso y confiado como lo fue mi padre.

Anatoli dejó caer el arma y, cuando su guardaespaldas lo soltó, cayó de rodillas y se cubrió el cuello con ambas manos, en un desesperado intento por frenar lo inevitable, que se le escapara la poca vida que le quedaba a la misma velocidad con que la sangre escapaba de su cuerpo. El desplome del cuerpo inerte de Anatoli permitió que Johanna viera a Alex tras él; entonces la chica cerró los ojos y perdió la conciencia.

Capítulo 27

Se encontraba en su propia cama cuando recobró el sentido y solo recordaba un par de imágenes.

—No te preocupes, Jo —le susurraba Alex al oído mientras la sacaba del coche—. Los niños están bien y a salvo. Y tú también —y sintió los labios fríos de Alex en su frente y su aliento cálido en la oreja.

La segunda imagen era la del rostro de Alex enrojecido por el esfuerzo mientras subía la escalera de la casa de su abuela con ella en brazos. La chica intentó poner los pies en el suelo, pero Alex se detuvo y le ordenó tranquilizarse. Luego, la tumbó sobre la cama y le acarició suavemente el cabello hasta que se durmió otra vez.

—Descansa, mi precioso colibrí. Estás en casa. Descansa ahora. —En esa ocasión sintió que la besaba en los labios con suavidad, como si la acariciara.

De repente, apareció, como si de una terrible pesadilla se tratara, otra imagen espantosa y desagradable en su mente y le robó un grito cargado de espanto. La del hombre con el pecho bañado de un intenso rojo que, despierta, entendía que era sangre, y unos ojos azules abiertos como platos le transmitían el terror de tomar conciencia de su porvenir, de que ya era un hombre muerto.

—Todo está bien, Johanna —la reconfortaba Alex, que enseguida acudió junto a ella—. Los niños están con Nastia y mi abuela. ¿Cómo te encuentras? —Johanna lo observó durante unos segundos como si no lo conociera—. ¿Te duele algo? —le preguntó preocupado al comprobar que no tomaba conciencia de la realidad, a la vez que recorría cuidadosamente el cuerpo de la chica con los ojos y con las manos—. ¿El cuello?

—Creo que no. Quizás la frente. —Se pasó la mano, se rozó un pequeño bulto e hizo un gesto de dolor—. ¿Quién era ese hombre, Alex? ¿Y por qué quería hacernos daño? Acabo de verlo morir otra vez.

—No te preocupes por él, Johanna. No volverá a atacarte —dijo con frialdad.

—La sangre... —susurró Johanna impresionada—. ¿Lo has matado? Tú estabas detrás de él y le cortaste el cuello...

—No he tenido más remedio que hacerlo. No permitiré que nadie se acerque a vosotros con intención de haceros daño, como le sucedió a mi familia —añadió compungido.

—A ellos los asesinaron —Alex asintió—. Y ese hombre quería hacernos lo mismo a nosotros.

—No debí acercarme a esta casa hasta que hubiera terminado con esta misión —reconoció con pesar—. Esa muestra de debilidad por mi parte os ha puesto en peligro.

—¿Quién era ese hombre que has matado?

—Anatoli Kozlov, el hombre para el que he estado trabajando todo este tiempo. El hijo del principal asesino de mi familia. Una mala bestia...

—¿Y entonces... cómo has podido trabajar para él sabiéndolo? —preguntó aturdida y sin comprender la misión de Alex.

—Durante ese tiempo he sido uno de ellos. Esa era mi misión. Infiltrarme entre ellos, gracias a mis antecedentes familiares, e informar sobre sus planes.

—¿Convertirte en un delincuente? ¿En un asesino?

—Era mi trabajo, Johanna —le respondió serio—. Infiltrarme e informar de sus crímenes. Y, a veces, te ves obligado a hacer cosas que no te agradan. Pero no tienes elección.

—¿Como besar a esa chica? —Alex entendió a qué se refería Johanna y atajó sus dudas.

—No, Jo. No sigas por ahí. Quizás lo único que he hecho bien respecto de nosotros durante este tiempo que hemos estado separados ha sido respetar tu recuerdo y nuestras posibilidades de futuro. No ha habido ninguna mujer. —Johanna se esforzó para creerlo, pero su actitud huidiza no convenció a Alex—. Jo, me dijiste que no te acostaste con el médico y te creí. ¿Por qué no puedes creerme tú si te cuento lo mismo?

—Lo intento, Alex. Me estoy esforzando por comprender todo lo que está sucediendo desde que nos separamos... —Un repentino estruendo interrumpió la conversación.

Alex tiró de Johanna con fuerza, la sacó de la cama, la tumbó en el suelo y la cubrió con su cuerpo; todo a una velocidad vertiginosa.

—¿Qué sucede? —preguntó asustada.

—Son disparos de un arma automática.

—¿Disparos?

Alex forcejeó con Johanna, quien intentaba levantarse preocupada por proteger a los niños del tiroteo y estaba aterrorizada pensando en que alguna bala los hubiera alcanzado.

—Suéltame, Alex —gruño revolviéndose—. Los niños estarán abajo... Maddie... Nastia...

—Pet está con ellas y habrá reaccionado del mismo modo que yo. Espérame aquí unos segundos y no te levantes.

Alex salió a toda prisa del dormitorio y, con precaución pero sin detenerse, se dirigió a la escalera. Se enojó con Johanna al comprobar que lo seguía.

—Te he dicho que esperaras tumbada en el suelo —le reprochó obligándola a encorvarse de un modo exagerado.

—Lo haré cuando esté junto a los niños.

—Está bien —permitió exasperado—. Ni se te ocurra levantar la cabeza —le ordenó a la vez que se sacaba un arma de la cintura del pantalón y la amartillaba cuando los disparos volvieron a repetirse, lo que provocó un gemido ahogado de la chica.

—¿Crees que entrarán? —preguntó aterrorizada.

—No, Jo. Tranquilízate. Hay cuatro agentes vigilando el exterior de la casa y habrán repelido el ataque.

—¿Cómo lo sabes? —Se mostraba incrédula ante la calma que dominaba a Alex.

—Porque mi trabajo es saberlo. Los últimos disparos se han realizado con un arma distinta, una de las nuestras.

Entraron en la sala de estar y encontraron a las dos mujeres, Margaret, la asistente, y los niños, todos protegidos entre dos grandes y mullidos sofás, mientras Pet vigilaba desde una ventana. Johanna dio una carrera hacia sus hijos.

—Están bien, Johanna —la tranquilizaba Nastia—. Ni siquiera han llorado. Pet nos puso a salvo en cuanto sonaron los primeros disparos.

—¿Cómo se han organizado tan pronto? ¿Y por qué han sabido que has sido tú? —le preguntaba Pet impresionado—. No han pasado más de tres horas.

—Sandler se estará ganando un buen dinero esta tarde y toda la confianza de Viktor Kozlov. —Pet asintió—. Y tienen gente comprada en la policía de Londres, no te olvides de ese detalle.

—¿Habéis avisado a mis primos? Deben estar a punto de llegar —comentó Johanna sin ocultar su angustia—. ¿Y si los hombres de fuera los confunden y les disparan?

—Tus primos son inconfundibles, Jo —se burló Pet.

—Sí, pero vuestros compañeros no los conocen —comentó preocupada—. ¿Y si piensan que van disfrazados?

Pet y Alex alzaron las miradas al techo durante unos segundos y, conteniendo la risa, el último se dirigió a la puerta de entrada.

—¿Alex! —le gritó alterada Johanna—. ¿No irás a salir?

—Estaré fuera hasta que lleguen tus primos. —Sonrió divertido—. Alguien de mi familia tendrá que darles la bienvenida a la fiesta. —Johanna le dirigió una mirada malhumorada mientras escuchaba las carcajadas de Pet—. Además, no creo que los malos regresen, por ahora —le aclaró en tono burlón, lo que irritaba aún más a la chica india—. Ya saben que estamos preparados.

—No sé qué tiene esto de divertido, Alex —le reprochó dirigiéndose hacia él mientras el hombre la contemplaba sonriendo ante su ataque de mal genio—. Pero, si nos hieren o nos matan a alguno de nosotros, no creo que te hiciera ninguna gracia. —Esas palabras fueron un sorprendente jarro de agua fría para Alex.

Alex cerró la puerta tras ella y la abrazó con fuerza.

—Si os sucediera algo... —reconoció más emocionado de lo que Johanna lo había visto jamás—. Lo único que Pet y yo pretendemos es no asustaros y quitar importancia al tiroteo, Jo. No quiero preocupar a mi abuela más de lo que ya estará. Esto solo ha sido un reconocimiento de la situación y a la vez una declaración de guerra. Yo he matado a su hijo; a cambio, Kozlov no solo querrá mi cabeza: intentará borrar de la Tierra a toda mi descendencia. Sangre por sangre.

—¿Se vengará intentando matar a mis hijos? —preguntó Johanna asustada, con la incomprensión grabada en su rostro y con lágrimas en los ojos—. ¿Qué mal les han hecho unos bebés?

—Ese hombre encarna todo el mal que existe en el mundo, Jo. Ni siquiera intentes comprenderlo ni justificarlo. Viktor Kozlov es la maldad personificada —lo dijo tan convencido que Johanna se estremeció con brusquedad y Alex la abrazó intentando reconfortarla—. No te mentiré ni te ocultaré nada más sobre mi vida o sobre mi trabajo. Y esto es lo que he estado haciendo desde que nos separamos, conviviendo cada día con lo peor que puede dar de sí una persona, junto a las bestias más salvajes del planeta. Auténticos depredadores de hombres. Solo mis recuerdos sobre ti, el deseo de conocer a mis hijos y tu voz me han ayudado a permanecer cuerdo.

—¿Mi voz? —le preguntó extrañada.

—Sí. Tengo grabadas en el móvil algunas de tus canciones y las oía cuando necesitaba recordar quién era; créeme, tu voz renovaba mi fuerza de voluntad. Tú me has salvado de la destrucción y me has guiado de nuevo a tu lado. —Johanna pudo leer todo el sufrimiento que había sentido Alex reflejado en sus ojos grises—. Pase lo que pase, a partir de ahora, necesito que estés convencida de que no he dejado de quererte ni un segundo durante todo este tiempo que estuvimos separados... —Johanna lo interrumpió angustiada y se separó de él con brusquedad.

—No te despidas de mí, Alex. ¿Es eso lo que tratas de hacer? —El hombre bajó la mirada con un gesto serio, esculpido en su bello rostro—. Nos marchamos a casa dentro de dos días y creí que vendrías con nosotros.

—Escúchame con atención, Johanna. —Ella le dio la espalda y se acercó a una ventana mientras Alex seguía hablando—. Debo acabar con este trabajo o no tendremos paz jamás. Kozlov me perseguirá mientras siga con vida; y a ti; y a los niños; incluso a mi abuela. Intentará matarnos a todos nosotros. —La chica negaba con un gesto ofuscado—. Así que debo anticiparme a sus planes y acabar con él.

—Tú empezaste todo esto con tu insaciable deseo de vengar a tu familia —le gritó furiosa a la vez que se giraba para encararlo—. Podías haber continuado con tu vida y haberte quedado conmigo y con tus hijos. Y ahora nos has metido a nosotros en este horrible y desagradable asunto en el que arriesgas nuestras vidas. No creo que te importemos tanto, Alex. Después de todo, eres tan cruel y egoísta como ese tal Kozlov que nos quiere asesinar.

Durante unos segundos permanecieron en silencio, mirándose a los ojos mientras el eco de las duras pero reales palabras de Johanna resonaba entre ellos. Fue Alex quien habló:

—Esto comenzó cuando Kozlov ordenó la muerte de mi familia. Pero tienes razón en algo. Lo que he demostrado con mi comportamiento; desde que te conocí, solo ha sido egoísmo y crueldad, Johanna, y las personas no demuestran quiénes son, lo que quieren o lo que necesitan a través de sus palabras o sus deseos; lo demuestran a través de sus actos. Y, aunque sea un hombre egoísta y cruel, estoy dispuesto a asumir las consecuencias de los míos y terminaré lo que empecé. —Salió

de la casa dejando tras de sí miedo y dolor.

Johanna, temblorosa, regresó a la sala sintiendo que quizás su relación con Alex había llegado a su fin. Se arrepentía de la crueldad y dureza de las palabras que le había dicho. Pero eran ciertas, tan ciertas como la existencia de los dos niños que habían nacido de ellos, de las únicas personas de las que se preocuparía a partir de ese instante. Si ese maldito Kozlov llegaba hasta sus hijos, sería porque antes la habría asesinado a ella. No se separaría de los pequeños ni un instante hasta que subiera en el avión y se dirigiera al único lugar del mundo donde más ansiaba estar en ese momento incierto, en el rancho, el refugio de su familia.

El encuentro directo entre Alex, Ben y Gerome no resultó mejor que la última conversación que habían mantenido Johanna y Alex porque, sin que entre los primos lo hubieran hablado, la conclusión fue la misma. Esa delicada situación la había provocado Alex por tomar la errada decisión de acercarse a ellos antes de acabar con esa peligrosa misión.

—Aunque Johanna adore a sus hijos, aunque los quiera más que a su propia vida —le decía Gerome a un Alex que afrontaba esas palabras y ocultaba su abatimiento—, lo único que has hecho por ella es que conozca el sufrimiento bien de cerca, Y ahora te atreves a poner en peligro su vida y las de tus propios hijos —le dirigió una mirada altiva cargada de desprecio—. ¿Qué clase de hombre eres?

—Basta, Gerome —intervino Pet viendo que su amigo no se defendería—. Alex solo estaba haciendo su trabajo.

—¿Su trabajo? ¿Restregarse con una mujer delante de Johanna es su trabajo? —le reprochaba sin alzar la voz, pero totalmente convencido de la razón que contenían sus palabras, impresionando a Pet, quien desconocía lo sucedido en el pub de Hoxton—. ¿Que tireteen a la única familia que le queda forma parte de su trabajo? No. Alex no siente respeto por nada ni por nadie que no sea él mismo y sus estúpidos deseos de venganza.

—No te metas, Pet —contestó Alex antes de que Pet interviniera de nuevo—. Gerome tiene razón. Eso es lo único que he hecho por todos ellos. Es lo único que he demostrado hasta ahora. Lo reconocí esta tarde ante Johanna y lo reconozco ahora ante ti —le dijo al joven indio que lo miraba con los ojos rebosantes de rabia contenida—. Solo me queda la esperanza de intentar enmendar mis errores porque, aunque te parezca mentira, Johanna y los niños son las personas más importantes de mi vida, incluido yo mismo. —Salió de la cocina donde recogían los restos de la cena frugal que se había preparado esa noche.

Por primera vez, Gerome y Benjamin vieron a Pet verdaderamente furioso.

—¿Cómo podéis hablarle de ese modo? No tenéis ni idea del sufrimiento que ha estado torturándolo desde que se separó de Johanna, ni de la vida que se ha visto obligado a llevar durante estos meses, ni de lo que ha visto u oído; toda esa clase de maldad que escapa a nuestro entendimiento y que no tiene cabida en nuestras vidas, pero que está rodeándonos ahí fuera.

—¿Obligado? —le replicó Ben—. Obligado por ese deseo que lo domina: saciar su sed de venganza.

—Sí, puede ser que esa fuera su motivación principal. Pero hasta ahora ninguna fuerza del orden le había infligido un daño irreparable a esa gente maldita. Gracias a Alex, esa red de delincuencia y corrupción, forjada hace más de treinta años, ha sido casi destruida. Lo que ocurre ahora solo son los últimos coletazos de vida del animal que ordenó la muerte de la familia de Alex. Y el hecho de que mataran a su madre y a sus dos hermanas de cinco años lo ha convertido en el hombre que es, el más valiente que he conocido. —Gerome fue a protestar, pero un gesto de Pet lo detuvo—. Alex mantendrá a su familia a salvo y no se detendrá ante nada hasta conseguirlo. No tenéis que preocuparos por ello.

Alex se dirigió al dormitorio donde creyó que se había reconciliado con Johanna hacía unos pocos días y donde descansaban sus hijos, ajenos al mal que los acechaba, al rencor de su madre y a la frustración de su padre. La chica salió del baño y lo encontró meciendo la cuna del inquieto Samuel, a quien siempre le costaba más conciliar el sueño. Pero solo recibió de ella el enorme peso de la ignorancia mientras se dedicaba a guardar ropa en dos grandes maletas.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Alex con amabilidad.

—No, gracias —fue la escueta respuesta de Johanna.

—Ben ha hablado con tu padre. Mañana por la tarde llegará acompañado de tus tíos y algunos de tus primos. Al parecer no se fía mucho de la seguridad que yo pueda ofrecerlos. —Johanna lo miró furiosa por el tono jocosos en el que había hablado—. Hace bien. Yo actuaría del mismo modo que tu padre si mi hija estuviera cerca de un hombre como yo.

—¿Pretendes hacerte la víctima de esta desagradable situación? —Johanna no ocultaba la decepción que Alex le había provocado—. ¿Por qué has subido a mi dormitorio?

—El otro día creí que sería por fin nuestro dormitorio, donde duermen nuestros hijos —reconoció abatido—. Y me sentí en casa por primera vez desde los nueve años —acabó su frase en un susurro.

—Lo sé, Alex —reconoció con sinceridad—. Me di cuenta de ello.

—Tú habías perdonado mis errores del pasado, Jo. Esa noche me perdonaste.

—Sí, tienes razón. Creí que podríamos continuar donde lo habíamos dejado cuando nos habíamos separado. Pensaba que mis sentimientos hacia ti no habían cambiado.

—¿Y lo han hecho? —preguntó en un susurro—.

—Te quiero, Alex, si es a eso a lo que te refieres. Pero no estoy enamorada del hombre que tengo ante mí, el que ha sido capaz de arriesgar de este modo la vida de sus hijos por satisfacer un egoísta deseo de venganza. Yo sigo enamorada del guerrero orgulloso y soberbio que conocí después de un concierto. Desde que te vi matar a ese hombre, he podido ver las partes ocultas de tu espíritu.

—Y, por lo que veo, no te ha gustado mucho lo que ha averiguado tu intuición comanche. —

Johanna negó con un gesto.

—¿Cuándo será suficiente para ti, Alex? ¿Cuándo saciarás tu sed de venganza?

—Después de que acabe con Viktor Kozlov, sobre todo tras lo sucedido hoy. Mi padre se confió demasiado y perdió su vida y la de casi toda su familia. A mí no me ocurrirá lo mismo.

—Hay muchas maneras de perder, Alex —le dijo Johanna con convencimiento.

—¿Te he perdido ya? ¿Es eso lo que quieres decir? —Alex la miraba con tanta intensidad que logró intimidarla—. Háblame claro, Johanna.

—No te atrevas a exigirme nada —le reprochó la chica reponiéndose de la amenaza a la que se había visto sometida—, ni siquiera una explicación sobre mis sentimientos. En estos momentos ya tengo bastante con pensar en que pueden asesinar a mis hijos en un insignificante segundo.

—No lo permitiré, Jo —dijo convencido—. Eso no ocurrirá.

A pesar del convencimiento que demostraba Alex, Johanna leyó abatimiento en su gesto corporal, siempre de presencia arrogante y orgullosa, mientras abandonaba la habitación.

A las siete de la mañana, los miembros de la Interpol, el coronel Williams y los tenientes Cameron y Scott, se reunían en el que había sido el despacho del abuelo de Alex.

—Debió mantenerse alejado de su familia, Cameron —le recriminó con rudeza Vasiliev—. La detención de Kovlov, su juicio público, resultará imposible, dada la guerra que se ha declarado.

—Yo me encargaré de solucionar el problema una vez que mi familia esté a salvo en los Estados Unidos. Solo necesitaré su apoyo hasta que eso suceda. Después, quiero carta blanca.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Moulían, sorprendido por la exigencia del teniente.

—Somos militares —aclaró Williams—. Si se rinden, los detendrán; si disparan, responderán, y entonces no serán responsables de lo que suceda.

—No vamos a tolerar que ocurra una guerra abierta en pleno Kensington.

—Le aseguro que no habrá ninguna —le aseguró Alex—. Kovlov no arriesgaría la vida de su familia ni haría público su estatus criminal. Una de sus hijas está embarazada y sabe que lo detendrán si se descubre la tapadera que lo cobija en esa sociedad hipócrita que lo ha aceptado.

—Se ha fortificado en la casa de las niñas —les informó Scott—. Yo mismo lo he comprobado durante esta madrugada, tal como Cameron y yo sospechábamos. Y allí lo atacaremos. Nosotros dos solos. No necesitamos que nadie más se implique.

—Esa mansión está alejada de todo, y allí solo quedan los hombres de Kovlov y él mismo —aclaró Alex.

—Kazakov está en paradero desconocido. Al parecer, ha desertado —les comunicó Moulían satisfecho—. El imperio de Viktor Kovlov ha sido destruido en Europa, salvo en Rusia —añadió mirando a Vasiliev—. Ahora solo queda detenerlo o... —Como agente de la ley se vio obligado a guardar silencio.

—Me gustaría hablar en privado con el teniente Cameron, si no les importa —pidió Vasiliev y esperó que los demás abandonaran la habitación.

El policía ruso miró con una intensidad abrumadora a los ojos grises de Alex.

—Yo conocí a su padre. Bueno —aclaró—, más que conocerlo lo vi en varias ocasiones, también acompañado por su familia. Yo era un agente recién salido de la academia y tú solo un niño. Fue un hombre respetado, a pesar de sus negocios ilegales; no fue un asesino, o al menos no se le conocía ningún delito de sangre. Era muy difícil llegar hasta él porque su gente lo protegía con una lealtad sin precedentes y que la policía no entendía; fue un hombre generoso y comprensivo. Quizás eso lo condujo a la muerte.

—Probablemente. Confió en quien no debía... —Vasiliev alzó una mano interrumpiendo a Alex.

—Sé lo que has hecho en Moscú. Estoy al tanto de tu ajuste personal de cuentas —Aunque solo fuera durante un par de segundos, Vasiliev vio un gesto de sorpresa en la máscara gélida que normalmente era el rostro de Alex—. Algunos de mis agentes colaboraron con Bogarov y Gruchenko bajo mis órdenes. Lástima lo de Leonid; fue un buen policía y una gran persona.

—Sí. Lamenté mucho lo sucedido. Me prestó una ayuda impagable, al igual que Gruchenko.

—Yo lamento que Rusia no te pueda ofrecer una medalla por librarnos de esos criminales. A veces la justicia no tiene cabida en un mundo como este. —Alex asintió con firmeza—. No imagino lo que un hombre como tú puede haber sufrido conviviendo con ellos, conteniéndose cada día ante los asesinos de su familia... —Vasiliev se calló un instante—. Extraoficialmente, te felicito por tu trabajo, la valentía, la brillantez y la inteligencia que has demostrado durante estos meses. No soy el único oficial al tanto de tu misión y, en nombre de ellos y en el mío —le tendió una mano—, gracias. Estamos en deuda contigo, Alexander Yulenko Cameron.

Alex no dudó en apretar su mano.

—Gracias a usted por permitirme resolver esos asuntos personales. Aunque aún...

—Es mejor que yo no lo sepa —dijo Vasiliev sonriendo—. Soy un agente de la ley ruso y usted, un oficial inglés de las fuerzas especiales.

—Sí, no lo olvidemos.

Capítulo 28

Johanna bajó a la cocina antes de las ocho de la mañana con la intención de preparar el biberón de los gemelos. No había visto a Alex después de la última discusión de la noche anterior. Al entrar, se cruzó con un hombre en la cincuentena que, por su presencia firme y altiva similar a la de Alex y Pet, intuyó que se trataría de un militar. Salían del antiguo despacho del abuelo de Alex; este y Pet parecían acompañarlo a la salida.

—Buenos días —saludó la chica, algo cohibida.

Alex le sonrió y se acercó a ella sin dejar de observarla.

—Coronel Williams, ella es Johanna. —El hombre le ofreció la mano, que ella no dudó en estrechar—. La madre de mis hijos. —Johanna miró a Alex sorprendida por la frialdad con que pronunció sus palabras, preguntándose si ya solo era para él lo que acababa de anunciar.

—Encantado de conocerla, Johanna —contestó Williams admirando el hermoso rostro de la chica—. En las últimas horas se ha hablado mucho de usted y de sus hijos gemelos.

—¿Han despertado? —preguntó Alex emocionado y sin ocultar el orgullo que sentía al hablar sobre ellos.

—Me gustaría conocer a ese par de diablillos. —Williams era un afectuoso padre de familia numerosa a quien le encantaban los niños; el hombre no ocultaba su entusiasmo sincero.

—Por supuesto, coronel. Espere un momento.

Johanna lo siguió con la mirada mientras Alex subía los escalones de dos en dos y no tardó en aparecer con un niño en cada brazo, mientras Williams preguntaba por el nombre de los chiquillos y, al verlos, esbozaba una ancha sonrisa. Enseguida Pet cogió a Samuel, más inquieto y revoltoso y por quien sentía cierta predilección.

—Este es un gamberrillo. ¿Verdad, Samuel? —Le decía Pet mientras lo alzaba hacia el techo y conseguía las carcajadas del niño.

La presencia de Gerome y de Ben interrumpió la presentación cuando Williams observaba impresionado el aspecto comanche de los dos hombres.

—Son los primos de Johanna —los presentó Alex enseguida—. Benjamin, Gerome, el coronel Williams, nuestro jefe al mando.

Una vez que se cumplieron con las normas de educación, Ben explicó el motivo de su presencia.

—Mi tío Richard y parte de nuestra familia llegarán dentro de una hora. Tenemos que ir a recogerlos, pero necesitaremos dos coches.

—Por supuesto, Ben —se ofreció Alex con amabilidad—. ¿Cuántos vienen?

—Ocho personas —contestó preciso sin ocultar su enfado con Alex—. Mi padre, mi tío John y los demás, tres primos y dos de las primas más mayores.

—No tendrían que haberse molestado en venir —intervino Williams—. No permitiremos que le suceda nada malo a ningún miembro de su familia.

—Ya —respondió Gerome cortante—. Conocemos la historia de la familia de Alex y somos conscientes de cómo las gastan esos criminales. No estarán solos —añadió dirigiendo una mirada ceñuda a los bebés.

—Entiendo la preocupación de su tío —insistió Williams—, pero de este modo lo único que consiguen es llamar más la atención y ser un blanco más fácil. Cameron —se dirigió a Alex tomando su papel de superior—, imagino que no querrá moverse de esta casa en estos momentos.

—Imagina bien, señor.

—Que Scott los acompañe al aeropuerto y les explique allí mismo las normas de seguridad que deberán cumplir una vez que entren en esta casa. Nosotros organizaremos la operación salida de mañana. —Una vez dicho esto, regresó al despacho—. Ya no podemos mandarlos de regreso a Estados Unidos, aunque quizás estarían más seguros si pasaran la noche en el aeropuerto y así nadie sabría adónde se dirigen. —Johanna dirigió una mirada aterrorizada a Alex.

—Espéreme unos minutos, coronel. Puede servirse un café mientras. Debo hablar con Johanna.

Alex se acomodó en una silla, sujetando y distraendo a los bebés, mientras Johanna preparaba los biberones con manos temblorosas, que no pasaban desapercibidas al hombre. En ese momento Nastia y Maddie entraron en la cocina e impidieron que la pareja pudiera conversar sin ser molestados.

—Esta casa se ha convertido en un cuartel —dijo la abuela—. ¿Ese hombre es tu superior? —le preguntó a su nieto después de besarlo en la frente y de quitarle a uno de los niños de su regazo.

—Sí, abuela. Es el coronel Williams y nos va ayudar a escoltaros y protegeros mañana hasta que subáis al avión. ¿Has hablado con Ben o con Gerome? Dentro de un rato, esta casa se va a parecer a un fuerte del Lejano Oeste americano —bromeó intentando que su abuela no se preocupara.

—Sí, van al aeropuerto. Y ni siquiera han desayunado —añadió a la vez que tomaba el biberón que le ofrecía Johanna y comenzaba a dárselo a Lawrence—. Despacio, comilón. Te vas a atragantar —le regañaba con ternura y con una amplia sonrisa de satisfacción. Alex hacía lo mismo con Samuel.

—¿Cómo te encuentras, abuela? —le preguntó observando su rostro pálido y ajado por el paso del tiempo, aunque conservaba las facciones de la bella joven que había sido—. Ayer te dieron un buen susto.

—Sí, cariño. Todos nos llevamos un buen susto. Pero tenerte a ti en casa me tranquiliza

bastante.

—Voy a darme una ducha —los interrumpió Johanna mirando a la abuela y envidiando la entereza que mostraba la anciana—. Después vestiré a los niños. —Maddie asintió con una sonrisa sincera.

—Ve tranquila, Jo. Ya sabes que disfruto ocupándome de ellos.

Nastia se acercaba a la ventana con la intención de abrir las persianas, pero Alex le recordó que no debía hacerlo.

—Ventanas cerradas, Nastia. No lo olvides.

—Lo siento, Alex —se disculpó la niñera—. Con tanto jaleo y tanta gente en casa, no he recordado el verdadero motivo que los ha traído aquí.

—Alex —Maddie necesitaba tener la atención de su nieto durante unos minutos—. ¿Te vendrás mañana con nosotras?

—Viajaré con vosotros en el avión, abuela, hasta asegurarme de que estáis a salvo. Pero no me quedaré. Mi trabajo aquí aún no ha terminado. —El semblante de la anciana se ensombreció—. Tengo que hacerlo para manteneros seguros. Tú, mejor que nadie, sabes cómo las gasta esta gente.

—¿Estás seguro de que ellos fueron los asesinos?

—Sí —afirmó rotundo—. El mismo hombre que lloró en el funeral y me prometió que encontraría a los culpables. Viktor Kozlov. ¿Lo recuerdas?

—No, cariño. Apenas recuerdo las caras de tantas personas que asistieron al funeral y que me ofrecieron sus condolencias —reconoció apesadumbrada—. Fueron momentos muy difíciles y que no deseo que se repitan—. ¿Me entiendes, Alex? —El muchacho asintió—. No podría soportar que te sucediera un accidente o resultaras herido.

—No permitiré que eso suceda —le dijo sonriendo—. Tengo que criar a este par de mocosos. —Despeinó con delicadeza la cabeza de Samuel, que sonrió nervioso ante el arrumaco de su padre—. ¿O acaso pensabas que me mantendría alejado de mis hijos o de Johanna? —preguntó guiñándole un ojo burlón a su abuela, gesto divertido con el que intentaba tranquilizarla.

—¿Me crees si te digo que le pedí a mi padre que no viniera? —se disculpaba Johanna más preocupada aún por que algún miembro de su numerosa familia corriera peligro—. Le dije que tú te encargarías de que llegáramos sanos y a salvos hasta el avión, pero, como puedes comprobar, no me ha hecho ningún caso.

—Puedo ponerme en el lugar de tu padre, Jo. No es necesario que lo justifiques. Yo mismo viajaré en el avión con vosotros, aunque os escolte toda vuestra tribu —bromeó—. Tampoco yo confiaré la seguridad de mi familia a otras manos que no sean las mías.

Algo se removió con fuerza en el interior de Johanna. Alex se marchaba con ella; el hombre vio esa alegría reflejarse en su mirada y prefirió ser sincero tal como le había prometido.

—No me quedaré, Jo. Ya hemos hablado sobre ello. No puedo ni debo quedarme. Ni siquiera saldré del aeropuerto, y regresaré en un avión militar una hora más tarde del aterrizaje. Pet me acompañará. —Visiblemente dolida, Johanna agachó la mirada durante un par de segundos y luego la alzó orgullosa.

—No me debes ninguna explicación, Alex. No te hemos necesitado durante el tiempo que no has estado aquí. En mi casa será aún más fácil criar a mis hijos sin la presencia de un padre. Mi familia se encargará de ocupar ese vacío que dejas.

—Te ruego que no vuelvas a repetir esas palabras nunca más —replicó Alex bastante enojado después de observarla durante unos segundos en silencio—. He pasado demasiados meses de mi vida lamentando no haberte pedido que me esperaras y no voy a cometer ese error otra vez. —Johanna negó con un gesto de su cabeza—. Ahora te pido, no, te suplico —rogaba emocionado— que me esperes en tu rancho porque el único lugar del mundo donde quiero estar es en aquel en el que estéis vosotros tres —ella negó de nuevo—. Sé que me crees, Jo, que conoces de sobra mis sentimientos por ti. Pero antes debo acabar con esto y no por vengar a nadie más; ahora me siento obligado a hacerlo por manteneros a salvo. —Ella lo miró incrédula—. Compréndelo, por favor. No podríamos vivir en paz bajo la amenaza constante de Kozlov. Ese hombre ya ha demostrado su crueldad hasta saciar sus deseos y su codicia. Fue el mejor amigo de mi padre durante toda su vida; los dos fueron niños criados en las calles de Moscú; lloró en su funeral prometiéndome que encontraría a los culpables, cuando él había ordenado que los asesinaran a todos, sin importarle que mis hermanas también viajaran en el coche —susurró—. ¿Puedes hacerte una idea de qué clase de hombre nos amenazará cada día de nuestro futuro? —Johanna lo miraba indecisa mientras los más dispares pensamientos recorrían su mente—. ¿En qué piensas, Jo? Cuéntame todas tus dudas. En cuanto llegue tu familia, creo que no tendremos tiempo para hablar a solas —le dijo en tono de broma, intentando liberar la tensión que sus palabras habían impuesto entre ellos.

Johanna tardó unos largos segundos en responder y, cuando lo hizo, consiguió emocionar más aún a Alex.

—¿Qué le contaré a tus hijos si te matan, Alex? ¿Te has parado a pensar en estos meses cuánto sufriría si te ocurriera algo malo? —Ella cerró los ojos durante unos segundos e inspiró profundamente—. Ayer me dijiste que gracias a mi voz te habías mantenido cuerdo en ese mundo de crueldad. Yo he sobrevivido gracias a mis hijos porque apenas podía respirar al ser consciente de tu ignorancia hacia mí o hacia los niños.

Alex la observó en silencio sin saber qué decirle. Él no la merecía, ni siquiera merecía ser padre de esas dos maravillosas criaturas, según pensó en ese instante en el que el arrepentimiento que sentía estaba a punto de ahogarlo.

—Lamento cada uno de mis errores —se disculpó sincero una vez más—. Lamento cada segundo de sufrimiento que te haya provocado, y no me atrevo a pedirte perdón porque sé que no lo merezco. Lo único que puedo ofrecerte ahora es mi amor y mi total redención. Te quiero, Johanna, y deseo compartir el resto de mi vida contigo. Ahora necesito saber si estás dispuesta a

esperarme; esta vez no me separaré de ti sin tener una respuesta.

Alex era incapaz de controlar sus nervios, aunque lo ocultara sin dificultad. Encontrarse por primera vez con Richard Wolfe le imponía más respeto del que nunca había sentido por otra persona. Justificaba que mostrara una actitud hostil hacia él después de su comportamiento distante con Johanna y sus hijos, aunque hubiese sido obligado.

La llegada de la familia comanche a la casa atrajo la atención de todos los agentes que estaban de servicio, vigilando y protegiendo la casa de los Cameron, y los observaban asombrados. El desfile resultaba impresionante. Los mayores podrían pasar desapercibidos por su indumentaria occidental; sin embargo, los jóvenes mostraban orgullosos su aspecto comanche, tal como lucían Ben y Gerome, con sus largas, relucientes y oscuras melenas negras, sus chalecos adornados de abalorios y el vestuario informal y típicamente americano, como si llegaran directamente de trabajar en su rancho. Las dos chicas, de la edad de Johanna, de rasgos muy parecidos a su prima, aunque de distinta belleza, vestían también en la misma línea y se peinaban esa mañana con largas trenzas.

Alex supo ese día que Johanna era la única mestiza de su familia. Ahora lo serían también sus hijos. Pero, si habían ido a protegerlos, era evidente que ese detalle no le importaba a nadie de su clan.

Todos saludaron con cariño a Maddie y a Nastia, mientras Alex permanecía al margen de la calurosa bienvenida hasta que la misma abuela comenzó a realizar las oportunas presentaciones. Ningún miembro de la familia Wolfe sonrió a Alex; por el contrario, demostrando un absoluto descaro, se mostraban hoscos y distantes con él y se limitó a recibir los fríos y vagos apretones de manos. Hasta que llegó el turno de Richard Wolfe.

A pesar de su aspecto formal, el hombre, al igual que su hija, mostraba una presencia altiva y majestuosa. Alex entendió enseguida de quién había heredado Johanna su porte elegante e incluso principesco; la belleza de su rostro y sus preciosos ojos verdes se los debería a su madre.

—Me gustaría hablar contigo, Alex —fueron las primeras palabras que le dirigió Richard y que causaron el silencio tenso del resto de los presentes—. ¿Dónde podríamos mantener una conversación en privado? —insistió, convencido de sus pretensiones.

—Pasemos al despacho de mi abuelo —respondió sin dudar, esperando esa confrontación inevitable—. Nadie nos molestará.

En cuanto Alex cerró la puerta, Richard le hizo la primera pregunta.

—¿Cómo ocurrió el accidente de Johanna? Ella apenas me ha contado los detalles y estoy convencido de que no fue un simple accidente de tráfico. Imagino que tanta protección alrededor de esta casa está relacionada con lo sucedido.

—¿Quiere usted tomar algo? —le ofreció educado antes de comenzar una explicación, pero

solo recibió un gesto de negación—. Siéntese, por favor. —Después de que tomaron asiento en unos butacones antiguos separados entre sí un par de metros y colocados ante la chimenea, comenzó a explicarle, de un modo sincero y directo, consciente de que era el único modo de ganarse la confianza de él y del resto de la familia Wolfe—. Fue un intento de venganza contra mí. Después de que descubrieron mi verdadera identidad.

—¿Cómo has permitido que suceda algo así? ¿Mi hija y mis nietos han estado a punto de ser asesinados? —Alex asintió sin dudar un instante—. ¿Por qué te has acercado a ellos si sabías que los expondrías a un peligro tan grave? —Realizó su interrogatorio de forma exigente pero parecía calmado; no alzó la voz en ningún momento y no le daba tiempo a Alex para responder—. No diste señales de vida durante el embarazo de mi hija, ni cuando nacieron sus hijos y ahora casi provocas que los maten. Eso es lo único que has hecho por ellos hasta ahora...

—Sí —lo interrumpió Alex con brusquedad—, pretender conocer a mis hijos e intentar disculparme con Johanna fue un lamentable error —reconoció Alex en un tono irónico que molestó a Richard—. Hace más de un año tomé algunas decisiones equivocadas y luego me vi obligado a mantenerme alejado de ellos. Ya sabe por qué lo hice. Pero, en cuanto regresé a Londres, pretendí enmendar mis errores y recuperar mi vida junto a Johanna. Quizás permití que me cegaran mis sentimientos por ella y permití que mi ansiedad por conocer a mis hijos y mi intención de disculparme con Johanna me dominaran, pero le aseguro que no fui descuidado en ningún momento con respecto a su seguridad. Lo que ha sucedido ha sido más bien fruto del azar que provocado por una acción negligente por mi parte. Aunque tiene razón, no debí ponerme en contacto con mi familia hasta haber puesto fin a mi misión. Ahora yo también me doy cuenta de mi error. Y entonces habría perdido la oportunidad de recuperar a Johanna y a mis hijos y la posibilidad de formar nuestra propia familia.

La presencia repentina de Johanna obligó a Richard a retener su réplica.

—¡Papá! —lo saludó Johanna arrojándose a sus brazos y sonriendo con satisfacción—. ¿Por qué no has subido a saludarme? Estaba bañando a los niños.

—Hola, Colibrí —la besó en la frente y la abrazó con fuerza—. ¿Cómo estás? ¿Este hematoma es del accidente? —preguntó ansioso, observando el rostro de su hija.

—Sí. Afortunadamente, Alex llegó a tiempo y no sucedió nada que tengamos que lamentar.

—¿A tiempo de qué? ¿De evitar que os asesinaran? —Richard se paseaba nervioso delante de la pareja, retorciéndose las manos—. Debiste mantenerte alejado de ellos —le recriminó de nuevo a Alex—. Pero ahora lo que me inquieta es... ¿Crees que debemos preocuparnos una vez que llegemos a Lawton o estarán a salvo en casa? —continuó Richard desahogando sus temores.

—El imperio de Kozlov está prácticamente desmembrado. No creo que su influencia ni su poder lleguen tan lejos. Sobre todo si yo me quedo aquí; estaré en su punto de mira durante el resto de su vida. De todas formas, no estaría mal ser precavidos hasta que yo llegue a Lawton y estemos seguros de que todo ha terminado. —Richard lo miró incrédulo y luego buscó los ojos de su hija.

—¿Qué significa eso? —le preguntó exigente a Johanna, ignorando por completo la presencia de Alex—. ¿Irá a vivir a Lawton contigo? ¿Confías en él?

—No tengo ningún motivo para desconfiar de Alex, papá.

—¿Que no tienes motivos después de ignorarte durante tu embarazo e incluso cuando nacieron sus hijos? —Volvió a mirar a Alex y en esta ocasión sus palabras resonaron en la sala—. El suyo fue un embarazo de alto riesgo, por lo que tuvo que guardar reposo absoluto en los últimos meses. Casi pierde un riñón y ni siquiera recibió una llamada tuya que demostrara algún interés por ella.

—No podía hacer nada entonces desde Moscú. Y estaba al tanto de todo cuanto sucedía a través de Pet.

—¿Y eso fue suficiente para ti? —le reprochó Richard de mal humor.

Alex se armó de paciencia, respiró profundamente y se dispuso a darle al hombre su última explicación.

—Por supuesto que no —espiró con más fuerza de la necesaria—. Estoy siendo sincero, Richard. Estoy hablando sobre mi trabajo más de lo que debería porque necesito obtener su confianza; sé que usted es importante para Johanna, y ella es lo más importante para mí. Cuando me enteré del embarazo de su hija fue poco antes de que debiera guardar reposo y pedí a mi abuela que la visitara y estuviera siempre al corriente de su estado porque necesitaba hacerle saber a Johanna que no me desentendía ni de ella ni de mis hijos. Puse a disposición de su hija todo mi dinero y mis propiedades y, a pesar de lo que usted piense, creo que era todo cuanto podía hacer dada mi delicada y peligrosa posición. Como puede comprobar después de lo que está sucediendo, al final, demostrar mis sentimientos o mi interés, intentar explicar y justificar mis decisiones y mis actos, o lo que usted cree, los motivos de mi ignorancia, solo ha servido para ponerlos en peligro —Alex guardó silencio unos segundos, miró a Johanna con intensidad y mostró al guerrero orgulloso que era—. A partir de ahora no le ofreceré a usted ninguna explicación más sobre mis decisiones, Richard; eso solo se lo debo a Johanna y a mis hijos, cuando estén en edad de comprenderlas. Pero debe saber que mi intención es formalizar nuestra relación; en cuanto esta misión acabe. —Miró de nuevo a la chica—. Johanna ha aceptado mi proposición.

Los tres permanecieron callados durante unos incómodos segundos, hasta que Johanna aferró la mano de su padre y, sonriendo, lo animó a seguirla.

—Vamos, papá, o perderás la ocasión de dar el biberón a uno de tus nietos. Si no la has perdido ya. Esta noche tienes demasiada competencia.

Richard tardó un instante en reaccionar, miró a los ojos grises y gélidos de Alex y asintió en forma de despedida. Alex leyó en el rostro del hombre que esa conversación aún no había terminado.

Alex, aún tembloroso, permaneció sentado frente a la chimenea con los ojos cerrados, respirando a conciencia y agradeciendo que Richard no hubiera presentado más batalla ni se opusiera abiertamente a que continuara su relación con Johanna, porque dudaba de la reacción que

ella tendría si su padre se manifestara en contra. Cuando se levantó del butacón, aún le temblaban las rodillas, algo que no le había sucedido antes a ninguno de los criminales crueles implicados en el asesinato de su familia a los que se había enfrentado.

—Lo lamento, Rosalie, pero no puedo prestarte ningún arma —oyó Alex que Pet le decía a una de las primas de Johanna—. Tu permiso no es válido en el Reino Unido, aunque seas agente del FBI. —Alex se acercó y observó impresionado a la menuda mujer que se enfrentaba con valentía a su amigo.

—¿Pertenece al FBI? —Preguntó Alex.

—Sí. Al departamento de Asuntos Indios. Con ese destino no tengo que alejarme demasiado de mi casa —reconoció sonriendo con satisfacción.

—Cada vez siento más curiosidad por conocer vuestro rancho —confesó Pet admirado—. Debe ser un lugar maravilloso si os atrae a todos de esa intensa manera.

—No lo dudes ni un instante. Es el mejor lugar del mundo para vivir. Y sé que Ben y Gerome ya te han invitado.

—En cuanto acabe con esta misión, me tendréis allí. Espero pasar unas largas vacaciones.

—¿Y tú, Alex? ¿Vendrás a vivir a nuestro hogar?

—Donde vayan Johanna y mis hijos, allí estaré —contestó convencido de su futuro. La chica lo observaba con minuciosidad, como si Alex fuera el resultado de un experimento—. Espero ser bien recibido.

—No sé —admitió Rosalie sonriendo—. Es probable que no. Yo, que tú, no confiaría demasiado en ello.

—¿Puedes ocuparte de la seguridad de Johanna, los niños y el resto de la familia en Lawton, mientras yo termino mi trabajo aquí?

—Para eso he venido, aprovechando unos días de vacaciones; además, Thomas, el mayor de nuestros primos, es el sheriff de Lawton; ya está al tanto del accidente —dijo con ironía— que le ha sucedido a Johanna y de tu situación.

—Esta misión es secreta; no creo que se sepa nada oficial sobre ella —replicó Pet.

—Tenemos nuestros contactos en la Interpol —explicó Rose con una sonrisa desafiante—; aunque no conocemos los detalles, sabemos lo suficiente para mantener a salvo a tu abuela, Nastia, Johanna y los niños. —Se alejó de ellos sin añadir nada más, dejando a los hombres asombrados ante su información.

Vasiliev y varios de sus hombres ofrecieron su colaboración a Alex: se encargarían de la

seguridad del aeropuerto. Después de la caída de Gandisky, su dimisión como fiscal general y posterior huida de Rusia a un destino desconocido, estaba más que agradecido a que la presencia de Cameron en la capital moscovita hubiera desmembrado esa corrupta organización criminal que afectaba a las más altas esferas del Gobierno. Se sentía satisfecho al ver cómo las ratas, que no habían perecido en el naufragio provocado por el joven Yulenko, abandonaban el barco.

La mirada del joven teniente había cambiado y no pasó desapercibida a un policía veterano formado en las calles moscovitas. La ira, la rabia acumulada en el frío acero gris de los ojos de Cameron, se habían difuminado, y Vasiliev conocía los motivos. Nunca dudó de la capacidad de Alexander para completar con éxito la arriesgada misión en la que se prestó a participar en cuanto se lo propusieron, gracias a su historial familiar; aunque Vasiliev, en los comienzos de su relación, hubiera temido que la sed de venganza de Yulenko lo arrastrara a una muerte segura. Sin embargo, había demostrado un autocontrol y entereza sobrehumanos, sobre todo dado el motivo que lo había llevado a presentarse voluntario a esa peligrosa misión.

La muerte de Anatoli Kozlov se había archivado como un caso de seguridad nacional pocas horas después de su asesinato, y la fiscalía no había presentado cargos, a pesar de las exigencias de Viktor que veía cómo, en pocas horas, el poderoso imperio que había levantado sobre la sangre y vida de otros, incluidos inocentes, se desmembraba.

El transporte de la numerosa familia Wolfe se realizó en varios vehículos militares y, gracias a la ayuda de la Interpol, los trámites burocráticos se agilizaron en el aeropuerto para no arriesgar la vida de ninguno de los civiles que caminaban hacia el avión rodeados de militares armados y vestidos de paisanos, quienes los acompañarían además durante el vuelo junto a Scott y a Cameron.

El avión y cada miembro del pasaje fue registrado concienzudamente y, hasta que no estuvieron convencidos de que no habría ningún riesgo posible, no se acomodaron en sus asientos. Aunque los padres se sentaron cada uno con un hijo en su regazo, no les duraron mucho tiempo junto a ellos. Los pequeños pasaban de unos brazos a otros, incluso después de algunas discusiones a cuenta de quién no los habían tenido aún.

—Pensé que pasaría unas horas tranquilas con ellos durante el vuelo y ahora tengo la impresión de que mis hijos pertenecen a una comunidad —se quejaba Alex.

—A una familia, Alex. Y siempre será mejor de este modo porque si tú no...

Alex se giró en su asiento y puso su mano sobre la mejilla de Johanna.

—No llores, Jo —le pidió retirándole una lágrima—. No merezco ni una lágrima tuya.

Johanna lo observaba con la visión algo borrosa por las lágrimas que se obligaba a no derramar. Alex se había cortado el pelo, se había quitado el pendiente y se parecía de nuevo al hombre que ella había conocido, salvo en que su mirada había perdido la frialdad y fuego que lo

convertía en aquel guerrero combativo.

—Has cambiado —le susurró.

—Por supuesto que he cambiado —contestó acariciando su rostro, sin dejar de asomarse a las praderas verdes que eran sus ojos—. Cuando te fuiste aquella noche de mi casa sin decirme adiós, el mundo, mi vida, dejó de importarme. Me centré en cumplir con mi objetivo y si moría en el intento... me resultaba indiferente porque no tenía dónde regresar; sin ti no había lugar para mí. Y no lo supe hasta que nos separamos. —La besó acariciando sus labios con suavidad—. Cuando Pet me dio la noticia de tu embarazo, me avergoncé de mí mismo, por abandonarte, porque sabía que no podría estar contigo cuando más me necesitarías, porque tenías razones de sobra para no perdonarme, porque mi padre había perdido su vida y la de su familia luchando por conservarla. Estaba convencido de que los dos se avergonzarían del único hijo que les quedaba vivo por desperdiciar su valiosa vida en saciar esa absurda sed de venganza que me había gobernado hasta que te conocí. Desde el momento en que te conocí, solo estando contigo me sentía en paz.

—Te he perdonado, Alex. Siempre he sabido que debías enfrentarte a tus demonios para encontrar tu propia paz, y la que yo te pudiera ofrecer no sería suficiente.

—Tienes razón, mi colibrí —y puso la mano de Jo sobre su tatuaje—. Pero no lo habría conseguido sin tu recuerdo y mis ganas de volver a ti y a mis hijos. Sois mi fuerza, mi razón de vivir. Y pienso regresar a tu lado para no separarme jamás de vosotros. Cuenta con ello.

—¿Me lo prometes? —le exigió Johanna.

La besó profundamente y se separó de ella, mirándola de nuevo con intensidad.

—Tienes mi palabra. Ahora no se trata de una estúpida venganza, Jo. Se trata de vuestra seguridad. Y no estoy dispuesto a correr ningún riesgo.

Capítulo 29

Viktor Kozlov intentaba ahogar sus penas en un vaso del vodka Grey Goose que solía beber en compañía de su adorado y mimado Anatoli, apartado en la soledad de su propia casa del placer, una semana después del entierro de su hijo. Ni el dolor que su inesperada muerte le provocaba podía calmar la rabia que lo reconcomía ante el hecho de saber que Alexander Yulenko hijo era el culpable de la pérdida de su imperio. Sonrió desganado pensando que, al fin y al cabo, el muchacho, al contrario de Anatoli en su corta vida, había honrado el nombre de su padre al vengar la muerte de su familia. Sí, según se dijo a sí mismo sonriendo desganado, era hijo digno de su padre, a quien le había resultado tan fácil traicionar. Habían pagado todos los implicados en el cruel asesinato del que consideraba mejor amigo y casi toda su familia; primero cayeron Kirilenko, Salvisky y ahora le había tocado a él.

Pero ya había pagado suficiente con la vida de Anatoli y con la pérdida de su imperio europeo. Regresaría a Moscú y se repondría allí; aún le quedaban negocios y poder suficientes para recuperar su posición. Ya había enviado a uno de los pocos hombres de confianza que le quedaban para que controlara a Nazarov y, en cuanto eliminara a Yulenko, se marcharía él solo; dejaría en Reino Unido a su insoportable y dramática esposa, que no hacía más que reprocharle la pérdida de Anatoli y ya regresaría de vez en cuando para ver a su nieto. El cabeza hueca de su hijo pretendió ingenuamente enfrentarse solo al peor de sus enemigos; un acto suicida al que ni siquiera él mismo se atrevería si no estaba respaldado por el pequeño ejército de mercenarios que Vladimir dirigía para atrapar a Yulenko. No iba a negar que los hubieran sorprendido a todos, confiados en que nadie podría acercarse tanto a ellos hasta hacerlos desaparecer. Pero ahora estaban alertas y preparados, y el teniente Alexander Cameron pagaría con su vida y la de su familia la osadía que había cometido.

Yulenko demostraba ser más sagaz y peligroso que su padre, a cada paso que daba. Ni todas las fuerzas unidas de los Kozlov habían podido acercarse a la familia de Alexander como había exigido Viktor, y ahora todos, incluidas su abuela y su niñera, estaban a salvo en América; sangre por sangre exigía a gritos el alma de Viktor sin reconocer que él había comenzado esa guerra hacía más de veinte años.

—Licenciado con honores, una elegante forma de quitarnos de en medio —bromeaba Pet mientras cenaban en el apartamento que ahora compartían a la vez que se mantenían a salvo—. Bueno, al menos nos queda una buena paga y espero que me den trabajo en el rancho de los Wolfe. Dedicaré mi vida a los animales y a la naturaleza. ¿Qué te parece? Haré realidad lo que siempre tuve por un sueño inalcanzable, al menos hasta mi jubilación.

—Pet, me estás preocupando. ¿No estarás enamorado de mí? —se burló Alex al saber que su amigo se marcharía con él.

—No voy a fijarme en ti después de haber conocido a Rosalie. Me asombró y me excitó el modo en que me exigía un arma —confesó alzando las cejas repetitivamente en un gesto cómico habitual—. Solo espero tener la oportunidad de mostrarle la mejor de mis armas. —Ambos se rieron a carcajadas.

—Una semana más, y se habrá olvidado de ti.

—¿No crees que Kozlov estará ya bastante desquiciado? Llevamos una semana escondidos. — Alex negó con la cabeza.

—Desquiciado, cometerá errores. Quiero que ese también muestre sus armas. No estamos seguros aún del número de hombres que habrán reclutado y no vamos a correr riesgos innecesarios.

—Mañana echamos el último vistazo en la casa de las niñas y preparamos el plan de ataque.

—Pet —Alex dudó unos segundos antes de continuar hablando—. No tienes por qué participar en esto. Kozlov no tiene nada en tu contra y te dejará vivir en paz. Sus represalias solo van destinadas a mi familia y a mí.

—No te voy a dejar solo en esta batalla —se ofreció emocionado—. Empezamos juntos esta operación y la acabaremos juntos. Y si ya me van a dar el despido... disfrutaremos del último baile. —Le ofreció el puño cerrado para que lo chocara, en un gesto claro de camaradería con el que cerraban un trato.

Alex lo hizo y se limitó a apoyar una mano sobre su hombro y a apretarlo con firmeza, hasta que la emoción le permitió hablar.

—¿Sabes que siempre estaré en deuda contigo por esto? Jamás podré devolverte un favor como este.

—En primer lugar, no se trata de un favor, se trata de compañerismo y nosotros somos un equipo desde los dieciocho años que ingresamos en la academia. En segundo lugar, tú te encargarás de que tenga trabajo en el rancho Wolfe, hasta el día en que me muera. —Alex puso los ojos en blanco mirando hacia el techo.

—Ni siquiera has estado nunca allí —protestó—. ¿Cómo estás tan seguro de que te gustará?

—No lo necesito. Conozco a Johanna y, si ella siente tanto apego por aquel lugar, es porque debe ser el paraíso. Ya he conocido varios infiernos y creo que me merezco un poquito de cielo.

—Está bien, amigo —le guiñó un ojo y sonrió—. Viviremos en el cielo.

Una semana llevaban buscándolo, y Cameron no daba señales de vida. La última vez que lo habían visto, llegaba en un avión militar después de dejar a su familia en los Estados Unidos. Kovlov se desesperaba.

Con Kazakov desaparecido, probablemente escondido como un conejo asustado, Nazarov había intentado hacerse con el control de su mercado en Moscú, dejándolo al margen como si de un principiante se tratara. Y ya había tomado medidas para solucionar ese asunto. Por primera vez en su vida, Viktor se había quedado solo, sin hombres de verdadera confianza; y se sentía como un león viejo al que otro más joven expulsaba de la manada después de proporcionarle una paliza casi mortal.

Lo habían despojado incluso de sus placeres más secretos: la casa de las niñas, desmantelada y clausurada por la policía y lo que resultaba aún peor era que ese asunto había salido a la luz pública. Por primera vez lo trataban como el monstruo sin conciencia que siempre había sido, lo que él siempre había justificado con facilidad, y aún seguía haciéndolo ante sí mismo, por haber crecido en las calles, solo, desde los diez años, sin que nadie, ni siquiera el Gobierno, se ocupara de él. Y ahora, Natalie y sus hijas, criadas como princesas, se atrevían a juzgarlo por ese pequeño vicio que lo hacía sentirse un hombre más joven. A él, que se había hecho íntimo amigo del hambre, del frío y de la desesperación desde su infancia, que había luchado por deshacerse de ellos hasta perder la moral y la conciencia, que había sobrevivido donde la mayoría se rendía o perecía, lo habían humillado y abandonado en el momento más doloroso de su vida. La justicia internacional lo perseguía, y no estaba dispuesto a pasar lo que le quedaba de vida tras unas rejas.

Le ajustaría las cuentas a Yulenko por ello, según pensó, apretando el vaso frío hasta que los nudillos de su mano palidecieron. Acabaría con todas las personas que significaran algo para Alexander; le pagaría con la misma moneda y sabía cómo comenzar su plan. Sacaría al conejo de su madriguera en unas pocas horas.

—Son, al menos, veinte hombres, Alex, y nosotros solo dos. Deberíamos pedir ayuda a William.

—No voy a cargar en mi conciencia con la pérdida de soldados más útiles en otras batallas. Pero entiendo que no desees arriesgarte...

—No empieces, Alex. Estaré contigo hasta el final. Ya te lo advertí. Y tengo un buen plan...

Una llamada de un número desconocido interrumpió la conversación de los dos hombres. El prefijo de los Estados Unidos preocupó a Alex más de la cuenta porque allí aún era de madrugada.

—Diga —contestó Alex.

—¿Teniente Cameron? —preguntó una voz desconocida, lo que inquietó aún más a Alex—. Soy Thomas Wolfe, el primo de Johanna y sheriff de Lawton. No tenemos el placer de conocernos.

—¿Ha sucedido algo? ¿Jo, los niños? —Alex no podía contener su angustia.

—Están todos a salvo. Por suerte.

—¿Qué quiere decir? —exigió aún temblando.

—Hace unas horas hemos sufrido un ataque por parte de cuatro hombres; dos han conseguido huir y hemos abatido a los otros dos. Ambos llevaban pasaportes rusos —Pet veía el rostro de su amigo palidecer ante él—. Nos han atacado con armas automáticas; ya hemos recogido más de doscientos casquillos.

—¿El resto de la familia está bien? —susurró Cameron—. ¿Algún herido? ¿Los niños?

—Nadie ha resultado herido por esta vez. Afortunadamente, Rosalie y Jimmy estaban de guardia; no nos confiamos en ningún momento, como usted nos aconsejó. Pero puede ser que la próxima vez no tengamos tanta suerte.

—Tiene razón. Demasiados disparos pueden alcanzar a alguien y...

—Debe poner fin a este asunto, teniente Cameron —le exigió la firme voz de Thomas Wolfe, a quien aún no conocía—. La gente de Rosalie y mis hombres nos vamos a implicar más en la protección de nuestra familia, pero no disponemos de los recursos humanos suficientes para hacer frente a ataques como el que ha ocurrido esta noche.

—Estoy en ello. Mi compañero, el teniente Scott, y yo estamos en ello. Le prometo que este asunto se solucionará muy pronto. Y no imagina cuánto lamento haberlos implicados en este complicado y peligroso asunto del que me siento el único responsable.

—Espero impaciente su llamada en la que me comunique que está zanjado. —Colgó—.

Pet miraba a su angustiado amigo esperando a que le aclarase la situación.

—Han sufrido un ataque por parte de cuatro hombres; han abatido a dos. Eran rusos. Los otros han huido. Han realizado más de doscientos disparos. —La boca de Pet se abrió sin emitir sonido alguno en una mueca de espanto—. Dios mío, Pet —Alex se llevó las manos a la cabeza en un instante de desesperación—. Los he puesto en peligro a todos. Algunos primos de Johanna ya tienen hijos, y el mayor no tiene más de siete años.

—Lo sé, Alex, lo sé —reconocía Pet palmeando el hombro de su compañero.

—Si alguien de los Wolfe resultara herido...

—Nosotros lo impediremos. Comenzaremos mañana mismo. Te estaba diciendo que tengo un plan.

—Primero voy a hablar con Johanna. Imagino que estará despierta. —Salió de la sala y se dirigió a su dormitorio, marcó el número en su móvil y esperó a oír la voz de su precioso colibrí.

—¿Alex? ¿Ya lo sabes?

—Sí, Jo. Thomas acaba de llamarme. ¿Estáis todos bien?

—Nadie ha resultado herido, afortunadamente. Pero han sido unos minutos interminables, de una espera insufrible, hasta comprobar que todos estaban bien.

—Lamento tanto que tu familia se vea implicada en mis asuntos, Jo... Estoy tan arrepentido... Tenías razón: la venganza ha sido mi perdición.

—No cometas ninguna imprudencia, Alex. No te arriesgues en balde, por favor, y regresa sano y salvo. Tienes que cuidar también de Pet; no permitas que le suceda nada malo. No te lo perdonaría en toda tu vida.

—Cúdate, Jo. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti. Vuelve pronto.

Capítulo 30

Solo dispondrían de un minuto, minuto y medio como máximo, para deshacerse de los cuatro hombres que rodeaban el perímetro de la mansión. La sorpresa y la oscuridad serían sus mejores aliados. Una verdadera batalla contra el crimen organizado estaba a punto de comenzar.

Alex dejó inservible el pequeño generador que suministraba electricidad a la casa, corrió hacia la esquina derecha en medio de la negrura de la noche sin luna y agradeció la visión que le aportaban las gafas nocturnas. Un pequeño gemido le advirtió que Pet había eliminado a uno de los guardias y se encontró frente a frente con otro que corría hacia la procedencia del leve ruido provocado por la caída de su compañero. Un silencioso disparo entre las cejas detuvo inesperadamente la carrera del sorprendido hombre, que cayó inerte a sus pies.

Habría transcurrido medio minuto y debía apresurarse antes de que activaran el generador de emergencia y volviera la luz artificial. Colocó el explosivo en la ventana que habían elegido previamente, lo activó y corrió hacia el lado contrario de la fachada de la mansión, donde esperaba encontrarse con otro guardia. Desde dentro llegaban voces que hablaban en ruso, y se oían carreras de pasos moverse bajo la tenue luz de algunas linternas.

El hombre que esperaba la muerte miró un instante hacia el lado derecho donde había escuchado desplomarse a otro de sus compañeros; amartillaba su arma cuando Alex lo abatió de un disparo en la cabeza. No podían correr el riesgo de dejar tras de sí algún herido que los sorprendiera por la retaguardia.

Colocó otro explosivo en el alféizar de otra de las ventanas y casi no le dio tiempo de arrojarlo al suelo cuando una primera explosión agilizó la segunda, la tercera y la cuarta. Pet había hecho bien su trabajo. Sin pensarlo, se levantó y se dirigió a la puerta principal con la intención de aprovechar el desconcierto que gobernaría a los guardias de Kozlov; Pet entraría por la de servicio y se encontrarían a los pies de la escalera que conducía al piso superior, donde esperaban encontrar a su hombre.

El humo y el polvo que habían provocado las cuatro explosiones salían por cualquier hueco hacia el exterior e impedía una visión clara de la situación, a pesar de las gafas especiales. Era

necesario mantener alerta el resto de sus sentidos, además de la vista, aunque fuera escasa. Se separaron y cada uno tomó una dirección diferente, siguiendo el pasillo que rodeaba el claustro interior de la planta cuadrada del edificio.

Lamentos y gritos se oían por todas partes; debían apresurarse antes de que el factor sorpresa delatara que solo se trataba de dos contrincantes. Dos disparos rápidos y certeros dirigidos de nuevo a la cabeza derribaron a otros dos de sus adversarios anónimos cuando se disponían a llegar a la puerta principal; al igual que ellos, los enemigos llevaban puestos sus chalecos kevlar. Dos hombres más que sumar a su ya larga lista de muertes en las que no podía pensar en esos momentos. Se exigió la concentración necesaria para acabar con los últimos reductos de la organización de Kozlov y en mantener a salvo a Pet y a él mismo; después llegaría el momento de tomar conciencia de sus acciones y quizás arrepentirse. Decidió en un segundo que, probablemente, no lamentaría ninguna de esas pérdidas.

—Tres menos. —La voz susurrada de Pet le llegó a través del comunicador y lo retornó a la realidad—. Uno de ellos moribundo. Cinco en total por mi parte en el interior, Alex. Revisando habitaciones, todas despejadas y ya veo nuestro punto de encuentro.

—Cuatro por la mía —respondió Alex escuetamente—. Te veo.

La figura de Pet se definía entre el espeso humo mientras se ponía la mascarilla que le impediría marearse. Alex iba abriendo puertas y, en posición de alerta, revisaba cada habitación. Saltó por encima de un montón de escombros que daba paso a un par de habitaciones donde se concentraban los guardias de la casa, como Alex ya sabía después de algunas visitas y de haberse quedado en esa habitación en compañía de algunos hombres de la banda de Viktor, mientras sus jefes daban rienda suelta a su vicio y a su lujuria en el piso de arriba.

Cuatro cadáveres se mezclaban con pedazos de muebles, de ladrillos y cristales como si no merecieran otro entierro, otra sepultura que los restos de esa casa maldita.

—Van trece —comunicó a Pet después de comprobar el pulso de cada cuerpo sanguinolento—. El resto debe estar alerta, Pet, porque no percibo ningún movimiento. Ten cuidado.

—Un cadáver más en la habitación del este. Tampoco parece quedar nadie más en este lado. Hay que subir, Alex. Nos encontraremos al pie la escalera. Solo unos metros más.

Chocaron la punta de sus armas cuando estuvieron cerca el uno del otro, se deshicieron de las máscaras antigás y comenzaron a subir lentamente, obligando a sus sentidos a mantenerse concentrados. Si habían hecho bien los cálculos, solo quedaban ocho hombres protegiendo a Kozlov, además de su lugarteniente Vladimir.

No tenían idea de dónde se encontraría Viktor, aunque suponían que no se alejaría mucho de la única escalera que daba acceso a las dos posibles salidas del edificio, ambas situadas en la planta inferior. Las ventanas estaban todas enrejadas para evitar que las chiquillas escaparan y, de ese

modo, necesitaban menos personal para vigilarlas. Así que se separaron de nuevo con la intención de realizar una supervisión completa de la planta superior, hasta encontrar la madriguera donde se escondían Kozlov y el resto de sus hombres.

—Mantente alerta, Pet —susurró Alex—. Ahora nos estarán esperando, aunque no sabrán cuántos somos después del escándalo que hemos formado.

—Iremos abriendo cada puerta y nos protegeremos tras estas. ¿De acuerdo? —Alex golpeó la punta de su arma con la de su compañero en un gesto de conformidad—. No pierdas la conexión.

Ambos se separaron y, antes de doblar la primera esquina en la que se perderían de vista, Pet levantó el pulgar de su mano izquierda y se arrojó cuerpo a tierra para avanzar hacia la primera habitación donde encontraría un posible refugio. Alex lo imitó.

Alex encontró las dos primeras habitaciones vacías y, por el silencio que imperaba en la mansión, suponía que Pet avanzaba solitario, del mismo modo que él. En el pasillo que recorría a oscuras solo quedaba un dormitorio más; luego, los tres del fondo del pasillo norte que nunca se usaban porque Viktor no solía reunir a más de cuatro chiquillas. Intuía que ahí estaría Kozlov, esperándolos y, tras echar un vistazo al último cuarto y comprobar que también estaba vacío, se agazapó en la esquina e informó a Pet de su situación cuando se encendieron todas las luces del pasillo.

—Estoy en la esquina, Pet —se comunicó en un susurro casi inaudible para otra persona—. Tienen que estar tras una de esas tres puertas.

—Abro la primera, granada y cierro —decidió Pet—. Tú me guardas la espalda.

—Espera, Pet. Yo lanzo...

—Y tres —oyó a Pet que decía y, maldiciendo, salió a campo abierto para cubrir la retaguardia de su compañero y amigo.

Pet hizo lo que había dicho mientras Alex vigilaba como un hurón las otras dos puertas por si se producía algún movimiento, convencido de que no se habrían encerrado todos juntos en la misma habitación.

En cuanto la pesada puerta frente a Alex comenzó un lento movimiento de apertura, él dirigió su cañón hacia ella; la otra también lo hizo. Alex gritó a su compañero.

—¡A cubierto, Pet! —Mientras disparaba ráfagas a discreción hacia las dos puertas a la vez, retrocedía hacia la esquina donde protegerse de los disparos que volaban en su dirección proveniente de las dos habitaciones.

Una intensa punzada ardiente en el muslo derecho le advirtió con certeza que estaba herido y el chorro caliente que corría por su pierna de que estaba perdiendo sangre con rapidez; si la bala había tocado una arteria, debían darse prisa en salir de allí. Unos pasos precipitados que pertenecerían a más de dos hombres lo impulsaron a asomarse durante un segundo y comprobó que Viktor, perfectamente protegido por varios cuerpos, huía hacia el lado de Pet.

—Se dirigen hacia tu posición, Pet.

—Tocado en un hombro —respondió Pet sin que pareciera una queja—. Haré lo que pueda para

contenerlos. Encárgate de la retaguardia. —Comenzaron a oírse más disparos, esta vez al otro lado del pasillo.

No lo pensó y abandonó su protectora esquina, deslizándose sobre las ventanas que daban al claustro interior, desde donde pudo apreciar cómo la masa de hombres respondía a los disparos de Pet. En cuanto Alex comenzó a disparar, dos hombres más aparecieron por la puerta de la habitación del centro y lo hirieron en el hombro izquierdo, lo que lo obligó a arrojarse cuerpo a tierra, buscando la protección del suelo; a pesar de ello, no dejó de disparar y consiguió derribar a los dos hombres, primero heridos en las piernas y, luego, rematados por balazos dirigidos a sus cabezas, una vez que cayeron desmadejados al piso.

Con la mente nublada, casi a punto de desmayarse por la pérdida de sangre que le estaban provocando las dos heridas de bala que albergaba en el interior de su cuerpo, logró incorporarse sobre la rodilla de la pierna sana para comprobar la situación. Horrorizado, contempló la peor de sus pesadillas. Pet estaba arrodillado ante uno de los protectores de Kozlov. Su cabeza gacha, sus brazos laxos colgando a lo largo de su cuerpo, el arma colgando de cualquier manera de su antebrazo derecho, resultaba la imagen de la rendición y, dada la situación, de la muerte próxima de su amigo. El desconocido miró a Alex y le dedicó una sonrisa macabra al comprobar la debilidad de su adversario.

—Tú ya estás muerto, Yulenko —dijo en inglés con un marcado acento ruso mientras apuntaba a la nuca de un tambaleante Pet. No saldrás de aquí y morirás bañado en tu propia sangre.

Alex se esforzaba por aclarar su visión. No podía permitir que eso sucediera. Si sobrevivía, nunca podría olvidar la imagen de su valiente y generoso amigo, entregado a una muerte segura, y tambaleándose ante un asesino anónimo, después de haber luchado en una batalla que ni siquiera le concernía. Pero no se atrevía a disparar; en el estado en que se encontraba, igual podía darle a su amigo que a su enemigo. Y, cuando el ruso amartilló el arma y acercó el cañón a la nuca de Pet, la responsabilidad que Alex sentía hacia su amigo disparó por él. Y en ese instante, el fracaso lo envolvió en un manto gélido, que congeló cada una de sus articulaciones. Lo último que vio antes de que todo se volviera negro y perdiera la conciencia fue la caída de Pet como un peso muerto.

Capítulo 31

Sus hijos andaban trastabillando sobre la hierba verde de una inmensa pradera, reían y caían una y otra vez mientras se empujaban sin intención el uno al otro bajo el cielo de un azul increíble. Johanna, feliz y divertida, los perseguía con una preciosa sonrisa dibujada en su rostro bronceado. Alex se acercaba a ellos sin perderse ni un detalle de la hermosa imagen que tenía ante así. No pretendía interrumpirlos con tal de no robarles ni un segundo de la paz y tranquilidad de las que evidentemente gozaban.

De repente, Johanna se giró hacia él, le sonrió y lo saludó alzando la mano derecha. Dijo algo a los niños en la lengua de sus antepasados y los dos pequeños lo miraron e iniciaron sus torpes pasos en dirección a su padre.

Alex, riendo a carcajadas, disfrutando de esa grata e inesperada bienvenida, se agachó para acogerlos entre sus brazos.

—Venid aquí, enanos —se rio—. Os he echado de menos.

Sin embargo, los niños lo traspasaron sin frenar su desequilibrada carrera como si fuera parte del aire, mientras él conservaba la postura, perdía su sonrisa y esa grata sensación de felicidad que lo invadía por completo.

—¿Johanna? —murmuró incorporándose lentamente, asombrado y temeroso, viendo cómo ella se acercaba.

Entonces se dio cuenta de que la vista de Jo no estaba puesta en él. La dirigía a la lejanía y, antes de girar la cabeza para comprobar hacia quién se acercaban sus hijos, su mujer lo traspasó con la misma facilidad que demostraron los pequeños. En ese instante comprendió lo que sucedía. Él no estaba allí, junto a su familia. Y se preguntó si habría muerto...

—¡Pet! —gritó cuando la realidad de lo sucedido en la mansión lo golpeó como un caballo salvaje y brioso.

Unas lágrimas rebeldes asomaron en sus ojos entrecerrados debido a la claridad del resplandeciente día en las praderas del rancho que poseía la familia Wolfe. Su ciego deseo de venganza lo había empujado al precipicio, a la muerte y a la pérdida, no solo de su familia, también de su noble amigo Pet.

—¡Pet, perdóname! —se disculpó en voz alta a la vez que veía la espalda de Johanna acercarse a Richard, quien ya abrazaba a sus nietos, y recordaba el interés de su amigo por pasar el resto de

su vida en esas tierras hermosas, dedicado a la cría de caballos—. ¡Perdóname, amigo mío!

—Tranquilo, Alex —lo consoló la voz de Johanna a la vez que acariciaba su mejilla.

Perplejo, no entendía lo que estaba sucediendo. Ella estaba en el campo, junto a su padre, con un niño en sus brazos, y ni siquiera lo había visto.

—¿Jo? —volvió a preguntar extrañado—. ¿Dónde estás, Johanna?

—Estoy aquí, a tu lado.

—No. Puedo verte. Estás...

—Abre los ojos —le pidió ella con dulzura—. Estás soñando, Alex. Estoy aquí. —El roce de los labios de Johanna sobre su frente fueron la clave para vencer la pesadez de sus párpados y, pestañeando, saliendo de una espesa bruma, consiguió ver el rostro de Johanna—. Estoy aquí —repitió mientras unas lágrimas recorrían su hermoso rostro.

—No... No llores, Jo. No merezco que llores por mí. Pet... —Y el fuerte nudo que apresó su garganta seca le impidió continuar hablando.

Johanna comprendió enseguida el motivo de su sufrimiento y no permitió que siguiera culpándose por algo que no había sucedido.

—Pet se está recuperando, al igual que tú.

Haciendo un gran esfuerzo, alzó la cabeza de la almohada, pero Johanna le impidió levantarse.

—No, Alex. Permanece tumbado hasta que venga el médico. Ya he avisado.

—¿Pet? —Pretendía asegurarse de que había oído bien—. Él cayó antes de que yo perdiera la conciencia. Recibió un disparo en la cabeza. Lo vi morir.

—Según le ha contado a vuestro coronel, le salvaste la vida. Mataste al hombre de Kozlov antes de que apretara el gatillo. Fue Pet quien avisó a Williams para que fuera a buscaros, y después os trasladaron a este hospital. Pet me llamó y me contó sobre la gravedad de tus heridas.

—Kozlov sigue vivo —fue lo siguiente que pasó por la cabeza de Alex—y aquí estás en peligro. Avisa a Williams, por favor. Necesito hablar con él.

Intuyendo la intención de Alex, Johanna envaró su espalda y se alejó de su cama medio metro.

—No voy a abandonarte en esta situación, Alex —sentenció la orgullosa princesa comanche—. No vas a obligarme a hacerlo. Al menos hasta que compruebe por mí misma que estás fuera de peligro.

—Maldita sea, Jo —casi gritó con voz ronca y mostrando la desesperación que le provocaba tomar conciencia de la realidad—. Estoy bien; ya lo ves.

—Has estado inconsciente tres días —replicó la chica—. Perdiste tanta sangre que estuviste a punto de sufrir una parada cardíaca. No me moveré de aquí hasta que te den el alta y nos subamos en un avión de regreso a Laughton. Además, tu jefe y el policía ruso creen que Kozlov está ya en Moscú. Los escuché hablando con Pet.

—Él puede estar a salvo, pero sus tentáculos son largos y pegajosos. Además, el cobarde no se enfrentaría a nadie —añadió con tanto desprecio como pudo reunir en ese momento en que comenzaba a aliviarse el intenso dolor en el pecho que la pérdida de Pet le había estado

provocando—. Siempre ha tenido quien asesine en su nombre.

Alex percibió las dudas de Johanna durante un segundo, vio el miedo reflejado en su rostro, aunque fuera durante un breve instante, y aprovechó su debilidad para insistir en que debería marcharse por su propia seguridad.

—Por favor, Johanna. Márchate junto a los niños y tu familia. Me recuperaré antes si sé que estás a salvo.

—Las paredes de nuestro rancho recibieron doscientos disparos —fue la respuesta firme de Johanna—. Si desea matarme, Kozlov puede hacerlo aquí o allí.

Alex se dejó caer en la almohada y cerró los ojos con fuerza al recordar ese episodio.

—Cabezota —murmuró con voz ronca—. No lo entiendes. Vendrá a por mí y te encontrará conmigo. Acabará con los dos y dejaremos dos huérfanos.

—Alex, no soy estúpida. Esta habitación permanece vigilada día y noche por militares; unos soldados enormes custodian tu puerta y la de Pet. Estás en un hospital militar. No van a entrar aquí, y yo no he salido desde que Williams me recogió en el aeropuerto.

Tomó la mano de Alex y, levantándola con cuidado hasta su rostro, la besó con delicadeza en el dorso. En ese momento, el personal sanitario irrumpió en la habitación y su presencia acabó con la discusión. Y una sonriente Johanna aprovechó el momento para acercarse a la habitación de Pet y contarle que Alex por fin había despertado.

Se había quedado solo en la habitación y aún no se había deshecho del enorme peso que había aprisionado su pecho, provocado por la certeza de que había perdido a Pet. Sentía que, incluso inconsciente, la pena, la angustia por la muerte de su compañero lo había estado devorando.

—Está vivo —susurró intentando convencerse y aliviar el dolor que lo había estado consumiendo en sueños delirantes—. Gracias a Dios que está vivo. —Suspiró emocionado dejando escapar unas lágrimas imposibles de contener que corrieron desde sus ojos hasta sus sienes y que enjugó enseguida con las sábanas; no deseaba que Johanna sintiera esa intensa angustia; ya le había ocasionado demasiadas preocupaciones.

Y en ese momento ella irrumpió en su habitación acompañada de Pet, a quien empujaba sentado en una silla de ruedas. Alex se dejó caer en su almohada y Johanna creyó que rezaba una oración de agradecimiento por ver a su amigo con vida.

—Ya era hora, dormilón —lo saludó Pet con su acostumbrada despreocupación a la vez que se colocaba junto a la cama de su amigo y le ofrecía la mano—. No sabes cuánto me alegro de verte despierto. Tengo que contarte tantas novedades que no sé por dónde empezar.

Alex se restregó el rostro con la mano de su brazo ileso y, cual ordenador, se reinició y dejó aparcada la angustia que lo había estado corroyendo hasta ver a su amigo.

—Yo sí que me alegro de verte, Pet. No imaginas cuánto. —Sus miradas permanecieron

ancladas la una en la otra durante unos pocos segundos, y eso les bastó a ambos para expresar y compartir sentimientos y emociones, sin palabras que estaban de más entre ellos—. Y ahora cuéntame cómo ha cambiado la situación. ¿Dónde demonios está Kozlov?

—Sigue en Londres, Alex. —El gemido contenido de Johanna al enterarse de la noticia no pasó desapercibido a los dos hombres—. Está recomponiendo su pequeño ejército antes de marcharse a Moscú con la intención de recuperar sus negocios.

—¿Van a permitir que salga del país? —preguntó indignado—. Después del esfuerzo... Después de que casi perdemos nuestras vidas... Si regresa a Moscú, nunca lo detendrán. Allí encontrará protección de las autoridades a las que compre, como hacían Salvisky y Kirilenko. —Su desesperación aumentaba por segundos, consciente de que no viviría en paz hasta que Kozlov muriera—. Lleva tanto tiempo fuera de Rusia que sus crímenes antiguos habrán prescrito. Tienen que atraparlo aquí.

—Vasiliev no tiene idea de dónde se ha escondido. Parece que se lo ha tragado la tierra desde que abandonó la casa de las niñas.

—¿Por qué la llaman así? —interrumpió Johanna extrañada que, hasta ese instante, había permanecido ajena pero atenta a la conversación—. Es un nombre muy raro para una casa.

—No te gustaría saberlo, Jo —respondió Pet—. Kozlov es un mal bicho.

—Trafica con vírgenes para su uso personal. —Alex quería que Johanna supiera con quién estaba tratando y de quién dependían sus vidas, y vio palidecer el rostro de la chica—. Tiene montada una red desde Rusia, donde secuestran de cuatro a seis chicas al mes, ninguna mayor de dieciséis años, de las que disfruta sexualmente. Cuando consigue otra remesa, las regala o las vende, dependiendo de la belleza y del atractivo de las niñas.

—¿Tú lo has visto con ellas? —le preguntó en un susurro y Alex asintió—. ¿Y lo permitiste?

—Tuve que hacerlo. No podía intervenir hasta que se dismantelara de un golpe su organización. En Moscú, incluso presencié alguna venta.

Johanna negó con la cabeza como si de ese modo consiguiera que lo que acababa de escuchar no fuera cierto.

—¿Cómo pudiste soportarlo, Alex? No entiendo cómo pudiste soportarlo.

—No tenía más remedio si quería acabar con esa lamentable situación —respondió con la calma que pretendía transmitirle—. Al final, lo conseguimos.

—¿Cuántas vidas de chiquillas habrá robado y mancillado ese hombre a lo largo de su vida? Las ha destrozado a todas.

—Probablemente —fue la única respuesta que Alex pudo darle.

—Nunca habrá justicia que condene lo que ese hombre ha hecho —sentenció Johanna.

—Y eso solo es una parte de sus crímenes, Jo —le dijo Pet mirándola con ternura—. Es un monstruo. Pero uno de los de verdad.

—Perdonadme —se disculpó Johanna antes de salir de la habitación—. Necesito tomar el aire. Solo me acercaré a la puerta; no saldré del edificio. —Alex asintió conforme y ella se marchó.

—Ahora te comprenderá mejor, Alex.

—Imagino que sí —susurró como respuesta, conmovido por el dolor que sentía Johanna.

—Es un horror —comentaba Johanna impresionada aún por lo que sucedía en la casa de las niñas durante años mientras le troceaba el pollo que cenaría—. ¿Cuántas vidas ha robado ese canalla? ¿Quinientas chicas? ¿Y sus familias? No puedo quitármelo de la cabeza, Alex. Ese hombre, la gente que lo rodea, a los que paga...

—Los que disfrutaban de sus favores, incluido su difunto hijo —la interrumpió Alex dejándose caer sobre la almohada—. Lo que tuve que soportar, Jo. Te aseguro que ha sido inhumano. Verlo cada día hablar de mi padre fingiendo respeto e indignación por su muerte... Esperando el momento oportuno para acabar con él y ahora... —suspiró con fuerza—... sigue libre.

—Ese hombre no merece justicia, Alex —reconoció Johanna convencida—. No hay justicia que lo haga pagar por sus crímenes.

—No, Jo, no la hay.

Una semana más tarde, en la sala de rehabilitación del hospital, Alex y Pet recibieron la inesperada visita de Vasiliev.

—Alexander —saludó el policía con una respetuosa inclinación de cabeza—. Teniente Scott —imitó el mismo gesto—. Me alegro de verlos recuperándose con tanta rapidez.

—¿Tiene noticias sobre el paradero de Kozlov? —fue la pregunta directa de Alex, obligado a conocer los movimientos de su enemigo personal—. ¿Ha salido del país?

—No. Aún no. Debe estar buscando un modo privado de marcharse, pero tenemos vigilados todos los aeropuertos por pequeños que sean.

—¡Uno de sus barcos! —exclamó Pet de repente—. Puede que intente escapar por mar. La naviera está a nombre de su hija mayor, si mal no recuerdo, así que no se le habrá confiscado aún.

—Y sé quién podría informarnos, ejerciendo la presión adecuada —añadió Alex con una sonrisa sibilina dibujada en su rostro—. El yerno abogado de Kozlov, George Stevenson. Estaba al tanto de sus negocios legales, así que ya sabrá que la naviera pertenece a su esposa o Viktor se habrá puesto en contacto con él. Es bueno lavando los trapos sucios de su suegro para convertirlos en negocios legales.

—Podría ser; se nos ha escapado ese detalle —reconoció Vasiliev, impresionado por el interés y empeño que demostraban los dos jóvenes oficiales, a pesar de estar aún convalecientes de sus heridas.

—Ordene vigilar a Stevenson las veinticuatro horas del día —aconsejó Alex—. Él nos llevará

hasta Kozlov. Vigile sus barcos, que se sienta acorralado y lo obligue a salir de su escondrijo. No podemos permitir que disponga más tiempo para trazar sus planes; se precipitará y cometerá algún error. Deme tres días y estaré preparado para empuñar mi arma de nuevo.

Como había prometido, dos semanas después de haber recibido dos disparos, uno de estos casi mortal, Alex acompañaba a Johanna al aeropuerto.

—No deseo regresar a Londres, Alex, al menos por un tiempo durante el que consiga olvidar todo lo que ha sucedido; así que procura que no te disparen de nuevo. —Alex sonrió orgulloso de Johanna—. Y acaba de una vez con ese maldito Kozlov —lo animó sorprendiéndolo con sus palabras.

—Tu apoyo incondicional me hace sentir seguro, Jo. Te lo agradezco —le dijo tras besar la palma de su mano—. Y te prometo que me reuniré con vosotros antes de lo que esperas. Yo también estoy deseando terminar con ese mal bicho y recuperarme de esta batalla junto a ti y mis hijos.

Capítulo 32

Vasiliev y sus hombres no habían obtenido ninguna información que los condujese hasta Kozlov, tras perseguir día y noche a su yerno durante seis días. Pero Alex conocía el funcionamiento de la organización perfectamente y estaba convencido de que no le quedaba a Viktor nadie de confianza que no fuera Stenvenson quien, a pesar de que su mujer, su suegra y su cuñada hubieran roto los vínculos con él, seguiría manteniendo lealtad hacia su suegro por dos motivos poderosos: terror y dinero. Kozlov no permitiría que alguien que conocía todos los entresijos de sus negocios en profundidad, con acceso ilimitado a su dinero y a la dirección de sus empresas, continuara viviendo convertido en su enemigo.

Alex esperaba escondido entre un par de coches a que Stenvenson llegara a su casa situada en Kensington, próxima a la de sus suegros. En cuanto se abrió el portalón del garaje privado, corrió y tuvo tiempo de entrar antes de que se cerrase sin que el abogado lo percibiera. No pretendía hacerle daño físico, ni que su esposa embarazada presenciara el interrogatorio. Él no era como los hombres que había matado, ni tampoco se parecía al que pensaba matar en cuanto le resultara posible.

Agazapado tras el lujoso BMW negro que conducía Stenvenson, esperó a que abriera la portezuela del conductor y, en cuanto comenzó a salir del vehículo, se abalanzó contra él, lo sacó de un tirón tan fuerte que el abogado perdió el equilibrio y tardó unos segundos en recuperarlo; luego lo aprisionó con fuerza entre el coche y su cuerpo y lo encañonó con su arma en la cabeza.

—No grites —le exigió susurrando—. No voy a hacerte daño ni quiero tener que hacérselo a tu esposa si se presenta aquí. —El hombre, acobardado, asintió varias veces—. ¿Está cerrada la puerta de acceso a la vivienda? —Volvió a asentir—. De acuerdo. —Dio un paso atrás y lo liberó, pero continuó apuntándolo con la pistola—. Esto no es contra ti. ¿me entiendes?

—Pensaba que habían acabado contigo. Eso es lo que Vladimir le aseguró a Viktor.

—Ya ves que se equivocó. ¿Dónde está Kozlov? Sé que aún no ha salido del país.

—No lo sé —Alex leyó la mentira en su mirada huidiza.

—¿Quieres tenerlo tras de ti el resto de tu vida? ¿O quizás prefieras que te implique en sus asuntos desde Moscú? Porque sabes que lo hará; te convertirá en narcotraficante. No te permitirá que te apropiés de su naviera, la que también le robó a mi padre el mismo día que ordenó su asesinato.

—Yo no lo sabía... —comenzó a disculparse creyendo que deseaba una venganza, pero Alex lo interrumpió.

—Ya no tiene importancia porque ni la quiero ni la necesito, aunque podría demostrar ante la justicia el modo en que se la apropió y a quién sobornó para conseguirla.

—Lo entiendo —reconoció tan asustado que Alex sintió lástima por él.

—Escúchame bien. No te desharás de Viktor; vendrá a ver a su nieto o incluso intentará llevárselo a Moscú. —El abogado abrió unos ojos espantados y Alex continuó metiéndole el miedo en el cuerpo—. Sabes que no miento; tú lo conoces mejor que yo, y ni su mujer ni su hija impedirán que se acerque al niño y que acabe reuniendo a su familia junto a él; no permitirá que nadie lo humille ni lo desprecie. ¿Serás capaz de enfrentarte a ese desalmado? —El abogado no respondió—. No, por supuesto que no lo harías. Permite que yo lo haga y acabe con él. Créeme: el mundo nos lo agradecerá.

Stenvenson lo miró durante unos segundos con la misma mirada de terror, hasta que tomó una decisión.

—Está en Plymouth, en una casa cerca del puerto pesquero, protegido por Vladimir y por cinco hombres más a los que no conozco; solo sé que dos llegaron de Moscú después de que te dieron por muerto. Sabe que la Europol vigila los puertos y los aeropuertos, así que ha elegido una alternativa más segura. —Alex asintió con un solo movimiento de cabeza, incitándolo con ese gesto a que continuara—. Subirá al Estrella del Este una vez que parta de Liverpool y se haya alejado de la costa. Lo estará esperando en un barco de pesca con amarre en el puerto de Plymouth; han pagado bien al patrón del barco para que acceda al transporte.

—Necesito saber el nombre de la embarcación, la dirección exacta de la casa y cuándo tiene previsto el traslado.

—Mañana el barco saldrá a faenar a la puesta del sol y embarcarán; no conozco la hora exacta en que subirán al Estrella del Este, pero sé que lo harán antes de que atraviere el Canal; el destino es San Petersburgo. Déjame que mire la dirección de la casa en mi agenda; no la recuerdo de memoria.

El abogado sacó un ipad del asiento del copiloto, consultó los datos que necesitaba y se los ofreció a Alex.

—¿Impedirás que me incriminen por los asuntos criminales de Viktor? He colaborado sin resistirme —se justificaba, negociando su libertad.

—No te preocupes; nadie se enterará de que hemos mantenido esta conversación.

—¿Me das tu palabra? —preguntó Stevenson tembloroso aún—. Sé que puedo confiar en ti.

—Tienes mi palabra. Tu familia estará a salvo.

Alex salió del garaje con la misma sutileza y rapidez con la que había entrado, consciente de que Stenvenson no descansaría hasta asegurarse de que Kozlov estuviera muerto.

—Es la hora —dijo Vladimir a su jefe mientras vigilaba el exterior tras el visillo de la pequeña sala de la casa austera y fría donde se había refugiado durante diez días—. Mis hombres han recorrido el camino hasta el puerto y no han encontrado rastro de vigilancia o policías.

—Dame el chaleco —exigió Kozlov a la vez que se quitaba el jersey—. No me arriesgaré a recibir un disparo en caso de que nos sorprendan.

—Estás seguro, Viktor. Te lo garantizo —insistió Vladimir como último bastión defensivo que le quedaba a su jefe hasta que llegara a Rusia y rehiciera su imperio, y él pretendía continuar en su puesto de confianza—. Además, no llamaremos la atención.

A Viktor le pareció buena la idea de Vladimir de simular ser simples hombres aficionados a la pesca que pretendían faenar como cualquier pescador profesional y, con esa excusa, habían pasado los días paseando por el puerto y los alrededores, interesándose por sus rutinas, mientras vigilaban a las personas habituales, las entradas y salidas de los barcos y aseguraban el lugar. Kozlov no estaba dispuesto a arriesgar su vida en ninguna otra ocasión y colaboraba con el que había sido su jefe de seguridad durante los últimos diez años, tomando siempre la última decisión. Vladimir lo prefería así; en caso de que Kozlov resultara herido, no podría exigirle consecuencias porque el jefe había elegido lo que más le convenía.

La rabia lo había estado consumiendo durante la llegada del momento en que regresara a su país natal, a pesar de haber acabado con la vida del culpable de la caída de su poderosa organización y de la muerte de su hijo. Alexander Yulenko había pagado por ello, pero el hecho de que sus hijos aún vivieran, incluso su abuela y su mujer, no le permitía dormir en paz. En cuanto consolidara su posición, aunque pasaran años y tuviera que ser en los Estados Unidos, acabaría con la estirpe de Yulenko. No descansaría hasta conseguirlo.

A la puesta de sol, seis hombres de apariencia vulgar salieron de la pequeña casa cercana al puerto pesquero y subieron a dos coches corrientes. El recorrido fue rápido porque lo conocían a la perfección: cada cruce, cada parada... Sabían los movimientos que encontrarían después de realizar el camino desde el primer día que llegaron y estudiaron a fondo el terreno donde se moverían. No dejarían lugar para las sorpresas en el que sería el último trayecto hasta la salvación de Viktor Kozlov en un barco ruso y de su propiedad.

Todos respiraron aliviados cuando dejaron los coches aparcados correctamente en un parking público, con una salvedad: las llaves se quedaban puestas ya que no regresarían a recogerlos. Apenas cincuenta metros los separaban del barco pesquero. Caminaban a la vez que cada uno escrutaba con ojos de halcón la porción de perímetro que le correspondía. Comenzaron a subir al barco, celebrando relajados el éxito de la operación; incluso Viktor sonreía por primera vez desde la muerte de su hijo hacía ya casi un mes.

Moscú lo esperaba; reinaría de nuevo en la ciudad que lo había visto nacer, sobre todo ahora que faltaban Kirilenko y Salvisky. Recuperaría su poder y acabaría su venganza.

En cuanto Vladimir y dos de sus hombres acabaron con una profunda revisión del barco, se dirigió al patrón y ordenó partir, sonriendo satisfecho; ya nada impediría que subieran al Estrella

del Este antes de una hora. El hombre, de expresión apática y aburrida, obedeció con un gesto de su cabeza, entró en la pequeña cabina y la tripulación escuchó rugir los motores entre bromas y empujones masculinos de felicitación.

El pequeño barco estaba alcanzando la altura del último espigón antes de entrar en mar abierto cuando un silbido estridente llamó la atención de todos los hombres que iban a bordo, incluido el patrón que entendió su señal. Comenzó a deshacerse de su ropa de abrigo y fijó el rumbo que continuaría alejando a la nave del puerto.

La falta de luz impedía reconocer con claridad a las dos figuras que los saludaban desde el borde del dique, hasta que una de ellas habló.

—Buen viaje al infierno, Viktor —vociferó Alexander Yulenko hijo en un tono de satisfacción que preocupó a todos.

—Me dijiste que había muerto —gruñó Viktor a Vladimir sin prestar atención a las palabras de su enemigo—. Me lo aseguraste.

—Lo dejamos herido de muerte, al igual que a su compañero. ¿Qué está haciendo ese hombre? —preguntó Vladimir sorprendido y señalando al patrón, que en ese momento se arrojó por la borda.

Los hombres le gritaron, y Vladimir temió lo peor a la vez que escuchaba las continuas protestas del hombre irritable para quien trabajaba.

—Quítate el chaleco, Viktor —le exigió mientras él mismo comenzaba a quitarle la ropa.

—¿Por qué voy a quitármelo? No me desharé de él hasta que suba al Estrella del Este.

—Tenemos que saltar...

Alex y Pet contemplaban sonrientes e inmutables la fuerte explosión que hizo volar el barco por los aires, y que había detonado el mismo Alex desde el dique, en cuanto vio que el patrón del barco no sufriría daño alguno.

—Buen viaje hasta el infierno, Viktor —repitió Alex— y dale recuerdos a Anatoli cuando llegues.

—Ese es el único lugar donde deben estar —añadió Pet, más que convencido de su deseo.

En cuanto pusieron a salvo al patrón del barco, avisaron a Vasiliev, quien llegó a su lado en un minuto, ya que estaba vigilando la operación desde el camarote de otro barco cercano al lugar. A pesar de la satisfacción que se apoderaba de él poco a poco al comprobar que no aparecían supervivientes, Alex no descansaría hasta que se identificara el cadáver de Viktor Kozlov y se hiciera oficial su muerte.

Epílogo

En el momento en que cruzaba los verdes pastos del prado que lo alejaba de las viviendas del rancho, Alex recordó el sueño que había tenido en el hospital en cuanto había divisado a Johanna a unos cien metros de él. La hierba verde y brillante le llegaba a la altura de las rodillas y el cielo azul resplandecía igual que en su recuerdo. Ella llevaba a uno de sus hijos en brazos y aún no lo había visto aproximarse; una chica la seguía con otro de los niños. No los distinguía a esa distancia y, aunque le dolió reconocerlo, se consoló pensando que dentro de muy poco tiempo lo lograría porque no pensaba alejarse de ellos jamás.

La acompañante lo vio primero y advirtió a Johanna, que se detuvo y prestó atención al hombre que se acercaba, con una mano en la frente que protegía su mirada verde de los intensos rayos de sol, mientras sujetaba a su hijo en su cadera. La estampa que figuró en ese momento estaba tan cargada de belleza que paralizó a Alex de repente, temeroso de que ella lo rechazara ahora que todo había acabado y que llegaba dispuesto a comenzar juntos una vida donde Johanna eligiera.

La radiante y generosa sonrisa de Johanna fue el mejor de los regalos que había recibido en su vida, incluida la etapa del niño mimado que lo tuvo todo, y provocó que aligerara el paso hasta llegar junto a ella.

—Todo ha acabado —dijo Johanna repitiendo las palabras que Alex le había contado por teléfono sin ofrecerle más detalle.

—Sí. Ahora... —Alex mostraba de nuevo las dudas y el temor que lo habían estado torturando desde que subió al avión con destino a Lawton, Oklahoma—. Por fin me siento libre, Jo —explicó dotando de un intenso sentimiento a sus palabras. —Lo único que puedo elegir es compartir mi vida contigo y con nuestros hijos. ¿Me aceptas? ¿Querrías casarte conmigo? —Las miradas de Johanna, muy seria, a uno y otro lado, lo perturbaron y lo hicieron temblar.

—No puedo, Alex —dijo mirándolo a los ojos.

—¿No? —susurró atormentado; se alejó un paso y la observó con desesperación—. No puedes perdonarme. Lo entiendo, Jo. Pero, te suplico que me des tiempo para ganarme tu confianza de nuevo...

—No traes caballos, Alex —lo interrumpió sonriendo—. Una mujer como yo cuesta muchos caballos.

Alex la miró muy serio, aunque ella se reía a carcajadas.

—Mira, Samuel. Tu padre ha perdido su sentido del humor. ¿Crees que podremos vivir con un hombre que no entiende una broma? —El niño pataleó contento; Alex lo tomó en brazos y besó con ternura su cabecita.

—Vamos a hablar con tu padre. No tengo caballos, pero sí puedo construirle esa ampliación del hospital que deseaba; invertiré el dinero que he conseguido de la venta de mi casa de Moscú. Mi madre estaría satisfecha si destino ese dinero a una obra que ella habría elegido si siguiera con vida y quizás con eso logre que Richard me perdone.

—Quizás lo consigas. Aunque yo no estaría muy segura —continuó divertida antes de ofrecerle un beso breve—. No es tan fácil de convencer como yo.

Johanna llamó a su prima, le presentó a Alex, y este tomó a Lawrence en sus brazos. La chica continuó su paseo hacia las viviendas y los cuatro miembros de la familia la siguieron.

—Bienvenido a casa, Alex —le dijo Johanna deteniéndose un momento.

—Gracias, Jo —continuaron caminando unos minutos en silencio—. Sí —dijo Alex mirando satisfecho a su alrededor—, creo que no me importará vivir aquí.

—Te aseguro que yo no viviría en otro lugar. Eso no vamos a discutirlo —replicó algo enojada.

Alex la acercó a su cuerpo y, atrapándola con fuerza por la cintura, la besó en los labios sin ocultar la desesperación que había sufrido durante tantos meses, hasta que los pequeños comenzaron a protestar por estar tan juntos.

—Por supuesto que no, Jo. No tenemos nada por lo que discutir.

Alex suspiró aliviado mirando al inmenso cielo azul y, esperando que sus padres se sintieran orgullosos de él, continuó caminando al lado de su familia. Al menos él si estaba por fin en paz.

FIN

Si te ha gustado

Deseo de venganza

te recomendamos comenzar a leer

Cuando un highlander ama a una mujer

de *Brenna Watson*



Capítulo 1

*H*ighlands, Escocia, marzo 1348

Ocho años antes de «Viento de otoño»

Logan se despertó en mitad de la noche, con el cuerpo pegajoso de sudor. Había vuelto a soñar con aquel día en Neville's Cross, dos años atrás. El día en que los ingleses capturaron al rey David. El día en el que su *laird*, Malcolm Montroe, había recibido una grave herida. El mismo maldito día en el que casi perdió a su mejor amigo, Duncan.

Con los jirones del sueño aún colgando de sus párpados, se incorporó para comprobar que ese mismo amigo dormía en su cama, a cinco pasos de él. Bajo un tenue rayo de luna que se colaba por las contraventanas, vio su larga melena rubia, casi blanca, brillando sobre la manta. Echó un rápido vistazo en dirección contraria. Rodrick también dormía a pierna suelta.

Se dejó caer sobre el lecho y soltó un bufido. Jamás podría alejar esa imagen de su pensamiento. Duncan frente a dos guerreros ingleses, protegiendo el cuerpo caído de su *laird*, gritando a pleno pulmón y partiendo prácticamente en dos a uno de ellos, mientras él cabalgaba en su dirección pensando que jamás llegaría a tiempo, que cuando le alcanzara sería solo para recoger los pedazos de su amigo, de su hermano. Pero Duncan estaba hecho de otra pasta, siempre lo había sabido. Algún día sería el jefe de los guerreros del clan, estaba convencido de ello.

—¿Se puede saber qué diablos te ocurre? —El objeto de sus desvelos partió la noche con su vozarrón.

—¿Por qué crees que me sucede algo? —Se puso a la defensiva.

—No paras de moverte y de suspirar como una muchacha.

Rodrick soltó una carcajada desde el otro lado del cuarto, y Logan no pudo sino sonreír. Quería a aquellos dos hombres, no temía reconocerlo. No en voz alta, desde luego, a fin de cuentas era un highlander. Pero daría la vida por cualquiera de ellos, sin dudarlo.

—A una muchacha me gustaría tener ahora mismo pegada a mi cuerpo —disimuló, lo que provocó nuevas risas.

—Tendrás que conformarte con nosotros —apuntó Rodrick.

—Tienes el culo muy feo, Rodrick.

Una de las botas de su compañero aterrizó en ese instante sobre su cabeza, provocando un nuevo coro de risas, y a él, un sobresalto.

—Pronto amanecerá —señaló Duncan—. Podríamos levantarnos ya y...

—¡No! —le cortó Rodrick—. Hemos estado fuera casi un mes, quiero dormir hasta echar raíces.

—Pero yo solo...

—Te juro por la corona del rey David que si no vuelves a dormirte te dejaré sin sentido de un puñetazo.

—¿Tú solo? —se burló Duncan.

—Solo no —intervino Logan, cuyas palabras fueron coreadas por una nueva carcajada de

Rodrick.

Logan tampoco sentía deseos de comenzar la jornada tan pronto. Quería disfrutar del merecido descanso que se habían ganado, y bien sabía Dios que había añorado una cama mullida cada una de las noches pasadas a la intemperie.

Duncan no añadió nada más y el silencio volvió a adueñarse de la cabaña que los tres compartían desde hacía años. Logan no tardó en dormirse, esta vez sin pesadillas.

Después de un mes patrullando las fronteras, sin otra compañía que sus dos amigos y un par de veteranos, el gentío que ocupaba el salón de la fortaleza del clan Montroe se le antojaba una multitud. Logan se había cansado de saludar a unos y a otros y en ese momento permanecía sentado, con la espalda apoyada sobre la pared de piedra y una jarra rebosante de cerveza en la mano. Observaba el ir y venir de sus vecinos, los niños corriendo por la sala, la algarabía de risas y voces. Extrañó las largas y heladas noches allá fuera, donde todo parecía más sencillo.

—¿Siempre ha habido tanta gente en el salón? —preguntó Rodrick, sentado a su derecha.

—¿A ti también te lo parece?

—Me va a reventar la cabeza —contestó su amigo—. Y solo es la segunda cerveza de la noche. Rodrick alzó la jarra, como si quisiera mostrarles que aún estaba medio llena.

—Creo que hemos estado mucho tiempo fuera —apuntó Duncan, a la izquierda de Logan—. En un par de días también formaremos parte de esta melé.

Los tres contemplaron el barullo durante unos minutos, tan ajenos a él como si se hallaran en el otro confín de la Tierra. Logan se disponía a dar un largo trago a su bebida cuando el brazo se le quedó a medio camino.

—¡Que me aspen! —Al parecer, Rodrick había visto lo mismo que él.

En uno de los corrillos, cerca de la gran chimenea, un grupo de personas charlaba animadamente. Entre ellas destacaba, como un faro en mitad de una tormenta, una deliciosa criatura de cabello rojizo y pecosas mejillas. La joven, que no tendría más de veinte años, permanecía muda y casi tan ausente como ellos mismos, con las manos entrelazadas a la altura del vientre. Su figura rellenita y bien formada apenas quedaba disimulada bajo el vestido sencillo que lucía. Logan y Rodrick se levantaron de golpe.

—Yo la he visto primero, amigo —dijo Rodrick.

—Has hablado antes, viejo —apostilló Logan, picado—. Yo me quedé sin palabras.

Los dos se giraron en dirección a Duncan, que no se había movido de su sitio.

—A mí no me metáis en vuestros asuntos. —Alzó las manos, desentendiéndose.

Logan se envaró. De los tres, Rodrick era el que más llamaba la atención entre las chicas. Era cierto que los tres eran altos, fuertes y bien parecidos, pero Rodrick poseía un encanto natural que lo hacía triunfar donde los demás fracasaban. Soltando un bufido, volvió a ocupar su asiento

mientras su amigo, con el pecho hinchado como un pavo, recorría el salón y se unía al grupo, saludando a unos y a otros. Logan vio cómo la chica le era presentada y cómo esta lo ignoraba sin ningún pudor. No pudo evitar regocijarse, sobre todo cuando vio los infructuosos intentos de su amigo por entablar conversación con la desconocida. ¿Estaría allí de visita? ¿Habría venido para quedarse? Sea como fuere, tenía que averiguarlo, porque era incapaz de apartar la vista de ella. Durante un breve instante, la joven alzó la vista y sus ojos se encontraron. Le sostuvo la mirada durante unos segundos, tal vez durante una era, ignorando totalmente al entregado Rodrick que, situado a su lado, intentaba llamar su atención. El pulso de Logan se aceleró hasta que creyó que el corazón le iba a saltar por la nariz. Cuando la chica bajó la vista, la boca se le había quedado tan seca que apuró la jarra en dos tragos.

Unos minutos después, Rodrick abandonaba el grupo, con los hombros caídos. La supuesta decepción no le duró mucho tiempo, porque enseguida acudió a saludarle una de las jóvenes del clan, que se colgó de su brazo y se lo llevó a un rincón del salón.

Logan giró la vista hacia la muchacha, que permanecía en la misma postura que al inicio, como si fuese una estatua. A punto estaba de levantarse y acercarse a ella cuando vio a otro de los guerreros ocupar el lugar de Rodrick. Se fue al cabo de un rato, con el mismo resultado. Decidió que aquel no era un buen momento para aproximarse, sin duda estaría abrumada con tantas atenciones.

Su mirada recorrió la estancia hasta dar con la persona idónea. Iría a hablar con Gavin. Era uno de los veteranos y en el clan no sucedía nada que él no supiese. Gavin sabría quién era aquella chica, quién era la que, esperaba, se convertiría en la madre de sus hijos.

Wallis estaba cansada y no deseaba otra cosa que salir de allí. No sabía por qué se había dejado convencer por su hermana para acudir al salón esa noche. En las últimas semanas toda su vida se había vuelto del revés y solo tenía ganas de meterse en la cama y llorar. Algunos jóvenes se habían acercado a ella con la intención de conversar, pero se había mostrado esquiva. No deseaba conocer a nadie nuevo, sobre todo a nadie del sexo masculino.

Su hermana mayor, Edna, situada a su lado, le había pellizcado el brazo para hacerla reaccionar, pero ella se había limitado a dar un paso en la dirección contraria para alejarse de sus «atenciones». Fue entonces cuando, sin darse cuenta, tuvo a su lado a aquel formidable guerrero de ojos grises que olía francamente bien y cuya voz aterciopelada le había hecho cosquillas en la piel. Sin embargo, se limitó a mostrarse indiferente. Estaba convencida de que no tardaría en cansarse y dejarla sola. Al elevar la vista vio, al fondo del salón, a otro guerrero no menos magnífico, tan alto y fuerte como el que estaba junto a ella, de largos cabellos castaños, mentón cuadrado y unos grandes ojos color miel. La miraban con un extraño brillo que la calentó de la cabeza a los pies. Si todos los hombres eran así en el clan Montroe, le iba a resultar

tremendamente difícil mantener su determinación de no intimar con nadie del sexo opuesto.

Como había previsto, el guerrero de ojos grises acabó marchándose y ella soltó el aire que había estado reteniendo. Aún no había recuperado el ritmo normal de su respiración cuando otro ocupaba su lugar. ¿Iba a ser así durante toda la noche? La sola idea le revolvió las tripas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Edna—. Estás muy pálida.

—La verdad es que no —respondió, echándose una mano al estómago—. Estoy mareada.

—Wallis...

—¡Te lo juro!

—Realmente no tienes buen aspecto.

—Me voy a casa.

—Está bien. Le diré a Stuart que te acompañe.

Wallis observó a su cuñado, charlando y bebiendo animadamente con sus amigos.

—No es necesario, puedo ir sola.

—Pero...

—Edna, son solo unos minutos. No me pasará nada.

Antes de que pudiera cambiar de idea, Wallis le dio un beso en la mejilla y se escabulló en dirección a la puerta. Se arrebujó bien en su tartán y salió al frío de la noche, que la azotó inmisericorde. Inclino ligeramente la cabeza, descendió las escaleras y caminó con brío en dirección a su casa. Estaba situada en el borde norte de la muralla, en la parte opuesta a las puertas de acceso, y era una pequeña vivienda que necesitaba algunos arreglos y que no sabía si sería suya durante mucho más tiempo.

«No pienses en eso ahora», se dijo. «Mañana, ya lo pensarás mañana».

Una vez en el interior, suspiró, aliviada por no haberse encontrado con nadie en el camino al que se hubiera visto obligada a dar conversación. Durante un instante fugaz, la imagen del guerrero de ojos de miel ocupó su pensamiento. Lo desterró de él con una sacudida de cabeza y se dispuso a encender el fuego. No le quedaba mucha leña, tendría que ocuparse de ello pronto. «Mañana», se repitió, como una oración.

La cabaña era pequeña, de una sola estancia, aunque más que suficiente para su madre y para ella. Ahora, en realidad, solo para ella. Se mordió las lágrimas y cogió un pedazo de pan de la alacena. Tampoco allí quedaban muchas provisiones. También debería ocuparse de eso.

Se dejó caer sobre la silla y apoyó los codos en la mesa desvencijada, que cojeaba de una pata y que todavía no había sido capaz de arreglar.

«Mañana», repetía, llorando ya sin ningún control. «Mañana...»

—Debes encontrar un marido, pronto.

—Buenos días a ti también, Edna.

Su hermana cruzó el umbral y dejó sobre la mesa media hogaza de pan y una pequeña cazuela de guiso. Wallis le echó un vistazo por encima.

—Soy muy capaz de cocinar.

—Lo sé, pero creí que te vendría bien.

—¿Dónde están los niños?

—Los he dejado un rato con mi suegra —respondió Edna, dejándose caer sobre una de las sillas.

Wallis tenía dos preciosos sobrinos de cuatro y tres años, Calem y Lean, dos niños revoltosos y vivarachos capaces de acabar con la paciencia de un santo. Durante un breve instante, se alegró de que su hermana no los hubiera traído con ella. En ese momento no hubiera podido lidiar con ellos. Inmediatamente se lamentó por sus mezquinos pensamientos.

—No puedes quedarte aquí sola, Wallis —insistió su hermana.

—Aún no hace una semana que murió madre, Edna. Dudo mucho que Malcolm Montroe me eche tan pronto de aquí —añadió, refiriéndose al *laird* del clan.

—Podrías venirte a vivir con nosotros.

—¡Pero si apenas tenéis sitio para vosotros cuatro!

—Bueno, ya nos arreglaríamos.

—No voy a hacer tal cosa, Edna. Por favor, no insistas.

—Entonces, debes encontrar esposo. Anoche varios jóvenes del clan se mostraron interesados en ti, no paraban de acercarse.

—No quiero esposo.

—Pero ¿qué dices? —Edna la miró con verdadero asombro—. ¿Acaso piensas ingresar en un convento?

—¿Solo puedo ser esposa o religiosa?

—Eh, no, supongo que no... pero no sé qué otras alternativas te quedan... si quieres seguir siendo una mujer decente. Si madre levantara la cabeza...

—No metas a madre en esto —la cortó.

Wallis tomó asiento, tan cansada de repente que sentía que no podría tirar de su alma por más tiempo.

—No sé por qué diablos se empeñó en venir aquí.

Edna bajó la cabeza, cohibida de repente. Pero no fue lo bastante rápida. Wallis pudo ver un destello de lágrimas en sus ojos.

—No es culpa tuya, Edna. —Le tomó una de las manos.

—Pero yo le pedí ayuda, Wallis. Cuando fuimos a veros en Navidad, cuando yo...

—Shh, no pasa nada.

Wallis recordaba perfectamente el momento. Por aquel entonces, Edna estaba embarazada del que habría sido su tercer hijo. Se sentía sobrepasada, con dos niños pequeños que atender y un tercero en camino. Su madre no había tardado ni un minuto en decidir que debían instalarse en el

clan Montroe, sin encomendarse a nadie y sin contar con la opinión de Wallis, que por nada del mundo quería abandonar el único hogar que había conocido hasta entonces. Y allí estaban ahora. Edna había sufrido un aborto en febrero que casi le había costado la vida, y su madre y ella habían llegado hacía menos de dos semanas. Tres días después de haberse instalado en su nuevo hogar, cayó fulminada cuando regresaba de visitar a sus nietos. Nadie pudo hacer nada por ella. Ni siquiera Fiona, la mujer que vivía más allá de las murallas y que hacía de curandera para el clan. Pese a lo mucho que habían discutido en los últimos meses, Wallis quería mucho a su madre y la echaba terriblemente de menos. Sabía que a Edna le sucedía lo mismo y que, además, se sentía culpable. Ya habían mantenido esa conversación un par de veces después del entierro. Estaba convencida de que, si ella no le hubiera comentado nada, su madre aún viviría feliz en su antiguo clan. Wallis lo dudaba. Ella era de las que pensaban que, si Dios decidía que había llegado la hora, no existía rincón en ningún mapa en el que ocultarse.

—No te dejarán quedarte aquí sola —continuó Edna, un tanto recuperada.

—¿Y por qué no? Ahora yo también pertenezco a este clan ¿no?

Recordaba que, al día siguiente de su llegada, ella y su madre habían prestado juramento ante el *laird* Montroe y ahora era miembro de pleno derecho.

—Sí, no me refería a eso.

—Además, hay otras cabañas vacías si alguien las necesita.

Guardaron silencio, porque ambas sabían que aquellas viviendas desocupadas habían pertenecido a los miembros del clan muertos en la última batalla contra los ingleses.

—¿Y de qué vas a vivir? ¿Cómo vas a mantenerte? Stuart y yo podemos ayudarte, ya lo sabes, pero...

—Gracias, Edna, pero no será necesario.

—¿Cómo que no será necesario? ¿Piensas alimentarte del aire?

—No, claro que no. Ya pensaré en algo.

—Pues piensa rápido, hermanita. Piensa rápido.

¿Cuánto se puede hacer por amor?



Alexander Yulenko Cameron es un oficial de las fuerzas especiales británicas que busca vengarse del clan que dio muerte a su familia cuando él tan solo tenía nueve años y vivía en Moscú.

Su plan está listo para llevarse a cabo, sin embargo, el destino le tiene preparado otro camino, en el cual Alex se topará con Johanna, una joven americana y medio comanche que revolucionará su interior.

Aún sabiendo que no puede darle el futuro que ella ansía, Alex le entrega su corazón solo para que lo resguarde, pues no está en él abandonar su propósito de venganza, el cual cumple.

No obstante, todo se vuelve un caos cuando se reencuentra con ella, un año después, quien ahora tiene otras prioridades en su vida. Alex deberá conseguir de nuevo la confianza de la joven, así como también deshacerse del hombre que es la cabeza del clan y del que se ha hecho su mano derecha. Y todo por mantener a salvo a la mujer a la que ama y a lo que ella le ha dado como fruto de su amor.

Esperanza Riscart nació en Algeciras, y es el lugar en el que reside. Está casada y es madre de dos hijos. Se dedica a la enseñanza desde hace más de treinta años como maestra de primaria. Aficionada a la lectura desde pequeña gracias a los cómics, “la Literatura me ha divertido, evadido, emocionado, aterrado, indignado y enseñado. Ha sido para mí una compañera fiel y sólida, la que espero me acompañe el resto de mi vida.”

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Esperanza Riscart

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-90-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Deseo de venganza

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Esperanza Riscart

Créditos